
LO QUE NUNCA te CONTÉ
MARÍA HERNÁN
Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© María López Hernán

Diseño de edición: Letrame Editorial.
Maquetación Epub: Nicolás Gómez
Diseño de cubierta: Rubén García
Supervisión de corrección: Celia Jiménez

ISBN: 979-13-7063-760-6

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Dedicatoria

Este libro es, sin ninguna duda, para mis lectoras beta: Samai, Marta, Patricia, Angie y Margarita.

Gracias por leer esta historia cuando todavía era solo mía. Por cada mensaje, cada comentario, cada opinión y cada vez que me dijisteis que no podíais dejar de leer. Gracias por encariñaros con Luna y Marcos, por sufrir con ellos, por enfadaros, emocionaros y querer saber qué ocurría después.

Vuestro entusiasmo hizo que empezara a mirar esta historia de una manera diferente.

Hoy puedo decir que he publicado mi primera novela romántica y una parte de que este libro haya llegado hasta aquí también os pertenece.

Y a ti, Margarita, quiero darte las gracias de una forma especial.

Porque he escrito miles de historias a lo largo de mi vida. Historias que empezaban y terminaban conmigo, que guardaba después de escribirlas sin plantearme que algún día alguien más pudiera leerlas.

Hasta que llegaste tú.

Tú fuiste quien me hizo preguntarme por primera vez: ¿y por qué no?

¿Por qué no publicarla?
¿Por qué no intentarlo?
¿Por qué no creer que Luna y Marcos podían salir de mis páginas y llegar a otras personas?

Tú viste una posibilidad donde yo solo veía una historia que había escrito porque necesitaba escribirla.

Y a veces basta con que una sola persona crea un poco más en ti de lo que tú eres capaz de creer en ti misma para que algo cambie.

Esta vez, esa persona fuiste tú.

Así que si hoy tienes este libro entre las manos, ellas forman parte del motivo.

Y Margarita...

gracias por hacerme creer que una historia escrita para mí también podía encontrar su lugar en las manos de alguien más.

Prólogo

Hay un momento exacto en el que una mentira deja de ser una mentira y se convierte en una traición.

Yo no sabía cuál era, hasta que me tocó descubrirlo.

Durante mucho tiempo pensé que lo peor que podía hacerte alguien era engañarte. Ahora sé que no.

Lo peor es conseguir que confíes, que bajes la guardia, que entregues todas esas partes de ti que llevas años protegiendo y, justo cuando empiezas a sentirte segura, descubrir que había algo que nunca supiste.

Recuerdo perfectamente aquel instante. El silencio, mi respiración y la sensación absurda de que todo seguía exactamente en el mismo sitio mientras dentro de mí acababa de romperse algo.

Quise pensar que existía una explicación. La necesitaba. Porque si la había, quizá todo lo anterior podía seguir siendo verdad.

Las conversaciones.

Las noches sin dormir.

Las risas.

Las miradas.

Las manos.

Los «confía en mí».

Sobre todo esos. Qué ironía.

Hay preguntas que haces esperando desesperadamente que alguien te mienta. Yo hice una de ellas y él, por primera vez, decidió decirme la verdad.

Ojalá pudiera decir que grité. Que le pedí explicaciones. Que rompí algo contra la pared.

Habría sido mucho más fácil. Pero no hice nada. Me quedé mirándolo, intentando reconocer al hombre que tenía delante. Buscando en su cara algo que me demostrara que seguía siendo él.

El problema era que ya no sabía quién era él. Y todavía peor: no sabía cuánto de lo nuestro había sido real.

—Dime que no es verdad.

Durante unos segundos no respondió. No hizo falta. A veces, el silencio también es una confesión. Y aquel fue el momento exacto en el que entendí que puedes querer muchísimo a una persona y, aun así, necesitar alejarte de ella.

Me marché sin mirar atrás. Al menos, eso es lo que me gusta recordar. La verdad es que sí miré. Una sola vez y él seguía allí, quieto, destrozado, como si acabara de perder algo importante.

Durante mucho tiempo me pregunté por qué aquella imagen me dolía tanto. Ahora lo sé. Porque lo que sentíamos era real. La mentira también y quizá esa fue siempre la parte más difícil de nuestra historia. Entender que ambas cosas

podían ser verdad al mismo tiempo.

CAPÍTULO 1

Mi vida no se parece en nada a la que imaginé cuando tenía veinte años. Cuando eres joven crees que a cierta edad todo estará resuelto. El trabajo. El amor. La seguridad en ti misma. Piensas que un día despertarás entendiendo perfectamente quién eres y hacia dónde va tu vida.

Mentira.

Tengo treinta y nueve años, sigo viviendo con mis padres porque Madrid se ha convertido en un lujo para alguien con mi sueldo y mi relación emocional más estable es un *golden retriever* que duerme a los pies de mi cama y me mira como si fuera una persona funcional.

Conor levantó una ceja al adivinar que estaba pensando en él.

—No me mires así. Tú tampoco colaboras mucho.

Movió la cola una vez antes de volver a dormirse.

Qué envidia.

Yo no podía dormir y llevaba casi una hora leyendo un libro que probablemente no encajaba conmigo en absoluto.

O eso quería creer.

La protagonista acababa de entrar en un club privado donde la gente no fingía. Ni con el sexo, ni con el deseo, ni con las partes más raras de sí mismos. No había personajes perfectos ni romances suaves. Había tensión. Secretos. Personas capaces de admitir cosas que la mayoría esconderíamos incluso delante de nosotros mismos y no podía dejar de leer.

El problema era que algo dentro de mí reaccionaba demasiado a todo aquello. No al sexo exactamente, sino a la idea de libertad y a la forma en que aquellos personajes parecían vivir sin pedir perdón constantemente por existir.

Cerré el libro unos segundos y miré el techo de mi habitación. Seguía siendo la misma habitación de mi adolescencia. Las mismas paredes claras, la misma

cómoda blanca y los mismos pósteres viejos guardados dentro de un cajón

porque mi madre se negaba a tirarlos.

Treinta y nueve años y todavía sintiéndome temporal en mi propia vida.

Mi móvil vibró sobre la mesilla. Era Marta, como siempre.

Solté aire antes de descolgar.

—¿Qué pasa?

—Necesito comprobar que sigues viva.

—Qué romántica eres.

—Luna, llevas desaparecida tres días. Pensé que te habían secuestrado o, algo más emocionante todavía, que hubieras echado un polvo decente.

Solté una risa corta.

—Tus expectativas sobre mi vida son altísimas.

—Porque te conozco. ¿Qué haces despierta todavía? ¿No tienes clases mañana?

Miré el libro otra vez.

—Leyendo.

—Uy. Eso ha sonado peligrosísimo.

—No exageres.

—¿Qué estás leyendo?

Dudé un segundo antes de responder.

—Una novela rara.

Marta soltó una carcajada.

—Eso significa porno emocional.

—No es porno emocional.

—Cuando dices «no es porno emocional», normalmente significa exactamente eso.

Me dejé caer sobre la almohada sonriendo sin querer.

—Solo… es distinta.

Marta dudó un segundo y preguntó:

—¿Distinta cómo?

Miré el techo otra vez intentando explicarlo.

—La gente del libro parece vivir las cosas sin miedo. Como si no estuvieran

calculando constantemente todo lo que puede salir mal.

—Bueno, cariño, eso es porque son personajes de ficción. La gente real tiene ansiedad y problemas intestinales.

La carcajada se me escapó sola.

Seguimos hablando un rato más. De su búsqueda de trabajo, de mi madre intentando presentarme hombres divorciados como si estuviera montando un catálogo humano y del agotamiento raro que sentía últimamente. Esa sensación constante de estar funcionando en automático.

Cuando colgué, el silencio volvió a llenar la habitación y el libro seguía ahí. Esperándome.

Perfecto.

Volví a abrirlo y, treinta minutos después, ya no estaba leyendo. Estaba buscando cosas en Internet que probablemente ninguna mujer emocionalmente estable busca a las tres de la mañana.

«Clubes privados Madrid.»

«Relaciones de dominación.»

«Fantasías más comunes.»

«¿Existen clubes sexuales de verdad?»

Madre mía. Si alguien revisaba mi historial, iba a pensar que estaba atravesando una crisis bastante seria.

La realidad era más triste: simplemente estaba aburrida de mi propia vida.

Fui saltando de foro en foro, completamente fascinada. Había personas hablando de deseo como si fuera algo normal. Mujeres describiendo relaciones intensísimas donde por primera vez se habían sentido libres. Hombres reconociendo inseguridades enormes detrás de apariencias seguras y entonces encontré un blog.

No era vulgar ni explícito. El autor escribía sobre deseo y vulnerabilidad como si hablara de psicología más que de sexo. Quizá precisamente por eso terminé leyendo una entrada detrás de otra sin darme cuenta del tiempo, hasta que una frase consiguió dejarme completamente quieta.

«Hay personas que pasan toda la vida deseando cosas que jamás se atreven a nombrar.»

El pecho se me apretó un poco. Entendí exactamente a qué se refería. No hablaba solo de sexo. Hablaba de la vida entera. De todas las veces que uno se conforma, de las conversaciones que nunca tiene y de lo fácil que es acostumbrarse a existir a medias.

Bajé hasta los comentarios intentando despejarme un poco. Error número uno.

Había cientos de personas confesando cosas íntimas delante de desconocidos como si aquello fuera un grupo de terapia clandestino, hasta que un comentario llamó completamente mi atención.

«Las fantasías son un océano; más vale saber nadar.»

Me quedé mirando la frase unos segundos y, antes de que mi cerebro pudiera detenerme, ya estaba escribiendo.

«¿Y tú? ¿Eres buen nadador?»

Perfecto, Luna. Acababas de empezar a coquetear con desconocidos en Internet a las tres y media de la mañana.

Cerré la página inmediatamente. Después la abrí otra vez menos de un minuto después.

Brillante, Luna. Absolutamente brillante.

No esperaba respuesta realmente o tal vez sí. No lo tenía muy claro.

Dejé el móvil sobre la cama y fui hasta la cocina a por agua, intentando convencerme de que aquello no tenía importancia.

Cuando volví, había una notificación nueva y ahí empezó el verdadero problema.

HombreSinPuerto
«Depende del océano.»

Vale. Eso había sido mejor de lo que esperaba. Me mordí el interior de la mejilla intentando ignorar la sonrisa absurda que acababa de aparecer en mi cara.

LunaNix
«Respuesta muy dramática.»

Entonces volvió a llegar otra respuesta rápidamente.

HombreSinPuerto
«Son las tres de la mañana. La gente interesante siempre se pone un poco dramática a estas horas.»

Resoplé volviendo a sentarme en la cama.

LunaNix
«Eso explica perfectamente por qué debería estar durmiendo.»

Otra respuesta apareció rápidamente.

HombreSinPuerto
«No pareces tener sueño.»

Miré la pantalla unos segundos.

No sabía por qué aquella conversación me estaba atrapando tanto. Probablemente porque hacía muchísimo tiempo que nadie conseguía sorprenderme.

LunaNix
«Mañana trabajo. Mi cerebro disfruta saboteándome.»

HombreSinPuerto
«¿Trabajo horrible o vida horrible?»

Solté una pequeña risa.

LunaNix
«Directo al trauma.»

HombreSinPuerto
«Estoy intentando entender por qué una mujer termina leyendo sobre fantasías sexuales a estas horas de la madrugada.»

El calor me subió inmediatamente por el cuello. Eso había sido demasiado directo.

LunaNix
«Quizá estaba aburrida.»

Tardó un poco más en responder.

HombreSinPuerto
«El aburrimiento suele ser peligroso.»

Mi mirada volvió automáticamente al mensaje. Había algo raro en la forma en que escribía. No sonaba necesitado ni vulgar, como la mayoría de hombres en Internet. Parecía tranquilo y seguro de sí mismo. Como si observara la conversación desde cierta distancia, y eso empezaba a ponerme nerviosa.

LunaNix
«¿Y tú qué haces aquí?»

HombreSinPuerto
«Escribo, leo y contesto.»

Fruncí ligeramente el ceño.

LunaNix
«¿El blog es tuyo?»

HombreSinPuerto
«Depende.»

LunaNix
«Vaya con el hombre misterioso.»

HombreSinPuerto
«Vaya mujer desconfiada.»

Resoplé sonriendo otra vez.

El enorme problema era que estaba disfrutando aquella conversación muchísimo más de lo que debería.

Conor levantó la cabeza al escucharme reír.

—No me juzgues.

Mi móvil vibró otra vez.

HombreSinPuerto
«¿Siempre piensas tanto antes de responder?»

LunaNix
«No pienso tanto.»

HombreSinPuerto
«Llevas treinta segundos escribiendo y borrando el mismo mensaje, estoy seguro.»

Se me escapó una risa incrédula.

LunaNix
«Eso es inquietantemente específico.»

HombreSinPuerto
«Eso es porque tengo razón.»

Vale. ¿Odiaba un poco que tuviera razón? Probablemente sí.

Me incorporé apoyando la espalda contra el cabecero mientras releía la conversación completa. Hacía muchísimo tiempo que no hablaba con alguien sin sentir la necesidad de parecer más interesante, más divertida o más segura de mí misma. Con él simplemente hablaba y, precisamente por eso, empezó a gustarme tanto.

LunaNix
«Tienes demasiado ego.»

HombreSinPuerto
«No. Tengo curiosidad.»

El mensaje me dejó quieta un segundo. Sonaba sincero y parecía realmente curioso sobre mí.

Mi móvil volvió a vibrar.

HombreSinPuerto
«¿Qué edad tienes?»

LunaNix
«Eso no se pregunta en Internet.»

HombreSinPuerto
«Entonces eres mayor de treinta.»

Abrí mucho los ojos.

LunaNix
«¿Cómo demonios sabes eso?»

HombreSinPuerto

«Las mujeres más jóvenes intentan parecer mayores. Las mayores intentan que no se note.»

Me quedé completamente quieta mirando la pantalla. Después sonreí sin querer. Maldito hombre.

LunaNix
«Treinta y nueve.»

HombreSinPuerto
«Buena edad.»

El pecho se me tensó suavemente porque no había escrito «todavía joven» ni ninguna de esas frases incómodas que usa la gente cuando cree que una mujer necesita consuelo por cumplir años.

Entonces me preguntó:

HombreSinPuerto
«¿Quieres seguir hablando conmigo por privado? Te dejo mi Telegram y puedes escribirme por ahí. @Chris84»

Me quedé paralizada, pero tenía muchas ganas de seguir hablando con él, así que le mandé un mensaje por Telegram. Antes de hacerlo cambié mi foto de perfil y puse una luna que descargué en Pinterest.

@LunaNix
«Hola, ¿sigues despierto?»

@Chris84
«Has tardado muchísimo; por un momento pensé que te daba miedo y que no me escribirías.»

@LunaNix
«Soy una mujer valiente y me gusta vivir al límite.»

@Chris84
«No tengo ninguna duda.»

Seguimos hablando durante horas. De libros, de relaciones, de por qué la mayoría de la gente tiene más miedo a sentirse vulnerable que a sentirse sola, de sexo también, aunque nunca de una forma ordinaria. Chris hacía preguntas incómodas para mí constantemente y lo peor era que yo seguía respondiéndolas.

@Chris84
«¿Has estado enamorada alguna vez?»

@LunaNix
«Creo que me he conformado muchas veces. No sé si es lo mismo.»

No respondió inmediatamente, pero, cuando lo hizo, algo dentro de mí se

desordenó un poco.

@Chris84
«No debería parecerse.»

Una sensación incómoda me revolvió el estómago. Por primera vez en muchísimo tiempo alguien acababa de decir exactamente lo que llevaba años sospechando en silencio. Que quizá toda mi vida había sido una versión mediocre de algo mucho más intenso que nunca me atreví realmente a buscar.

Cuando miré la hora eran casi las cinco de la mañana. Perfecto Luna. Mi estabilidad mental y mi horario laboral acababan de arruinarse al mismo tiempo.

@LunaNix
«Tengo que dormir.»

@Chris84
«¿Seguro?»

Sonreí negando con la cabeza.

@LunaNix
«No.»

@Chris84
«Entonces quédate un poco más.»

La conversación continuó todavía otra hora más. Chris tenía una forma extraña de hacer preguntas. No parecía buscar respuestas rápidas. Dejaba silencios y esperaba, como si supiera perfectamente que las personas terminamos revelando más cosas cuando nadie nos presiona demasiado.

@Chris84
«¿Qué querías ser cuando eras pequeña?»

@LunaNix
«¿Eso qué tiene que ver con el sexo?»

@Chris84
«Mucho más de lo que imaginas.»

Algo me arañó por dentro. Nadie me había preguntado eso nunca; realmente nadie se había interesado por saber tanto de mí jamás.

@LunaNix
«Quería escribir novelas.»

@Chris84
«¿Y por qué dejaste de hacerlo?»

Miré el techo otra vez y pensé. Porque crecí. Porque necesitaba dinero. Porque me dio miedo fracasar. Porque un día empecé a creer que mis sueños eran ridículos. Pero no escribí nada de eso.

@LunaNix
«La vida, imagino.»

@Chris84
«Eso suele ser una excusa elegante para decir solamente que es por miedo.»

Ahí sí que me dejó sin palabras.

Me quedé mirando la pantalla sintiendo algo muy incómodo. Una parte de mí sabía perfectamente que tenía toda la razón. Había dejado demasiadas cosas por miedo. Relaciones, proyectos y versiones de mí misma.

@Chris84

«¿Siempre te haces tan pequeña?»

Nadie me había hablado así nunca, tan directo. No con crueldad, y no me estaba juzgando. Solo señalando la realidad. Precisamente por eso dolía tanto.

@LunaNix
«No sé de qué hablas.»

@Chris84
«Claro que lo sabes.»

Me quedé pensando en que realmente vivía una vida a medias, sin intentar, ya no ser feliz, sino simplemente vivir del todo.

Conor seguía dormido a mis pies. Madrid empezaba a despertar lentamente al otro lado de la ventana y yo seguía ahí, hablando con un desconocido que en pocas horas parecía haber visto cosas de mí que llevaba años escondiendo incluso a mí misma. Aquello solo podía terminar fatal.

CAPÍTULO 2

Dormí dos horas. Dos miserables horas que mi cerebro decidió convertir en una mezcla absurda de sueños raros, mensajes de Chris y ansiedad laboral. Cuando sonó la alarma quise morirme poco a poco.

Conor levantó la cabeza desde el suelo observándome con esa expresión tranquila que tienen los perros cuando saben perfectamente que eres tú quien tiene problemas mentales en la casa.

—No empieces —le dije entrecerrando los ojos.

Se levantó igualmente y vino hasta la cama moviendo la cola. Mi vida en general era un desastre y mi perro seguía siendo la criatura más estable de esta familia. Me incorporé lentamente, frotándome la cara, mientras miraba el móvil sobre la mesilla. Había un mensaje nuevo.

@Chris84
«Espero que no sigas dormida y hayas sido responsable.»

Vale. Eso no debería haberme gustado tanto. Me quedé unos segundos intentando entender por qué demonios un simple mensaje, que ni siquiera ponía buenos días, estaba consiguiendo alterarme más que cualquiera de mis últimas relaciones sentimentales. Contesté antes de pensarlo demasiado.

@LunaNix
«Estoy despierta. Aunque claramente he fracasado en ser responsable.»

La respuesta llegó mientras todavía caminaba hacia el baño.

@Chris84
«Eso explica el mal humor que imagino tendrás ahora mismo.»

Solté una pequeña risa y, la verdad, hacía muchísimo tiempo que no sonreía así nada más despertarme.

Mi madre estaba en la cocina cuando salí de la habitación. Llevaba bata, estaba preparando café y esa energía extraña de las personas jubiladas que ya han aceptado el caos de la vida y deciden juzgar la del resto como entretenimiento.

—Tienes mala cara.

—Buenos días a ti también, mamá.

—¿Has dormido algo?

Abrí la nevera evitando mirarla demasiado.

—Más o menos.

—¿Otra vez leyendo hasta tarde?

—Algo así.

—Luna.

Ese tono nunca traía nada bueno.

—¿Qué?

—No puedes seguir así toda la vida.

Ahí estaba. La conversación favorita de mi madre, como si convertir cada desayuno en una crisis existencial fuera su mejor entretenimiento.

—Mamá, son las siete y media de la mañana.

—Y tienes treinta y nueve años.

—Gracias por recordármelo.

Suspiró apoyando los codos sobre la mesa.

—Solo quiero verte feliz.

Ese era el gran problema: que ni siquiera yo sabía exactamente cómo se suponía que debía sentirse eso. Llevaba tanto tiempo sobreviviendo en automático que la idea de una vida distinta empezaba a parecerme algo que solo les ocurría a otras personas, no a mí.

Mi móvil vibró otra vez sobre la mesa y mi madre levantó una ceja automáticamente.

—¿Quién es?

—Nadie.

—Esa respuesta suele significar «alguien».

Ignoré completamente su sonrisa mientras desbloqueaba la pantalla.

@Chris84
«¿Sigues viva?»

Eso había sido demasiado oportuno.

@LunaNix
«Mi madre intenta hacerme terapia psicológica antes de las ocho de la mañana.»

@Chris84
«Eso explica muchas cosas.»

@LunaNix
«¿Qué cosas exactamente?»

@Chris84
«La forma en que hablas de ti misma.»

Otra vez estaba haciendo eso. Leer entre líneas. Empezaba a ser inquietantemente bueno en ello.

Después de pasear a Conor tenía que comenzar el día, o intentarlo. Trabajar con sueño debería estar prohibido legalmente. Especialmente cuando trabajas de cara al público y tienes que fingir interés por cosas que, sinceramente, te importan una mierda.

Mi trabajo consistía, básicamente, en enseñar español a extranjeros *online*. Era autónoma, todo un reto en estos tiempos y, en mi querido país, más.

A las doce de la tarde ya quería desaparecer del planeta. Entonces mi amiga Marta me hizo una videollamada que, por supuesto, contesté, ya que no tenía más clases hasta más entrada la tarde. Ella me observó desde el otro lado del teléfono y, lógicamente, se dio cuenta de la cara de mierda que tenía.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Tienes cara de haber cometido un crimen o de haber follado muy bien.

Casi me atraganto con el tercer café del día.

—Marta, por favor.

—Entonces, crimen.

—¿No tienes nada que hacer a estas horas del día?

—La verdad, no mucho. Acabo de tener una entrevista de trabajo y ha sido una auténtica cagada.

Marta llevaba meses encadenando entrevistas horribles y trabajos aún peores. Desde que volvió a Gran Canaria, nuestras conversaciones se habían convertido en una mezcla de terapia, humor negro y supervivencia.

—¿De qué ha sido la entrevista esta vez?

Puso cara de frustración total.

—En el Mercadona, y dudo que me llamen porque la tía que me ha entrevistado lo primero que ha dicho, al ver mi currículum, es que estaba demasiado formada para este puesto.

—La vida es una mierda, amiga.

—Ni que lo jures. Si hablara mejor inglés, me iba volando de este país.

Marta era una chica muy inteligente, pero con muy poco nivel de inglés y ese era su gran problema. Tenía tres años menos que yo y su vida era muy similar a la mía. No tenía pareja y llevaba enganchada a un hombre, desde hace muchísimos años, que solo la usaba y la buscaba cuando se sentía solo. Ella, coladita por sus huesos; y él, un narcisista de manual. Hablamos un rato y acabamos colgando, aunque sabía que hoy volvería a hablar con ella porque hablábamos muchísimo.

Mi móvil seguía vibrando y cada vez que aparecía un mensaje de ese hombre misterioso sentía algo extraño recorriéndome el cuerpo. ¿Expectativa? No tenía ni idea.

@Chris84
«¿Qué haces?»

Miré alrededor antes de responder.

@LunaNix
«Fingir que soy una adulta funcional y que tengo que hacer algo con mi vida.»

@Chris84
«¿Lo consigues?»

@LunaNix
«De forma mediocre.»

@Chris84
«Eso suena realmente interesante.»

@LunaNix
«Si tú lo dices.»

Cuando terminé de trabajar estaba agotada. El día había sido realmente duro.

Mi barrio seguía lleno de ruido cuando salí a la calle. Coches, gente hablando demasiado alto y parejas caminando juntas. Personas con vidas que parecían avanzar hacia algún sitio, no como la mía.

Conor iba feliz a mi lado, completamente ajeno a mi crisis existencial silenciosa, y mi móvil vibró otra vez dentro del bolsillo de la chaqueta.

@Chris84
«¿Ya has sobrevivido al trabajo?»

@LunaNix
«Por poco.»

@Chris84
«Entonces mereces una recompensa.»

@LunaNix
«¿Ah, sí? ¿Y en qué estás pensando? Porque solo la quiero dependiendo de cuál sea.»

@Chris84
«Una conversación interesante.»

Llegué al portal todavía leyendo el móvil y entonces choqué contra alguien.

—Joder —solté sin pensar.

Unas manos sujetaron automáticamente mis brazos antes de que terminara cayéndome encima de Conor.

—Bueno, esto habría sido una entrada dramática.

Levanté la vista sobresaltada y el corazón me dio un vuelco. El hombre que tenía delante era, objetivamente e injustamente, atractivo. Alto, moreno, barba de un par de días, sudadera negra, mirada tranquila y unos ojos capaces de desordenarte un poco el cerebro sin hacer demasiado esfuerzo.

—Lo siento —murmuré, apartándome rápidamente.

Él miró el móvil todavía en mi mano antes de volver a mirarme a mí.

—Mensaje importante.

No era una pregunta.

En ese mismo momento Conor decidió traicionarme completamente y empezó a mover la cola como si acabara de reencontrarse con el amor de su vida. El hombre soltó una pequeña risa, inclinándose para acariciarlo.

—Tú sí eres simpático.

—Solo cuando hay comida de por medio.

Levantó la vista otra vez y entonces sonrió. Eso sí que debería estar prohibido legalmente.

—¿Vives aquí?

Asentí intentando recuperar un poco la dignidad.

—Tercero B.

—Entonces eres mi nueva vecina.

Perfecto, como no, el hombre increíblemente atractivo tenía que vivir en mi edificio.

—Segundo A —continuó él, señalando el piso de abajo—. Marcos.

—Luna.

Sostuvo mi mirada apenas un segundo más de la cuenta. Tenía exactamente el tipo de seguridad tranquila que siempre conseguía ponerme nerviosa. ¿Arrogancia? Peor, confianza real.

—Bueno, Luna del tercero B… Intentaré no volver a atropellarte en el portal.

—Lo agradecería, sí.

La comisura de su boca se curvó ligeramente otra vez antes de empezar a subir las escaleras. Yo me quedé mirándolo un segundo más de lo razonable. Lo más raro fue descubrir que, por primera vez en muchísimo tiempo, algo dentro de mí acababa de despertarse un poco.

CAPÍTULO 3

No me podía dormir y no debería haber pensado en él toda la maldita noche. Aun así lo hice. Chris era lo más emocionante que me había pasado desde hacía mucho tiempo. ¡Ah! Y luego estaba la aparición de Marcos como nuevo vecino y esa sonrisa peligrosa.

Genial, Luna. Tu vida llevaba años completamente estancada y ahora, aparentemente, habías decidido desarrollar dos obsesiones distintas al mismo tiempo. Eres tremenda.

Había mucho silencio al otro lado de la ventana, pero en mi cabeza no. Estaba tumbada en la cama leyendo, aunque más que leer miraba la misma página. Me giré buscando el móvil sobre la mesilla.

03:17.

Cogí el móvil y había un mensaje nuevo. Por supuesto, era de Chris.

@Chris84
«Las personas que no pueden dormir suelen estar pensando demasiado.»

@LunaNix
«¿Tú no duermes nunca?»

@Chris84
«Duermo bien. Pero esta noche estoy trabajando.»

@LunaNix
«¿Y siempre trabajas hablando con desconocidas por Telegram?»

@Chris84
«Solo con las interesantes que me tienen intrigado y buscan información interesante a altas horas de la madrugada.»

Este hombre contestaba cosas así a las tres de la mañana y luego una tenía

que intentar seguir funcionando como una persona normal y cuerda.

@LunaNix
«Eso ha sonado sospechosamente ensayado.»

@Chris84
«No. Lo ensayado suele sonar menos sincero.»

No sé por qué, pero me daba la impresión constante de que hablaba conmigo de una forma distinta al resto del mundo.

Luna, ya te estás haciendo películas, me dijo mi Pepito Grillo.

@LunaNix
«¿Siempre analizas tanto a la gente o es que eres psicólogo?»

@Chris84
«Para nada, pero me encanta hacerlo con quienes intentan esconderse.»

Porque otra vez parecía estar hablando de algo mucho más profundo que una conversación casual.

*

Esa noche dormí poco y mal. Cuando sonó la alarma quería desaparecer directamente. Como todas las mañanas, mi madre me observó durante el desayuno como si estuviera viendo una serie dramática en tiempo real.

—Tienes cara de haber tomado malas decisiones.

—Buenos días a ti también, mamá.

—¿Has conocido a alguien?

—¿Qué?

—Llevas dos días mirando el móvil como una adolescente.

Las madres deberían tener prohibido detectar cambios emocionales tan rápido.

—No he conocido a nadie.

Bueno. Más o menos.

—Pues sea lo que sea… te veo distinta.

La cuestión es que quizá tenía razón.

La mañana pasó lenta. Mis clases *online* se mezclaban con mensajes de Chris, alumnos italianos intentando entender la diferencia entre «por» y «para», y mientras yo intentaba ser una persona con algún tipo de estabilidad. Que, por supuesto, no lo estaba consiguiendo.

@Chris84
«¿Siempre eres tan difícil de leer?»

@LunaNix
«Eso depende, aunque tú crees que me lees bastante bien.»

@Chris84
«Respuesta evasiva.»

@LunaNix
«Simplemente una respuesta.»

@Chris84
«Todavía no decides si quieres que te conozca o no.»

El corazón me golpeó un poco más fuerte porque empezaba a sospechar que se equivocaba. Sí quería que me conociera y cada vez más.

Por la tarde bajé con Conor intentando despejarme. El aire seguía cargado de calor incluso a esas horas. La gente llenaba las terrazas como si nadie tuviera problemas reales en esta ciudad.

Hasta que escuché una voz detrás.

—Empiezo a pensar que ese perro me quiere más a mí que a ti.

Me giré automáticamente. Ahí estaba otra vez. Marcos, el vecino nuevo. Lo miré de arriba abajo: sudadera gris, manos en los bolsillos, mirada tranquila y

con esa seguridad absurda capaz de alterar mis constantes vitales sin hacer prácticamente nada.

Conor reaccionó inmediatamente moviendo la cola como un traidor total.

—No pienso discutir eso porque probablemente sea verdad.

—Duele, ¿eh?

—Muchísimo.

Se colocó a mi lado, empezando a caminar con naturalidad, como si llevara años haciéndolo, y eso me puso todavía más nerviosa.

—¿Qué tal tu día, Luna del tercero B?

—¿Ese va a convertirse en mi nombre oficial?

—Todavía estoy valorando opciones.

—Qué alivio.

Marcos soltó una risa baja mirando hacia delante y eso sí que no ayudaba absolutamente nada para que no perdiera mis bragas y mi dignidad. Caminamos unos metros más en silencio hasta que él soltó tranquilamente.

—Tu perro ya ha decidido que soy una gran persona —comentó él mirando a Conor—. Tú todavía no.

Lo miré automáticamente.

—No he dicho eso.

—No hace falta.

—¿Siempre analizas así a la gente?

—Solo cuando me parecen interesantes.

Ya estaba otra vez esa palabra. Interesante.

Seguimos caminando mientras hablábamos de cosas absurdamente normales. Del barrio, de Madrid, de perros, de vecinos insoportables y de cafeterías.

Quizá precisamente por eso me gustó tanto, porque hacía muchísimo tiempo que no disfrutaba de una conversación sencilla con un hombre sin sentir presión constante, aparte de Chris, por supuesto.

—¿Y tú? —pregunté finalmente—. ¿Qué haces exactamente?

—Trabajo demasiado.

—Respuesta extraña.

—Respuesta sincera.

—Eso no es una profesión ¿Qué eres, mafioso?

Me miró de lado apenas un segundo.

—Tengo varios negocios.

Varios negocios. Podía ser mafioso perfectamente y, por supuesto, el hombre más atractivo del edificio también tenía que ser súper misterioso.

—Eso sigue sonando sospechoso.

Marcos soltó una risa corta negando ligeramente con la cabeza.

—¿Siempre desconfías tanto de la gente?

—Supongo que depende de la persona.

Su mirada volvió hacia mí y ahí pasó algo raro y tuve la sensación incómoda de que me estaba observando demasiado. Como si estuviera intentando entender algo de mí en silencio, y lo peor era que no apartaba la mirada.

Conor seguía caminando delante de nosotros, completamente ajeno a la tensión extraña que acababa de instalarse entre ambos.

—¿Qué? —pregunté al final porque empezaba a ponerme nerviosa.

—Nada.

—Eso nunca significa nada.

—Solo estaba pensando.

—Eso tampoco suena tranquilizador.

—Me da la sensación de que tienes la costumbre de actuar como si estuvieras preparada para salir corriendo en cualquier momento.

No esperaba algo así. Lo miré de reojo intentando decidir si estaba exagerando o si realmente acababa de describirme perfectamente.

—No sé de qué hablas.

Me encogí de hombros e intenté hacer como que de verdad no sabía de qué hablaba.

—Claro, seguramente simplemente te gusta evadir preguntas y hacerte la chica misteriosa.

—Como tú.

Realmente empezaba a ponerme un poco nerviosa el efecto que tenía sobre mí cuando hablaba y me miraba de esa forma.

Saqué el móvil de mi bolsillo y lo miré para ver la hora y si tenía algún mensaje. Marcos miró la pantalla apenas un segundo antes de apartar la vista.

—Esperas un mensaje importante —comentó tranquilamente.

—No realmente.

—Claro —dijo con bastante sarcasmo.

—¿Qué significa eso?

Marcos se encogió de hombros.

—Nada. Solo que la gente suele sonreír diferente cuando responde mensajes importantes.

Vale. Eso había sido demasiado observador. Guardé el móvil demasiado rápido dentro del bolsillo.

—No estaba sonriendo.

—Si tú lo dices.

Cuando volvimos al edificio ya estaba completamente de los nervios. Lo peor era que no sabía exactamente por qué. Bueno, sí lo sabía. Mi vecino estaba como un queso y empezaba a gustarme demasiado estar cerca de él.

Nos detuvimos frente al portal mientras Conor seguía moviendo la cola, completamente enamorado de Marcos.

—Oficialmente ya le caigo mejor que tú —comentó él.

—No era muy difícil conseguirlo.

Su mirada volvió hacia mí otra vez.

—¿Te apetece tomar algo mañana? —preguntó entonces.

Mi corazón hizo algo completamente ridículo dentro del pecho. Llevaba muchísimo tiempo sin escuchar esa pregunta y sin sentir realmente ganas de responder que sí.

—¿Eso es una cita?

—Depende de cuánto miedo te den las citas.

Intenté parecer tranquila, pero probablemente fracasé.

—No me dan miedo.

—Entonces, mañana a las ocho.

Antes de que pudiera responder algo inteligente, Marcos abrió la puerta del portal, dejando pasar primero a Conor. Subimos juntos en silencio y, cuando

llegamos a su planta, me detuve un segundo intentando recuperar un poco la dignidad.

Marcos seguía mirándome de esa forma tranquila suya que empezaba a desordenarme demasiado las ideas.

—Buenas noches, Luna del tercero B.

—Buenas noches.

Continúe subiendo las escaleras para intentar entrar rápido en casa antes de hacer el ridículo.

—Luna.

Me giré automáticamente.

—Sí.

—No te desveles mucho esta noche, necesitas energía para mañana.

Me quedé petrificada. Él se metió en su casa y a mí me costó varios segundos reaccionar y seguir subiendo las escaleras.

Cerré la puerta de casa intentando ignorar el efecto completamente ridículo que acababa de tener sobre mí una frase tan simple.

«Necesitas energía para mañana.»

Me apoyé un segundo contra la puerta, soltando aire lentamente, mientras Conor caminaba hacia la cocina como si la crisis que estaba sufriendo en ese momento no tuviera absolutamente ninguna importancia. Qué suerte la suya. Yo, en cambio, tenía el corazón completamente desordenado otra vez.

No era solo que Marcos fuera atractivo. Era la forma en que me miraba. Como si durante pequeños momentos consiguiera ver versiones de mí que ni siquiera yo conocía demasiado bien.

Estuve viendo una serie absurda y charlando con Marta, como casi todas las noches, aunque esta vez la conversación fue bastante distinta, ya que le conté que tenía un nuevo vecino y sobre Chris, el hombre misterioso de Internet.

—Espera, espera, espera —la voz de Marta sonó al otro lado de la videollamada mientras se incorporaba en el sofá—. ¿Me estás diciendo que has conocido a un vecino que parece salido de una fantasía sexual femenina escrita por una mujer con *daddy issues* y, además, estás hablando con un hombre misterioso por Internet al mismo tiempo?

—Cuando lo dices así parece que mi vida se ha convertido en una película rara.

—Tu vida necesitaba convertirse en una película rara. Antes parecías una viuda victoriana.

—No exageres.

—Luna, llevabas años emocionándote únicamente cuando Mercadona sacaba sabores nuevos de hummus.

Vale. Eso era bastante humillante porque, desgraciadamente, era la verdad.

Marta me observó unos segundos desde la pantalla antes de sonreír ligeramente.

—Pero, en serio, amiga, te noto diferente.

—¿Diferente cómo? ¿Más fracasada?

—Más despierta.

Es posible que yo también lo sintiera. Como si algo dentro de mí hubiese estado dormido muchísimo tiempo y ahora empezara a abrir los ojos lentamente.

—No sé qué me pasa —admití al final, dejándome caer un poco más en la cama—. Es raro.

—Claro que es raro. Llevabas años escondiéndote emocionalmente de todo el mundo y ahora, de repente, aparecen dos hombres que consiguen alterarte el sistema nervioso.

—No estoy alterada.

—Luna. Has dicho antes textualmente «alterar el sistema nervioso». Pareces un documental científico intentando no admitir que te gusta alguien.

—Marta, no seas exagerada, no sé si me gusta ninguno realmente.

—Ajá.

—Lo digo en serio.

—Y yo también. Precisamente por eso sé que te gustan muchísimo.

La señalé con el dedo desde la cama.

—Eres insufrible.

—Y tú llevas sonriendo al móvil dos días. Estamos creciendo como personas amiga.

Puse los ojos en blanco, aunque una pequeña sonrisa terminó escapándose igualmente.

Marta me observó un momento más antes de hablar otra vez.

—Vale. Cuéntame del vecino primero.

—Es… raro, misterioso.

—Eso no describe nada.

—No sé cómo explicarlo. Tiene esta forma de mirarte como si estuviera entendiendo cosas que tú todavía no has dicho.

—Uy.

—¿Qué significa «uy»?

—Que eso es muchísimo más peligroso que simplemente estar bueno.

Desgraciadamente también tenía razón en eso.

—Y Chris… —continuó Marta lentamente—. ¿Qué pasa con él?

Mi respiración cambió apenas un poco y odié inmediatamente que ella lo notara.

—Madre mía —susurró, llevándose una mano al pecho—. Te gusta más el hombre misterioso de Internet.

—No he dicho eso.

—No hace falta. Acabas de respirar diferente.

—¿Cómo coño detectas esas cosas?

—Porque te conozco desde hace quince años y normalmente reaccionas igual viendo una tostadora que viendo a un hombre.

Qué humillación más específica. Mi amiga sonrió divertida mientras yo intentaba ignorar el calor incómodo que empezaba a acumularse en mi cuerpo.

—¿Y qué tiene él?

Tardé unos segundos en responder. Esta respuesta era mucho más difícil porque ni yo lo entendía realmente.

—Me escucha, creo —dije finalmente—. Pero escucharme de verdad y siento que… no sé… que ve cosas de mí que normalmente la gente pasa por alto.

Su expresión cambió un poco al otro lado de la pantalla.

—Eso sí es interesante, Luna.

—Ya.

—Porque los hombres que consiguen hacerte sentir vista son los que más daño pueden hacerte después.

El silencio cayó entre las dos durante unos segundos. Lo peor fue descubrir que una parte de mí ya empezaba a saberlo. Terminamos la conversación y nos despedimos hasta mañana. Fui hasta el baño intentando despejarme un poco. Me recogí el pelo frente al espejo y me lavé los dientes. Después me puse el pijama y, cuando entré en la habitación el móvil vibró sobre la cama.

@Chris84
«¿Sigues despierta?»

@LunaNix
«Sí.»

@Chris84
«¿Pensando demasiado otra vez?»

Solté una pequeña risa negando con la cabeza.

@LunaNix
«Empiezo a sospechar que disfrutas demasiado analizándome.»

@Chris84
«Solo porque tú disfrutas fingiendo que no te gusta.»

@LunaNix
«No sabes tanto sobre mí, así que no te hagas tanto él interesante.»

@Chris84
«Sé que llevas más de diez minutos intentando dormir y todavía sigues mirando el móvil.»

@LunaNix
«Eso ha sido inquietantemente específico, pero no has acertado, estaba

hablando con una amiga.»

@Chris84
«Ah. Entonces ahora mismo hay otra persona intentando entender por qué sigues despierta a estas horas.»

@LunaNix
«No te emociones tanto, no eres tan importante.»

@Chris84
«Eso no ha sonado muy convincente, Luna.»
@LunaNix
«Quizá porque estoy cansada.»

@Chris84
«Quizá porque llevas demasiado rato pensando en alguien.»

Me acomodé mejor en la cama intentando ignorar el calor lento que empezaba a extenderse por mi cuerpo de una forma bastante traicionera.

@LunaNix
«¿Siempre llevas las conversaciones hacia donde quieres?»

@Chris84
«Solo cuando la otra persona me deja.»

@LunaNix
«Eso ha sonado bastante manipulador.»

@Chris84
«Y aun así sigues aquí.»
«Cuéntame algo.»

@LunaNix
«Eso ha sido muy ambiguo.»

@Chris84
«Lo hice aposta.»

@LunaNix
«Qué sorpresa.»

@Chris84
«Quiero saber qué haces cuando no estás intentando parecer tranquila.»

Me mordí ligeramente el interior de la mejilla mientras releía el mensaje otra vez.

@LunaNix
«No entiendo la pregunta.»
@Chris84
«Mientes mucho cuando te incomodas.»

@LunaNix
«¿Siempre eres tan desesperante? Realmente no he entendido la pregunta.»

@Chris84
«Solo contigo.»
«Y estoy seguro de que, si lo piensas un poco, sabes perfectamente a qué me refiero con la pregunta.»

El pecho se me tensó y el móvil vibró de nuevo antes de que pudiera responder.

@Chris84
«¿Qué llevas puesto?»

¿Cómo? Aquello sí cambiaba completamente la conversación y lo extraño

fue descubrir cómo reaccionó mi cuerpo inmediatamente.

@LunaNix
«No deberías preguntar estas cosas a estas horas de la noche.»

@Chris84
«Pero quieres que lo haga, te gusta, ¿verdad?»

La cosa era precisamente esa: que me gustaba muchísimo más de lo que debería. Me quedé mirando la pantalla varios segundos antes de responder.

@LunaNix
«Tienes demasiada confianza o un Ego muy grande.»

@Chris84
«Creo que empiezo a conocerte bastante.»

@LunaNix
«Eso es discutible.»

@Chris84
«Entonces demuéstramelo.»
@LunaNix
«No sé por qué sigues tan empeñado en analizarme.»

@Chris84
«Porque llevo toda la noche imaginando cómo estás ahora mismo.»

@LunaNix
«Eso suena un poco intenso.»

@Chris84
«¿Te incomoda?»

Leí el mensaje una segunda vez. Sinceramente, no sabía responder a eso. No me incomodaba, ¿verdad?

@LunaNix
«No.»

@Chris84
«Entonces dime qué llevas puesto.»

@LunaNix
«Una camiseta.»

La respuesta tardó apenas unos segundos.

@Chris84
«¿Solo eso?.»

@LunaNix
«Eres imposible.»

@Chris84
«Y tú sigues contestándome.»
«¿Sabes qué creo?»

@LunaNix
«Qué miedo.»
@Chris84
«Creo que llevas demasiado tiempo intentando parecer correcta.»
«Y también creo que una parte de ti está cansada de eso.»

@LunaNix
«Puede ser.»

Sin más, Chris decidió terminar con la conversación.

@Chris84
«Buenas noches, Luna.»

Era la primera vez que escribía mi nombre así. Sin bromas. Solo Luna.

@LunaNix
«Buenas noches, Chris.»

Me quedé mirando la pantalla varios minutos después de que la conversación terminara.

CAPÍTULO 4

Desperté tarde y lo primero que hice fue mirar el móvil.

Patético. Completamente patético.

Me quedé varios segundos mirando la pantalla, todavía medio dormida, hasta que vi el último mensaje de Chris y automáticamente sentí aquel calor lento recorriéndome otra vez por dentro.

«Buenas noches, Luna.»

Ni siquiera había sido algo especialmente íntimo y, aun así, seguía recordando la forma en que había escrito mi nombre. Definitivamente estaba perdiendo la cabeza.

Conor seguía dormido a los pies de la cama, sin ser consciente de todo lo que se me pasaba por la cabeza mientras yo me incorporaba lentamente intentando reorganizar un poco mis pensamientos porque esa noche tenía una cita.

¡Una cita real con Marcos!

Hacía muchísimo tiempo que aquello no me ponía nerviosa de verdad. No nerviosa en plan: «Qué pereza tener que arreglarme». No nervios de los malos; nervios de los que se sienten en el estómago como mariposas revoloteando.

Mi madre tardó exactamente cinco minutos en detectar que algo raro estaba pasando en cuanto me vio en la cocina.

—¿Por qué vas maquillada un sábado a las once de la mañana?

Levanté la vista del café lentamente.

—Porque me apetece.

—Ajá.

Ese «ajá» llevaba juicio, sospecha y probablemente un análisis psicológico completo.

—Mamá.

—Luna.

—No empieces.

Ella sonrió tranquilamente mientras se servía un café.

—¿Cómo se llama?

—¿Cómo?

—El hombre.

—No hay ningún hombre.

Mi madre me miró exactamente igual que miras a un niño pequeño mintiendo con chocolate en toda la cara.

—Claro.

Resoplé apoyando la frente sobre la taza.

—Te odio un poco.

—No, me necesitas. Que es peor.

Desgraciadamente, también eso era totalmente cierto.

Pasé el resto del día intentando distraerme. Intenté leer y fracasé. Intenté trabajar un rato y prepararme alguna clase y fracasé también. Incluso puse una serie absurda de fondo mientras doblaba ropa y, aun así, mi cabeza seguía volviendo constantemente al mismo sitio. La cita.

Era una cita, aunque Marcos evitara decirlo directamente, y eso era lo peor, descubrir cuánto me importaba a mí.

A las seis de la tarde mi habitación parecía el escenario de una catástrofe estética en toda regla. Había ropa encima de la cama, en la silla y en el suelo. Mi habitación parecía que una Tercera Guerra Mundial había arrasado con ella.

Conor observaba todo desde su rincón claramente decepcionado conmigo como persona.

—No me mires así.

Movió la cola igualmente. Canalla.

Me quedé frente al espejo sosteniendo dos vestidos distintos mientras intentaba decidir cuál hacía que pareciera atractiva, interesante o simplemente una mujer que no está desesperada rozando los cuarenta e intentando impresionar a un vecino buenorro. La línea entre esas tres cosas empezaba a parecer demasiado fina.

El móvil vibró sobre la cama y, por supuesto, mi corazón reaccionó inmediatamente. Qué humillación.

@Chris84
«¿Qué haces?»

Mi mirada volvió automáticamente al espejo antes de responder.

@LunaNix
«Tener una batalla conmigo misma.»

@Chris84
«Eso reduce muy poco las posibilidades.»

@LunaNix
«Intentar decidir qué ponerme.»

@Chris84
«Interesante.»

@LunaNix
«No empieces.»

@Chris84
«No he dicho nada.»

Justamente ahí estaba el quid de la cuestión. Que no necesitaba decir demasiado para alterarme completamente.

El móvil volvió a vibrar.

@Chris84
«¿Cita?»

@LunaNix
«Quizá.»

@Chris84
«Entonces ponte aquello con lo que te sientas más tú.»

No esperaba esa respuesta. No era «ponte algo sexy» o «impresiónalo».

Era otra cosa que no sabía cómo describir. Me senté despacio sobre la cama, todavía sosteniendo uno de los vestidos entre las manos.

@LunaNix
«No sé muy bien cuál es esa versión de mí.»
@Chris84
«Quizá eso sea lo que tengas que descubrir.»

Otra vez parecía acercarse demasiado a partes de mí que normalmente conseguía mantener cerradas.

Al final escogí el vestido negro. Era sencillo y marcaba un poco más mi cuerpo sin parecer que estaba desesperada por atención masculina, o eso esperaba. Me maquillé despacio frente al espejo intentando ignorar los nervios absurdos que sentía

Hacía muchísimo tiempo que no me miraba así. No buscando defectos inmediatamente y no intentando esconder cosas. Solo… mirándome.

El timbre sonó exactamente a las ocho. Como no, Marcos tenía que ser un hombre puntual.

Respiré hondo una vez antes de abrir y ahí estaba. Camisa negra, vaqueros oscuros, barba ligeramente desordenada y mirada tranquila.

De repente me di cuenta que sus ojos me recorrieron el cuerpo lentamente apenas un segundo antes de volver a subir hasta mi cara. Más que suficiente para alterar mis constantes vitales.

—Wow.

—Hola a ti también.

Una pequeña sonrisa apareció lentamente en su boca.

—No, en serio. Wow.

—Tú tampoco estás mal.

—Eso ha sonado dolorosamente forzado.

—Estoy intentando conservar algo de dignidad.

—¿Y cómo va funcionando eso?

Lo miré automáticamente. El muy cabrón parecía estar disfrutando muchísimo de ponerme nerviosa.

—Fatal, gracias por preguntar.

Su sonrisa se ensanchó apenas un poco más. Dios mío, qué peligro de hombre.

Terminamos caminando por un área de Madrid bastante tranquila porque, aparentemente, Marcos odiaba los sitios demasiado ruidosos y realmente agradecí muchísimo aquello.

La noche estaba cálida, las terrazas llenas y la ciudad viva. Por primera vez en muchísimo tiempo yo también me sentía un poco viva dentro de ella.

Caminábamos con una tranquilidad absurda que empezaba a bajar mis defensas. Él no intentaba impresionar, no hablaba sin parar y no parecía desesperado por agradar. Por eso creo que me gustaba tanto estar con él.

—¿Siempre observas tanto a la gente? —pregunté después de un rato.

Me miró de lado.

—¿Te incomoda?

—Todavía no he decidido si me incomoda o si simplemente me molesta.

—¿Y qué has decidido de momento?

—Que eres sospechosamente bueno leyendo personas.

Marcos soltó una risa baja negando ligeramente con la cabeza.

—No. Solo creo que la mayoría habla demasiado y escucha poco.

Continuamos hablando de cosas pequeñas, de todos los viajes que había hecho, cosas que nos gustaba hacer en nuestro tiempo libre y de los sitios donde uno termina refugiándose cuando necesita escapar un poco de sí mismo. La verdad que parecía un hombre muy interesante. Había viajado por muchísimos países y me contó muchas anécdotas que le ocurrieron durante todos esos años. Cuanto más hablábamos, más raro se volvía todo. No recordaba la última vez que me había sentido tan cómoda con alguien al mismo tiempo que tan nerviosa.

Terminamos entrando en un pequeño restaurante escondido entre calles estrechas donde la luz era tenue y la música sonaba lo suficientemente baja

como para poder hablar sin esfuerzo.

Marcos apartó ligeramente mi silla antes de que me sentara. Caballeroso, perfecto. Eso tampoco ayudaba.

—Esto está muy lejos de parecer una primera cita horrible —comenté mirando alrededor.

—Todavía queda noche.

Solté una pequeña risa.

—Qué optimista.

—No soy optimista. Solo paciente.

Mi respiración se aceleró un poco. Otra vez había dicho algo aparentemente normal con un tono que conseguía convertirlo en otra cosa completamente distinta.

La conversación fluyó sola durante horas y eso fue precisamente lo más inquietante de todo. No tuve que fingir y mucho menos medir cada palabra constantemente. Con Marcos podía callarme unos segundos sin sentir la necesidad de rellenar el silencio inmediatamente y hacía muchísimo tiempo que no me pasaba eso con nadie.

—¿Qué? —pregunté finalmente porque llevaba un rato mirándome demasiado.

—Estaba pensando que te escondes mucho menos cuando te ríes.

—¿Siempre haces eso?

—¿Qué cosa?

—Estudiarme como si fueras un detective emocional.

—No te estudio tanto como crees.

—Eso da todavía más miedo.

Marcos sostuvo mi mirada unos segundos y entonces bajó ligeramente la voz.

—No deberías tener tanto miedo a que alguien te vea de verdad, Luna.

El aire cambió completamente alrededor de nosotros. No sabía cómo explicarle que precisamente ese siempre había sido el problema en mi vida, que cuando alguien se acercaba demasiado yo terminaba alejándome primero.

Salimos del restaurante bastante más tarde de lo que esperaba. La ciudad

seguía llena de vida alrededor de nosotros mientras caminábamos despacio sin demasiada prisa por volver. Eso también se me hacía muy raro porque, normalmente, después de una cita yo ya estaba pensando en cómo escapar elegantemente de la situación. Pero con él no. Con él el tiempo parecía ir mucho más rápido.

Antes de llegar a casa, sentí algo extraño, no quería que esa noche terminara todavía. La idea de subir a mi piso, quitarme el vestido y volver a mi rutina de siempre me produjo una sensación rara. Como si la noche fuese a romperse en cuanto nos separáramos. Era sábado y mañana no tenía clase, así que, antes de que mi cerebro pudiera echarse atrás, me armé de valor.

—¿Te apetece tomarte una copa? Hay un bar aquí al lado de casa. Bastante cutre, pero suficiente para beber algo.

Marcos me miró apenas un segundo y después sonrió.

—Pensaba que no ibas a preguntarlo nunca.

—No te emociones tanto.

—Demasiado tarde.

CAPÍTULO 5

El bar estaba prácticamente vacío cuando entramos. La luz era cálida, música antigua sonando y mesas de madera gastadas. El típico sitio al que nadie iba para posturear y eso me relajó muchísimo.

Marcos pidió un whisky y yo debería haber pedido vino, cerveza o algo mínimamente razonable para alguien que apenas bebía nunca. Pero, en vez de eso, escuché mi propia voz decir:

—Yo otro.

Marcos giró ligeramente la cabeza mirándome.

—¿Whisky?

—¿Qué pasa? ¿No pega conmigo?

—No, es solo que pareces más de fingir que te gusta el vino.

Lo señalé automáticamente.

—Eres insoportable.

—Pero tengo razón.

Este hombre iba a acabar conmigo.

El primer trago casi me mata, aunque intenté disimularlo con toda la dignidad posible. Por supuesto, no funcionó.

Marcos soltó una risa baja apoyándose ligeramente hacia atrás en la silla.

—No te gusta nada.

—Está asqueroso.

—Entonces, ¿por qué lo has pedido?

—Tú ibas a beber esto.

La forma en que me miró después de esa frase hizo algo raro dentro de mi estómago, mucho más raro que el whisky.

—Eso ha sonado terriblemente sincero.

Bebí otro trago inmediatamente. Error gravísimo, ahora me ardía absolutamente todo.

—¿Siempre haces que las conversaciones sean incómodas aposta?

—No. Pero tú te pones nerviosa muy fácil.

—No me pongo nerviosa.

Marcos levantó lentamente una ceja y el muy cabrón ni siquiera necesitó hablar para dejar claro que no me creía absolutamente nada. Terminé riéndome yo también. Probablemente porque el alcohol empezaba a relajarme un poco.

—Bueno. Puede que un poco.

—Mucho.

—No te vengas arriba, creído. ¿Y tú qué? —pregunté apoyando el brazo sobre la barra—. ¿Siempre eres tan tranquilo?

—No.

—Pues lo escondes muy bien.

Marcos giró lentamente el vaso entre los dedos antes de responder.

—Aprendí hace tiempo que perder el control delante de la persona equivocada puede salir caro.

—Eso ha sonado muy específico.

—Probablemente lo era.

Seguimos conversando y pedí otro whisky. Claramente había perdido completamente la cabeza.

Marcos me miró directamente.

—Eso sí que me preocupa.

—¿Qué?

—Que una mujer que odia el whisky acabe de pedir otro.

—Quizá necesito dejar de comportarme siempre como una adulta aburrida.

—No creo que sepas hacerlo.

—Eso ha sonado casi ofensivo.

—Ha sonado realista.

Levanté los ojos hacia él.

—¿Y tú qué sabes exactamente sobre mí?

Marcos sostuvo mi mirada unos segundos antes de responder.

—Más de lo que crees.

El corazón me golpeó fuerte dentro del pecho.

—Vale —murmuré acercándome un poco hacia él—. Entonces

sorpréndeme.

—Te escondes detrás del humor cuando algo te afecta demasiado.

—Eso no vale. Eso lo sabe mucha gente, no hay que ser Einstein.

—La mayoría cree que simplemente eres simpática, pero eres mucho más que eso.

Marcos dio otro sorbo al whisky sin apartar los ojos de mí.

—También creo que llevas mucho tiempo sintiéndote invisible.

Madre mía, durante un segundo tuve la sensación absurda de que podía ver directamente dentro de mí.

—Deja de hacer eso —le dije más bajito esta vez.

—¿El qué?

—Mirarme como si fueras capaz de desmontarme pieza por pieza.

La sonrisa apareció apenas un poco.

—Solo lo hago cuando merece la pena mirar dentro.

Joder. Eso sí me dejó completamente sin palabras y mi cuerpo reaccionó. El calor, el pulso acelerado y la tensión lenta acumulándose en mi estómago.

El tercer whisky había sido claramente una decisión terrible o maravillosa, todavía no lo tenía claro. La música del bar cambió a una canción absurdamente mala, casi de la época de mis padres y antes de que mi cerebro pudiera recordar que yo era una mujer adulta con dignidad, ya estaba riéndome y levantándome.

—No puede gustarte esto —dijo Marcos mirándome completamente incrédulo.

—¿Por qué no? Es increíble.

—Luna, esto es literalmente lo peor de aquellos maravillosos años.

—Exacto.

Solté una carcajada ya de pie, con el vaso todavía en la mano. El alcohol me recorría el cuerpo de una forma cálida y ligera. Como si alguien hubiese bajado el volumen constante de mi cabeza por primera vez en muchísimo tiempo.

—¿Qué haces? —preguntó Marcos mientras me observaba.

—Bailar.

La sonrisa apareció lentamente en su boca.

—Eso quiero verlo.

—Pues mira.

Probablemente debería haberme dado vergüenza, pero no me dio. Normalmente yo era consciente de todo; de cómo me movía, de cómo hablaba y de cómo me veía la gente. Siempre controlando, midiéndome, pero aquella noche no.

Empecé a moverme al ritmo de la música ridícula mientras me reía sola en medio de aquel bar cutre y Marcos no apartaba los ojos de mí.

El vestido negro subía ligeramente por mis piernas cada vez que movía las caderas y el calor me hacía sentir más ligera, más libre y más mujer.

Levanté los brazos un momento girando sobre mí misma mientras soltaba otra risa y cuando volví a mirarlo, la expresión de Marcos había cambiado. Mucho. Ya no parecía divertido, parecía distraído. Su mirada descendió lentamente por mi cuerpo otra vez, muy despacio, y el aire cambió completamente entre nosotros.

Ahí empezaron los problemas, cuando descubrí que no era el único que me miraba. Los hombres de la barra, los de la mesa del fondo e incluso el camarero, todos estaban observándome exactamente igual. Con deseo y con una intensidad bastante menos disimulada de la que debería existir en un bar de mala muerte un sábado de madrugada.

Borracha como estaba, una parte de mí disfrutó un poco de esa atención porque jamás me había sentido así, tan observada, deseada y tan consciente de mí misma. Pero Marcos sí parecía darse cuenta de algo más porque, cuando volví a acercarme a la barra, su mandíbula estaba ligeramente tensa.

—Creo que ya has bebido suficiente.

—Eso lo dices porque estoy ganando claramente el concurso de baile.

—Luna.

Levanté una ceja mirándolo.

—¿Qué pasa?

—Nos vamos.

Me crucé de brazos inmediatamente como una niña pequeña enfadada.

—¿Qué? No.

—Sí.

—Marcos, son las dos de la mañana y estoy viviendo mi mejor momento.

La pequeña sonrisa apareció apenas un segundo en su boca, pero desapareció enseguida.

—Precisamente ese es el problema.

No entendí realmente lo que quiso decir hasta que vi cómo miraba alrededor y entonces lo entendí perfectamente. Los hombres seguían mirándome con una atención que ya empezaba a resultar imposible ignorar. El calor del alcohol seguía recorriéndome el cuerpo, pero algo en la expresión de Marcos consiguió atravesar ligeramente la niebla de mi cerebro porque no parecía enfadado, parecía protector.

—Quiero otro whisky —murmuré igualmente.

—No.

—Qué dictador eres.

—Mañana me odiarás menos por esto.

—No quiero irme todavía. —Mi voz sonó mucho más suave de lo que pretendía.

—Luna, nos vamos a casa.

Sinceramente no sé por qué terminé obedeciendo tan fácilmente. Probablemente porque una parte de mí confiaba demasiado rápido en él o tal vez porque Marcos tenía esa clase de presencia tranquila que hacía que todo pareciera más sencillo cuando estaba cerca.

La noche nos golpeó en cuanto salimos del bar. El aire frío me hizo cerrar los ojos un segundo.

—Necesito sentarme.

Marcos me sostuvo suavemente por la cintura mientras caminábamos hasta un banco un poco más alejado de la calle principal.

¡Madre mía! No debería sentirse tan bien que me tocara así.

Me dejé caer en el banco soltando una pequeña risa cansada mientras él se sentaba a mi lado.

—Creo que definitivamente no sé beber whisky.

—No, definitivamente no sabes.

—Pero me lo he pasado bien.

Marcos me observó unos segundos en silencio. Como si estuviera intentando contener algo.

—Yo también —murmuró al final.

El silencio que cayó después ya no se sintió ligero. Toda mi atención estaba puesta en él. En cómo me miraba. En su mano todavía cerca de mi pierna. En el calor lento que seguía acumulándose debajo de mi piel. Mi respiración cambió apenas un poco cuando Marcos levantó una mano despacio apartándome un mechón de pelo de la cara.

No aparté la mirada. Error enorme, porque durante un segundo tuve la sensación clarísima de que iba a besarme y lo peor fue descubrir cuánto quería que lo hiciera. Marcos descendió la vista lentamente hacia mi boca. Se inclinó apenas un poco más hacia mí, lo suficiente para sentir su respiración y lo suficiente para notar el calor de su cuerpo.

Mi corazón estaba completamente fuera de control y entonces él se detuvo. Solo unos centímetros y juro que nunca había sentido tanta tensión en un simple silencio.

—Estás borracha —murmuró muy bajo.

Mi respiración tembló apenas un poco.

—Solo un poco.

—Precisamente por eso no voy a besarte ahora mismo.

En ese momento no sabía si odiarlo o enamorarme un poco por aquello.

Regresamos a casa y, en el fondo, no podía evitar pensar que, si no hubiera bebido, esta noche hubiera acabado mucho mejor. Me acompañó hasta la puerta de mi casa como si fuera el hombre más caballeroso de Madrid.

—Gracias por esta noche —murmuré finalmente.

—No pareces muy convencida.

—Estoy intentando no alimentar demasiado tu Ego.

—Demasiado tarde para eso.

Resoplé bajando la mirada un segundo.

—¿Sigues nerviosa? —preguntó en voz baja.

—Un poco.

Entonces sus dedos rozaron suavemente mi mandíbula. Muy despacio. Demasiado despacio.

—Bien —murmuró él—. Porque yo también.

Me dejó allí completamente alterada mientras se apartaba despacio.

—Buenas noches, Luna.

Mi cerebro tardó varios segundos en volver a funcionar.

—Buenas noches.

Entré en casa intentando parecer una mujer tranquila y normal, pero en cuanto cerré la puerta apoyé la espalda contra ella y solté el aire lentamente.

Conor pasó a mi lado caminando tranquilamente hacia la cocina como si aquella fuese una noche completamente normal. Qué suerte la suya. Yo, en cambio, sabía perfectamente que no iba a pegar ojo en toda la noche.

CAPÍTULO 6

Me desperté con la boca seca, la cabeza pesada y un recuerdo demasiado nítido de la mirada de Marcos a pocos centímetros de mi boca.

Conor seguía dormido a los pies de la cama mientras yo permanecía mirando el techo intentando reconstruir la noche anterior sin morirme de vergüenza en el proceso. El whisky, el baile, el banco y el casi beso. Me tapé la cara con la almohada soltando un sonido de puro sufrimiento.

Mi móvil vibró sobre la mesilla.

Marta. Por supuesto, ¿quién, si no? Descolgué todavía medio enterrada entre las sábanas.

—Necesito detalles inmediatamente —dijo rápidamente y emocionada.

—Buenos días a ti también.

—Luna, llevo despierta una hora imaginando posibilidades. No me hagas sufrir más.

—Creo que me emborraché un poco.

—¿CUÁNTO ES UN POCO?

—Vale. Bastante. Bebí whisky.

Marta soltó una carcajada al otro lado.

—No puedo creer que el hombre serio y buenorro te haya llevado a beber whisky.

—Técnicamente fue culpa mía, yo fui la que propuso ir al bar y la que tomó la mala decisión de beber lo mismo que él.

—Eso lo hace todavía mejor.

Me levanté caminando hacia la cocina mientras ella seguía riéndose.

—No te rías. Fue humillante.

—¿Humillante en plan lloraste en un baño o humillante en plan te pusiste sexy y divertida?

Abrí la nevera buscando agua desesperadamente.

—Creo que la segunda.

—Oh, Dios mío.

—No hagas eso.

—Luna. Nunca eres la segunda opción. Tú eres más de beber dos copas de vino y analizar internamente la textura del ambiente.

—Odio muchísimo cuando me describes así.

—Porque sabes que tengo razón.

Bebí agua lentamente apoyándome sobre la encimera y entonces apareció otra vez el recuerdo. Marcos mirándome bailar y el calor me recorrió el cuerpo otra vez. Marta debió notar el silencio porque bajó un poco el tono.

—Te gusta mucho, ¿verdad?

Me dejé caer en una silla mirando la ventana, e intenté responder algo que no sonara completamente aterrador.

—No sé qué me pasa con él, es extraño.

—Eso no responde la pregunta.

—Porque no es solo atracción.

Marta guardó silencio inmediatamente.

—Vale —murmuró ella—. Eso ya es más serio.

—Cuando estoy con Marcos siento que… no tengo que esforzarme tanto.

—¿En qué sentido? —me preguntó rápidamente.

—Normalmente siento que siempre estoy intentando convertirme en alguien más fácil de querer.

—Luna…

—En serio Marta, con él no pienso tanto. Bueno, sí pienso porque claramente tengo problemas mentales, pero no siento que tenga que fingir constantemente.

Marta soltó un suspiro.

—Eso es muy peligroso.

—¿Por qué dices eso como si fuera una tragedia?

—Porque las mujeres como nosotras estamos acostumbradas a sobrevivir controlándolo todo y ahora aparece un hombre que te hace bajar la guardia un poco y, de repente, ya estás sentimentalmente desnuda.

—No estoy sentimentalmente desnuda.

—Todavía no, pero lo estarás.

La rabia me recorrió el cuerpo porque sabía que, como siempre, mi jodida amiga tenía toda la razón.

—Te odio.

—No, estás empezando a vivir. Que es diferente.

Me pasé la mañana como muerta viviente intentando que me desapareciera esta resaca tan horrible que tenía. Nota mental: JAMÁS VUELVAS A BEBER WHISKY.

La comida con mis padres fue exactamente el tipo de experiencia que debería estudiarse científicamente como método de tortura. Mi madre llevaba observándome desde que me senté a la mesa y mi padre seguía viendo la televisión, completamente ajeno al drama que se desarrollaba frente a él.

Qué envidia de hombre.

—¿Dormiste fuera? —preguntó mi madre casualmente mientras servía ensalada.

—¿Qué dices?

—Llegaste tarde.

—Mamá, tengo treinta y nueve años y eran las tres de la mañana.

—Y yo sigo siendo tu madre y vives en mi casa.

Touché.

—¿Hay un hombre? —preguntó mi padre tranquilamente.

Madre de Dios.

—¿Qué os pasa hoy?

Mi madre sonrió tranquilamente.

—Nada. Solo que hace mucho tiempo que no te veía sonreír como ahora —dijo mi padre.

Ni siquiera me había dado cuenta de eso. Miré automáticamente hacia el plato intentando ocultar la expresión de mi cara.

—Ah, definitivamente hay un hombre —dijo mi madre.

—No hay nada serio.

—Las cosas importantes nunca empiezan pareciendo serias —contestó ella mientras cortaba el pan.

—¿Es el vecino? —preguntó mi padre.

Levanté la cabeza tan rápido que ambos empezaron a reírse.

—¿Cómo demonios sabéis eso?

—Porque llevas dos semanas tardando muchísimo más en los paseos con Conor —contestó mi madre tranquilamente.

Mi vida privada acababa de ser destruida por análisis logísticos familiares.

—Necesito independizarme urgentemente.

—Eso llevas diciéndolo años —respondió mi padre sin apartar la vista de la televisión.

Mi madre dejó el tenedor despacio antes de mirarme un poco más en serio.

—Solo quiero que tengas cuidado, Luna.

—Mamá…

—No hablo del vecino. Hablo de ti.

Incliné ligeramente la cabeza.

—¿Qué significa eso?

Ella sostuvo mi mirada unos segundos antes de responder.

—Llevas muchos años conformándote con muy poco, a lo que hombres se refiere y cuando alguien aparece y te hace sentir cosas otra vez… es fácil perder el equilibrio.

Eso me dejó pensando toda la tarde, dándole vueltas a algo que no sabía ni poner nombre. ¿Cómo me sentía? Estaban siendo días bastante intensos y hacía mucho que me había acostumbrado a no sentir absolutamente nada.

Chris apareció exactamente cuando mi cerebro necesitaba dejar de pensar. Aunque todavía no tenía claro si eso mejoraba las cosas o las empeoraba.

@Chris84
«¿Sigues viva después de la cita?»

@LunaNix
«Sobreviví. De milagro.»

@Chris84

«Eso suena interesante.»

@LunaNix
«Creo que el whisky casi acaba conmigo.»

@Chris84
«¿Whisky?»

@LunaNix
«Fue una mala decisión.»

@Chris84
«No estoy tan seguro.»

@LunaNix
«Eso es porque tú no eres quien tiene resaca.»
@Chris84
«Quizá me interesa más imaginar cómo estabas anoche.»

@LunaNix
«Eso suena un poco a que te quieres reír de mí.»

@Chris84
«¿Te incomoda?»

@LunaNix
«No.»

@Chris84
«Cuéntame algo.»

@LunaNix
«Depende.»

@Chris84
«Quiero saber cómo estabas pensando en mí anoche.»

Mi respiración se quebró ligeramente. Eso sí consiguió atravesarme completamente. ¿Pensé en Chris en algún momento? La realidad es que sí, se me vino a la cabeza en ciertos momentos de la noche.

@LunaNix
«Eso es mucho asumir.»

@Chris84
«¿Lo es?»

@LunaNix
«Quizá pensé un poco en ti.»

@Chris84
«¿Solo un poco?»

Joder. La tensión fue acumulándose despacio debajo de la piel como si Chris consiguiera acercarse demasiado incluso sin verme, y menos tocarme.

@LunaNix
«Te gusta demasiado hacer preguntas incómodas».

@Chris84
«Solo porque tú respondes.»

El móvil volvió a vibrar.

@Chris84
«¿Qué llevas puesto?»

@LunaNix
«Chris…»

@Chris84

«Respóndeme».

Ahí estaba otra vez la misma maldita pregunta. Fue una orden muy clara y, en cualquier otro momento, no le habría contestado. Pero aquella noche lo hice.

@LunaNix
«Una camiseta grande.»

@Chris84
«¿Y debajo?»

@LunaNix
«No deberías preguntar eso.»

@Chris84
«Pero quieres que lo haga.»

Quería, y el calor empezaba a subirme por todo el cuerpo.

@Chris84
«¿Sabes qué estoy imaginando ahora mismo?»

@LunaNix
«Probablemente demasiadas cosas que no son buenas.»

@Chris84
«Te imagino tumbada en la cama intentando actuar como si esto no te afectara.»

Acababa de describirme exactamente.

@Chris84
«Pero creo que llevas demasiado rato respirando diferente.»

Mi mano apretó un poco más fuerte el móvil y sentí como si pudiera verme incluso sin estar allí.

@LunaNix
«No deberías ser tan bueno haciendo esto.»

@Chris84
«¿Y quién dice que quiero ser bueno?»

Todo mi cuerpo reaccionó al instante.

@Chris84
«Dime algo de verdad, Luna».

@LunaNix
«¿Qué quieres saber?»

@Chris84
«Quiero saber si piensas en mí cuando estás sola o si alguna vez te has tocado pensando en mí.»

@LunaNix
«¿Por qué quieres saberlo? ¿Y eso te excita?»

QUÉ ACABABA DE ESCRIBIR. Por Dios santo. Estaba perdiendo auténticamente la cabeza. Creo que el alcohol de anoche me había hecho perder las pocas neuronas cuerdas que me quedaban.

@Chris84
«¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti?»

@LunaNix
«No.»

@Chris84
«Que llevas toda la noche intentando parecer más tranquila de lo que estás.»

@LunaNix
«No estoy nerviosa.»

@Chris84
«Claro que sí.»
«Y también estás sonriendo ahora mismo.»

@LunaNix
«No puedes saber eso.»

@Chris84
«No necesito verlo para saberlo.»
«¿Sigues en la cama?»

@LunaNix
«Sí.»

@Chris84
«¿Con esa camiseta enorme que usas para dormir?»

El corazón me golpeó un poco más fuerte.

@LunaNix
«Quizá.»

@Chris84
«Me gusta imaginarte así.»

No respondí.
@Chris84
«Porque apuesto a que ahora mismo estás intentando decidir si deberías

seguir hablando conmigo.»

@LunaNix
«Y tú crees que me conoces demasiado.»

@Chris84
«No.»
«Puedo equivocarme.»
«Pero creo que llevas demasiado tiempo diciéndote que ciertas cosas no son para ti.»
«Que ya es tarde.»
«Que no eres ese tipo de mujer.»

Mi respiración cambió automáticamente porque esa parte sí era verdad.

@Chris84
«Y, sin embargo, aquí estás.»
«Sigues leyendo.»
«Sigues respondiendo.»
«Y no has dejado el móvil ni un segundo.»

Cerré los ojos.

@Chris84
«Quiero que hagas algo.»

@LunaNix
«Qué miedo.»

@Chris84
«Solo quiero que dejes de pensar durante un minuto.»
«Ni en mañana.»
«Ni en tu edad.»
«Ni en todo lo que crees que deberías ser.»
«Solo en cómo te sientes ahora.»

«¿Puedes hacer eso por mí, Luna?»
@LunaNix
«Creo que sí.»

@Chris84
«Estoy seguro de que lo vas a disfrutar.»
«Tendrías que tumbarte en la cama desnuda y sentir cómo el aire que entra por tu ventana recorre tu piel.»
«Acariciarte con la mano, poco a poco. Empezando desde el cuello, poco a poco, hacia tus hombros y después los brazos. Continuar hacia tus pechos y acariciarlos suavemente poniendo atención en tus pezones. Pero, Luna, siempre con mucha calma.»
«¿Lo estás haciendo, Luna?»

Jamás había hecho algo así con un hombre. ¿Sexo telefónico? ¿Y por mensaje? ¿Qué me estaba pasando últimamente? Esto no era normal en mí y, aun así, seguía haciendo exactamente lo que me pedía, cada vez más excitada y cada vez menos capaz de detenerme.

@LunaNix
«Sí.»

@Chris84
«Qué buena chica eres, me encanta.»
«Vas a seguir descendiendo por tu vientre, tus muslos, hasta que llegues a tu sexo.»
«Acarícialo poco a poco, en círculos, poniendo más atención en tu clítoris. Introduce un dedo dentro de ti y, con el pulgar, sigue acariciando tu clítoris. Hazlo y siente tus dedos, siéntelo, Luna.»

Cuando finalmente cerré los ojos sentí algo mucho más intenso de lo que esperaba. Llegó el orgasmo y me pilló completamente desprevenida. No solo era placer, era liberación. Como si, durante unos pocos minutos, hubiera dejado de cargar conmigo misma.

El móvil vibró otra vez.

@Chris84
«Buenas noches, Luna. Espero que lo hayas disfrutado tanto como yo imaginándote.»

Me quedé mirando la pantalla ¿Que había hecho? Por un instante me sentí profundamente avergonzada porque una parte de mí ya sabía algo: esto acababa de cambiar algo dentro de mí.

No sabía qué contestar a Chris. Seguía demasiado alterada y demasiado aturdida. Así que solo pude contestar:

@LunaNix
«Buenas noches.»

CAPÍTULO 7

Marta tardó exactamente tres segundos en empezar a gritar en cuanto terminé de contarle lo de Chris.

—Perdona, ¿me estás diciendo que un hombre consiguió dejarte temblando solamente escribiéndote mensajes?

Me dejé caer boca arriba sobre la cama mientras me tapaba la cara con una mano.

—Técnicamente todo lo hice yo. Pero, cuando lo dices así, parece que necesito ayuda psicológica urgente.

—¡No! Parece que llevabas años dormida, siendo totalmente aburrida, y alguien acaba de encontrar el interruptor correcto.

Suspiré mirando el techo.

—Lo peor es que ni siquiera fue solamente sexual —admití en voz baja.

Marta guardó silencio inmediatamente.

—Vale. Eso sí es grave.

Giré lentamente la cabeza sobre la almohada.

—Cuando habla conmigo siento que me está conociendo demasiado rápido.

—No creo que sea eso.

—¿Entonces qué?

—Creo que eres tú dejando de esconderte un poco.

Esa posibilidad era todavía más aterradora. Llevaba toda mi vida intentando ser correcta, tranquila, fácil y prudente, y ahora, de repente, aparecían dos hombres capaces de desordenarme completamente la vida.

Seguí hablando con Marta un rato más mientras me tomaba un café y ella me contaba lo terriblemente aburrida que era su vida ahora mismo en comparación con la mía. La echaba muchísimo de menos.

Más tarde salí a pasear a Conor bastante más tarde de lo habitual porque, claramente, mi estabilidad dependía ahora mismo de hablar durante dos horas

con Marta sobre hombres.

Fantástico, Luna.

Hacía demasiado calor incluso a esas horas y, sinceramente, agradecí un poco de aire en la cara cuando soplaba una pequeña brisa. Conor tiró ligeramente de la correa al doblar la esquina y entonces lo vi.

Marcos estaba apoyado tranquilamente contra una farola, con la mirada perdida en el horizonte. Camiseta blanca, vaqueros oscuros y gafas de sol. Tenía esa expresión muy suya que empezaba a alterarme demasiado.

La sonrisa apareció lentamente en su boca cuando me acerqué con Conor, que prácticamente confirmó la teoría moviendo la cola como si acabara de reencontrarse con el amor de su vida.

—Empiezo a pensar que me buscas, Luna.

—¿Qué haces aquí? —pregunté intentando no parecer muy ilusionada, pero sabemos que fracasé estrepitosamente.

—Esperarte. Sabía que, en algún momento, bajarías con mi amigo Conor y, cómo no tengo tu teléfono, era la única forma de localizarte que no fuera llamando a la puerta de tu casa.

En el fondo agradecí que no viniera a buscarme a casa. Podía imaginar a mi madre creándose películas de Hollywood totalmente innecesarias.

Empezamos a caminar juntos como si aquello ya fuese una costumbre.

—¿Cómo va la superviviente del whisky? —preguntó él, mirándome de lado.

—Creo que sigo técnicamente muerta.

—Te avisé.

—No. Tú me juzgaste silenciosamente mientras bebía.

—Y, aun así, pediste otro y no me hiciste ni caso.

—Claramente había perdido completamente la cabeza.

Soltó una risa baja y yo básicamente perdí las bragas. Marcos no debería tener derecho a resultar tan atractivo simplemente caminando por una acera.

Seguimos hablando de tonterías, como siempre: del barrio, de turistas insoportables, de perros neuróticos y de música mala. Me sorprendía la facilidad con que podíamos hablar durante tanto tiempo. Con Marcos todo

parecía demasiado sencillo.

—Por cierto —comentó él después de un rato—, quiero llevarte esta noche a un sitio.

Lo observé intentando seguir el hilo de lo que acababa de decir.

—Eso ha sonado sospechosamente ambiguo.

—Porque lo es.

—Marcos.

—Un amigo mío tiene un club aquí, en Madrid, y organiza diferentes eventos.

—¿Qué tipo de club y qué tipo de eventos?

Se encogió de hombros, haciéndose el interesante.

—Música. Copas. Gente rara intentando parecer normal.

—Ah. O sea, postureo madrileño.

Su risa fue suave.

—Más o menos, aunque yo no lo describiría así exactamente.

Lo observé unos segundos porque, sinceramente, aquello seguía sonando muy misterioso. Aun así...

—Vale.

—¿Eso significa que vienes?

—No te emociones tanto.

—Demasiado tarde.

Puse los ojos en blanco, aunque mi cuerpo parecía tener una opinión completamente distinta sobre aquella sonrisa.

—¿Y qué se supone que tengo que ponerme?

Marcos me miró lentamente de arriba abajo.

—Algo que haga que todos los hombres del sitio te miren y yo me arrepienta de haberte llevado.

Eso había sonado muy territorial y lo peor fue descubrir cuánto me gustó.

Volví a casa intentando concentrarme en el trabajo. Tenía que dar un par de clases de última hora, pero fracasé. Yo creo que mis estudiantes pensaron que estaba perdida en el universo. Después intenté corregir ejercicios. No podía

concentrarme. También intenté preparar las clases de la próxima semana y tampoco.

Mi cabeza seguía atrapada en la sensación constante de que mi vida empezaba a moverse en una dirección completamente distinta. No sabía si eso me emocionaba o me aterrorizaba a partes iguales.

Marta apareció otra vez en videollamada exactamente cuando abrí el armario.

—Vale. Enséñame opciones.

—Todavía ni siquiera sé qué tipo de sitio es.

—Perfecto. Eso significa que tenemos libertad creativa.

Terminé sacando vestidos encima de la cama mientras Marta criticaba absolutamente todo.

—Ese parece de divorciada rica buscando venganza.

—Marta.

—Ese otro parece de profesora sexy de Netflix.

—¡MARTA!

—Vale, espera... El negro.

No era el mismo que la noche de la cita y la borrachera; este era más corto y más sexy. Me lo puse y me giré lentamente frente al espejo, observándome unos segundos. El vestido se ajustaba un poco más al cuerpo de lo habitual, el escote me favorecía muchísimo y se podían ver mis piernas largas al descubierto. Increíblemente, me gustó cómo me veía.

—Ese —confirmó Marta señalando la pantalla—. Ese hace que parezcas una mujer que podría romperle el corazón a alguien sin querer.

Solté una pequeña risa. Esta mujer siempre hacía que la vida pareciera una broma.

—No creo que tenga ese talento.

Marta levantó una ceja.

—Luna, literalmente tienes a dos hombres completamente obsesionados contigo y todavía hablas como si fueras invisible.

Todavía seguía viéndome como la mujer que había sido durante años: triste y apagada. Además, decir que Marcos y Chris estaban obsesionados conmigo

era mucho decir.

Me despedí de Marta prometiendo que, cuando regresara a casa, fuera la hora que fuera y, aunque estuviera borracha como una cuba, le escribiría un mensaje contándole todo.

Chris apareció exactamente cuando terminé de maquillarme. Como si tuviera algún radar emocional extraño conectado conmigo.

@Chris84
«¿Preparándote para la cita misteriosa?»

@LunaNix
«Empiezo a pensar que me espías.»

@Chris84
«No me hace falta. Eres bastante predecible cuando alguien te gusta.»

Me senté despacio sobre la cama mientras seguía leyendo sus mensajes.

@Chris84
«¿Qué llevas puesto?»

Solté una pequeña risa negando con la cabeza.

@LunaNix
«Obsesiónate un poco menos conmigo.»

@Chris84
«Imposible. Tú tampoco me lo estás poniendo fácil.»

Cada vez me costaba más pensar con claridad cuando decía esas cosas, porque sonaba sincero. Demasiado sincero.

@LunaNix
«Eso no debería gustarme tanto.»

@Chris84

«Pero te gusta. Qué digo, te gusta: te encanta.»
«¿Nerviosa?.»

Miré mi reflejo en el espejo unos segundos antes de responder.

@LunaNix
«Un poco.»

@Chris84
«Bien.»
«Las mujeres como tú son mucho más peligrosas cuando dejan de intentar parecer perfectas.»

Lo curioso era que aquella frase me golpeó con mucha más fuerza que cualquiera de las insinuaciones anteriores.

El timbre sonó exactamente a las nueve. Perfecto. Marcos, tan puntual como siempre. Bloqueé el teléfono y respiré hondo una vez antes de abrir la puerta. Ahí estaba él. Chaqueta negra, camisa oscura y esa calma absurda que parecía llevar puesta incluso cuando no decía nada.

—Wow.

—No pienso volver a responder a esa palabra nunca más. Te repites muchísimo.

—Mala suerte. Porque estás preciosa.

Aparté ligeramente la mirada intentando recordar cómo funcionaba respirar y entonces escuché la voz de mi madre detrás de mí.

—Así que tú eres Marcos.

Tierra, trágame.

Marcos levantó inmediatamente la vista mientras mi madre aparecía sonriendo desde el pasillo y mi padre observaba la escena como si estuviera viendo un documental. Quise morirme un poco.

—Mamá, por favor.

Ella ignoró completamente mi sufrimiento.

—Soy Ana.

Marcos sonrió tendiéndole la mano.

—Marcos. Encantado.

Mi madre lo observó unos segundos demasiado largos.

—Ahora entiendo muchas cosas.

—¡MAMÁ!

Mi padre soltó una risa desde el sofá. Están completamente compinchados los dos y lo peor fue descubrir que Marcos parecía disfrutar muchísimo toda la situación. La sonrisa seguía todavía en su boca mientras mi madre lo analizaba descaradamente de arriba abajo, como si estuviera evaluando una inversión financiera importante.

—Bueno —dijo ella finalmente—. Ahora entiendo por qué mi hija tarda dos horas en pasear al perro últimamente.

—¡MAMÁ!

Marcos bajó ligeramente la cabeza intentando disimular una risa. No lo consiguió. Qué vergüenza.

Mi padre dejó finalmente el periódico sobre la mesa del salón, observando la escena con una tranquilidad ofensiva mientras se acercaba.

—¿A qué te dedicas, Marcos?

Vale. Perfecto. Entrevista laboral improvisada.

—Papá, no hace falta interrogarlo.

—No lo estoy interrogando.

—Todavía.

El muy cabrón de Marcos parecía estar pasándoselo increíblemente bien viendo cómo yo moría lentamente por dentro de la vergüenza.

—Trabajo en inversiones —respondió él tranquilamente.

Mi padre asintió despacio.

—Tienes pinta.

Miré a mi padre y le pregunté.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Que parece uno de esos hombres tranquilos que saben demasiado bien lo que hacen.

Desgraciadamente, esa descripción era bastante precisa.

Mi madre siguió observándonos unos segundos antes de sonreír otra vez y volvió a repetir.

—Bueno, pues ahora ya comprendo también por qué Luna lleva dos semanas comportándose raro.

—No me estoy comportando raro.

Los tres me miraron exactamente igual. Marcos terminó soltando una risa baja mientras negaba ligeramente con la cabeza.

Verlo encajar tan fácilmente dentro de mi casa, hablando con mis padres como si llevase años allí, hizo que algo cálido se moviera dentro de mi pecho.

Mi madre se apartó finalmente hacia la cocina.

—Intentad no llegar demasiado tarde.

—Ana —murmuró mi padre sin apartar la vista de nosotros—. Tienen casi cuarenta años.

Ella se encogió de hombros tranquilamente.

—Y yo sigo teniendo imaginación y soy su madre.

—¡MAMÁ!

Marcos ya estaba riéndose abiertamente. Definitivamente iba a tener que mudarme de país o de planeta.

El ascensor se cerró detrás de nosotros y, por primera vez desde que habíamos salido del piso de mis padres, el silencio cayó entre los dos. Todavía seguía sintiendo el calor en la cara después de la humillación pública que acababa de vivir en mi propia casa.

Marcos seguía sonriendo ligeramente mientras apoyaba una mano en la pared del ascensor.

Lo miré horrorizada de la vergüenza.

—No puedes seguir divirtiéndote con esto.

—Tu madre me cae bien.

—Mi madre me acaba de traumatizar de por vida delante de ti.

—No exageres.

Solté una pequeña risa incrédula mientras salíamos del portal.

—Ha insinuado literalmente que llevo semanas actuando raro por ti.

Marcos abrió el coche con tranquilidad antes de mirarme otra vez.

—¿Y mentía?

Aparté la mirada inmediatamente mientras subía al coche.

—Odio muchísimo cuando haces eso.

—¿El qué?

Se acomodó en el asiento, arrancando el motor, mientras me observaba de reojo.

—Responder preguntas con otras preguntas.

Su risa fue baja. Suave.

—Es útil contigo.

Solté un bufido de pura frustración. Qué cruz de hombre…

Madrid vibraba alrededor de nosotros mientras el coche avanzaba lentamente entre las calles iluminadas y no entendía exactamente por qué aquella situación se sentía tan distinta. Quizá porque llevaba demasiado tiempo sin hacer algo: sin salir de noche, arreglarme para alguien y sentirme esperada.

El silencio volvió durante unos segundos mientras Marcos cambiaba de marcha tranquilamente.

—¿Por qué me miras así? —preguntó de repente.

—No te estaba mirando.

—Claro.

Odiaba profundamente ese «claro». Porque siempre sonaba como: «Sé perfectamente que estás mintiendo».

Miré distraídamente por la ventana intentando recuperar la dignidad y las palabras.

—Solo estaba pensando.

—Eso sí da miedo.

Lo señalé automáticamente.

—¿Ves? Esto es exactamente lo que digo. Eres insoportable el noventa por ciento del tiempo.

—Y, aun así, aquí estás otro sábado por la noche en mi coche.

Otra vez dejándome sin respuesta demasiado fácil.

Resoplé, cruzándome ligeramente de brazos, mientras él seguía sonriendo apenas un poco.

—Empiezo a pensar que disfrutas demasiado poniéndome nerviosa.

Marcos bajó ligeramente la velocidad en un semáforo antes de mirarme otra vez.

—No me gusta ponerte nerviosa, me encanta.

Me quedé paralizada. No esperaba para nada esa respuesta.

—Y sabes también que me gusta, Luna. Cuando te olvidas de intentar controlar todo lo que sientes.

Lo peor era que ya empezaba a creerle. Miré hacia la ventana otra vez intentando ignorar todo lo que estaba sintiendo en ese momento.

—Voy a fingir que no has dicho eso —murmuré mirando por la ventana.

—Culpa tuya por hacerme prestar tanta atención.

El coche siguió avanzando entre las calles iluminadas mientras mi corazón seguía funcionando claramente peor de lo normal y sintiendo que perdía el control. Lo más extraño fue descubrir que ya no tenía tan claro si quería recuperar ese control otra vez.

CAPÍTULO 8

Marcos apagó el motor lentamente. Esta vez no dijo nada inmediatamente y ese silencio, justo antes de salir del coche, consiguió ponerme todavía más histérica que cualquier comentario suyo durante el trayecto.

Miré otra vez la fachada del edificio; era discreta, oscura y elegante. Nada gritaba «club» desde fuera y, precisamente por eso, daba más miedo.

—Marcos…

Él giró ligeramente la cabeza hacia mí.

—¿Sí?

—¿Puedes decirme qué demonios es este sitio? No parece un club normal

—¿Y arruinarte el momento dramático? Qué egoísta.

Resoplé y puse morritos de niña triste.

—No me gusta que disfrutes tanto viendo cómo entro en crisis.

—No estás entrando en crisis.

—Todavía. Dame cinco minutos.

Saber por qué mi cuerpo reaccionaba así con él era misión imposible. Marcos salió del coche, rodeándolo después para abrir mi puerta.

—Si quieres que nos vayamos, ahora mismo nos vamos.

Lo dijo tranquilo. Sin provocarme y mucho menos presionándome y, quizá precisamente por eso, terminé aceptando su mano. El calor de sus dedos envolviendo los míos consiguió acelerar inmediatamente mi respiración.

Caminamos hacia la entrada mientras la música se filtraba apenas desde dentro del local. No era música alta. Era lenta, grave e íntima, como si el sitio entero respirara diferente al resto de Madrid.

El portero levantó inmediatamente la cabeza al vernos acercarnos. La forma en que saludó a Marcos desprendía familiaridad y respeto, como si mi vecino perteneciera demasiado a aquel lugar.

—Buenas noches, Señor López.

—¿Qué tal, Iván?

El hombre abrió la puerta sin siquiera preguntar nada más. Nada sospechoso.

Miré a Marcos de reojo mientras entrábamos.

—Empiezo a sentir que eres famoso aquí.

—Te prometo que hay gente mucho más interesante y famosa dentro.

—Eso no responde a nada.

—No pretendía hacerlo.

La puerta se cerró detrás de nosotros y creo que no estaba preparada para lo que vi. El interior parecía sacado directamente de una fantasía elegante e increíblemente cara. Las luces bajas, asientos de terciopelo oscuro, música sensual y las copas brillando bajo lámparas cálidas. La gente era demasiado atractiva y elegante. Daba la sensación de que todos estaban demasiado cómodos y demasiado cercanos entre sí.

Había una mujer que estaba sentada sobre las piernas de un hombre en uno de los sofás del fondo mientras él le besaba lentamente el cuello sin el menor pudor. Otra pareja de tres, hablaba prácticamente pegada. Sus manos acariciándose mientras que con las miradas mostraban auténtico deseo. Todo parecía cargado de algo muy similar a la lujuria, al juego y a la expectativa. Mi corazón empezó a latir muchísimo más rápido.

—Vale…

Marcos me observó inmediatamente.

—Respira.

—¿Dónde demonios me has traído?

Como si hubiera estado esperando exactamente esa reacción, me susurró.

—Relájate.

Estaba muy cerca de mí. Su cuerpo pegado, demasiado.

—Nadie va a comerte.

Miré alrededor otra vez.

—No estoy segura de eso.

Su risa fue apenas un murmullo.

—Confía un poco en mí.

Otra vez esa palabra. Confiar. Empezaba a preocuparme muchísimo lo

mucho que me afectaba cuando venía de él.

—Este sitio no es normal.

—Depende de lo que consideres normal.

Lo miré inmediatamente.

—¿Qué clase de club es exactamente este?

Marcos sostuvo mi mirada unos segundos antes de responder.

—Uno donde la gente deja de fingir un rato.

El pecho se me tensó. Aparté rápidamente la mirada intentando concentrarme en cualquier otra cosa. Error grave. Cuanto más observaba el ambiente, más tensión parecía haber alrededor.

La forma en que algunas personas se hablaban al oído y se miraban me dejaba totalmente hipnotizada. Todo parecía tan íntimo y lo peor era descubrir que una parte de mí empezaba a sentirse absurdamente atraída por ello.

Marcos dio un paso hacia mí, lo suficiente para que volviera a notar su perfume.

—¿Quieres irte? —preguntó, mirándome directamente.

La pregunta me pilló completamente desprevenida. Miré alrededor otra vez, y después lo miré a él y sentí, profundamente, descubrir que no quería marcharme.

—No.

Algo cambió apenas un poco en su expresión. Sus ojos se abrieron y podía ver su deseo.

—Bien.

Aquella simple palabra consiguió recorrerme el cuerpo entero. Marcos apoyó suavemente una mano en mi espalda baja, guiándome hacia el interior del local. ¡Madre mía! Su mano que apenas descansaba sobre mí, firme y cálida, pero mi cuerpo reaccionó inmediatamente. Intenté concentrarme en caminar y no en el hecho de que mi piel parecía haberse vuelto hipersensible de repente.

Nos acercamos a la barra y el camarero levantó inmediatamente la cabeza.

—Buenas noches, Marcos.

Otra vez la sensación de que todo el mundo allí lo conocía demasiado bien. Como si aquella versión de él encajara perfectamente en aquel sitio.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó él, mirándome.

Parpadeé.

—Pensaba que hoy no íbamos a beber.

—Y no vamos a hacerlo. Demasiado.

—Qué tranquilizador el «demasiado»— dije sin apartar la vista del camarero—. Pues sorpréndeme, aunque espero que no sea whisky.

El camarero dejó dos vasos delante de nosotros. Era algo oscuro y parecía caro.

Lo observé con sospecha.

—¿Qué es?

—Whisky.

Lo miré horrorizada.

—Claramente no aprendiste nada la última vez.

—La última vez estabas intentando impresionar a un bar entero.

—Eso jamás ocurrió.

—Claro.

Odiaba muchísimo ese «claro», porque siempre sonaba como: «Sé perfectamente que estás mintiendo».

Di un pequeño sorbo intentando ignorar el calor que seguía acumulándose lentamente dentro de mi cuerpo. Marcos me observaba demasiado.

—¿Qué?

—Nada.

—Eso nunca significa nada bueno.

Su sonrisa se ensanchó apenas un poco.

—Solo estaba pensando que encajas mejor aquí de lo que crees.

Era increíble cómo las frases más sencillas siempre terminaban dejándome sin respuesta.

—No sé ni qué se supone que hace la gente aquí.

—Lo que quiere.

—Eso ha tenido demasiado sentido para mi tranquilidad.

—Lo es.

Y eso era precisamente lo que más me inquietarme: lo poco que necesitaba

para poner mi mundo patas arriba.

Una mujer pasó junto a nosotros rozando apenas el brazo de Marcos al caminar. Él le sonrió, lo suficiente para que algo incómodo se removiera inmediatamente dentro de mi estómago. Absolutamente perfecto, Luna. ¿Qué te pasa?

Marcos lo notó. Por supuesto que lo notó.

—¿Celosa ya?

Lo miré horrorizada.

—Perdona.

Su risa fue baja.

—Ha sido una pregunta.

—Y una muy estúpida.

—No tanto.

Me centré en la copa que estaba bebiendo, intentando parecer normal, intentando esconder la vergüenza.

—No estoy celosa de una mujer que probablemente tiene extensiones más caras que lo que gano en cinco meses.

—Eso no ha sido un no.

—Empiezo a entender por qué debes ser insoportable y muy bueno negociando.

Marcos apoyó un codo sobre la barra acercándose un poco más a mí.

—¿Sabes qué me parece interesante?

—Qué miedo.

—Que no te habías dado cuenta de que estabas mirándome hasta que ella me tocó.

Empezaba a resultarme incómodo lo rápido que conseguía desmontar todas mis defensas.

Aparté la mirada inmediatamente hacia el resto del club. Entonces empecé a fijarme todavía más en las dinámicas y las parejas. Había algo diferente allí, que todavía no terminaba de entender.

—Marcos.

—Dime.

—Aquí la gente se toca muchísimo.

Su risa apareció otra vez.

—Es cierto.

—Y tú estás respondiendo eso con demasiada tranquilidad.

—Porque es la verdad.

Lo miré otra vez.

—¿Qué clase de sitio es este exactamente? ¿Me lo vas explicar?

Esta vez tardó un poco más en responder, como si estuviera decidiendo hasta dónde contarme.

—Ya te lo he dicho. Un lugar donde la gente viene a sentirse libre.

—Eso sigue sin responder nada.

—Porque todavía no necesitas todas las respuestas. Solo relájate y disfruta.

Joder. Eso sí consiguió ponerme más inquieta. Empezaba a suponer que Marcos sabía perfectamente cómo iba a reaccionar a todo aquello y no estaba segura de si eso me gustaba o me aterrorizaba.

Él dejó el vaso sobre la barra y extendió su brazo, ofreciéndome su mano.

—Ven.

—¿Eso debería preocuparme?

—Probablemente un poco.

Perfecto. El miedo me recorrió entera, pero lo seguí igualmente. Claramente, mi instinto de supervivencia llevaba días funcionando fatal.

Marcos me guió entre la gente con una tranquilidad ofensiva y, cuanto más avanzábamos, más consciente me volvía de las miradas. No solo hacia mí, también hacia él. La gente le sonreía; algunos parecían observarlo con demasiada simpatía y entonces entendí algo que me puso todavía más nerviosa. Marcos no era un invitado allí, de eso estaba segura.

Atravesamos un pasillo iluminado por luces prácticamente inexistentes mientras la música se volvía más grave cuanto más avanzábamos. El ambiente también cambiaba: parecía mucho más íntimo y más sexual. Llegamos a una primera sala parcialmente abierta y ahí fue cuando entendí de verdad qué clase de sitio era aquel.

Dentro había varias personas besándose en sofás oscuros, sus cuerpos

demasiado cerca y ellas demasiado entregadas. Una mujer desnuda estaba sentada sobre las piernas de un hombre mientras él le recorría lentamente el cuello con la boca.

En otro sofá había dos mujeres y un hombre. Él estaba sentado entre ellas mientras una de las mujeres, que estaba en ropa interior, le besaba con una sensualidad que se te ponían los pelos de punta. Todo parecía lento, tan íntimo, que a nadie le importaba que los vieran. Allí dentro todo funcionaba de forma diferente.

Sentí que Marcos me observaba de reojo.

—¿Estás bien?

Me costó que me saliera la voz.

—Sí.

Mentira. No estaba bien; estaba completamente alterada. Todo aquello no se parecía en nada a lo que había imaginado. Tampoco es que me hubiera imaginado nunca yendo a un lugar así, pero no era vulgar, ni agresivo. Era simplemente intenso. Muy intenso

Seguimos avanzando. En algunas salas apenas podía verse nada. Solo sombras y gemidos apagados y respiraciones entrecortadas. Y eso, absurdamente, casi me parecía todavía más excitante. Más imaginativo, más perjudicial para mi cabeza.

Llegamos a otra sala abierta y me quedé completamente quieta. En el centro había una plataforma elevada. Sobre ella, una mujer desnuda que estaba atada de pies y manos mientras dos hombres recorrían su cuerpo lentamente con la boca y las manos. Ella gemía sin esconder absolutamente nada. Sin vergüenza, sin miedo, completamente entregada. Sentí un calor inmediato acumulándose en mi vientre. No podía apartar la mirada de la escena que estaba sucediendo ahí, delante de mí.

Marcos no me dijo nada. Simplemente me observó unos segundos antes de volver a caminar, como si estuviera esperando pacientemente a que mi cabeza explotara sola y, sinceramente, estaba bastante cerca.

Entramos después en otra sala más pequeña. Más oscura. Esta vez el aire se me quedó atrapado directamente en los pulmones. Había dos mujeres y un

hombre. Una de las mujeres recorría el cuerpo del hombre con la boca hasta llegar a su miembro erecto. Lo chupaba y se lo metía en la boca de una forma tan sensual que sentí como mi cuerpo se estremeció ante la escena. Mientras, la otra mujer estaba sentada en la cara del hombre y él la chupaba arrancándole gemidos bajos y descontrolados.

Alrededor de la escena había mujeres y hombres mirando. Todo el mundo allí parecía sentirse cómodo mostrando exactamente lo que quería. Me removió algo por dentro de una forma que no sabía explicar. Llevaba toda la vida escondiéndome y allí dentro nadie parecía hacerlo.

Marcos continuaba guiándome de una sala a otra mientras yo apenas era capaz de hablar. Ni siquiera sabía qué pensar. Solo sentía el calor acumulándose lentamente entre mis piernas, el pulso acelerado, la piel demasiado sensible y una tensión constante creciendo dentro de mí con cada puerta que atravesábamos. Cuando nos parábamos a observar, Marcos simplemente me acariciaba la cintura o la espalda, siempre de forma sutil, pero que hacía que me calentara más y más.

Todo era demasiado vehemente, demasiado diferente a cualquier cosa que hubiera vivido antes y lo peor era que una parte de mí no quería dejar de mirar. Él se detuvo finalmente en mitad de otro pasillo más tranquilo y se giró lentamente hacia mí. Sus ojos recorrieron mi cara unos segundos. Después bajaron lentamente hacia mi cuello, hacia mi cuerpo. Todo demasiado despacio.

—No has dicho una sola palabra desde que entramos aquí.

Sinceramente, no confiaba en mi voz ahora mismo.

—No sé qué decir.

—¿Te gusta lo que ves?

—Es diferente.

—¿Te excita lo que ves?

—Te mentiría si dijera que no.

Un sonido grave salió de su garganta. Me agarró de la cintura y me juntó a su cuerpo para poder besarme. Ese beso fue el detonante para que mi cuerpo se convirtiera en gelatina. Pude sentir su erección apretada a mi bajo vientre.

Nuestras lenguas se entrelazaron calentando mucho más el ambiente. Entonces me dijo:

—Luna, no te imaginas cómo me tienes. Las cosas que quiero hacerte ahora mismo… Pero necesito saber. ¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar hoy?

La pregunta me hizo entrar en colapso. ¿Qué quería hacer yo? ¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar esta noche? Me quedé un segundo pensando. Quería hacer de todo con él, pero solo con él. No sé si estaba preparada para que más gente me mirara o me tocara. Todo esto era un nuevo mundo para mí. Pero tenía claro que ver lo que había visto me había excitado muchísimo y que, ahora lo necesitaba a él.

—Te necesito a ti, Marcos. Solo a ti.

Él me volvió a besar y me cogió por las nalgas, hizo que le rodeara con mis piernas. Me llevó a una sala privada, solo para él y para mí.

Cuando entramos, me bajó al suelo y fue a cerrar la puerta. La habitación no era muy grande. Tenía un sofá rojo de terciopelo y una mesa con diferentes cosas encima de ella. Había unas esposas, un antifaz, un látigo, condones, lubricantes y más cosas que no tenía ni idea de para qué servían.

Marcos se acercó por mi espalda y me abrazó por la cintura mientras sus manos subían y bajaban por mi cuerpo, acariciándome con mucha suavidad. Entonces me susurró al oído:

—Quieres usar algo de la mesa.

La garganta se me secó totalmente. Me giré para tenerlo de frente y le dije:

—Hoy te quiero solo a ti.

Sus ojos se encendieron al momento. Desprendía excitación por todas partes. Me bajó la cremallera del vestido y este se deslizó por mi cuerpo hasta que cayó a mis pies. Después se quitó la chaqueta y la camisa mientras me observaba en ropa interior con una mirada felina que hacía que mi excitación resbalara por mis piernas.

Empezó a besarme el cuello y descendió hasta mis pechos. Con una mano se deshizo de mi sujetador y, con la otra mano y la lengua, me los acariciaba de una manera que me estaba haciendo perder la cabeza.

Siguió descendió hasta llegar a mi tanga y, cuando sentí su aliento por

encima de la tela, pensé que iba a perder el control. Le agarré del pelo, atrayéndolo más hacia mí sexo húmedo y palpitante. Entonces me quitó el tanga y, ¡oh, Dios mío!, en mi vida me habían devorado de aquella manera. Lo hacía con ansia, pero con delicadeza. Me llevó al paraíso a ver las estrellas como nunca antes. Cuando él sintió mi orgasmo y cómo mis piernas temblaban, me tumbó en el sofá, se quitó los pantalones y los calzoncillos. Al verlo totalmente desnudo frente a mí, el cuerpo me volvió a arder de una manera inhumana. El calor me recorría entera.

—Luna, ahora voy a hacerte mía.

Esas simples palabras me estremecieron y, enseguida, estaba dentro de mí, causándome un placer inmenso. Primero se movía muy despacio, mientras yo gemía su nombre y le pedía más. Entonces aceleró el ritmo hasta que volvió a llevarme al séptimo cielo, ese lugar maravilloso que hacía que me sintiera que estaba volando. En cuanto él sintió cómo mis piernas se contraían, se dejó ir también, llenándome por completo de él, de su esencia.

Nos quedamos abrazados unos minutos mientras nuestras respiraciones se relajaban. No había prisa, ni morbo, ni vulgaridad. Solo una intensidad brutal que me hizo sentirme completamente expuesta. Demasiado vista, demasiado deseada y, de alguna manera extraña, cuidada.

Al rato y, después de haber estado acariciándome como si quisiera memorizar cada parte de mi cuerpo, se levantó, se vistió y, cuando terminó, empezó a vestirme lentamente, con delicadeza, como si todavía yo estuviera temblando demasiado para hacerlo sola.

Yo seguía sin poder hablar y, sinceramente, tampoco sabía qué decir después de algo así. Cuando terminó de colocarme el vestido, sus dedos recorrieron lentamente mi cintura apenas un segundo. Después se inclinó hacia mi oído y dijo:

—Suficiente por hoy, Luna.

El escalofrío que me recorrió entera fue absurdo. Cerré los ojos un instante porque mi cuerpo seguía completamente sensible y agotado. Él apartó un mechón de pelo de mi cara lentamente.

—Respira, Luna.

Eso fue muchísimo más íntimo que cualquier otra cosa que hubiera pasado en esa habitación. Tomó mi mano después y abrió la puerta. Yo seguía caminando como si acabara de salir de otro planeta. Atravesamos el club otra vez entre luces bajas, música lenta y gente que ya apenas podía mirar directamente. Sentía el cuerpo demasiado sensible. Demasiado consciente de él. Y él permanecía en silencio, pero su mano no soltó la mía ni una sola vez.

El trayecto en coche de vuelta a casa fue todavía peor, porque el silencio entre nosotros estaba lleno de demasiadas cosas. Mi cabeza seguía reproduciendo cada mirada, cada caricia, cada beso y cada vez que había pronunciado mi nombre. Cuanto más lo pensaba, más claro tenía que aquello acababa de cambiar algo demasiado profundo en mí.

Cuando aparcó el coche frente a nuestro portal, tardé varios segundos en moverme. No quería mirarlo porque tenía miedo de lo que fuera a encontrar en su cara. Finalmente lo hice y entonces vi que él también parecía afectado. Estaba serio, tenso, como si aquella noche le hubiera costado muchísimo más de lo que quería admitir. Intenté hablar.

—Yo…

Pero no sabía cómo terminar esa frase, porque «GRACIAS» no era suficiente. «Esto ha sido una locura» y sonaba ridículo comparado con todo lo que acababa de sentir. Él sostuvo mi mirada unos segundos y después sonrió.

—Ve a dormir, Luna.

Asentí lentamente mientras salía del coche con las piernas todavía algo inestables y, justo antes de cerrar la puerta, lo escuché hablar una última vez.

—Y deja de pensar que haces el ridículo cuando entras en una habitación.

Mi corazón se detuvo y esa maldita frase me afectó muchísimo. Cerré la puerta despacio y me quedé quieta unos segundos en mitad de la calle. Él seguía mirándome. Y, por primera vez en muchísimo tiempo, no me sentí invisible.

CAPÍTULO 9

Me desperté tarde, demasiado tarde, y todo vino de golpe: el club, las luces y las manos de Marcos recorriéndome lentamente. Seguía recordando su voz, su boca y la forma en que me había mirado dentro de aquella habitación privada, como si quisiera arrancarme todas las capas que llevaba años utilizando para esconderme.

Me tapé la cara con la almohada, soltando un sonido ahogado. Ahora mismo, con la luz del día entrando por la ventana y mi cerebro funcionando otra vez con cierta dignidad, todo parecía todavía más surrealista.

Yo, en un club sexual. Teniendo sexo con mi vecino después de ver cosas que probablemente jamás iba a poder borrar de mi cabeza.

Genial, Luna. Vas mejorando. Estás para que te encierren directamente.

Conor levantó la cabeza desde la alfombra al escucharme moverme.

—Ni me mires así —murmuré.

Entonces cogí el móvil todavía tumbada en la cama. Tres mensajes de Marta. Uno de mi madre preguntando si estaba viva. Y ninguno de Marcos.

Mi estómago hizo algo raro, y era ridículo. Completamente ridículo. Porque sí, después de todo lo que había pasado la noche anterior, una parte de mí esperaba encontrar un mensaje suyo. Qué humillante.

Abrí el chat de Marta primero.

«¿SIGUES VIVA?»

«Necesito detalles inmediatamente.»

«Si no contestas, asumiré que has entrado en una secta sexual.»

Solté una pequeña risa, negando con la cabeza, antes de llamarla directamente. Como siempre, ella contestó tan rápido que parecía llevar el móvil pegado a la mano.

—¡BUENOS DÍAS, PUTA!

—Marta.

—No. No me digas «Marta». Necesito información ya mismo o voy a entrar

en histeria mental.

Me dejé caer otra vez sobre la almohada mientras me tapaba los ojos con el brazo.

—No sé ni por dónde empezar.

—Empieza por la parte donde me cuentas absolutamente todo lo que pasó anoche con el vecino sexy.

Sinceramente, todavía no sabía cómo verbalizar aquella noche.

—Fue… interesante.

Marta soltó un sonido dramático al otro lado de la llamada.

—Luna. Acabas de describir una experiencia sexual como si fueras un documental de La 2. Necesito muchísimo más.

Me mordí ligeramente el labio. ¿Cómo iba a explicarle todo?

—Me llevó a un club privado.

—Eso ya lo sabía.

—No, pero no entiendes el tipo de club.

Silencio.

—Oh, Dios mío.

—Exacto.

—«Exacto» no. ¿Qué clase de club era?

—Uno donde la gente… simplemente hacía lo que quería.

—Eso sigue sonando ambiguo.

—Había personas teniendo sexo prácticamente delante de todo el mundo.

El silencio al otro lado fue absoluto y, después…

—¡PERDONA!

Me aparté el móvil ligeramente de la oreja.

—No grites.

—¡LUNA! ¿ME ESTÁS DICIENDO QUE EL VECINO BUENORRO TE LLEVÓ A UN CLUB SEXUAL?

—Técnicamente, sí.

—¿TÉCNICAMENTE?

—No sé cómo funcionan las categorías exactas de estos sitios, Marta.

Ella soltó una carcajada absolutamente incrédula.

—Vale, vale. Espera. Necesito procesar esto correctamente. ¿Y tú qué hiciste? ¿Saliste corriendo? ¿Te desmayaste? ¿Te convertiste en una monja?

Miré el techo otra vez y entonces recordé exactamente cómo me había sentido allí dentro.

Es verdad que al principio sentí mucho miedo. Pero después vino la excitación absurda, acumulándose lentamente bajo mi piel, y Marcos observándome todo el tiempo como si supiera perfectamente lo que estaba pasando dentro de mi cabeza.

—No salí corriendo —admití en voz baja.

—Madre mía.

—Creo que me gustó.

—«Creo», dice.

Me tapé la cara con la mano libre otra vez.

—Marta, había una mujer literalmente atada mientras dos hombres…

—¡NO! ¡PARA! NECESITO CAFÉ PARA ESTA CONVERSACIÓN.

Solté una risa nerviosa.

—Te juro que pensé que me sentiría incómoda o que me parecería vulgar, pero no era así.

—¿Entonces cómo era?

La pregunta me dejó callada unos segundos porque no sabía explicarlo.

—Era… íntimo.

Marta guardó silencio.

—Esa no era la respuesta que esperaba.

—Yo tampoco esperaba sentirlo así.

No había sentido morbo exactamente, ni siquiera me había escandalizado. Había sentido algo muchísimo más peligroso: curiosidad y deseo. Muchísimo deseo.

—¿Y Marcos? —preguntó ella después de unos segundos—. ¿Cómo estaba contigo allí?

Mi respiración cambió apenas un poco.

—Tranquilo.

—No sé por qué, pero eso no me sorprende —dijo Marta suspirando.

—No intentó presionarme en ningún momento.

—Eso sí me sorprende un poco más.

—Me preguntó varias veces si quería irme.

—¿Y tú?

Cerré los ojos un instante.

—No quería.

Aquella frase salió demasiado rápido y muy sincera.

—Joder, Luna.

—Ya.

—Te gusta muchísimo ese hombre.

El pecho se me tensó al escuchar a Marta decir eso.

—No sé qué me está pasando.

—Te está pasando que llevabas más años de los debidos sintiéndote invisible y ahora aparece un hombre que te mira como si fueras exactamente lo contrario.

—Y luego pasó lo de la habitación privada.

Marta soltó un grito ahogado.

—No puedo contigo. Cuéntamelo ya.

El calor me recorrió entera al recordar las manos de Marcos deslizándose por mi cuerpo, su voz baja junto a mi oído, la forma en que me había desnudado lentamente como si quisiera memorizarme. Madre mía.

—Fue increíble —admití finalmente.

Silencio.

—Vale. Eso sí lo entiendo perfectamente, pero quiero más detalles.

Intenté ignorar cómo mi cuerpo seguía reaccionando solo con pensarlo.

—Me hizo de todo. Me llevó al paraíso dos veces, pero lo peor es que ahora no puedo dejar de pensar en él.

—¿Y Chris?

Ahí estaba el problema, porque Chris seguía dentro de mi cabeza también, y eso complicaba todavía más las cosas.

—No lo sé —murmuré—. Es distinto.

—¿Distinto cómo?

Me quedé pensando unos segundos.

—Con Marcos todo es físico, real y muy intenso. Pero Chris…

—Chris te entra directamente en la cabeza y en el corazón.

Suspiré.

—Sí.

—Bueno, pues enhorabuena. Estás viviendo emocionalmente dentro de un triángulo dramático y amoroso de Netflix.

—Gracias. Tu apoyo me ayuda muchísimo.

—Para eso estoy.

Seguimos hablando casi una hora más. Marta quería absolutamente todos los detalles: cómo era el club, qué había sentido, cómo me había mirado Marcos, qué me había dicho, si el sexo fue bueno o buenísimo y qué me había hecho en esa habitación. Cada vez que volvía a recordar algo, mi cuerpo reaccionaba. Qué desastre.

Cuando colgué, me quedé varios segundos mirando el móvil. Entonces ocurrió algo todavía peor.

Sonó.

Mi corazón reaccionó inmediatamente al ver el nombre de Marcos en pantalla. Qué vergüenza. Respiré hondo antes de contestar.

—Hola.

—Buenos días, Luna.

Solo escuchar su voz consiguió acelerar inmediatamente mi pulso.

—¿Sigues vivo después de anoche?

—Eso iba a preguntártelo yo.

Me levanté lentamente de la cama caminando hacia la ventana. La calle brillaba bajo el sol del mediodía y, sinceramente, todo parecía demasiado normal para cómo me sentía por dentro.

—Todavía estoy procesándolo.

—¿Y cuál es el veredicto?

—Creo que me has traumatizado un poco.

Su risa baja volvió otra vez. Esa que me volvía totalmente loca.

—No parecías traumatizada en la habitación privada.

—Marcos…

—¿Qué?

—No puedes decir esas cosas así de tranquilo.

—¿Y cómo debería decirlas?

Odiaba muchísimo cuando hacía eso. Cuando respondía preguntas con otras preguntas y conseguía dejarme todavía más confusa.

—No lo sé. Con menos voz sexy, quizá.

Su carcajada esta vez fue completamente abierta.

—Tomaré nota.

—No la tomarás.

—Te aseguro que sí.

Sonreí sin querer mientras apoyaba la frente contra la ventana. Qué horror.

—¿Te arrepientes de haber venido? —preguntó de pronto.

La pregunta me pilló completamente desprevenida. Parecía nervioso, esperando una respuesta.

—No.

—Bien —murmuró finalmente—. ¿Eso significa que has sobrevivido al susto inicial? —preguntó después.

—No estoy segura de haber sobrevivido exactamente.

—Dramática.

—Tú me llevaste a un club donde había personas haciendo cosas que probablemente deberían requerir terapia después.

—Y, aun así, no huiste.

Me dejé caer sobre el borde de la cama otra vez.

—No sé por qué no lo hice.

—Sí lo sabes.

Quizás sí lo sabía. Cuando llegué, me había sentido observada, deseada y libre, y jamás me había sentido así.

—Puede que un poco —admití.

Su voz bajó ligeramente.

—Me gustó verte allí.

El aire se quedó atrapado dentro de mis pulmones.

—Marcos…

—¿Sí?

—Creo que disfrutas demasiado alterándome.

—Solo un poco.

Resoplé intentando ignorar el calor absurdo acumulándose lentamente en mi vientre.

—Eres insoportable.

—Y, aun así, sigues contestando el teléfono.

Hubo unos segundos de silencio cómodos, bueno más bien, tensos. Precisamente por eso me dieron todavía más miedo.

—Tengo una propuesta —dijo de pronto.

—Eso nunca termina bien contigo. ¿Debería tener miedo?

—Depende.

—¿Qué clase de propuesta?

Escuché cómo soltaba aire suavemente al otro lado.

—Quiero llevarte a un sitio esta tarde.

Mi corazón volvió a reaccionar automáticamente.

—¿Eso debería preocuparme después de tu última idea de «plan tranquilo»?

Su risa apareció otra vez.

—Esta vez prometo que habrá menos gente desnuda.

—Qué alivio.

—No te burles. Estoy siendo considerado.

Sonreí sin querer.

—Vale. ¿Qué sitio?

—El Retiro.

Parpadeé, sorprendida.

—¿El parque?

—Sí, Luna. Ese lugar lleno de árboles y turistas lentos.

No pude evitar reírme. Sinceramente, esperaba cualquier cosa menos eso.

—No pega contigo.

—¿Y qué pega conmigo exactamente?

Pensé unos segundos.

—Lugares oscuros. Whisky caro. Clubs secretos. Miradas peligrosas.

—Quizá me interesa que conozcas otras partes de mí también.

Y ahí estaba otra vez esa sensación rara. La de que, debajo de toda la tensión sexual, había algo más creciendo lentamente entre nosotros.

—¿Solo pasear por el Retiro? —pregunté, intentando recuperar algo de estabilidad mental.

—Pensaba secuestrarte después con café y un paseo en barca.

Solté una carcajada completamente inesperada.

—Eso ha sonado absurdamente tierno viniendo de ti.

—No corras la voz. Tengo una reputación que mantener.

—Vale —murmuré finalmente—. Me apunto al secuestro.

La sonrisa apareció automáticamente en mi cara al escuchar su pequeña risa al otro lado. Empezaba a reconocer perfectamente cuándo Marcos estaba sonriendo sin necesidad de verlo.

*

Pasó a recogerme poco antes de las seis. Esta vez no llevaba camisa negra ni esa expresión peligrosa que parecía tener permanentemente por las noches. Iba mucho más sencillo, vestido con unos vaqueros claros, una camiseta gris y sus gafas de sol.

Verlo así, normal, cotidiano, paseando por la tarde como si no me hubiera llevado hace menos de veinticuatro horas a un club donde casi me derrite psicológicamente, conseguía desordenarme muchísimo más.

Cuando abrió la puerta del coche y me vio aparecer por el portal, la pequeña sonrisa apareció lentamente en su boca.

—Hola, Luna.

Seguía pasando. Seguía reaccionando como una absoluta adolescente hormonal cada vez que me miraba así.

—Hola.

Sus ojos recorrieron apenas un segundo mi vestido sencillo de verano antes de volver a mi cara.

—Estás muy guapa.

—Empiezo a sospechar que dices eso demasiado.

—Empiezo a sospechar que no sabes aceptar un cumplido normal.

Realmente cierto. Me costaba mucho recibir elogios; también me pasaba con Marta. Me parecían ridículos porque yo no me veía así.

Marcos arrancó el coche tranquilamente mientras yo intentaba convencer a mi sistema nervioso de que aquello era solo un paseo normal, como si la noche anterior no hubiéramos cruzado absolutamente ninguna línea. Súper normal todo.

—¿Así que hoy no hay clubs secretos? —pregunté, intentando sonar casual.

—¿Ya los echas de menos?

Lo miré horrorizada.

—Claramente no aprendiste absolutamente nada de anoche.

—Yo diría que aprendí bastante.

Resoplé mirando por la ventana.

—Voy a arrepentirme muchísimo de preguntarte esto, ¿verdad? —pregunté muy despacio.

—Probablemente.

—Perfecto. ¿Qué aprendiste exactamente?

Marcos giró ligeramente la cabeza hacia mí cuando el coche se detuvo en un semáforo.

—Que eres mucho menos tímida de lo que intentas parecer y que estás deseando dejar de ocultarte.

—Eso no es verdad.

—¿No?

—No.

Sonrió y dijo.

—Luna, entraste en un club lleno de desconocidos haciendo cosas que habrían traumatizado a la mayoría de personas y, aun así, no huiste.

Me crucé ligeramente de brazos.

—Eso no significa que no estuviera entrando en combustión interna.

—Claro que estabas nerviosa —su voz bajó apenas un poco —pero también

estabas curiosa.

Lo miré automáticamente. Marcos negó suavemente con la cabeza mientras retomaba la marcha.

—No eres fácil de leer, Luna. Solo eres bastante transparente cuando algo te importa o te gusta de verdad.

El trayecto continuó entre comentarios pequeños, tráfico y esa tensión rara que parecía instalada permanentemente entre nosotros desde la noche anterior.

Cuando llegamos al Retiro, Marcos aparcó cerca de una de las entradas laterales y apagó el motor lentamente. Salió primero del coche, y lo rodeó hasta mi puerta, la abrió y me ofreció su mano, que lógicamente acepté sin pensarlo. Sus dedos envolvieron los míos con naturalidad mientras empezábamos a caminar hacia el interior.

El parque estaba lleno de familias, turistas y gente haciendo deporte. Todo parecía tan absurdamente normal que costaba creerlo.

—No entiendo cómo puedes existir en ambos mundos sin sufrir un colapso psicológico —murmuré mientras caminábamos.

—¿Qué dos mundos exactamente?

Lo miré de reojo.

—El hombre que me lleva a pasear al Retiro y el hombre que tiene una habitación privada en un club sexual.

Su carcajada fue inmediata.

—No tengo una habitación privada.

—Claro. Porque aquello parecía improvisadísimo.

—Te prometo que no llevo una doble vida secreta.

—No sé si creerte.

—Deberías.

Me quedé meditando su respuesta mientras seguíamos caminando despacio junto al lago. Me sorprendía tanto cómo mi cuerpo se relajaba automáticamente cuando estaba cerca. Cuanto más cómoda me sentía con Marcos, más consciente era de lo mucho que podía dolerme y del daño que podría hacerme alguien así.

—¿En qué piensas? —preguntó de pronto.

—Empiezo a odiar muchísimo que siempre notes cuando estoy pensando demasiado.

—No, lo odio yo.

Le di un pequeño golpe en el brazo.

—Qué borde eres.

—Entonces dime.

Dudé unos segundos.

—En anoche.

—¿Y?

Miré el lago unos antes de responder.

—Creo que esperaba sentirme juzgada en un sitio así.

—¿Y te sentiste juzgada?

Negué lentamente con la cabeza.

—No.

El viento movió ligeramente mi cabello mientras yo continuaba hablando.

—Todo el mundo parecía tan cómodo siendo exactamente quien era.

—Porque nadie estaba intentando esconderse.

—¿Y tú? ¿Nunca escondes nada?

La sonrisa desapareció apenas un instante.

—Más de lo que crees.

Aquella respuesta me sorprendió muchísimo más de lo esperado. Marcos siempre parecía tener el control absoluto de sí mismo, como si nada pudiera desordenarlo realmente. Por primera vez tuve la sensación de que quizá, debajo de toda aquella calma, había muchas más cosas de las que dejaba ver.

Llegamos finalmente a las barcas.

—No pienso remar —avisé inmediatamente, intentando romper la tensión.

—Cobarde.

—Realista. Tú tienes claramente cara de hombre que disfruta viendo sufrir a otra gente.

Su risa volvió otra vez.

—Eso ha sonado extrañamente específico.

—Ya empiezo a conocerte.

Marcos se acercó más a mí y me susurró con mucha sensualidad:

—¿Y qué más has descubierto exactamente?

Aparté ligeramente la mirada hacia las barcas, intentando recuperar algo de estabilidad.

—Que disfrutas demasiado dejándome sin palabras.

—Solo porque tú reaccionas muchísimo más de lo que intentas aparentar, y me encanta.

Terminamos subiendo igualmente a una barca porque mi capacidad para tomar decisiones inteligentes había desaparecido misteriosamente.

Marcos empezó a remar con demasiada facilidad.

—Te odio un poco.

—¿Por qué?

—Porque sabes hacer de todo.

—Soy un hombre lleno de talentos ocultos.

—Eso ha sonado muchísimo peor después de anoche.

La carcajada se le volvió a escapar mientras negaba ligeramente con la cabeza.

Nos alejamos lentamente hacia el centro del lago mientras el ruido del parque se volvía más lejano. Por un momento, todo pareció extrañamente tranquilo. Solo el sonido del agua que nos envolvía, el sol reflejándose alrededor y Marcos observándome como si estuviera pensando devorarme entera.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada.

—Eso nunca significa nada bueno.

Apoyó los brazos sobre los remos sin apartar la mirada de mí.

—Solo estaba pensando que anoche estabas aterrorizada al entrar en ese sitio, pero después disfrutaste mucho más de lo que esperaba.

—Gracias por recordármelo.

—No te escapaste y te veías muy preciosa.

—No sé por qué te sorprende tanto que no me escapara.

Marcos sostuvo mi mirada unos segundos.

—Porque llevas muchísimo tiempo huyendo de todo lo que deseas, ¿no?

Aparté la mirada hacia el agua, intentando recuperar algo de aire en mis pulmones.

—No puedes decirme esas cosas así como así.

—¿Por qué?

—Porque luego mi cerebro entra en crisis durante horas.

—Eso explica muchas cosas.

Lo señalé automáticamente.

—¿Ves? Ahí está otra vez tu versión insoportable.

—Y, aun así, sigues aquí y no te has lanzado al lago.

Nos quedamos en silencio unos segundos más mirándonos mientras la barca seguía moviéndose lentamente. Me di cuenta de que me sentía feliz. Simplemente feliz. Sin ansiedad inmediata, sin estarme cuestionando constantemente y sin sentirme invisible.

Marcos dejó finalmente de remar, acercándose apenas un poco más dentro de la barca.

—¿Ahora qué? —pregunté, intentando sonar más tranquila de lo que me sentía.

La mirada de Marcos descendió lentamente hacia mi boca antes de volver a mis ojos.

—Ahora mismo estoy intentando decidir si besarte aquí, delante de todo Madrid, es buena idea o no.

—¿Y qué idea gana?

—Probablemente no, porque no sé si podría controlarme y no tocarte lo suficiente para producirte un inmenso placer.

—Entonces compórtate.

Su sonrisa apareció despacio.

—No prometo nada.

El verdadero problema era que ya no estaba segura de no querer que lo hiciera. Me estaba volviendo loca, pero, sinceramente, me daba igual que la gente me viera disfrutar entre sus brazos.

CAPÍTULO 10

Cuando llegué a casa todavía sentía el cuerpo extraño después de la tarde con Marcos. El Retiro había sido demasiado normal para todo lo que estaba pasando y quizá, precisamente por eso, me había afectado tanto.

Toda la tarde había sido risas, caminar, compartir silencios cómodos y sentirme tranquila. Eso sí daba miedo.

Conor se dejó caer sobre la alfombra mientras me quitaba lentamente las sandalias en mitad de la habitación. La casa estaba en silencio. Mis padres habían salido a cenar con unos amigos y mi barrio parecía haberse calmado por fin detrás de las ventanas.

Cogí el móvil automáticamente. Tres mensajes de Marta.

«¿SIGUES VIVA?»

«Necesito actualización de tu telenovela de vida inmediatamente.»

«Y, si has terminado enamorada del vecino, necesito vino.»

Solté una pequeña risa antes de llamarla directamente.

—Bueno —dijo Marta nada más descolgar—. Cuéntame cómo ha ido la excursión romántica postsecta sexual.

—No fue una excursión romántica.

—Claro. Y yo soy emocionalmente estable.

—Hemos ido al Retiro.

—Madre mía.

—¿Qué?

—Eso es muchísimo peor que el club.

—¿Peor? ¿Por qué?

—Luna, el sexo es fácil. Las barquitas en el Retiro son territorio sentimental muy serio.

No pude evitar reírme.

—Es verdad que ha sido raro.

—¿Raro bien o raro «necesito terapia»?.

—Las dos cosas.

Marta soltó una carcajada.

—Perfecto. Entonces vas por buen camino.

Me tiré en la cama antes de continuar hablando.

—Con él todo se siente… distinto.

—Ajá.

—No digas «ajá» así.

—Estoy escuchando atentamente cómo mi mejor amiga se enamora en directo.

—No estoy enamorada.

—Claro.

—Marta.

—Luna.

Guardamos silencio un instante y ahí fue cuando noté algo raro en su cara. Algo apagado debajo de la voz de Marta. Normalmente ella interrumpía, exageraba y hacía veinte preguntas por minuto. Pero ahora parecía distraída. Lejana.

—¿Qué pasa? —pregunté finalmente.

—Nada.

Mentira. Marta jamás respondía «nada» de forma tan seca.

—Te conozco demasiado para tragármelo.

—Simplemente estoy cansada.

—Eso tampoco ha sonado verdad.

Me incorporé lentamente sobre la cama, frunciendo el ceño.

—¿Ha pasado algo con Dani?

—No.

Respuesta demasiado rápida.

—Marta.

—Luna, en serio, no quiero hablar ahora.

Aquello terminó de confirmar que algo iba mal porque Marta jamás evitaba hablar. Jamás.

Era exactamente el tipo de persona capaz de convertir una discusión

mínima en un monólogo dramático de cuarenta minutos, con gráficos incluidos, y ahora estaba escondiéndose.

—Vale, no voy a presionarte —murmuré finalmente.

Marta soltó aire lentamente al otro lado de la llamada.

—Perdón.

—No tienes que pedirme perdón.

—Sí, un poco. Se supone que hoy deberíamos estar analizando tu caos sentimental y yo estoy aquí comportándome rarísimo.

—Oye —suavicé automáticamente mi voz —no tienes que fingir conmigo.

—Te lo contaré —dijo Marta al final—. Solo… dame un poco de tiempo, ¿vale? Necesito confirmar algo primero.

Eso sí consiguió preocuparme de verdad. Marta no pedía tiempo. Marta explotaba las cosas inmediatamente.

—¿Es grave?

—No lo sé todavía.

La respuesta me provocó un nudo incómodo en el estómago.

—¿Te ha pasado algo?

—No exactamente.

—Marta.

Escuché cómo mi amiga respiraba hondo, Como si estuviera intentando decidir algo.

—Prométeme que no vas a enfadarte conmigo.

Fruncí el ceño todavía más.

—¿Por qué iba a enfadarme contigo?

—Porque quizá he tomado decisiones un poco cuestionables últimamente.

—Eso no reduce precisamente mis ganas de preocuparme.

Marta soltó una pequeña risa nerviosa pero sonó rota. Me quedé completamente quieta y entonces entendí algo. No sabía el qué exactamente, pero aquello tenía pinta de ser mucho más serio de lo habitual.

—Marta.

—Hoy no, Luna, por favor.

La forma en que lo dijo consiguió desarmarme completamente. Había

miedo allí. Miedo real. La conversación continuó algunos minutos más, pero ya no fue igual. Marta intentaba bromear, intentaba sonar normal, pero la conocía demasiado bien y sabía que había algo quebrado debajo de cada frase.

Cuando finalmente colgamos, dejé el móvil sobre la cama y me quedé varios segundos quieta e inquieta. Con esa sensación incómoda instalada debajo de las costillas.

Entonces el teléfono volvió a vibrar. Esta vez era Marcos. Mi cuerpo reaccionó inmediatamente. Apenas habían pasado unas horas desde que me había dejado en casa y, aun así, mi corazón seguía funcionando fatal cada vez que aparecía su nombre en la pantalla.

Marcos
«¿Sigues despierta?»

Sonreí apenas un poco.

Luna
«Sí.»

Marcos
«Necesito decirte algo antes de que te duermas.»

El estómago se me tensó automáticamente. Claramente, mi cerebro había decidido que cualquier frase equivalía a tragedia inmediata.

Luna
«Eso ha sonado preocupante.»

Él contestó al instante.

Marcos
«Me voy mañana.»

La sonrisa desapareció lentamente de mi boca.

Luna
«¿Cómo que te vas?»

Marcos
«Trabajo.»

La palabra me provocó una decepción tan absurda que tuve que apartar la mirada del móvil unos segundos.

Luna
«¿Cuánto?»

Esta vez tardó más en responder.

Marcos
«Vuelvo el viernes.»

Cinco días. Cinco malditos días. Apoyé lentamente la cabeza contra la pared, detrás de la cama, intentando ignorar el vacío extraño que acababa de aparecer en mi cuerpo.

Luna
«Ah.»

La respuesta apareció enseguida.

Marcos
«Ese ‘’ah” no me gusta.»

Luna
«Solo me ha pillado por sorpresa.»

Marcos
«Mentira.»

Cerré los ojos un instante. Entonces recibí otro mensaje.

Marcos
«Voy a echarte de menos.»

Mi estómago se encogió con tanta fuerza que tuve que dejar el móvil unos segundos sobre la cama. Mis dedos tardaron demasiado en responder.

Luna
«Eso ha sido muy poco útil para mi estabilidad emocional.»

La respuesta llegó acompañada de una foto.

Marcos en el sofá de su apartamento, despeinado, con una copa en la mano.

Mirándome directamente a través de la pantalla, como si supiera perfectamente el efecto que provocaba en mí.

Marcos

«Ahora imagina cómo estoy yo.»

Madre mía. Solté aire lentamente mientras apoyaba la cabeza otra vez contra la pared. Hablamos durante casi una hora más, básicamente de tonterías, pero debajo de cada mensaje seguía estando esa sensación rara. La de que algo entre nosotros estaba creciendo demasiado rápido.

Marcos
—¿Vas a portarte bien mientras no estoy? —preguntó él en una nota de voz.

Luna
«Depende de tu definición de portarme bien.»

Marcos
«Eso me preocupa bastante.»

Solté una pequeña risa antes de dejar el móvil sobre el pecho. Cuando la conversación terminó, el silencio me atravesó demasiado rápido y entonces ocurrió algo todavía peor.

Abrí automáticamente el chat de Chris. Vacío. No había ni un solo mensaje. Esto era raro, muy raro. Chris jamás desapareció así durante todo el día. Nunca.

Le escribí primero.

@LunaNix
«¿Sigues vivo?»

Nada. Diez minutos después volví a mirar.
Nada. Media hora. Nada.

La inquietud empezó a crecer lentamente dentro de mí porque Chris siempre contestaba. Siempre aparecía y siempre encontraba la forma de meterse dentro de mi cabeza, aunque fuese de madrugada. Y ahora no estaba. Sentía una gran necesidad de hablar con él esta noche, pero intenté convencerme de que estaría ocupado o dormido. Pero, algo seguía haciéndome sentir extraña. Demasiadas cosas raras en una sola noche.

Marta escondiendo algo.
Marcos yéndose toda la semana.
Chris desaparecido en combate, sin explicación.
Vaya noche de mierda.
Dejé finalmente el móvil sobre la mesita intentando dormir. Pero, obvio que fracasé miserablemente. Cada vez que cerraba los ojos aparecía algo distinto.

La voz rara de Marta.

La sonrisa de Marcos en la foto.

El chat vacío de Chris.

Debajo de todo eso seguía creciendo una sensación incómoda que todavía no sabía nombrar. Como si algo estuviera empezando a moverse demasiado rápido en mi vida y todavía no sabía cómo sujetarlo.

*

El teléfono empezó a sonar a las ocho y doce de la mañana.

Tardé varios segundos en reaccionar. Había dormido fatal, despertándome constantemente para mirar el móvil como una absoluta desequilibrada, esperando algún mensaje de Chris que nunca llegó.

Cuando vi el nombre de Marta en pantalla, el estómago se me tensó inmediatamente porque sabía que algo iba mal.

Contesté todavía medio dormida.

—¿Marta?

Lo primero que escuché fue una respiración rota y, después, un sollozo. Me incorporé automáticamente en la cama.

—Eh. Eh, ¿qué ha pasado?

Marta intentó hablar. Fracasó miserablemente.

—Marta.

—La he cagado muchísimo Luna.

La voz le temblaba muchísimo.

—¿Dónde estás?

—En casa.

—Voy a buscar un vuelo y voy para allá.

—No.

La respuesta salió demasiado rápida, demasiado desesperada. Aparté rápidamente las sábanas levantándome de la cama.

—Marta, no sé lo que ha pasado, pero estás mal. Claro que voy a ir.

—No quiero que vengas todavía.

Aquello sí consiguió frenarme un segundo. Marta jamás pedía espacio cuando estaba mal. Marta necesitaba gente, ruido y drama compartido. Sonaba completamente encerrada en sí misma.

—Vale —dije más despacio—. Entonces háblame. ¿Qué ha pasado?

Escuché otro sollozo al otro lado y, después…

—Estoy embarazada.

El mundo se quedó completamente quieto durante un segundo. Dejé de moverme lentamente.

—¿Qué?

La respiración de Marta volvió a romperse.

—Joder, Luna… estoy embarazada…

Eso no me lo esperaba.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Te has hecho una prueba?

—Tres.

La respuesta salió ahogada. Pequeña. Por primera vez desde que la conocía, Marta sonó asustada de verdad. No exagerada. Asustada.

—Vale —murmuré, intentando mantener la calma—. Vale. Respira un segundo.

Marta soltó una pequeña risa rota.

—No puedo respirar, Luna.

—Sí puedes.

—No. Te juro que llevo toda la noche sintiendo que me voy a desmayar.

Me dejé caer lentamente sobre la cama otra vez. Mi cabeza seguía intentando procesarlo. Marta embarazada. Joder.

—¿Lo sabe alguien? —pregunté suavemente.

—Solo tú.

Aquello me apretó todavía más el pecho, porque Marta nunca guardaba nada sola. Nunca.

—¿Y Dani?

Silencio. Demasiado largo.

—Marta.

—No sé si es suyo.

El aire se quedó atrapado dentro de mis pulmones. Perfecto. Absolutamente perfecto.

—Vale —murmuré despacio—. Vale… Explícame todo despacio.

Escuché cómo Marta respiraba hondo al otro lado de la llamada, como si estuviera intentando reunir fuerzas para decir algo que llevaba horas aplastándola por dentro.

—¿Te acuerdas de la noche que salí con mi prima hace unas semanas?

Tardé un segundo en recordarlo. Después asentí automáticamente, aunque Marta no pudiera verme.

—Sí. La noche que terminaste borracha mandándome audios diciendo que las mujeres heterosexuales vivimos castigadas por Dios.

La pequeña risa que soltó Marta sonó completamente rota.

—Sí. Esa noche.

Esperé y, sinceramente, cuanto más tiempo permanecía callada, peor presentimiento tenía.

—Conocí a un chico.

Ahí estaba.

—¿Y? —pregunté suavemente.

—Y me acosté con él.

La confesión salió rápida. Como si necesitara quitársela de encima inmediatamente.

—Vale.

—No fue algo romántico ni nada. Ni siquiera sé qué me pasó esa noche. Dani llevaba semanas ignorándome otra vez y yo estaba cansada de sentirme una idiota esperando mensajes de un hombre que solo aparece cuando se siente solo.

Conocía esa historia demasiado bien.

—Marta…

—No. Déjame terminar, porque, si no, voy a echarme atrás.

Su voz volvió a quebrarse.

—El chico era nuevo en la isla. Estaba con unos amigos de mi prima. Era guapo y divertido, y esa noche me miró como si yo fuese suficiente para alguien por primera vez en muchísimo tiempo.

Tragué saliva lentamente, porque debajo de toda aquella historia seguía estando el verdadero problema. Marta llevaba años conformándose con las migajas de Dani. Años esperando algo que claramente nunca iba a llegar.

—¿Y no tienes forma de localizar al otro chico?

La carcajada que soltó Marta fue amarga.

—Ni siquiera le di mi teléfono.

—¿Qué?

—Lo sé.

—Marta.

—Es que precisamente no quería repetir la historia de Dani. No quería engancharme a otro hombre sentimentalmente inaccesible. Pensé que sería una noche y ya está.

Me pasé lentamente una mano por la cara. Madre mía.

—¿Y Dani?

El silencio volvió otra vez.

—Dani apareció tres días después, como siempre.

Eso sí consiguió enfadarme un poco. Claro que sí. Los hombres como Dani siempre volvían justo cuando olían que iban a perder definitivamente a alguien. Como si tuvieran un radar.

—Y volviste a caer.

No fue una pregunta. Marta soltó otro sollozo.

—Sí.

Sinceramente, no sabía si abrazarla o estrangularla un poco. Menos mal que estaba lejos en ese momento.

—No tienes derecho a mirarme así, aunque sea por teléfono —murmuró Marta entre lágrimas.

—No te estoy mirando así. No me estás viendo la cara Marta.

—Sí lo estás haciendo mentalmente.

—Bueno, un poco sí.

La pequeña risa que soltó Marta esta vez sonó más humana.

—Oye. Escúchame. No estás sola en esto.

La respiración de Marta volvió a temblar.

—Estoy aterrorizada, Luna. ¿Qué voy a hacer?

Esta confesión sí consiguió romperme algo dentro. Marta siempre parecía sobrevivir a todo a base de humor y ahora sonaba pequeña. Muy pequeña.

—Lo sé. Y no estás sola. Yo voy a estar contigo siempre.

—No sé qué hacer. No tengo trabajo, menos dinero y, encima, no sé quién es el padre. Esto es un desastre.

—Respira. No tienes que decidirlo hoy.

—Sí, pero mi cabeza no para. Llevo toda la noche pensando qué pasa si no es de Dani. Qué pasa si sí es suyo. Qué pasa si quiero tenerlo. Qué pasa si no. Estoy agotada.

Me tumbé lentamente otra vez, mirando el techo, intentando ordenar las ideas suficientes para sostenerla un poco.

—Vale. Vamos por partes.

Marta soltó aire lentamente.

—Te odio cuando hablas como una profesora organizada.

—Y, aun así, me necesitas.

—Muchísimo.

Eso consiguió que sonriera un poco.

—Primero: vas a ir al médico.

—Ajá.

—Segundo: vas a dormir, porque llevas claramente doce horas en crisis nerviosa.

—No puedo dormir.

—Entonces, al menos, come algo.

—Voy a vomitar.

—Marta.

—Vale, vale. Comeré algo.

Silencio.

—¿Tú qué harías, Luna?

La pregunta me golpeó directamente en el pecho porque, sinceramente, no tenía ni idea. Precisamente por eso respondí la verdad.

—No lo sé.

Marta guardó silencio.

—Pero sí sé una cosa —dije muy tranquilamente.

—¿Qué?

—Dejar de esperar a que Dani se convierta en alguien que no es.

La respiración de Marta se detuvo apenas un segundo. Ahí estaba la herida real. No el embarazo. La herida era Dani. Siempre Dani.

—Eso ha sido cruel.

—Esa ha sido la verdad.

Marta no respondió inmediatamente.

El problema era que Marta seguía aceptando quedarse disponible para él, mientras él seguía viviendo como si ella fuese una opción de emergencia emocional.

—Odio muchísimo que tengas razón —murmuró finalmente.

—Yo también lo odio.

—¿Crees que soy una irresponsable?

—Creo que eres una persona que llevaba demasiado tiempo sintiéndose sola —no respondió —y creo que a veces confundimos sentirnos deseadas con sentirnos queridas.

Aquello dejó la llamada completamente quieta durante unos segundos, porque las dos sabíamos perfectamente que no estábamos hablando solo de Marta.

—Joder… —susurró ella finalmente.

—Sí.

—Qué conversación más deprimente para las nueve de la mañana.

Luna soltó una pequeña risa.

—Muchísimo.

Marta respiró hondo al otro lado.

—Gracias por no juzgarme.

—No voy a juzgarte nunca por intentar sentirte querida. Eres mi mejor amiga y la mujer más impresionante que conozco.

La voz de Marta volvió a quebrarse apenas un poco.

—Voy a necesitar que vengas en algún momento.

—Claro, no te preocupes. Voy a organizarme y a buscar vuelos.

—Y traerás comida basura.

—Eso iba implícito.

—Te quiero muchísimo, Luna.

—Yo también te quiero.

Cuando la llamada terminó, dejé lentamente el móvil sobre la cama, quedándome completamente inmóvil.

Marta embarazada. Marcos fuera toda la semana. Chris desaparecido. De repente, aquella sensación de estabilidad que había empezado a construir durante los últimos días parecía muchísimo más frágil de lo que quería admitir.

El resto del día lo pasé buscando billetes de avión, hablando con Marta, intentando organizar a mis pocos estudiantes e intentando trabajar como una persona responsable.

Decidimos que viajaría el próximo lunes, en una semana exacta, ya que ella había pedido cita con el ginecólogo y la tenía el martes a las nueve de la mañana. Compré el billete y hablé con mis padres para que estuvieran informados, aunque no les di detalles en ese momento; simplemente que necesitaba pasar unos días con ella y disfrutar del mar.

Los días se me hicieron eternos. Hablaba con Marta todos los días, como era normal, y la sentía más tranquila, aunque la tormenta que se formaba en su interior era demasiado grande. Todavía no había tomado ninguna decisión, pero eso no era lo importante ahora mismo. Tenía que estar tranquila y yo estar a su lado para todo lo que se le venía encima.

Chris seguía sin contestarme y lo odiaba porque lo necesitaba. Necesitaba sus consejos y me odiaba a mí misma por necesitarlo tanto.

CAPÍTULO 11

El resto de la semana se hizo interminable. Los días empezaron a mezclarse unos con otros y lo único que hacía era trabajar, pasear a Conor, hablar con Marta, mirar Telegram y volverlo a mirar como una absoluta desequilibrada esperando un mensaje que nunca llegaba.

Chris seguía ausente. Ni una conexión y ni un mensaje. Nada. Cuanto más tiempo pasaba, peor empezaba a sentirme. Al principio intenté convencerme de que estaría ocupado. Después pensé que quizá algo le había pasado y, finalmente, apareció la opción más humillante: que simplemente se hubiese cansado de mí.

Qué ridículo era descubrir lo rápido que alguien podía instalarse dentro de tu cabeza sin siquiera formar parte real de tu vida.

Lo peor era que no podía contárselo a nadie porque sonaba completamente absurdo incluso dentro de mi propia cabeza. Marta sí lo sabía, o al menos intuía parte de mi desastre mental.

El jueves por la noche estábamos hablando por videollamada. Marta estaba tumbada en el sofá de su apartamento en Gran Canaria, con el pelo recogido de cualquier manera y comiendo helado como una loca.

—Tienes cara de haber llorado escuchando Adele otra vez —dije nada más verla.

Marta levantó lentamente el dedo corazón.

—Primero: no era Adele. Segundo: si vas a juzgarme, necesito que al menos vengas físicamente a la isla para hacerlo.

Sonreí. Aquello era mejor, mucho mejor que escucharla rota.

—¿Cómo estás hoy?

Marta soltó aire lentamente antes de responder.

—Tengo náuseas, ansiedad y ganas de asesinar a los hombres. Así que supongo que oficialmente ya soy madre.

No pude evitar reírme.

—Eso ha sido horrible.

—Pero preciso.

—¿Has dormido algo? —pregunté suavemente.

—Dos horas.

—Marta.

—¿Qué quieres que haga? Cada vez que cierro los ojos mi cerebro empieza: «felicidades, podrías estar criando al hijo de un imbécil integral o de un desconocido sin apellido».

Suspiré, apoyándome contra el cabecero.

—No digas eso así.

—¿Así cómo? ¿Con sinceridad?

—Con crueldad hacia ti misma.

—Ya, bueno. Eso se me da increíble.

—¿Has hablado con Dani? —pregunté finalmente.

La expresión de Marta cambió inmediatamente.

—No.

—¿Y piensas hacerlo?

Marta tardó demasiado en responder.

—No lo sé.

—Marta.

—Luna, no puedo ahora mismo.

—Lo sé.

—No, no lo sabes, porque tú no sabes lo que es engancharte a alguien así durante años.

La frase salió más brusca de lo esperado.

—Joder… Perdón —dijo Marta.

—No pasa nada.

—Sí pasa. Eso ha sonado horrible. Son mis hormonas, discúlpame, Luna.

Negué suavemente con la cabeza.

—No horrible. Solo honesto. Y no te preocupes.

La videollamada quedó en silencio unos segundos. Después, Marta me observó fijamente.

—¿Chris sigue sin aparecer?

—Sí. Sigue desaparecido.

—Lo odio bastante y ni siquiera lo conozco.

—Gracias por el apoyo, amiga.

—Es que es rarísimo desaparecer así de repente.

—Ya.

Marta me miró unos segundos más.

—Te está afectando muchísimo, ¿verdad?

Aparté la mirada automáticamente. No quería preocuparla; bastante tenía ella con lo suyo.

—No lo sé.

—Eso significa sí.

—Solo… me acostumbré a hablar con él.

Marta levantó una ceja.

—Eso tampoco sonó del todo sincero.

—Me hacía sentir tranquila.

La expresión de Marta se suavizó inmediatamente.

—Ah.

Ahí estaba la diferencia, porque Marta sí entendió lo importante que era eso. La tranquilidad. No el deseo, sino la sensación de sentirme comprendida.

—¿Y Marcos? —preguntó después.

Solo escuchar su nombre consiguió alterarme el cuerpo otra vez.

—Vuelve el viernes.

—O sea, mañana.

—Sí.

Marta sonrió apenas un poco.

—Y esa voz significa que llevas toda la semana pensando en él también.

Cogí un cojín lanzándolo a la pantalla inútilmente.

—Necesito mejores amigas.

—No. Necesitas terapia y, probablemente, menos hombres incapaces de decir lo que sienten.

—Eso también.

La pequeña risa compartida alivió ligeramente el peso raro que llevaba instalado dentro toda la semana. Hablamos durante casi una hora más. Del ginecólogo, del vuelo, de la comida y de nombres absurdos para bebés. Poco a poco, Marta volvió a parecer más ella misma. Seguía asustada, pero ya no sonaba sola.

Cuando colgamos, me quedé unos segundos mirando la pantalla en negro del portátil. Después cogí el móvil automáticamente.

Telegram. Nada. Todavía nada.

Por la noche ya había empezado a enfadarme conmigo misma. Tenía treinta y nueve años, no quince. No podía pasarme una semana mirando compulsivamente un chat esperando mensajes de un hombre al que ni siquiera había visto la cara. Penoso.

*

El viernes por la mañana el despertador sonó y tardé varios segundos en reunir fuerzas suficientes para levantarme. Había dormido fatal toda la semana. Siempre a ratos, despertándome constantemente y mirando el móvil automáticamente cada vez que abría los ojos.

Me puse unas mallas grises, una sudadera enorme y salí medio dormida con Conor intentando convencer a mi cerebro de que necesitaba urgentemente recuperar algo parecido al amor propio.

En cuanto abrí la puerta del portal… Ahí estaba él, esperándome. Mi corazón reaccionó tan rápido que me dio mucha rabia. El simple hecho de verlo ya había conseguido mejorarme el día. Un caso perdido.

Marcos estaba apoyado contra la pared y Conor salió disparado hacia él, moviendo la cola como si acabara de regresar de la guerra. Menudo vendido. Aunque, sinceramente, yo tenía aproximadamente las mismas ganas de abrazarlo también.

—Tú tampoco tienes dignidad ninguna —le murmuré al perro.

La risa baja de Marcos apareció inmediatamente.

—Buenos días, Luna.

Como si no hubiera pasado una semana entera desordenándome desde la

distancia. Sin llamadas, sin mensajes y sin absolutamente nada.

Intenté parecer normal.

—Pensaba que volvías hoy.

—Volví anoche bastante tarde.

—Ah.

Respuesta brillante otra vez.

—Tienes mala cara.

Lo fulminé inmediatamente con la mirada.

—Gracias. Qué bonito reencuentro.

La sonrisa que me volvía loca apareció apenas un poco en su boca.

—¿Has dormido poco?

—Estoy perfectamente.

—Claro.

La madre que me parió, cómo odiaba ese «claro».

Caminamos con Conor delante mientras el barrio seguía medio vacío a esas horas de la mañana. Conor iba feliz, oliendo absolutamente todo, mientras yo intentaba no mirar demasiado a Marcos. Pero, ¿sabéis qué? También estaba metiendo la pata en eso.

—Has sobrevivido sorprendentemente bien sin mí —comentó él finalmente.

—¿Perdón?

Marcos se encogió ligeramente de hombros.

—Pensaba que entrarías en colapso vital antes del miércoles.

Lo miré horrorizada.

—Qué concepto tan precioso tienes de mí.

—Bastante acertado, normalmente.

Rodé los ojos automáticamente.

—Eres inaguantable.

—Y aun así aquí sigues, paseando conmigo.

—¿Qué tal el viaje? —pregunté intentando sonar despreocupada.

—Aburrido.

—Qué respuesta tan específica.

—Trabajo, sencillamente.

Lo observé de reojo. Seguía sin saber exactamente a qué se dedicaba aquel hombre y, cuanto más lo conocía, más misterioso parecía volverse.

—¿Y exactamente qué haces?

—¿Eso es curiosidad real o interrogatorio?

—Las dos cosas.

La pequeña sonrisa volvió otra vez.

—Tengo negocios.

Bufé automáticamente.

—Eso suena absolutamente mafioso.

—Puede que lo sea.

Solté una carcajada involuntaria.

—No ayudas nada.

—Te he echado de menos, Luna.

El corazón dejó de funcionar correctamente aproximadamente tres segundos. Intenté responder algo inteligente, algo adulto y algo mínimamente digno. Lógicamente, seguía sin lograrlo.

—Eso ha sonado muy bonito.

—¿Y tú?

Claro que lo había echado de menos. Muchísimo. Pero admitir eso en voz alta me parecía totalmente suicida.

—Conor te ha echado de menos —murmuré finalmente.

Marcos soltó una pequeña risa.

—Cobarde.

—Realista.

—Mentirosa.

Dios. Cómo me gustaba cuando me picaba así.

Ya casi habíamos llegado al portal cuando Marcos volvió a hablar, como si fuera la cosa más normal del mundo.

—Ven conmigo esta noche otra vez.

—¿Al club? —pregunté, intentando sonar muchísimo más tranquila de lo que se sentía.

Marcos asintió lentamente y, de repente, todos los nervios de la semana volvieron de golpe. Claro que quería volver. Muchísimo. Pero me daba miedo. Miedo a sentir demasiado otra vez, miedo de engancharme todavía más a él y miedo a descubrir que ya era demasiado tarde para mantener cierta distancia.

Marcos se detuvo frente al portal, observándome en silencio.

—No tienes que decidir ahora —dijo finalmente.

—¿Vamos a…? —pregunté.

No terminé la frase. Ni siquiera sabía cómo formularla sin morirme de vergüenza.

—Solo si tú quieres.

Marcos seguía esperando mi respuesta sin insistir, sin presionarme, como si confiara completamente en que volvería.

—Vale —murmuré finalmente.

—Paso a buscarte a las nueve.

*

A las ocho menos cuarto seguía descalza delante del armario, con una camiseta vieja y exactamente cero seguridad en mí misma.

Conor estaba tumbado sobre la cama, observándome mover vestidos de un lado a otro con la paciencia resignada de alguien que ya había aceptado que vivía con una desequilibrada.

—No pongas esa cara —murmuré, sacando otro vestido—. Tú no entiendes las implicaciones psicológicas de esta situación.

Claramente tampoco le impresionaba mi drama.

El vestido negro seguía sobre la silla. No hacía falta tocarlo para recordar perfectamente la última vez que me lo había puesto. Las manos de Marcos, la habitación privada y la forma en que todo había cambiado después de aquella noche.

Lo miré unos segundos antes de apartarlo. No quería ponérmelo de nuevo. No quería sentir que estaba intentando volver al mismo lugar y repetirlo todo otra vez.

Terminé sacando otro. Rojo, más corto, más atrevido y menos seguro. Me lo puse despacio frente al espejo. La tela se ajustaba demasiado, me marcaba demasiado y quizá precisamente por eso no podía dejar de mirarme.

Me solté el pelo lentamente, me pinté los labios rojos y mis piernas estaban totalmente desnudas. Durante unos segundos me quedé quieta frente al espejo. Fue raro porque no pensé inmediatamente en todo lo que odiaba de mí. No me vi invisible ni pequeña. Solo estaba nerviosa, pero me sentía muy viva.

El telefonillo sonó y el corazón me dio un golpe tan fuerte que cerré los ojos un segundo.

—Perfecto —susurré—. Ya empezamos.

Conor levantó la cabeza.

—Tú tampoco estás ayudando nada.

Bajé las escaleras intentando convencerme de que podía actuar con normalidad. Claramente no podía.

Abrí la puerta del portal y Marcos levantó la vista hacia mí. Dejó de moverse completamente. No dijo nada al principio y eso me puso muy nerviosa. Aquella mirada lenta recorriéndome el cuerpo consiguió alterarme más que cualquier frase. Recorrió mi cuerpo con esa mirada de hambre que tenía y, cuando volvió a mirarme a los ojos, soltó aire despacio.

Aparté la mirada automáticamente porque alguien tenía que mantener un mínimo de estabilidad.

—No es el negro.

La sonrisa apareció de nuevo en su cara.

—No. Definitivamente no lo es.

Intenté recolocarme el bolso, aunque no hacía falta. Solo necesitaba hacer algo con las manos.

—Igual me he pasado un poco.

Marcos dio un paso hacia mí.

—Luna.

Levanté la vista automáticamente.

—¿Qué? —pregunté intentando sonar mucho más tranquila de lo que me sentía.

—La próxima vez que quieras matarme, avísame antes.

—Qué exagerado eres.

—No tienes ni idea de lo preciosa que estás.

La forma en que lo dijo consiguió que el calor subiera lentamente hasta mis mejillas.

El trayecto hasta el club fue extraño. Silencioso, sí pero no incómodo. Era como si ambos estuviéramos demasiado conscientes del otro. Marcos conducía con una mano sobre el volante mientras la otra descansaba cerca de mi pierna. Sin tocarme y, aun así, yo sentía constantemente su presencia allí.

—¿Cómo está Marta? —preguntó de pronto.

Aquello me pilló desprevenida. Giré ligeramente la cabeza hacia él.

—Mejor… creo.

—¿Y tú?

La pregunta fue suave. Natural.

—Cansada.

Él asintió despacio.

—Se nota.

—Gracias. Hoy estás especialmente encantador.

—No lo digo por tu cara.

Aquello hizo que volviera a mirarlo. Marcos seguía mirando la carretera, tranquilo.

—Entonces, ¿por qué lo dices?

—Porque llevas toda la noche mirándome como si estuvieras pensando demasiado.

—Odio muchísimo cuando haces eso.

—¿El qué?

—Notar cosas.

—Hoy no eres precisamente difícil de leer.

—Eso ha sido ofensivo.

—Eso ha sido verdad.

Cuando llegamos al club, varias personas se volvieron a saludarlo apenas cruzamos la entrada. La diferencia fue que esta vez intenté no encogerme

dentro de mí misma. Intenté observar sin compararme automáticamente con todas las mujeres espectaculares que había allí y funcionó… durante un rato.

Marcos permaneció cerca constantemente. La mano en mi espalda. Comentarios bajos al oído. Miradas que duraban demasiado y poco a poco empecé a relajarme.

Me llevó hasta una zona más tranquila, apartada de la música principal. Los sofás oscuros, las luces bajas y la sensación extraña de intimidad escondida dentro de aquel sitio. Nos sentamos juntos y, durante un rato, todo fue absurdamente fácil. Hablamos de tonterías, de la gente que estaba en la sala, nos acariciamos, nos besamos, nos calentamos…

—Luna, no sabes cómo me pone tenerte tan cerca. Y ese vestido me está matando.

—Marcos…

—¿Qué?

—No me digas eso o voy a tener que llevarte yo a esa habitación privada.

Me besó con urgencia al escucharme decir eso. Y fue justo entonces cuando apareció ella. Alta, impresionantemente guapa, segura de sí misma y demasiado cómoda tocando a Marcos. De verdad, no fue solo que fuese guapa. Fue la familiaridad con la que se acercó a Marcos. Como alguien acostumbrada a invadir su espacio. Le apoyó una mano en el brazo mientras sonreía.

—Necesito robarte a este hombre un minuto.

Marcos frunció el ceño, pero simplemente me miró y dijo.

—Ahora vuelvo.

Asentí intentando parecer tranquila, aunque ya notaba algo incómodo moviéndose lentamente dentro de mí.

Los observé alejarse mientras intentaba seguir escuchando la música. La conversación alrededor. Cualquier cosa que no fuera mi propia cabeza. No funcionó.

Ella se inclinaba demasiado cerca a Marcos. Sonreía demasiado y él parecía completamente cómodo allí. Como si aquel mundo le perteneciera.

Sentí una punzada incómoda justo debajo de las costillas. Ahí estaba otra vez esa sensación horrible. La de no encajar. La de ser alguien intentando

entrar en una vida donde todo el mundo parecía saber perfectamente cuál era su sitio, excepto yo y los celos.

Terminé la copa demasiado rápido. Muy mala idea. Entonces dos hombres se acercaron a mi mesa y se sentaron junto a mí. Demasiado cerca.

—¿Te han abandonado? —preguntó uno de ellos con una sonrisa.

Intenté devolverle una sonrisa educada y busqué automáticamente a Marcos con la mirada. Seguía al otro lado de la sala y ni siquiera estaba mirándome.

De pronto todo me cayó de golpe. La semana entera. Chris desaparecido. Marta rota. Las inseguridades. El cansancio. Y, sobre todo, esa sensación agotadora de no ser suficiente para nadie.

Uno de los hombres se inclinó un poco más hacia mí.

—¿Primera vez aquí?

Asentí apenas.

—Se nota.

No lo dijo con maldad y, aun así, algo dentro de mí terminó de romperse ahí. Se notaba que aquel no era mi lugar y se podía ver con claridad que Marcos sí sabía moverse allí y yo no.

Me levanté demasiado rápido.

—Perdón.

Escuché algo detrás de mí, pero ya no podía quedarme allí. Necesitaba salir, necesitaba aire antes de hacer algo todavía más humillante, como echarme a llorar delante de todos esos desconocidos.

Atravesé el club casi sin mirar a nadie. Todo empezó a sentirse demasiado fuerte de repente. Cuando salí a la calle, el aire frío me golpeó la cara y las lágrimas aparecieron solas. Apoyé una mano contra la pared intentando respirar despacio. Pero cuanto más intentaba tranquilizarme, peor me sentía. El problema ya no era el club. Ese era el verdadero desastre.

Marcos me importaba demasiado, muchísimo más de lo que estaba preparada para admitir. Empecé a caminar sin pensar demasiado hacia dónde, mientras las calles de la ciudad seguían completamente vivas alrededor. El vestido rojo ya no me hacía sentir poderosa. Ahora solo me hacía sentir expuesta. Como si alguien hubiese arrancado de golpe toda la seguridad que

había conseguido construir esas semanas.

Mi móvil empezó a vibrar dentro del bolso. Lo ignoré. Pero volvió a sonar otra vez. Y otra. No hacía falta mirar la pantalla para saber quién era. Por supuesto que era Marcos.

Seguí caminando secándome las lágrimas con rabia. Qué novedad. Otra vez llorando por un hombre.

El teléfono volvió a sonar. Más tiempo esta vez y una parte de mí quiso contestar. Quería escucharlo decir que aquello no era lo que parecía, que no me había dejado sola y que yo no era una más allí dentro. Pero otra parte estaba demasiado avergonzada para soportarlo.

Finalmente saqué el móvil del bolso. Siete llamadas perdidas. Todas de él. Entonces abrí los mensajes.

«¿Dónde estás?»

Otro.

«Luna, contéstame.»

Y después:

«¿Qué ha pasado?»

Las lágrimas volvieron inmediatamente. Lo peor era que parecía preocupado de verdad. Mis dedos temblaron ligeramente antes de responder.

Luna
«Estoy bien.»

Mentira absurda. La respuesta llegó enseguida.

Marcos
«¿Dónde estás?»

Otro mensaje apareció debajo.

«Voy a buscarte.»

El pecho se me cerró otra vez. No podía verlo ahora mismo. Si lo veía, iba a terminar derrumbándome completamente delante de él.

Luna
«Me voy a casa.»

Marcos
«Luna habla conmigo.»
«Por favor.»

Eso sí dolió porque nunca le había sentido así. Me mordí el labio intentando dejar de llorar en mitad de la calle, pero no funcionó.

Luna
«No quiero hablar, Marcos, déjalo, no pasa nada.»

Después llegó otro mensaje.

Marcos
«¿He hecho algo?»

Y ahí estaba el verdadero problema. Porque sí. Y, al mismo tiempo, no. Explicarlo significaba admitir demasiadas cosas. Cosas que ni siquiera quería decirme todavía a mí misma. Así que simplemente apagué el teléfono. La pantalla se volvió negra entre mis manos y el silencio alrededor se sintió enorme.

No estaba llorando solo por inseguridad, ni por celos, ni siquiera por el club. Estaba llorando porque Marcos ya no era solo deseo. Se había convertido en alguien capaz de hacerme daño de verdad.

CAPÍTULO 12

El domingo amaneció demasiado claro para el estado lamentable en el que estaba mi cabeza.

La luz entraba por la ventana con una alegría ofensiva, como si Madrid no se hubiera enterado de que yo había pasado la noche caminando de vuelta a casa con un vestido rojo, el maquillaje corrido y la sensación exacta de haberme arrancado la dignidad a tiras.

Que no dormí bien era decir poco. Dormí llorando como una magdalena, con el móvil apagado sobre la mesilla y Conor ocupando media cama, como si su misión vital fuera recordarme que, al menos, alguien seguía queriéndome sin exigirme explicaciones.

Cuando abrí los ojos del todo, lo primero que sentí no fue tristeza. Fue vergüenza. Una vergüenza densa, caliente, absurda. Por haber salido corriendo, por haber llorado hasta deshidratarme, por haber apagado el teléfono y por no haber sido capaz de decir simplemente «Me he sentido fuera de lugar y me ha dolido verte con otra mujer».

Claro que eso habría implicado reconocer demasiadas cosas y yo llevaba toda una vida siendo experta en evitar precisamente eso.

Conor se removió a mi lado y apoyó el hocico sobre mi muslo.

—No me mires con ternura ahora —murmuré—. Estoy intentando odiarme en paz.

Me quedé boca arriba en la cama durante un rato. El teléfono seguía apagado. Parecía un objeto radiactivo sobre la mesilla. Sabía que, en cuanto lo encendiera, aparecerían miles de llamadas, mensajes y preguntas que no quería responder. Sobre todo, de Marcos.

La imagen volvió con demasiada nitidez: él al otro lado de la sala, aquella mujer tocándole el brazo, la naturalidad con la que se apartó de mí diciendo «ahora vuelvo», los dos hombres acercándose después y yo sintiendo que el vestido que me había puesto ya no era una elección valiente, sino una señal

luminosa de lo perdida que estaba.

—Qué desastre.

Conor emitió un pequeño sonido, como si estuviera de acuerdo.

—Tú calla. Tú te vendiste al primero que te acarició detrás de la oreja.

Necesitaba hablar con alguien. No con Marcos. Todavía no. Necesitaba a Marta.

Encendí el móvil con la misma tensión con la que alguien desactiva una bomba. La pantalla tardó unos segundos en cargarlo todo y, después, llegó todo de golpe.

Ocho llamadas perdidas de Marcos.

Cinco mensajes.

Uno de Marta.

Ninguno de Chris. Por supuesto.

Abrí primero el de Marta.

«¿Estás viva? Tengo el instinto de preñada activado y algo me dice que anoche hiciste una Lunada de las tuyas.»

Casi sonreí. La llamé antes de arrepentirme y, como no, contestó al segundo tono.

—Dime que no has matado al vecino porque ahora mismo no tengo energía para ayudarte a esconder un cuerpo.

—No lo he matado.

—Vale. El tono de viuda dramática no me tranquiliza. ¿Qué pasó?

Me incorporé despacio en la cama. Me dolía la cabeza. No sabía si por dormir mal, por llorar o por la vergüenza acumulada.

—Fui al club otra vez.

—Eso ya estaba en el programa oficial de tu autodestrucción romántica.

—Marta.

—Perdón. Sigue. ¿Fue bien?

Miré hacia la ventana.

—Al principio sí.

—Oh, no.

—No digas ese «oh, no».

—Luna, cuando una historia empieza con «al principio sí», siempre termina con una mujer llorando, bloqueando a alguien o cortándose el flequillo. Y, como todavía tienes el pelo entero, dime cuál de las otras dos hiciste.

Me pasé una mano por la cara.

—Me fui.

—¿Del club?

—Sí.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Marcos lo sabía?

No respondí.

—Luna.

—No.

Marta soltó aire al otro lado.

—Vale —dijo con una calma que no era del todo suya—. Cuéntamelo desde el principio.

—Me puse el vestido rojo.

—¿El peligroso?

—Sí.

—Buena elección narrativa.

—Marta.

—Perdón. Sigo siendo yo, aunque esté al borde del colapso. Continúa.

Me acomodé contra el cabecero.

—Marcos vino a buscarme. Me miró como si...

Me quedé callada.

—Como si quisiera quitarte el vestido con los dientes —terminó ella.

—No seas vulgar.

—¿Pero sí?

—Sí.

—Perfecto. Sigo escuchando.

—En el coche me preguntó por ti.

—¿Por mí?

—Sí. Que cómo estabas. Que cómo estaba yo.

Hubo una pausa corta.

—Eso es bonito.

—Ya.

—Y tú, en vez de aceptar que el hombre tiene detalles de persona decente, seguro que hiciste algún comentario defensivo.

—Probablemente.

—Me encanta tu autoconocimiento selectivo.

Respiré despacio antes de continuar.

—Llegamos al club. Todo iba bien. Nos sentamos en una zona más tranquila. Estábamos hablando, besándonos, tocándonos... No sé, Marta, fue raro porque, por un rato, me sentí cómoda allí.

—Eso no suena mal.

—No lo era.

—Entonces llegó el desastre —cerré los ojos un segundo —apareció una mujer.

—Ajá.

—No digas «ajá» así.

—Es un «ajá» profesional. Continúa.

—Era guapísima. De esas mujeres que entran en un sitio y parece que el sitio se adapta a ellas.

—Las odio.

—Apoyó la mano en el brazo de Marcos y le dijo que necesitaba hablar con él un momento.

—¿Y él?

—Se fue.

Marta no habló inmediatamente hasta que preguntó.

—¿Te dijo algo antes?

—Que ahora volvía.

—¿Te besó? ¿Te explicó quién era? ¿Te preguntó si estabas bien?

—No. Solo dijo que volvía.

—Vale.

El «vale» de Marta sonó cuidadosamente neutro.

—No pasó nada —me apresuré a decir, aunque no sabía a quién intentaba convencer—. Probablemente era una conversación normal. De hecho, seguro que lo era. Pero ella se acercaba demasiado, lo tocaba demasiado y él parecía cómodo.

—Porque conoce el lugar.

—Exacto.

—Y tú te sentiste fuera.

Aquella frase me hizo apretar los labios.

—Sí.

—¿Y luego?

—Se acercaron dos hombres.

—¿Qué hombres?

—No sé, dos tipos del club. Me preguntaron si estaba sola.

La voz de Marta cambió.

—¿Te tocaron?

—No.

—¿Insistieron?

—No exactamente. Uno preguntó si era mi primera vez allí y dijo que se notaba.

—Hijo de puta.

—No lo dijo con maldad.

—Me da igual. Hay frases que una mujer no necesita escuchar cuando está intentando no desmontarse en un sitio que ya la supera.

Aquello me hizo cerrar los ojos con fuerza.

—Me fui, Marta.

—¿Sin avisar?

—No podía quedarme.

—¿Y Marcos?

—Me llamó mucho y me escribió.

—¿Y tú?

—Le dije que estaba bien.

—Mentira histórica.

—Ya.

—¿Y después?

—Apagué el móvil.

Marta se quedó callada.

El silencio entre nosotras fue largo, pero no incómodo. De esos silencios en los que alguien está intentando no decirte la verdad demasiado pronto porque sabe que te dolerá.

—Dilo —murmuré.

—No sé si quieres que lo diga.

—Dilo.

—No saliste del club porque aquella mujer fuera guapa, Luna.

—Ya lo sé.

—Saliste porque, de repente, viste una parte de su vida donde no sabías colocarte y como no sabías dónde estar, decidiste que no tenías sitio.

Me quedé mirando un punto fijo de la pared.

—Odio que estés embarazada y sigas teniendo la razón.

—Mis hormonas están descontroladas, pero mi capacidad para hundirte con precisión sigue intacta.

Solté una risa pequeña.

—Me dio vergüenza, Marta.

—¿Qué cosa?

—Todo. Sentirme celosa. Sentirme desplazada. Que me importara tanto. Que él me viera así si venía a buscarme.

—¿Y prefieres que te imagine desapareciendo sola con el teléfono apagado?

—No lo sé.

—Eso tampoco es una respuesta.

—No tengo respuestas buenas.

Marta suavizó la voz.

—¿Te gusta de verdad?

—Sí.

Fue una palabra mínima. Una sola, pero, al decirla, sentí que algo se rendía

dentro de mí.

Marta no hizo bromas, no lo celebró y tampoco gritó.

Solo dijo:

—Vale.

Y ese «vale» me sostuvo más que cualquier frase grandilocuente.

—No sé qué hacer —admití.

—Ahora mismo, nada.

—Eso no suena a consejo tuyo.

—Porque estoy madurando. Es horrible, ¿verdad?

—No creo que pueda hablar con él.

—Hoy no tienes que hablar con él. Pero tampoco puedes desaparecer eternamente.

—Mañana me voy a Gran Canaria.

—Exacto. Y yo, como dramática oficial, necesito que vengas con comida basura, paciencia y cero asesinatos pendientes.

—No sé si puedo prometer lo último.

—Haz un esfuerzo por mi útero.

La carcajada me salió inesperada.

—¿Cómo estás tú? —pregunté después.

Marta suspiró.

—Hoy he desayunado galletas saladas, he llorado porque olían raro y luego he mirado vuelos a Argentina como si eso solucionara algo.

—¿Argentina?

—Estaba en modo huida internacional. No juzgues mis procesos.

—¿Has pensado algo más de Dani?

La videollamada se quedó en silencio. La mirada de Marta estaba perdida, la boca apretada y esa forma suya de fingir dureza cuando algo le dolía demasiado.

—No he hablado con él —dijo al final.

—Bien.

—No digas «bien» como si fueras mi terapeuta.

—Perdón. Bien como amiga que quiere arrancarle los pelos uno a uno.

—Mucho mejor.

—¿Y el otro chico?

—Mi prima está intentando localizarlo. Dice que igual trabaja en una empresa de eventos en el sur, pero mi prima también cree que Mercurio retrógrado le estropeó la lavadora, así que no sé qué fiabilidad tiene la investigación.

—Al menos hay una pista.

—Una pista ridícula.

—Pero es una pista.

—Sí.

Otra pausa.

—Tengo miedo, Luna.

La frase salió pequeña.

—Lo sé.

—No solo por el embarazo. Es que me da miedo descubrir que estoy sola de verdad.

Aquello me atravesó con una precisión brutal porque quizá las dos llevábamos días girando alrededor de la misma herida.

—No estás sola.

—Ya. Pero tú me entiendes.

—Demasiado.

—Qué par de desgraciadas.

—Muchísimo.

Marta soltó una risa triste.

—Cuando llegues mañana, ¿podemos no hablar durante una hora y simplemente comer mierdas en la playa?

—Podemos hablar cero horas si quieres.

—No prometas cosas imposibles. A los veinte minutos estaré haciendo teorías sobre tu vecino.

—Eso me parece más realista.

Hablamos un poco más de su cita con el ginecólogo, de mi vuelo de mañana y de si debía llevar chaqueta porque, en Canarias, la gente siempre

decía: «Trae algo por la noche», como si vivir a veintidós grados fuese una tragedia climática.

Cuando colgamos, me sentía algo menos rota. No bien, pero menos sola. Eso ya era bastante.

Dejé el móvil sobre la cama y, un segundo después, vibró. Era Marcos. El nombre apareció en la pantalla como un golpe directo al estómago.

No contesté y volvió a sonar. Me quedé inmóvil escuchando la vibración contra la colcha.

Conor levantó la cabeza.

—No me juzgues —le dije.

El perro apoyó otra vez el hocico sobre las patas.

El teléfono dejó de sonar. Respiré, pero demasiado pronto. Mensaje.

Marcos
«Luna, por favor. Solo dime que estás bien.»

Me quedé mirando la pantalla hasta que las letras empezaron a parecer demasiado grandes. No respondí y llegó otro mensaje.

«Si no quieres hablar, lo respeto. Pero no me dejes imaginando cosas.»

Eso dolió porque no sonaba enfadado. Sonaba preocupado y yo no sabía qué hacer con su preocupación cuando todavía estaba intentando sobrevivir a mi vergüenza.

El móvil volvió a sonar.

Esta vez no era una llamada normal. Era una videollamada. Lo rechacé tan rápido que casi se me cayó el teléfono. Después me odié por hacerlo. Me levanté de la cama y empecé a caminar por la habitación sin rumbo. No podía hablar con él. No aún. Si escuchaba su voz, si decía mi nombre de esa forma suya, si me preguntaba qué había pasado, iba a desmoronarme del todo. Y yo no quería desmoronarme con él. Todavía no.

Me metí en la ducha, aunque no necesitaba ducharme.

El agua caliente me golpeó los hombros mientras apoyaba las manos en la pared y respiraba despacio.

Cuando salí, el móvil tenía dos llamadas más y un mensaje nuevo.

Marcos
«Estoy subiendo.»

Me quedé completamente quieta.

—No.

Lo dije en voz alta. A nadie. A mí o, tal vez, al universo entero.

—No, no, no.

Agarré el albornoz y salí al pasillo justo cuando escuché el timbre de casa. Mi madre salió desde el salón.

—Yo voy.

Sentí que la sangre se me iba de la cara.

—Mamá.

Ella se giró al verme allí, con el pelo mojado, la cara seguramente horrible y el pánico escrito en todos mis gestos. No hizo ninguna pregunta. Solo me miró y, en esa mirada, lo supo todo. No los detalles, pero sí lo suficiente.

El timbre volvió a sonar.

—¿Es él? —preguntó en voz baja.

Asentí.

—No puedo verlo.

Mi madre no se movió durante un segundo. Después caminó hacia mí y me apartó un mechón húmedo de la cara con una suavidad que casi me rompió.

—¿Quieres que le diga que estás enferma?

La vergüenza me subió por el cuello.

—Es penoso.

—No te he preguntado si es penoso.

La miré. Mi madre tenía esa calma suya de mujer que había sobrevivido a demasiadas cosas como para asustarse por una hija huyendo de un hombre guapo en el rellano.

—Sí —murmuré—. Por favor.

Ella asintió.

—Entra en tu habitación.

Obedecí, pero dejé la puerta entreabierta. Porque mi orgullo estaba

haciendo las maletas, pero las ganas de saber qué tenía que decir seguían exactamente donde siempre.

Oí abrir la puerta y la voz de Marcos llegó baja.

—Buenas tardes, Ana. Perdón por venir así. ¿Está Luna?

Mi madre respondió con una naturalidad impecable.

—Está descansando. No se encuentra bien.

Hubo una pausa.

—¿Está enferma?

—Cansada.

Mi madre no mintió del todo. Eso era muy de ella.

—¿Puedo verla un momento?

El corazón me golpeó fuerte y mi madre no contestó enseguida.

—Hoy no.

Silencio.

—¿Ha pasado algo? —preguntó él.

Su voz sonó distinta. Más seria. Mi madre bajó un poco el tono.

—Eso tendrás que hablarlo con ella cuando pueda.

—Necesito saber si llegó bien anoche.

—Llegó bien —dijo mi madre—. Alterada, pero bien.

Marcos soltó aire despacio. Incluso desde mi habitación pude escucharlo.

—Gracias.

—Marcos.

Mi madre dijo su nombre de una forma que me hizo abrir los ojos.

—Sí.

—Mi hija no es fácil cuando se asusta.

Me quedé inmóvil.

—No parece asustarse de muchas cosas —respondió él.

—Entonces no la has mirado bien.

El silencio que siguió fue distinto.

—Tienes razón —dijo Marcos finalmente.

La voz de mi madre se suavizó apenas.

—Dale un poco de espacio.

—Lo haré.

—Y si has hecho algo, aunque sea sin querer, no intentes arreglarlo empujando la puerta.

Casi pude imaginar la cara de Marcos.

—No quiero hacerle daño.

—Eso no siempre basta.

Mi madre acababa de decir exactamente lo que yo no sabía formular. No bastaba con no querer hacer daño. A veces una persona podía romperte sin intentarlo.

La puerta se cerró unos segundos después. Me quedé sentada en el borde de la cama, con el pelo mojado goteando sobre la bata y las manos apretadas entre las rodillas. Mi madre llamó suavemente antes de entrar.

—Se ha ido.

Asentí.

—Gracias.

Ella se quedó de pie junto a la puerta.

—No voy a preguntarte qué ha pasado.

La miré con los ojos demasiado llenos de lágrimas.

—Gracias otra vez.

—Pero sí voy a decirte una cosa.

Ahí estaba. Mi madre siendo mi madre.

—Vale.

Se sentó a mi lado.

—Cuando una mujer se siente ridícula por haber sentido demasiado, casi siempre intenta castigarse desapareciendo.

—Mamá...

—No tienes que contarme nada.

—No sé ni qué contar.

—Entonces no lo hagas todavía.

Me quedé mirando mis manos.

—Me da vergüenza.

—¿Haber llorado?

No respondí.

—¿Haber esperado algo?

Tampoco respondí. Mi madre soltó aire despacio.

—Cariño, lo que acaba haciéndote daño no es necesitar a alguien; es pasar media vida intentando convencerte de que no lo necesitas.

Y yo llevaba exactamente toda la vida haciendo eso.

—Mañana me voy a Gran Canaria —dije, cambiando de tema porque no podía sostener mucho más.

—Lo sé.

—Marta tiene la cita con el ginecólogo el martes.

—También lo sé.

—Necesita que esté con ella.

—Y tú necesitas respirar lejos de aquí. Te va a venir muy bien.

La miré. Mi madre sonrió apenas.

—Soy tu madre. No una señora *random* que vive en el pasillo.

Una risa rota se me escapó sin querer.

—No estoy bien.

—Ya lo veo.

—Pero no quiero que papá pregunte.

—Tu padre preguntará intentando que parezca que no pregunta. Haré de barrera.

—Gracias.

Mi madre me apretó suavemente la mano.

—Descansa un rato.

—No puedo.

—Entonces, al menos, deja de pelearte contigo misma cinco minutos. También cuenta.

Cuando se fue, me quedé sola otra vez. El móvil seguía sobre la cama y no lo toqué durante diez minutos. Doce. Quince…

Al final lo cogí.

Marcos había escrito solo una vez más.

«Voy a respetar que no quieras verme. Pero quiero que sepas que estoy

aquí.»

Me quedé mirando aquella frase demasiado tiempo.

Abrí el chat de Chris casi por inercia y, entonces, el corazón se me detuvo un segundo. Había un mensaje.

@Chris84
«Estoy vivo.»

Me incorporé tan rápido que Conor levantó la cabeza, sobresaltado.

Otro mensaje apareció debajo.

«Y, antes de que me insultes, quiero que sepas que probablemente me lo merezco.»

Sentí una mezcla inmediata de alivio y rabia. Mucha rabia. Los dedos me volaron sobre la pantalla.

@LunaNix
«¿Probablemente?»

Chris respondió casi al instante.

@Chris84
«Definitivamente.»

@LunaNix
«Una semana. Una puta semana totalmente desaparecido.»
@Chris84
«Lo sé.»

@LunaNix
«No. No creo que lo sepas.»

@Chris84

«Tienes razón.»

Aquello me enfadó todavía más porque no estaba discutiendo. No estaba justificándose y yo necesitaba que lo hiciera para poder lanzarle todo sin sentirme una lunática.

@LunaNix
«¿Eso es todo?»

@Chris84
«No.»

@LunaNix
«Pues adelante. Estoy deseando escuchar por qué desapareces una semana entera después de meterte en mi vida como si tuvieras derecho a abrir todas las ventanas y luego irte sin cerrar la puerta.»

@Chris84
«Tuve que ocuparme de algo complicado.»

Solté una risa seca.

@LunaNix
«Qué concreto. Fascinante.»

@Chris84
«No puedo contártelo todo, Luna. Necesito que lo respetes.»

@LunaNix
«Por supuesto Chris. Pero yo sí puedo contarte mis inseguridades, mis fantasías, mis miedos y media vida mientras tú decides cuándo aparecer y cuándo no. Qué contarme y qué no.»
@Chris84
«Lo sé, Luna. Te entiendo.»

@LunaNix
«No quiero que me entiendas. Estoy enfadada.»

@Chris84
«Lo estás.»

@LunaNix
«Muchísimo.»

@Chris84
«Bien.»

Me quedé mirando la pantalla con incredulidad.

@LunaNix
«¿Bien?»

@Chris84
«Prefiero que te enfades conmigo a que finjas que no te importó.»

No quería que dijera eso. No quería que volviera a acertar.

@LunaNix
«Eres insoportable.»

@Chris84
«Lo sé.»

@LunaNix
«No, creo que no lo sabes lo suficiente.»

@Chris84
«Entonces sigue.»

Mis dedos se quedaron quietos.

@Chris84
«Dímelo todo.»

Aquella frase, tan simple, me desarmó más de lo que quería admitir porque, durante una semana, había necesitado precisamente eso.

Un lugar donde soltar el caos sin tener que ordenar cada emoción antes de ofrecerla.

@LunaNix
«Me sentí idiota.»

@Chris84
«Por mí.»

@LunaNix
«Sí.»

@Chris84
«Lo siento.»

Dos palabras. Nada más. Y, aun así, una parte de la tensión que llevaba días acumulada se aflojó un poco.

@LunaNix
«No vuelvas a hacer esto.»

@Chris84
«No prometo no desaparecer nunca. Pero sí prometo no hacerlo así.»

Me quedé leyendo aquella respuesta varias veces. Era imperfecta, pero honesta.

@LunaNix

«Ha pasado de todo y me siento como una mierda.»

@Chris84
«Cuéntame.»

@LunaNix
«No quiero que me analices.»
@Chris84
«Entonces no lo haré.»

@LunaNix
«Eso no te lo crees ni tú.»

@Chris84
«Intentaré hacerlo en silencio.»

Sonreí sin querer.

@LunaNix
«Fui al club otra vez con mi vecino.»

@Chris84
«¿Y?»

@LunaNix
«Y salí corriendo.»

@Chris84
«¿Te hizo algo?»

La rapidez de la pregunta me sorprendió.

@LunaNix
«No.»

@Chris84
«¿Alguien te tocó?»

@LunaNix
«No, simplemente me puse celosa de una mujer con la que se fue a hablar y solo era eso: hablar, pero no me gustó nada. Después, dos hombres me hablaron y me sentí fuera de lugar. No sabía qué decirles.»

@Chris84
«Entonces respira.»
@LunaNix
«No me digas eso.»

@Chris84
«¿Por qué?»

@LunaNix
«Porque él también me lo dice.»

@Chris84
«Háblame de él.»

Me quedé inmóvil. Nunca le había hablado realmente de Marcos.

@LunaNix
«No sé por dónde empezar.»

@Chris84
«Por lo que te da miedo decir.»

Por primera vez, escribí la verdad.

@LunaNix
«Creo que me estoy enamorando de él.»

El mensaje quedó enviado. No pude retirarlo. No pude fingir que no lo había escrito. Durante casi un minuto no hubo respuesta, y ese minuto fue horrible.

@Chris84
«Eso explica por qué te dolió tanto.»

@LunaNix
«Me sentí ridícula.”

@Chris84
«Sentirte vulnerable no te hace ridícula.»

@LunaNix
«No estaba vulnerable. Estaba celosa, insegura, fuera de mi zona de confort y llorando por una mujer que seguramente no significaba nada.»
@Chris84
«Eso también es vulnerabilidad.»

Me quedé mirando la pantalla.

@LunaNix
«Él pertenece a ese mundo. Yo no.»

@Chris84
«¿Te lo dijo?»

@LunaNix
«No.»

@Chris84
«¿Te lo hizo sentir?»

Ahí me detuve porque esa pregunta no era tan fácil. Marcos no me había

hecho sentir fuera de lugar. El club sí; la mujer, por supuesto; y los hombres también. Pero Marcos… Marcos había estado cerca, pero no creo. ¿Todo estaba en mi cabeza?

@LunaNix
«No lo sé.»

@Chris84
«Entonces quizá todavía no tienes toda la información.»

@LunaNix
«No necesito información para saber que me dolió.»

@Chris84
«No. Pero quizá sí para decidir qué hacer con ese dolor.»

Maldito Chris. Incluso enfadada con él e incluso queriendo odiarlo, conseguía ordenar cosas dentro de mí con una precisión insoportable.

@LunaNix
«No quiero hablar con Marcos.»
@Chris84
«Hoy no.»

@LunaNix
«Mañana tampoco. Me voy a Gran Canaria.»

@Chris84
«Por Marta.»

Me quedé quieta. No le había contado casi nada de Marta.

@LunaNix
«Sí.»

@Chris84
«¿Está bien?»

No podía contarle aquello. No era mío.

@LunaNix
«No del todo. Pero lo estará.»

@Chris84
«Porque vas tú.»

@LunaNix
«No sé si soy tan útil.»

@Chris84
«Lo eres cuando dejas de pensar que tienes que arreglarlo todo.»
«No sé si tengo razón, Luna. Pero creo que estás mezclando muchas cosas a la vez.»

La conversación siguió. No sé cuántas horas. Hablamos de Marcos, de Marta, del miedo, de lo humillante que era necesitar a alguien y de lo fácil que me resultaba huir antes de explicar por qué me dolían las cosas.

Chris no intentó seducirme, no esa noche. No me dio órdenes y no llevó la conversación hacia el deseo. Quizá por eso fue una de las conversaciones más íntimas que habíamos tenido hasta ahora.

Mi madre me llamó desde la cocina para preguntarme si quería cenar algo. Miré la hora; habían pasado casi cuatro horas.

@Chris84
«Deberías comer.»

@LunaNix
«¿Ahora también vas a vigilar mis comidas?»

@Chris84
«Hoy sí.»

@LunaNix
«Mandón.»

@Chris84
«Culpable.»

Sonreí muy poco. Cansada, pero menos rota que por la mañana.

@Chris84
«Escríbele a Marcos.»

La sonrisa desapareció.

@LunaNix
«No.»

@Chris84
«No para explicarlo todo. Solo para no dejarle imaginando lo peor.»

Volví a leer el mensaje una segunda vez. Lo peor era que no podía discutir ni una sola palabra.

@LunaNix
«Estás siendo demasiado razonable después de desaparecer una semana.»

@Chris84
«Para compensar.»
@LunaNix
«Pues que sepas que no alcanza.»

@Chris84
«Lo sé.»

Respiré despacio y abrí el chat de Marcos. El último mensaje seguía allí.

«Voy a respetar que no quieras verme. Pero quiero que sepas que estoy aquí.»

Escribí. Borré. Volví a escribir. Borré otra vez.

Al final dejé algo sencillo.

Luna

«Marcos, estoy bien. Siento haberme ido así y siento haberte preocupado. Ahora mismo no puedo hablar sin hacerlo mal. Mañana me voy a Gran Canaria porque Marta me necesita y creo que yo también necesito un poco de distancia. Cuando vuelva hablamos. Te pido que me esperes hasta entonces.»

Me quedé mirando el mensaje durante casi un minuto. Después lo envié. La respuesta no llegó inmediatamente y quizá fue mejor así. Me dio tiempo a respirar, a dejar el móvil sobre la cama, a ir a la cocina con mi madre y a sentarme en la mesa mientras ella me ponía un plato delante sin decir nada.

Había arroz, pollo y pan. Comida sencilla, de casa.

—Tienes que comer —dijo ella.

—Chris ha dicho lo mismo.

Mi madre levantó una ceja. Se me escapó sin pensarlo y vaya cagada.

—¿Chris?

Me quedé inmóvil con el tenedor en la mano.

—Es... alguien.

—Ya.

—No pongas esa cara.

—No estoy poniendo ninguna cara.

—Mamá.

Ella se sentó frente a mí con una calma demasiado peligrosa.

—Cariño, en esta casa ya tenemos al vecino guapo viniendo a buscarte al rellano. Que además haya un Chris misterioso me parece casi prudente. Así reparto mis preocupaciones.

Me atraganté con una risa.

—No es lo que parece.

—Nunca lo es.

—De verdad.

Mi madre me observó unos segundos. Después empujó el vaso de agua hacia mí.

—Come. El triángulo sentimental puede esperar diez minutos.

—No hay triángulo sentimental.

—Claro.

Cómo odiaba esa palabra cuando venía de todo el mundo.

El móvil vibró. Mi madre me miró.

—¿No vas a verlo?

—Después.

Y por primera vez en todo el día sentí que esa respuesta era una pequeña victoria. Cené con mi madre en silencio. Cuando volví a la habitación, el mensaje de Marcos estaba allí.

Marcos
«No voy a presionarte. Ve a Gran Canaria, cuida de Marta y cuídate tú también. Cuando vuelvas, hablamos. Pero, Luna... no vuelvas a desaparecer así. Me asustaste.»

Leí la última frase varias veces. Me asustaste. No estaba enfadado o, quizá sí, pero debajo había algo más, algo que parecía importarle demasiado.

No le respondí. Abrí el chat de Chris.

@LunaNix
«Ya está.»

@Chris84
«Bien.»

@LunaNix
«No digas ‘’bien”. Todos los hombres que conozco dicen ‘’bien” y me está empezando a afectar psicológicamente.»

@Chris84
«Anotado. Diré: ‘’razonable”.»

@LunaNix
«Mucho peor.»
@Chris84
«Ahora entonces duerme, Luna. Tienes que descansar.»

Leí mi nombre en la pantalla. Por primera vez en días, no sentí ansiedad. Sentí alivio.

@LunaNix
«Buenas noches, Chris.»

@Chris84
«Buenas noches, Luna.»

Apagué la luz poco después. Conor se acomodó a mis pies. Dejé el móvil en la mesilla y por primera vez desde hacía varios días no lo miré otra vez antes de cerrar los ojos.

Mañana estaría en Gran Canaria. Con Marta, mi amiga y casi mi hermana.

CAPÍTULO 13

El avión estaba aterrizando en Gran Canaria a las once y cuarenta y tres de la mañana. En cuanto vi el mar desde la ventanilla, sentí algo parecido a respirar bien por primera vez en días.

Madrid se había quedado atrás. Marcos también, la vergüenza y esa sensación constante de estar huyendo de mí misma. Claramente, mi cerebro había decidido traerse todos esos problemas en el equipaje de mano. Pero ya estaba aquí e iba a ver a Marta en breve.

Cuando crucé las puertas de llegada con la maleta detrás de mí, tardé exactamente tres segundos en encontrarla. Estaba llorando, ahí, en mitad del aeropuerto.

—No empieces —dije, señalándola inmediatamente.

—Pues deja de tardar siglos en venir a abrazarme.

La abracé fuerte nada más llegar hasta ella y, madre mía… Hacía demasiado tiempo que no abrazaba a mi mejor amiga así. Marta enterró la cara en mi cuello mientras soltaba aire temblando un poco.

—Joder, Luna…

Yo cerré los ojos, abrazándola todavía más fuerte.

—Ya estoy aquí.

Durante unos segundos ninguna dijo nada. A veces las personas que más quieres no necesitan grandes discursos, solo saber que no están solas.

Cuando finalmente nos separamos, Marta me agarró la cara entre las manos, observándome fijamente.

—Tienes una cara horrible.

Solté una carcajada inmediata.

—Gracias. Qué recibimiento más bonito.

—No, espera. Déjame terminar. Pareces totalmente devastada, pero sexy.

—Ah, entonces todo bien.

Marta cogió mi maleta mientras empezábamos a caminar hacia el párking

me preguntó:

—¿Has dormido algo estas semanas?

—¿Tú?

—Vale, ahí me has pillado.

El calor de la isla me golpeó la cara en cuanto salimos fuera. Ese calor húmedo, brillante y vivo. Nada que ver con la ciudad.

Marta abrió el maletero del coche y después se apoyó unos segundos, mirándome.

—Vale. Ahora sí. Cuéntamelo todo.

—¿Todo qué?

—No te hagas la idiota conmigo, porque no me sale rentable.

Me metí en el coche suspirando.

—Estoy cansada.

—Ajá.

—Y Marcos me está volviendo completamente loca.

Marta arrancó el coche sonriendo lentamente.

—Ahora sí estamos empezando.

Fuimos hablando durante todo el camino hasta su apartamento. Del embarazo, del vuelo y de cómo estaba ella y yo realmente. Aunque seguía nerviosa, había algo distinto en Marta. La sentí más calmada y más estable. Como si tener mi compañía tan cerca le hubiera bajado el volumen al miedo.

Nada más llegar a casa dejé la maleta en mitad del salón. Marta me señaló inmediatamente el dormitorio.

—Ponte el bikini. Nos vamos a la playa.

La miré horrorizada.

—Acabo de aterrizar.

—Exacto. Necesitas agua salada y vitamina D urgentemente.

—Necesito una siesta y probablemente terapia.

—Eso también. Pero primero playa.

Cuarenta minutos después estábamos tumbadas sobre la arena con gafas de sol, bikini y dos mojitos gigantes. Uno de ellos sin alcohol, que claramente no eran necesarios un lunes a las dos de la tarde.

El mar estaba tranquilo y el cielo completamente despejado. Por primera vez en días sentí que mi cabeza empezaba a bajar de revoluciones. Marta estaba tumbada boca arriba con los ojos cerrados cuando habló de pronto.

—He conseguido el teléfono del chico.

Giré automáticamente la cabeza hacia ella.

—¿Qué? ¿Y me lo dices así, como si nada?

Una pequeña sonrisa apareció en su boca.

—Mi prima sirve para algo además de tomar decisiones cuestionables.

Me incorporé un poco, apoyándome sobre un codo.

—¿Y?

—Y nada. Tengo el número guardado desde ayer y todavía no he sido capaz de escribirle.

La observé unos segundos.

—¿Por miedo o por Dani?

—Las dos cosas.

Aquello sí tenía sentido porque Dani seguía ocupando demasiado espacio dentro de ella incluso cuando no estaba presente.

—¿Sabes qué es lo peor? —murmuró Marta, quitándose las gafas de sol—. Que sigo pensando en Dani primero, incluso ahora.

No respondí inmediatamente. Entendía demasiado bien esa sensación.

—No pongas esa cara —me dijo.

—¿Qué cara?

—La de «entiendo exactamente lo que estás diciendo y eso me preocupa muchos más por salud mental».

Resoplé mirando el mar.

—No puedo evitarlo.

—Sí puedes. Simplemente no quieres.

La miré de reojo.

—Estás muy sabia últimamente para alguien que lleva tres días llorando viendo vídeos de bebés en TikTok.

Marta me dio un golpe en la pierna.

—Estoy muy hormonal. No se me puede juzgar legalmente.

La carcajada se me escapó sola. Madre mía, cuánto necesitaba reírme. Cuánto necesitaba estar así con ella.

Pasamos toda la tarde allí. Hablando, comiendo mierdas, bañándonos y riendo como hacía muchísimo tiempo que no hacíamos y, poco a poco, empecé a notar algo raro. Ligereza. Como si mi cuerpo hubiera estado funcionando tenso durante semanas sin que me diera cuenta.

Esa noche terminamos cenando pizza en el sofá con una serie horrible puesta de fondo. Marta estaba apoyada sobre mi hombro cuando habló de pronto.

—¿Te sigue escribiendo?

No hacía falta preguntar quién. Suspiré mirando el móvil sobre la mesa.

—Sí.

—¿Y tú no contestas?

—No sé qué decirle.

Marta levantó ligeramente la cabeza.

—Podrías empezar por dejar de huir de la verdad como un mapache traumatizado.

—Gracias por la imagen mental.

—De nada.

Cogí el móvil desbloqueándolo. Tres mensajes de Marcos. Todos simples.

Marcos
«¿Cómo ha ido el vuelo?»
«¿Está mejor Marta?»

Y el último, hacía apenas una hora:
«Me gustaría hablar contigo, te echo de menos.»

El pecho se me encogió porque no había presión en ninguno, ni reproches ni enfado, y eso casi era peor.

—No entiendo cómo alguien puede alterarme tanto —murmuré.

Marta me observó unos segundos antes de responder.

—Porque te importa de verdad. —Después añadió—: Y porque llevas muchísimo tiempo sintiendo menos de lo que necesitabas.

Eso sí consiguió dejarme callada.

*

Al día siguiente, la cita con el ginecólogo fue muchísimo mejor de lo que esperábamos. Marta estaba nerviosa desde que salió de casa. No dejaba de mover las manos, de mirar el móvil y de hablar demasiado rápido. Yo la observaba sentada a su lado en la sala de espera mientras fingía perfectamente estar tranquila.

—Vas a hacer un agujero en el suelo como sigas moviendo la pierna así.

Marta dejó de moverse inmediatamente. Dos segundos después volvió a hacerlo y me miró.

—No puedo evitarlo.

—Lo sé.

Giró la cabeza hacia mí entonces y ahí estaba otra vez el miedo real debajo de todo.

—¿Y si algo va mal?

Le cogí la mano automáticamente.

—No va a ir mal.

—¿Y si sí?

—Entonces lo afrontaremos. Pero no vas a hacerlo sola.

Los ojos de Marta se llenaron de lágrimas en ese mismo momento.

—Voy a ponerme hormonal otra vez y te odio muchísimo por hacerme llorar en público.

Sonreí apenas.

—Tú lloras viendo anuncios de yogures ahora mismo. No cuenta.

La pequeña risa que soltó consiguió aflojar un poco la tensión.

Cuando por fin salimos de la consulta sabiendo que el bebé estaba perfectamente y que ella también estaba bien, Marta rompió a llorar en mitad del pasillo. Yo la abracé riéndome un poco mientras ella seguía llorando encima de mí.

—Vale. Esto ya parece una telenovela mala de Antena 3 a las cuatro de la tarde.

—Cállate —sollozó—. Estoy feliz y aterrorizada al mismo tiempo.

—Eso creo que significa que vas a ser buena madre.

Eso sí consiguió romperla todavía más.

Terminamos celebrándolo comiendo helado frente al mar y fue exactamente ahí cuando decidí que ya estaba bien.

—Llámalo.

Marta casi se atraganta.

—¿Qué?

—Al chico.

—Ahora mismo no.

—Ahora mismo sí.

Me miró horrorizada.

—Luna, estoy frágil mentalmente. No puedes tomar decisiones así por mí.

—Precisamente por eso. Porque llevas días imaginándote cosas sola. Llámale ya.

Marta dejó caer la cuchara sobre la mesa.

—¿Y si no quiere verme?

—Entonces lo sabrás.

—¿Y si sí quiere?

—Entonces también lo sabrás.

—Te odio muchísimo.

—Eso dicen todas las mujeres antes de tomar buenas decisiones.

Marta buscó el número respirando hondo varias veces y, sinceramente, parecía a punto de desmayarse.

—No puedo hacerlo.

—Sí puedes.

—No.

—Marta.

—Luna.

—Marta.

—Vale, joder.

Le dio al botón de llamada como si estuviera activando una bomba nuclear y entonces esperamos.

Un tono. Dos.

Marta empezó a ponerse completamente blanca y, justo cuando iba a colgar, una voz masculina apareció al otro lado.

—¿Hola?

La expresión de Marta cambió inmediatamente.

—Eh…

La miré levantando ambas cejas. *Habla, por Dios.*

—Soy Marta.

—Joder. Pensé que no volvería a saber de ti.

Marta me miró automáticamente. Había pánico absoluto en su cara. Yo moví la mano haciéndole señales desesperadas para que siguiera hablando.

—Sí… bueno… desaparecí un poco.

El chico soltó una pequeña risa.

—Un poco bastante.

Y ahí pasó algo importante. Marta sonrió.

—Lo siento.

—No lo hagas, no tienes que pedirme perdón.

Hubo un pequeño silencio. Después, él habló otra vez.

—Me alegré muchísimo cuando vi tu llamada.

Los ojos de Marta se abrieron apenas un poco y los míos también.

Siguieron hablando casi veinte minutos mientras yo fingía mirar el mar mientras escuchaba a Marta reír, poco a poco más relajada. Más ella.

Cuando finalmente colgó, dejó el móvil sobre la mesa mirándome completamente en *shock*.

—Bueno.

—Bueno, ¿qué?

—Creo que quiere volver a verme.

—Qué inesperado. El hombre con el que conectaste una noche y te acostaste resulta que estaba interesado en ti. Increíble giro argumental.

Marta me lanzó una servilleta.

—Idiota.

—¿Cuándo quedáis?

—El jueves.

La observé unos segundos antes de preguntar:

—¿Piensas contarle lo del bebé?

La sonrisa desapareció lentamente de su cara. Ahí estaba otra vez la realidad. Marta bajó la mirada hacia el vaso.

—No sé si debería.

—Pero quieres hacerlo.

Después asintió y, sinceramente, entendí perfectamente por qué. Porque, por primera vez en mucho tiempo, había aparecido alguien que parecía verla de verdad.

*

La noche del martes terminé hablando con Chris durante horas otra vez. Había reaparecido aquella mañana con un simple.

@Chris84

«Empiezo a pensar que me odias.»

Había estado tan enfadada que casi le mandé a la mierda directamente. Casi. Pero después empezamos a hablar y otra vez pasó lo mismo. Las horas desaparecieron. Estaba tumbada en el sofá de Marta mientras ella dormía en la habitación cuando el móvil vibró otra vez.

@Chris84
«Sigues despierta.»

@LunaNix
«Eso dices siempre como si fueras detective privado.»

@Chris84
«Lo soy en lo que se refiere a ti.»

Seguimos hablando durante horas y, por primera vez, terminé hablándole más de Marcos. No todo. Pero sí lo suficiente.

@Chris84
«Así que sientes mucho por él. La cosa va en serio.»

@LunaNix
«No sé exactamente qué somos.»

@Chris84
«Eso suele ser lo más emocionante.»

Le conté de qué era el club, cómo me sentía yo allí, cómo había salido corriendo aquel día y, aunque esperaba que Chris se burlara un poco de mí…, no lo hizo.

@Chris84
«Creo que no huiste del club.»

@LunaNix
«¿Entonces qué fue? Ilumíname.»

@Chris84
«Creo que huiste de lo que sentiste.»

Otra vez consiguió dejarme completamente callada. Continuamos hablando hasta que me quedé dormida.

*

El miércoles por la tarde estaba ayudando a Marta a cocinar cuando sonó el timbre. Ella levantó automáticamente la cabeza.

—¿Esperas a alguien?

Dije mientras removía la pasta.

—No.

Marta dejó el móvil lentamente sobre la encimera y entonces sonrió. Demasiado. Ocultaba algo y entrecerré inmediatamente los ojos.

—¿Qué has hecho?

—Nada.

—Marta.

—No te enfades antes de tiempo.

—Marta, ¿qué has hecho?

El timbre volvió a sonar y entonces ella soltó la bomba.

—Quizá le escribí un poco a Marcos.

Me quedé completamente quieta.

—¿Perdón?

Marta levantó ambas manos inmediatamente.

—Escúchame primero.

—¿Le diste tu dirección?

—¡Porque estás sufriendo muchísimo!

La miré horrorizada.

—Te voy a asesinar.

Marta señaló inmediatamente hacia la puerta.

—Pues asesíname después porque creo que acaba de cruzarse media España para verte.

No podía ser. Esto no podía estar sucediéndome a mí

Marta fue hasta la puerta antes de que pudiera detenerla y, cuando la abrió… ahí estaba él. Marcos. Y esos ojos fijos directamente en mí, como si nada más importara en ese momento.

Me quedé completamente inmóvil. Mi cerebro había dejado de funcionar.

—Hola, Luna.

La voz me salió rota.

—¿Qué haces aquí?

Marcos sostuvo mi mirada unos segundos antes de responder.

—Necesitaba verte.

Ay, madre de Dios.

Marta carraspeó inmediatamente.

—Bueno. Yo voy a… desaparecer estratégicamente.

La fulminé con la mirada. La muy cabrona sonrió cogiendo el bolso.

—No me insultes mucho mientras vuelvo.

Desapareció, dejándonos solos. El silencio cayó entre nosotros unos segundos y después Marcos habló primero.

—¿Vas a seguir evitándome mucho tiempo más?

—No sabía qué decirte.

Él asintió despacio.

—Ya me di cuenta.

Apoyé las manos sobre la encimera intentando mantener cierta estabilidad.

—Lo siento.

Parecía estar intentando entender exactamente qué quería decir.

—¿Por qué exactamente?

Solté una pequeña risa nerviosa.

—No sé… por salir huyendo. Por ignorarte durante días. Por actuar como

una adolescente inestable.

Algo cambió en su expresión. Más suave.

—Luna.

Levanté la vista hacia él.

—No tienes que pedirme perdón por asustarte.

Aquello me dejó completamente helada. Marcos dio un paso hacia mí lentamente.

—No me enfadé contigo.

—Pues deberías.

—¿Por qué?

La respuesta salió antes de que pudiera detenerla.

—Porque si me hace eso a mí una persona la mato. Pero me importas demasiado y eso me está dando muchísimo miedo.

Silencio. Nos quedamos completamente quietos, pero Marcos no apartó la mirada ni un segundo.

—Luna…

Negué inmediatamente con la cabeza.

—No. Déjame terminar, porque si no me voy a arrepentir.

Respiré hondo intentando ordenar mínimamente todo aquello.

—No sé qué estamos haciendo. No sé qué somos. Pero cada vez que pasa algo contigo siento que me afecta demasiado y odio no saber manejar esto.

Marcos permaneció callado, escuchándome muy atento.

—Cuando te vi con esa mujer en el club… —tragué saliva— me sentí ridícula y celosa. Como si hubiera olvidado que tú perteneces a un mundo completamente distinto al mío.

La preocupación cruzó fugazmente sus ojos.

—Eso no es verdad.

—Sí lo es.

—No, Luna.

Su voz salió más firme esta vez, mucho más seria. Marcos dio otro paso, acercándose lentamente.

—Lo único que pensé cuando desapareciste fue que estabas mal.

—No sé hacer esto —admití en voz baja.

—Yo tampoco.

Eso sí me sorprendió. Lo miré fijamente.

—Mentira, tú siempre sabes qué hacer y qué decir.

Marcos pareció considerar mis palabras.

—No estoy acostumbrado a querer estar con alguien así.

El corazón se me detuvo directamente. Había sonado parecido a una confesión. Pero, al mismo tiempo, seguía habiendo algo contenido en él. Algo que no terminaba de decir.

—¿Qué significa eso exactamente? —pregunté despacio.

—Significa que quiero estar contigo.

—Pero.

La palabra salió sola. Porque había un «pero». Claro que lo había. Marcos apartó la mirada un instante antes de volver a mí.

—No quiero prometerte algo que todavía no sé explicarte bien.

Ahí estaba otra vez. El Marcos hermético y contenido. Como si hubiera partes enteras de sí mismo cerradas bajo llave. Pero también estaba allí, en Gran Canaria. Después de cruzarse el país solo para hablar conmigo. ¿Qué demonios se suponía que hacía una mujer con eso?

Marcos levantó lentamente una mano, acariciándome la mejilla.

—Solo sé que no quiero estar lejos de ti.

Lo besé yo primero. Necesitaba hacerlo y Marcos respondió inmediatamente, sujetándome la cintura con fuerza mientras me besaba como si llevara días conteniéndose. Probablemente porque era verdad.

Terminamos en la habitación de invitados de Marta entre besos lentos, respiraciones desordenadas y toda la tensión acumulada de las últimas semanas. Finalmente, nos quedamos tumbados uno junto al otro, todavía intentando recuperar el aire, desnudos y después de haber hecho el amor. Marcos me acercó lentamente hacia él. Apoyé la cabeza sobre su pecho, escuchando su respiración tranquila en mitad de la oscuridad.

Por primera vez en mucho tiempo no pensé en el miedo, solo en lo bien que se sentía estar exactamente ahí.

CAPÍTULO 14

El jueves empezó demasiado temprano para alguien que se había acostado a las tres de la mañana besando a un hombre que le alteraba completamente de pies a cabeza.

Abrí los ojos lentamente y, durante unos segundos, no entendí dónde estaba exactamente. Después sentí el brazo de Marcos rodeándome la cintura y me acordé de todo y de golpe.

Marcos en Gran Canaria, la conversación y todo lo que pasó la noche anterior. La forma en que había dormido pegada a él como si llevara años haciéndolo. Me quedé quieta observando el techo mientras intentaba no pensar demasiado en lo bien que se sentía despertar así.

Marcos seguía dormido detrás de mí, respirando despacio. Giré apenas la cabeza para mirarlo y el muy traidor abrió los ojos justo en ese momento. La sonrisa apareció inmediatamente en su boca.

—Qué manera tan inquietante de observar a la gente mientras duerme.

—Solo estaba comprobando que no fueras producto de una proyección de mi subconsciente.

—¿Y el diagnóstico?

Me giré un poco más hacia él.

—Todavía no estoy segura.

Marcos acercó más el cuerpo al mío lentamente y me besó. Como besaba este hombre, me calentaba el cuerpo que bufff. Cuando nuestras bocas se separaron, dijo.

—Pues yo sí.

—Qué miedo das cuando hablas así.

—Te gusto muchísimo.

Lo miré horrorizada.

—Qué arrogante eres.

—No es arrogancia si tengo pruebas.

Rodé los ojos automáticamente, pero aun así terminé sonriendo. Marcos apartó con suavidad el pelo, mirándome en silencio.

—¿Qué? —murmuré.

—Nada.

—Eso nunca es verdad.

Su pulgar acarició suavemente mi mejilla.

—Me gusta verte tranquila.

Aquello me dejó callada un instante porque llevaba mucho tiempo sin estarlo.

Antes de que pudiera responder, escuchamos la voz de Marta desde el salón.

—¡Si seguís haciendo cosas románticas ahí dentro, voy a vomitar encima de mis propios cereales!

Solté una carcajada inmediata mientras Marcos cerraba los ojos resignado.

—Tu amiga es insoportable.

—Y, aun así, la quieres.

—Lamentablemente, sí.

Treinta minutos después estábamos desayunando los tres en la cocina mientras Marta intentaba fingir que no estaba completamente nerviosa por la cita con Carlos. Como siempre, movía la pierna sin parar. Miraba el móvil cada dos minutos y llevaba aproximadamente diez minutos removiendo el café sin beberlo. Marcos terminó observándola con expresión divertida.

—Vas a hacer un agujero en la taza como sigas así.

Marta levantó la vista inmediatamente.

—No estoy nerviosa.

Los dos la miramos en silencio. Ella suspiró.

—Vale. Estoy muy nerviosa.

—Muy nerviosa, dice —murmuré—. Estás atacada. Llevas media hora respirando como si fueras a entrar a un juicio.

Marta me señaló con la cuchara.

—Tú cállate, porque ayer casi te desmayas viendo aparecer a Marcos en mi puerta.

Marcos sonrió lentamente sin apartar la vista del café.

—¿A qué hora has quedado? —pregunté.

—A la una.

—¿Y sigues sin saber si vas a contarle la gran noticia?

La sonrisa desapareció lentamente de su cara y dio paso al miedo. Marta bajó la mirada unos segundos antes de responder.

—No quiero hacerlo todavía.

Marcos permaneció callado, escuchando. Atento, como hacía siempre. Y entonces…

—¿Porque no confías en él o porque tienes miedo de ilusionarte? —preguntó suavemente.

Marta levantó la cabeza sorprendida y, sinceramente, yo también. Marcos solía hablar poco. Pero cuando lo hacía… Joder. Iba directo.

Marta soltó aire lentamente.

—Las dos cosas.

Marcos se levantó tranquilamente.

—Entonces no tomes hoy decisiones pensando en el miedo. Si la cosa va bien, ya se lo contarás otro día.

Y se fue hacia el salón como si no acabara de dejarnos a las dos con la boca abierta.

Marta giró lentamente la cabeza hacia mí.

—¿Tu novio misterioso sabe que a veces parece psicológicamente perfecto?

—No es mi novio, Marta.

—Claro. Y yo soy mentalmente estable.

A las doce terminamos saliendo hacia el sur de la isla. Marta iba sentada detrás revisando el móvil constantemente mientras Marcos conducía con una mano sobre el volante y la otra descansando sobre mi pierna.

El paisaje empezó a cambiar poco a poco mientras dejábamos atrás las Palmas. Montañas secas, carreteras abiertas y el mar apareciendo a ratos a lo lejos. Marta seguía fingiendo tranquilidad muy malamente.

—¡Quieres dejar ya de mirar el móvil! —dije finalmente.

—No lo estoy mirando tanto.

Marcos soltó una pequeña risa.

—Llevas desbloqueándolo cada cuarenta segundos.

Marta nos señaló inmediatamente.

—No os necesito a ninguno de los dos analizando mi comportamiento hoy.

—Demasiado tarde para eso —murmuré.

Cuando llegamos al pequeño restaurante donde había quedado con Carlos, Marta tardó exactamente diez segundos en entrar en pánico.

—No puedo hacerlo.

La miré horrorizada.

—Marta.

—No, miradme, estoy sudando.

Marcos apoyó un brazo sobre el respaldo del asiento, observándola tranquilamente.

—Si no quisieras verlo de verdad, no te habrías montado en el coche.

Marta abrió la boca. La cerró otra vez y, finalmente, soltó aire.

—Te odio un poco porque tienes razón.

Marcos sonrió apenas.

—Lo sé.

Nos bajamos del coche y caminamos juntos hasta la terraza. Carlos ya estaba allí y entonces entendí muchas cosas inmediatamente.

Alto, moreno y de sonrisa Profident. Pero no fue eso exactamente lo que más me gustó. Fue la forma en que miró a Marta nada más verla. Como si realmente estuviera contento de tenerla delante otra vez.

Marta se quedó completamente quieta un segundo. Después, Carlos sonrió y ahí supe que estaba perdida.

—Hola.

La voz de Marta salió muchísimo más suave de lo habitual.

—Hola —respondió él acercándose.

Se quedaron observándose unos segundos demasiado largos para dos personas que claramente todavía estaban intentando fingir normalidad.

Yo miré discretamente a Marcos. La pequeña sonrisa divertida seguía en su boca.

—Creo que sobramos un poco aquí —murmuré.

—Muchísimo —dijo Marcos.

Marta nos presentó a Carlos y, cinco minutos después, ellos ya estaban sentados y Marta riéndose nerviosa mientras nosotros nos alejábamos hacia el paseo marítimo.

—Bueno —dije cruzándome de brazos—. Eso ha sido sospechosamente bonito.

—Parece buen tipo.

—¿Y eso lo decides en tres minutos?

Giró apenas la cabeza hacia mí.

—La forma en que la mira dice bastante.

Y ahí estaba otra vez ese problema. Decía cosas preciosas con la naturalidad de quien no tiene ni idea del efecto que provoca.

Seguimos caminando junto al mar hasta que Marcos habló de pronto.

—Quiero enseñarte un sitio.

Lo miré inmediatamente.

—Eso siempre suena terrorífico contigo.

—Y, aun así, nunca dices que no.

Treinta minutos después entendí perfectamente por qué había sonado tan sospechoso: la playa era nudista.

Me quedé quieta observando alrededor mientras varias personas caminaban desnudas con absoluta tranquilidad.

Algunas tomando el sol. Otras bañándose. Y otras, claramente, haciendo bastante más que eso entre las rocas alejadas. MADRE DE DIOS.

Giré lentamente la cabeza hacia Marcos.

—Tú sabías perfectamente dónde me estabas trayendo.

La sonrisa apareció despacio en su boca.

—Claro.

—Eres una amenaza para mi estabilidad mental.

—Y tú estás mirando demasiado.

Volví inmediatamente la vista hacia el mar.

—No estoy mirando nada.

—Luna.

—Vale. Un poco.

Marcos soltó una risa baja, acercándose más a mí. Me dio un beso y dijo:

—Relájate.

Lo miré horrorizada.

—¿Relajarme? Estoy en una playa donde la gente parece haber olvidado completamente el concepto de ropa y de que les están viendo.

—Y nadie está muriendo por ello.

Resoplé mientras me quitaba lentamente el vestido. Vale, aquello ya era suficientemente traumático, pero cuando terminé de quitarme el bikini para meterme al agua la sensación fue distinta. Extraña y muy liberadora.

El sol sobre la piel, el mar y la ausencia total de vergüenza alrededor. Como si nadie estuviera fingiendo absolutamente nada allí. Salí a tomar el sol tranquilamente, disfrutando de esa nueva sensación totalmente nueva para mí.

Marcos me observaba desde el agua con esa calma tan suya, completamente desnudo. Se acercó a la toalla donde estaba medio tumbada.

—¿Y bien?

—No sé si me gusta más la experiencia o lo mucho que estás disfrutando viéndome sufrir.

Me cogió de las manos y me arrastró de nuevo al agua. De camino me dijo:

—Las dos cosas me encantan.

Estuvimos nadando, jugando, besándonos, tocándonos, hablando y, poco a poco, dejé de sentirme incómoda. Empecé a sentirme viva otra vez. Marcos conseguía sacar partes de mí que ni siquiera sabía que existían.

La tensión entre nosotros llevaba acumulándose todo el día hasta que terminamos alejándonos hacia una zona más escondida entre las rocas. No completamente privada y, precisamente, eso fue lo más irresistible. Había otras parejas cerca haciendo el amor. Personas mirando y respirando demasiado fuerte.

El cuerpo de Marcos estaba pegado al mío mientras me besaba lentamente contra la piedra caliente y, de pronto, fui consciente de algo completamente nuevo. Nos estaban mirando descaradamente. No invadiendo, pero sí observaban y disfrutaban viendo cómo Marcos me tocaba y recorría mi cuerpo

con su boca.

El calor me recorrió entera inmediatamente. Debería haberme incomodado, pero no lo hizo. Marcos apartó apenas la boca de la mía para mirarme. Como si estuviera esperando que me echara atrás, pero no lo hice. La forma en que su mirada cambió después de eso consiguió que todo mi cuerpo reaccionara.

—Luna…

La voz le salió más grave esta vez. Le agarré del cuello, acercándolo otra vez hacia mí y, sinceramente, después de eso dejé de pensar. Solo sentía. Marcos recorriéndome lentamente con su boca hasta que llegó a mi sexo y yo simplemente me dejé llevar. Esa sensación intensísima de estar siendo deseada sin esconderme. Sin vergüenza. Sin miedo.

Después me penetró y me hizo el amor de una forma que me dejó sin aliento. Cuando alcanzamos el clímax, fui más consciente de que había hombres que se estaban masturbando mientras nos miraban y otras parejas haciendo lo mismo que nosotros.

Terminamos tumbados juntos sobre la arena varios minutos después mientras seguíamos intentando recuperar el aire. Marcos estaba apoyado sobre un brazo, con sus ojos fijos en mí y en completo silencio.

—No pongas esa cara —susurré muy bajito.

—¿Qué cara?

—La de «acabo de descubrir algo nuevo sobre ti.»

La sonrisa se ensanchó un poco más.

—Pero es verdad.

Rodé los ojos automáticamente, aunque sentía el cuerpo entero todavía temblando un poco.

—No entiendo cómo consigues meterme siempre en situaciones que hace tres meses me habrían parecido imposibles.

—Porque estás empezando a elegirte a ti también.

*

Cuando volvimos al restaurante, Marta estaba completamente distinta. Más relajada, mucho más luminosa y, sinceramente, no recordaba la última vez que

la había visto sonreír así después de una cita. Subió al coche intentando parecer tranquila. Pero era totalmente imposible.

—Vale —dije girándome hacia ella—. Habla.

Marta se tapó la cara directamente.

—¡Dios mío!.

Marcos arrancó el coche sonriendo.

—Eso suele significar que ha ido bien.

—Ha ido demasiado bien.

La miré levantando ambas cejas.

—Detalles. Ahora mismo.

Marta soltó una risa nerviosa antes de responder.

—Es increíblemente fácil hablar con él, me encanta y me hace sentir muy a gusto.

El pecho se me relajó un poco solo escuchándola. Marta merecía sentirse así.

—¿Y?

—Y me dijo que llevaba semanas pensando en mí.

Sonreí automáticamente.

—Vale. Eso es muy bonito.

Marta apoyó la cabeza contra la ventanilla sonriendo todavía.

—Y nos hemos besado.

—¿CÓMO?

—Ya sé, amiga. Ha sido maravilloso.

La carcajada se nos escapó a los dos al mismo tiempo. Marcos miró un segundo por el retrovisor y preguntó.

—¿Vas a contarle lo del bebé?

La sonrisa de Marta se debilitó un poco.

—Todavía no —después añadió más bajito —pero creo que quiero hacerlo.

Eso sí era importante porque significaba que empezaba a imaginarlo dentro de su vida.

Esa noche terminamos cenando en casa agotados por el sol, el mar y demasiadas emociones intensas para un solo día. Marta desapareció pronto

hacia la habitación hablando por teléfono con Carlos y escucharla reír otra vez ya hacía que todo hubiera merecido la pena.

Yo estaba recogiendo los platos cuando sentí a Marcos acercarse detrás de mí. Sus manos rodearon suavemente mi cintura y el calor de su cuerpo me recorrió inmediatamente la espalda.

—¿Cansada?

Apoyé la cabeza hacia atrás sobre su hombro.

—Mucho.

Marcos me besó despacio el cuello antes de hablar otra vez.

—Mañana tengo que volver a Madrid.

Me giré lentamente hacia él.

—Me lo imaginaba.

Marcos me observó unos segundos en silencio.

—Quiero que vengas conmigo.

Hace unos meses habría dicho que sí inmediatamente. Sin pensar, sin medir y sin preguntarme nada, solo por no alejarme de alguien que me hacía sentir así. Pero esta vez fue distinto. Respiré hondo antes de responder.

—No puedo.

Marcos no apartó la mirada de mí ni un segundo y preguntó.

—¿Porque quieres quedarte con Marta o porque sigues huyendo un poco de mí?

Esta vez no quería mentir.

—Las dos cosas, quizá.

No parecía molesto; solo me escuchaba.

—Pero, sobre todo, por Marta —añadí—. Me necesita aquí ahora mismo.

Marcos asintió lentamente y entonces pasó algo importante. No insistió y tampoco intentó convencerme. Solo acercó una mano a mi cara, acariciándome la mejilla despacio.

—Me gusta esta versión de ti.

Me desarmó completamente porque entendí perfectamente qué quería decir. Estaba poniendo límites. Eligiéndome un poco más y, por primera vez en mi vida, no sentía culpa por hacerlo.

Dormimos abrazados aquella noche y fue casi más íntimo que cualquier otra cosa.

*

A la mañana siguiente le acompañé al aeropuerto. El trayecto fue silencioso a ratos. Ahora ya sabía exactamente lo que se sentía al echarlo de menos incluso antes de que se fuera. Cuando llegamos a la zona de salidas, Marcos sacó la maleta del coche y después se quedó mirándome unos segundos, como si estuviera pensando demasiadas cosas a la vez.

—Vuelves el jueves —dijo finalmente.

—Sí.

Marcos se acercó lentamente hasta quedar muy cerca de mí.

—Voy a seguir escribiéndote y llamando todos los días igualmente.

—Eso ha sonado amenazante.

—Lo es un poco.

Lo besé despacio intentando ignorar la sensación incómoda que ya empezaba a instalarse dentro del pecho. Marcos apoyó la frente contra la mía unos segundos.

—Cuida de ti.

La forma en que decía esas cosas tan simples iba a acabar conmigo algún día.

—Tú también.

Después se fue. Lo observé alejarse hasta desaparecer entre la gente sintiendo esa mezcla rara entre calma y vacío. Esta vez no estaba huyendo de él y, precisamente por eso, dolía más verlo marcharse.

Esa noche terminé hablando con Chris durante horas otra vez. Marta ya dormía y yo estaba sentada sola en la terraza, escuchando el mar a lo lejos, cuando el móvil vibró.

@Chris84
«¿Sigues despierta o ya estás teniendo una vida sana y equilibrada?»

Sonreí automáticamente.

@LunaNix
«Me conoces demasiado poco para asumir eso.»

@Chris84
«¿Sigues en Gran Canaria?»

@LunaNix
«Sí.»

@Chris84
«¿Y qué tal va todo allí?»

Miré la pantalla unos segundos. El problema enorme era que, últimamente, cada vez me apetecía más contarle cosas. Cosas reales.

@LunaNix
«Extrañamente bien.»
@Chris84
«Eso suena interesante.»

Estuvimos hablando durante horas de Marta, de Carlos y del embarazo. Poco a poco la conversación empezó a deslizarse hacia otro lugar. Más íntimo y mucho más sensual. Chris tenía esa manera de hablar que hacía que bajar la guardia pareciera natural.

CAPÍTULO 15

El sábado por la tarde Marta decidió oficialmente que quedarse encerradas en casa pensando en hombres era «energéticamente deprimente». Sus palabras exactas.

Yo estaba tumbada en el sofá leyendo mensajes de Chris mientras ella salía del dormitorio ya maquillada y con un vestido corto que claramente pretendía causar problemas legales.

—No pienso salir, Marta.

Ella siguió poniéndose los pendientes como si no me hubiera escuchado.

—Sí vas a salir.

—No tengo energía social.

—Me parece bien. La alquilamos.

Suspiré dejando el móvil sobre mi pecho.

—Estoy cansada.

Marta giró lentamente la cabeza hacia mí.

—Luna, llevas veinticuatro horas alternando conversaciones profundas con Marcos y *sexting* emocional con un hombre misterioso de internet. Necesitas tequila. Además, soy yo la que está embarazada.

—Por eso mismo tú no puedes beber tequila.

—Entonces tú beberás por las dos.

—Eso suena irresponsable.

—Exacto. Por eso funciona.

Terminé riéndome a carcajadas.

Dos minutos después estaba arreglándome delante del espejo del baño mientras Marta gritaba desde fuera que «si no salía ya iba a parir directamente en el salón».

—¡Todavía faltan meses!

—¡NO ME DISCUTAS Y DATE PRISA!

La loca de su prima pasó a buscarnos media hora después y, cuando digo

loca, me refiero exactamente a loca. Nuria apareció tocando el claxon y, cuando nos subimos al coche, salió de allí como si estuviera huyendo de la policía.

—Algún día vas a matarnos —dijo Marta intentando ponerse seria.

Nuria sonrió moviendo las cejas.

—Pero os vais a divertir muchísimo antes.

Eso ya era mala señal.

Fuimos a un pequeño bar del puerto lleno de música y demasiada gente atractiva bailando como si no existieran las consecuencias emocionales. Claramente, yo estaba en el lugar equivocado.

—No pongas esa cara —dijo Nuria empujándome suavemente hacia dentro —. Hoy no se viene a pensar.

—Eso no juega precisamente a mi favor.

—Precisamente —volvió a hablar Nuria.

Marta soltó una carcajada agarrándome del brazo. Durante un rato fue fácil. Bailamos, reímos y Nuria y yo bebimos demasiados chupitos de tequila. Sin acordarme de Marcos, de Chris y sin pensar demasiado. Pero, como no, el universo decidió fastidiarlo exactamente cuando mejor lo estábamos pasando. Vi a Dani antes de que Marta lo hiciera. Entró con dos amigos riéndose de algo y el cuerpo se me tensó automáticamente. Giré rápidamente hacia Marta. Demasiado tarde, ella ya lo había visto y, peor aún, Carlos acababa de llegar también.

Nuria miró alrededor lentamente.

—Vale. Esto acaba de ponerse muchísimo más interesante.

—No ayudes —murmuré.

Carlos se acercó sonriendo nada más ver a Marta y fue imposible no notar la diferencia entre él y Dani. Carlos iba directo hacia ella, sin juegos y sin dudas. Como alguien que tenía clarísimo que quería verla. Dani pasó de ella absolutamente, aunque la vio perfectamente.

Carlos besó suavemente a Marta al rato y ahí empezó el desastre, porque Dani también lo vio. El cambio en su cara fue inmediato. No era rabia exactamente. Peor: eran celos.

Durante dos segundos todo pareció normal. Hasta que Dani soltó desde

detrás de nosotros:

—Vaya. Qué rápido reemplazas gente.

Marta cerró los ojos un segundo antes de girarse lentamente.

—Dani…

Él soltó una risa seca acercándose.

—No, no. Sigue. Parece que lo estabais pasando genial.

Carlos frunció el ceño inmediatamente. No de forma agresiva, solo atento, y dijo sin soltar a Marta de la cintura:

—¿Todo bien?

Dani lo miró de arriba abajo.

—¿Y tú quién coño eres?

Vale, esto se estaba poniendo mal. Muy, muy mal. Marta dio un paso adelante inmediatamente.

—Dani, basta.

—¿Basta de qué exactamente? —soltó él riéndose sin humor—. ¿De encontrarme a la chica con la que llevo años acostándome besándose con otro?

Técnicamente, Dani no tenía derecho a enfadarse, pero claramente sí estaba afectado. Carlos miró brevemente a Marta antes de hablar.

—Creo que mejor me voy un momento y os dejo hablar.

—No —dijo Marta inmediatamente.

Lo dijo demasiado rápido y Dani lo notó.

—Ah, vale. Entonces esto es serio.

Marta respiró hondo cruzándose de brazos.

—No. Esto es que tú no puedes aparecer solo cuando a ti te dé la gana y esperar que yo siga parada exactamente en el mismo sitio.

¡Directo al pecho! Muy bien, amiga, así se habla. Dani soltó una risa incrédula.

—¿Y ahora me das discursos? Marta, tú sabías perfectamente lo que había entre nosotros y cómo es nuestra relación.

La expresión de Marta cambió. Pude ver la tristeza en sus ojos.

—Ese es exactamente el problema.

Carlos seguía quieto al lado de Marta, observando toda la situación con

demasiada calma para lo tensa que era. Eso me gustó porque otro hombre habría entrado directamente en modo territorial. Carlos no parecía interesado en competir, solo en Marta y eso Dani también lo notó.

—¿Te vas a quedar callado? —soltó mirándolo.

Carlos se encogió apenas de hombros.

—No creo que esto vaya sobre mí.

Eso sí descolocó completamente a Dani. La gente como Dani siempre esperaba pelea, no calma. Marta dio otro paso hacia él.

—No quiero discutir contigo, Dani. Lárgate y déjanos tranquilos.

—Claro. Porque ahora tienes sustituto.

—No hagas esto.

La voz de Marta se rompió un poco y Dani dejó de parecer enfadado y empezó a parecer herido. La miró unos segundos en silencio antes de hablar más bajo.

—¿Te gusta?

Marta no respondió. No hacía falta. Se le veía obviamente en sus ojos que sí le gustaba Carlos, más aún de lo que ella podría imaginarse en ese momento.

Dani soltó aire mirando al suelo un segundo y volvió a levantar la vista hacia ella.

—Joder, Marta.

Por primera vez desde que había llegado, sonó vulnerable. Dani era un desastre de hombre y probablemente también quería a Marta a su manera retorcida y egoísta, pero era demasiado tarde. Marta respiró hondo.

—No puedo seguir haciéndome esto contigo.

El silencio se quedó suspendido unos segundos entre ellos y Dani asintió apenas. Como alguien que acababa de entender algo que no quería entender. Y se fue. Sin montar más escenas y sin gritar.

Carlos observó a Marta inmediatamente después.

—¿Estás bien?

Ahí estaba la diferencia otra vez. Dani siempre necesitaba ser entendido. Carlos, primero se preocupaba por ella.

Marta soltó aire lentamente.

—Creo que sí.

Nuria levantó inmediatamente ambas manos.

—Bueno. ¿Podemos volver a beber y bailar antes de que nos dé una depresión colectiva?

Eso consiguió que todos termináramos riéndonos un poco y, sinceramente, lo necesitábamos. La noche, al final, se pasó tranquilamente y sin más escenitas dramáticas. Dani se fue del bar después de la discusión y nosotros bailamos, bebimos y nos reímos mucho.

*

El domingo amaneció mucho más tranquilo. Pasamos el día en la playa con Carlos y varios amigos suyos. Gente fácil, normal y divertida. Nada de dramas ni tensión absurda, y me encantaba ver cómo acogían a Marta en el grupo. Me tranquilizó muchísimo. Disfrutamos de la música, la comida y el mar.

Regresamos a casa. Marta y yo estábamos agotadas de tantas risas y sol. Nos duchamos y nos tumbamos en el sofá. Fue exactamente ahí cuando empecé a sentirme un poco rara. Marcos me había escrito y, mientras hablaba con él por mensajes, también seguía hablando con Chris. Cada conversación despertaba algo distinto dentro de mí.

Marcos era real, intenso y físico. Con él sentía el cuerpo entero despierto constantemente.

Chris, en cambio, conseguía cosas mucho más peligrosas. Me hacía hablar, abrirme, bajar la guardia… y empezaba a sentirme fatal por ello.

Estaba tumbada junto a Marta mientras ella hablaba con Carlos por mensajes cuando mi móvil vibró otra vez.

@Chris84
«Estás callada hoy.»

Miré la pantalla unos segundos. Marta giró inmediatamente la cabeza hacia mí.

—Es él, ¿verdad?

Suspiré, dejando el móvil boca abajo.

—Empiezo a sentirme una persona horrible.

Marta dejó su móvil y me miró a los ojos.

—Desarrolla eso porque me interesa muchísimo.

Me incorporé un poco, apoyando los brazos sobre las rodillas.

—No entiendo qué me pasa con Chris.

—Te gusta hablar con él.

—Sí, pero…

—Pero también te gusta Marcos.

—Muchísimo.

Marta me observó unos segundos en silencio. Después preguntó despacio.

—¿Te estás enamorando de los dos?

La pregunta me golpeó directa en el pecho.

—No.

Marta siguió mirándome fijamente.

—Luna.

—No lo sé.

Y esa era la verdad más incómoda de todas. Con Chris hablaba de cosas que todavía no sabía cómo decirle a Marcos. Marta apoyó la cabeza contra mi hombro, suspirando.

—Tu vida amorosa parece una serie turca escrita por alguien con demasiado tiempo libre.

—Gracias. Ayudas muchísimo.

—Es todo un placer, amiga.

*

El jueves llegó demasiado rápido y despedirme de Marta en el aeropuerto fue muchísimo más difícil de lo que esperaba. Nos abrazamos fuerte mientras Carlos esperaba unos metros más atrás, sonriendo ligeramente. Sí, Carlos seguía ahí. Eso me hacía absurdamente feliz y me dejaba mucho más tranquila. Marta me agarró la cara antes de dejarme entrar al control.

—Cuando vuelvas a Madrid quiero dos cosas.

—Qué miedo.

—Primera: dejar de huir de lo que sientes.

—Complicado.

—Y segunda: averiguar qué coño vas a hacer con Marcos y con Chris antes de terminar internada en un psiquiátrico.

La fulminé con la mirada.

—Te odio.

—Yo también te quiero.

Madrid me recibió gris, ruidoso y muchísimo menos bonito que Gran Canaria, aunque, cuando vi a mi madre esperándome fuera del aeropuerto sonriendo, me ayudó muchísimo.

Mi madre me abrazó fuerte nada más verme.

—Mírala. La fugitiva ha regresado.

Solté una carcajada inmediata.

—Mamá.

—¿Qué? Es verdad.

Durante el trayecto a casa le conté todo. Bueno, casi todo. Le conté todo sobre Marta y Carlos. Finalmente hablé de Marcos y de su aparición estelar. Mi madre permaneció escuchando atentamente mientras conducía.

—Así que fue hasta allí a buscarte.

—Sí.

Mi madre soltó una pequeña risa.

—Madre mía.

—¿Qué?

—Nada. Solo estoy intentando imaginar al hombre que cruza el país por mi hija.

Rodé los ojos, intentando parecer tranquila, y después suspiré, apoyando la cabeza contra la ventanilla.

—Y además sigue Chris.

Mi madre giró apenas la cabeza.

—¿Chris es el hombre misterioso de internet?

—Sí.

—¿Y Marcos sabe que existe?

Excelente pregunta.

—Más o menos.

Mi madre soltó directamente una carcajada.

—Luna, cariño… Tu vida parece una serie de Netflix.

—Gracias por el apoyo. Justo eso es lo que necesito ahora.

—Siempre, ya lo sabes.

Continuamos hablando hasta llegar a casa. En el fondo, me encantaba hablar con ella y daba muy buenos consejos.

*

El viernes pasó rápido entre trabajo acumulado, audios eternos de Marta y demasiados mensajes de Marcos. El sábado por la mañana recibí una llamada suya.

—Esta noche tengo que ir al club.

Me quedé en silencio unos segundos, tumbada sobre la cama.

—¿Por qué?

—Tengo que llevarle unas cosas a mi amigo.

Claro. «El amigo dueño.»

—Quiero ir contigo.

Silencio. Después, la voz de Marcos salió más baja.

—¿Estás segura?

Ahí estuvo el cambio importante. Antes me habría dado miedo volver, pero ahora quería hacerlo.

—Sí.

La pequeña risa apareció al otro lado de la línea.

—Entonces paso a buscarte a las nueve.

Colgué el teléfono y, cinco minutos después, estaba librando una batalla en mí cabeza. No tenía nada que ponerme.

Llamé inmediatamente a Marta.

—Voy a morir.

—Hola para ti también.

—No tengo más vestidos. ¿Qué me pongo esta noche?

—Tienes más de veinte, Luna.

—Tengo veinte vestidos y todos parecen una mala decisión o no me quedan bien.

Marta soltó una carcajada tan fuerte que casi tuve que apartar el móvil.

—¿Qué necesitas exactamente?

Miré alrededor, desesperada.

—Algo que haga que Marcos deje de funcionar cognitivamente.

—Ah. Entonces necesitas presupuesto y probablemente ayuda divina.

Dos horas después estaba en el centro comercial cargando bolsas como una mujer completamente desquiciada y, sinceramente, quizá lo era un poco.

El vestido apareció cuando ya estaba agotada. Dorado, largo y elegante. Con una abertura lateral que debería ser ilegal. Me quedé completamente quieta mirándolo.

La dependienta sonrió inmediatamente.

—Ese vestido rompe matrimonios.

Perfecto. Era exactamente lo que necesitaba. Me lo probé y, madre de Dios. Por primera vez en muchísimo tiempo, me miré al espejo y pensé: *quizá sí soy sexy*. Muy sexy.

Después vino la ropa interior, las medias y, finalmente, el liguero. El maldito liguero. Lo sostuve entre las manos, horrorizada.

—Nunca he usado esto.

La dependienta me miró con absoluta calma.

—Pues alguien va a tener una noche divertida.

Los zapatos terminaron de completar mi descenso psicológico a la locura. Altísimos, negros y muy peligrosos. Probablemente diseñados por alguien que odiaba los tobillos humanos.

Cuando llegué a casa y empecé a arreglarme, Marta permaneció en videollamada prácticamente todo el tiempo.

—Enséñamelo otra vez.

—Ya lo has visto cinco veces.

—Necesito unos minutos para asumir que comparto amistad con alguien tan escandalosamente sexy.

Me reí mientras terminaba de maquillarme.

—Marcos probablemente morirá feliz esta noche —dijo Marta entre risas.

—Sí, pero solo pretendo que necesite asistencia médica cuando me vea aparecer.

Marta rio con más ganas y continuamos hablando. Justo cuando terminé de colocarme las medias, el móvil vibró. Era Chris.

@Chris84
«¿Qué haces?»

Miré el mensaje unos segundos y ahí volvió otra vez esa sensación rara. La de estar viviendo dos cosas distintas al mismo tiempo. Contesté mientras seguía en videollamada con Marta.

@LunaRota
«Preparándome para salir.»

@Chris84
«¿Vestido o vaqueros?»

Sonreí automáticamente.

@LunaRota
«Vestido.»

@Chris84
«¿Bonito?»

Miré mi reflejo en el espejo y lo observé cayendo sobre el cuerpo, la abertura y el liguero escondido debajo. Madre de Dios.

@LunaRota
«Diría que más sexy que bonito.»

@Chris84
«Eso suena muy bien.»

Justo en ese momento sonó el timbre. Marta gritó desde el móvil:

—¡CORRE Y DESTRÓZALO!

—Necesito mejores amistades.

—Imposible. Soy increíble.

Salí de mi habitación intentando recordar cómo funcionaba respirar. Bajé las escaleras y, cuando abrí la puerta del portal, Marcos levantó la vista hacia mí.

Dejó completamente de moverse. Silencio absoluto. Literal. Ni siquiera pestañeó durante un segundo. Hasta que al final dijo como siempre.

—Wow.

La voz le salió bajísima.

—No pienso volver a responder a esa palabra nunca más.

La sonrisa apareció lentamente en su boca mientras seguía mirándome como si acabara de olvidar cómo funcionaba el lenguaje humano.

—Mala suerte —dio un paso lento hacia mí —porque estás increíble.

Todo empeoró muchísimo cuando llegaron mis padres, que habían salido con unos amigos, y nos vieron en la puerta besarnos como dos adolescentes. Mi madre directamente se quedó boquiabierta.

—Madre de Dios. Luna, ¿eres tú?

Mi padre levantó lentamente las cejas.

—Vale. Ahora entiendo por qué ese muchacho siempre parece vivir en un estado permanente de desesperación desde que apareciste en su vida.

—¡PAPÁ!

Marcos soltó una risa, bajando la cabeza.

Mi madre seguía observando como si acabara de descubrir que había criado a otra persona completamente distinta.

—Luna…

—No empieces tú también.

—No, no. Estoy orgullosa de ti.

La fulminé con la mirada mientras Marcos seguía claramente disfrutando demasiado de toda la situación.

Mi padre, antes de subirse en el ascensor, todavía observaba con expresión divertida.

—Voy a decir algo como padre responsable y después me retiraré estratégicamente.

—Papá, por favor, no.

Él ignoró completamente mi sufrimiento.

—Si ese vestido hace que se mate alguien conduciendo, nosotros no asumimos responsabilidades legales.

Marcos soltó una risa baja, bajando la cabeza, y yo no sabía dónde meterme de la vergüenza.

—Gracias por el apoyo que recibo siempre en esta casa.

Mi madre se acercó, colocándome suavemente el pelo detrás de la oreja.

—Cariño, estás preciosa.

Mi madre miró un segundo a Marcos después.

—Y tú tienes cara de estar atravesando una tragedia personal ahora mismo.

La carcajada se me escapó sola mientras Marcos negaba lentamente con la cabeza.

—No voy a defenderme porque, sinceramente, tienes toda la razón.

Mi padre señaló inmediatamente hacia él.

—¿Ves? Ese chico sí sabe sobrevivir aquí.

—Papá.

—¿Qué? Me cae bien.

Mi madre terminó sonriendo ligeramente.

—Vale. Marchaos antes de que vuestra tensión sexual haga combustión espontánea en el portal.

—¡MAMÁ!

Mi padre entró en el ascensor riéndose.

—Id con cuidado —dijo mi madre.

Después me miró un segundo más.

—Y, Luna, intenta no romperle el corazón a ese muchacho.

Marcos levantó ligeramente las cejas mirándolo y yo me quedé completamente quieta. Mi padre carraspeó inmediatamente.

—Vamos Ana. Ya hemos dicho demasiadas tonterías por hoy.

Desapareció dentro del ascensor antes de que pudiera contestarle.

Cuando por fin salimos de allí, respiré hondo, apoyándome un segundo contra la pared.

—Quiero cambiar de país.

Marcos seguía sonriendo.

—Tu padres son increíbles.

—Mis padres disfrutan dejándome en evidencia.

—No parecías tan ofendida hace un momento.

Le lancé una mirada fulminante.

—Porque tú estabas demasiado ocupado desnudándome visualmente con los ojos.

La sonrisa lenta apareció otra vez y, cada vez que sonreía así, parecía recordar automáticamente todas las cosas que era capaz de hacerme sentir. Se acercó despacio hasta quedar muy cerca de mí.

—No me culpes. Ese vestido debería venir con advertencias sanitarias.

—Todavía podemos cancelar la noche —murmuré, únicamente para provocarlo un poco.

Marcos abrió la puerta del coche sin apartar los ojos de mí.

—Ni se me ocurriría.

La forma en que lo dijo me recorrió desde la cabeza hasta los pies.

El trayecto empezó tranquilo relativamente porque Marcos llevaba exactamente quince minutos agarrando el volante demasiado fuerte y mirándome de reojo cada treinta segundos, como si estuviera intentando mantener el autocontrol humano básico.

Yo tenía una pierna cruzada sobre la otra, intentando ignorar la abertura del vestido que se abría más y más cada vez que me movía. No ayudaba

absolutamente nada que Marcos pareciera hipnotizado cada vez que la tela se desplazaba un poco. Terminó soltando aire lentamente sin apartar la vista de la carretera.

—¿Sabes lo difícil que me lo estás poniendo ahora mismo?

La pequeña sonrisa apareció sola en mi boca.

—¿Yo? No estoy haciendo nada.

Giró apenas la cabeza hacia mí.

—Exactamente ese es el problema.

Intenté mirar por la ventana para recuperar algo de cordura.

—Estás exagerando.

—Luna, llevo veinte minutos intentando no imaginar qué llevas debajo de ese vestido.

No me había acordado del liguero. La forma en que mi cuerpo reaccionó solo escuchándolo decir eso fue escandalosa.

—Eso parece un problema muy personal tuyo.

Marcos negó lentamente con la cabeza.

—No tienes ni idea de las ganas que tengo de parar el coche ahora mismo.

Mis ojos terminaron encontrando los suyos, aunque intenté resistirme unos segundos.

—Marcos…

—No pongas esa voz., Luna.

—¿Qué voz?

—Esa exactamente. ¿Y sabes qué es lo peor? —murmuró.

—Qué miedo.

—Que todavía no hemos llegado y ya estoy pensando en llevarte arriba directamente.

—¿Arriba?

—A un sitio más privado.

Mi cerebro acababa de dejar de funcionar oficialmente. Marcos siguió conduciendo tranquilamente mientras yo intentaba recordar cómo respirar con normalidad, y no ayudó absolutamente nada que hablara otra vez con esa voz baja suya.

—Y cuando te tenga allí arriba…

—Marcos.

—No. Escúchame.

Sus dedos golpearon suavemente el volante antes de continuar.

—Llevo intentando comportarme como una persona civilizada mientras aparecías en el portal con ese vestido y esa maldita abertura enseñándome la pierna cada vez que te movías.

—Eso no ha sido intencionado.

Marcos soltó una pequeña risa sin humor.

—Claro que sí.

Giró apenas la cabeza hacia mí un segundo y dijo.

—Y ahora mismo lo único en lo que puedo pensar es en arrancarte gemidos hasta que olvides cómo te llamas.

Sentí un escalofrío recorrerme. Apoyé la cabeza contra el asiento mientras intentaba ordenar todo lo que estaba sintiendo.

—Creo que debería preocuparme muchísimo el hecho de que eso me haya gustado.

Marcos sonrió apenas.

—Me preocuparía más si no te hubiera gustado —dijo con esa voz tan sexy que me volvía loca.

Siguió conduciendo unos minutos más. Mi móvil vibró dentro del bolso justo entonces. Era Marta. Miré la pantalla apenas un segundo.

«Espero que el look haya causado su efecto y estés esperando la ambulancia.»

Guardé rápidamente el móvil otra vez. Marcos lo notó inmediatamente.

—¿Todo bien?

Lo miré intentando parecer tranquila.

—Sí. Marta, que es muy tonta.

Cuando finalmente vimos las luces del club aparecer al final de la calle, Marcos aparcó lentamente y, antes de que pudiera abrir la puerta, me agarró suavemente de la muñeca. Giré automáticamente hacia él y sus dedos subieron despacio por mi brazo desnudo. Muy despacio.

—Última oportunidad para arrepentirte y volver a casa como una persona responsable.

Una sonrisa terminó escapándose pese a mis intentos de mantener la compostura.

—Creo que hace semanas que dejamos atrás la responsabilidad.

Marcos soltó una risa baja, acercándose apenas un poco más, y, antes de darme un beso que me hizo temblar hasta el alma, simplemente dijo.

—Menos mal porque no te iba a dejar huir. Te tengo demasiadas ganas.

Después salimos del coche y, cuando cruzamos la entrada del club, varias personas volvieron a girarse hacia nosotros, pero, por primera vez, no sentí ganas de esconderme. Y, cuando vi la forma en que Marcos me miraba mientras caminábamos hacia dentro, entendí perfectamente por qué.

CAPÍTULO 16

El club seguía vivo alrededor de nosotros. Música baja, luces cálidas, conversaciones mezclándose entre risas y miradas demasiado largas. Me sentía a gusto y él debió notarlo porque su mano se acomodó con más seguridad en mi cintura mientras avanzábamos entre la gente.

Varias personas le saludaron al pasar y él respondió con naturalidad, tranquilo, acostumbrado a moverse allí.

Yo seguía pendiente de todo: las miradas, las parejas y la tensión sexual constante que parecía respirarse en cada rincón.

—Sigues pensando demasiado —murmuró Marcos, acercándose a mi oído.

—Estoy intentando procesar que este sitio exista realmente. Todavía no me lo creo.

—Pero, aun así, no quieres irte.

Lo miré apenas un segundo.

—Todavía no.

Sus dedos presionaron suavemente mi cintura. Nos detuvimos junto a una barra más pequeña situada al fondo del club. Mucho más privada y más silenciosa.

El camarero levantó ligeramente las cejas al vernos.

—Buenas noches.

—Necesito algo fuerte —murmuré.

Marcos soltó una risa baja.

—No le hagas caso. Con dos copas empieza a bailar encima de las mesas.

Lo fulminé con la mirada.

—Eso pasó una vez y no me subí a ninguna mesa, mentiroso.

—Ya, pero fue divertidísimo.

—Casi me rompo un tobillo de la borrachera.

—Pero sobreviviste.

El camarero terminó riéndose mientras nos dejaba las bebidas.

Había algo que nos hacía sentirnos mucho más cómodos entre nosotros aquella noche, como si, después de Gran Canaria, todo se hubiera vuelto más íntimo y más real.

Marcos se apoyó contra la barra, observándome despacio.

—Sigues nerviosa.

—Estoy intentando fingir que no.

—Pues siento decirte que actúas fatal.

—Gracias por tu sinceridad constante. Nadie te ha preguntado.

Su sonrisa se suavizó apenas.

—Ven.

Lo seguí hasta una zona más apartada del club, donde había sofás oscuros y cortinas semitransparentes separando espacios privados. La música allí sonaba distinta.

Me senté a su lado intentando mantener algo parecido a la tranquilidad, cosa que no funcionó porque, en cuanto su mano subió lentamente por mi pierna desnuda, el cuerpo entero se me tensó.

Marcos lo notó inmediatamente.

—Relájate.

—Es muy fácil decir eso cuando tú no estás muriéndote de la vergüenza.

—No parece que estés sufriendo tanto.

Lo miré horrorizada.

—¿Perdón?

Sus dedos siguieron avanzando apenas unos centímetros más.

—Tu cuerpo opina otra cosa.

Intenté apartar la mirada, pero él me sujetó suavemente la barbilla con su otra mano.

—Mírame.

La forma en que me dio esa orden me afectó muchísimo más de lo que quería admitir.

—Sabes que ahora mismo solo quiero que disfrutes y arrancarte la ropa, ¿verdad?

—Estás exagerando.

—Luna, llevo toda la noche intentando recordar que soy un hombre con autocontrol.

Sus dedos subieron demasiado por mi muslo.

—Y, sinceramente, me lo estás poniendo imposible.

Siguió tocándome y sus dedos subían hasta adentrarse en una zona peligrosa entre mis piernas.

A nuestro alrededor, la gente seguía moviéndose lentamente. Una pareja se besaba en el sofá del fondo. Otra mujer reía apoyada sobre el pecho de un hombre mientras él le acariciaba la espalda sin ninguna prisa.

Marcos siguió observándome en silencio unos segundos. Después habló mucho más despacio.

—¿Quieres ir arriba?

—¿Arriba dónde exactamente?

—Es una sala muy divertida.

Me obligué a mantener una expresión decente.

—Eso ha sonado...

—Porque lo es.

La honestidad con la que respondió consiguió alterarme todavía más.

Marcos se inclinó apenas hacia mí.

—No vamos a hacer nada que no quieras.

Lo miré unos segundos en silencio y después asentí apenas.

—Vale.

Subimos las escaleras lentamente y mi corazón iba demasiado rápido.

La zona VIP parecía otro mundo. Mucho más elegante. Hombres, mujeres, parejas enteras besándose y tocándose. Los sofás oscuros se distribuían formando pequeños espacios privados. El aire olía a perfume caro, alcohol y deseo contenido.

Allí nadie parecía tener prisa. Aquello no iba de sexo inmediato; iba de tensión, de miradas sostenidas demasiado tiempo y de manos recorriendo lentamente piernas y cuerpos semidesnudos. Había bocas rozando cuellos mientras alguien contenía un gemido, personas calentándose unas a otras poco a poco, como si el verdadero placer estuviera en alargar el momento antes de

perder completamente el control.

Mientras atravesábamos la sala pude ver que a nuestra izquierda, había una mujer pelirroja sentada sobre el regazo de otra chica y ambas se besaban lentamente. Más allá, un hombre acariciaba distraídamente el muslo de su pareja mientras hablaban con otra pareja en voz baja, como si estuvieran negociando algo entre risas. En otro sofá, dos chicas en ropa interior acariciaban a un hombre que estaba sentado entre ellas y, de vez en cuando, se besaban con lujuria y pasión.

Terminamos en uno de los sofás semicirculares del fondo, algo más apartado del resto. Marco me hizo sentarme en sus piernas y observar el resto de la sala. Desde allí podía ver prácticamente todo sin sentirme completamente expuesta.

Él me atrajo suavemente hacia sí hasta dejarme acomodada entre sus piernas. Mi espalda quedó apoyada contra su pecho y, automáticamente, sentí el calor de él atravesando mi espalda ya que estaba totalmente al descubierto. Una de sus manos descansó sobre mi muslo desnudo y no hizo falta que se moviera. El simple peso de su mano allí bastó para que mi excitación se acrecentara todavía más.

Inclinó apenas la cabeza y noté el roce de su barba de tres días cerca de mi cuello.

—Míralos —murmuró.

Obedecí sin pensar demasiado. Una pareja acababa de acomodarse en el sofá frente a nosotros. Ella llevaba un vestido corto de satén oscuro y él no podía dejar de tocarla. No de una forma agresiva ni desesperada; era como si la estuviera adorando lentamente.

—¿Qué sientes? —preguntó junto a mi oído.

—Mucho calor.

La cosa empezó a ponerse mucho más caliente. Me daba besos en el cuello y nuestras lenguas ya se habían encontrado en innumerables ocasiones. Sus dedos tocaban mi sexo por encima de mi lencería nueva y sentía su erección en la parte baja de mi espalda. Eché la cabeza hacia atrás y le susurré:

—-Necesito más —¿Estaba loca o acababa de perder toda mi sensatez?

Sin dudarlo, él echó mi tanga hacía un lado y empezó a acariciarme con más

ansia, con unas ganas locas de provocarme placer. Gemí y me relajé y, entonces, me dijo lentamente:

—-Dime qué es lo que deseas, Luna. ¿Qué es lo que necesitas?

Me incorporé un poco y giré la cabeza para mirarlo.

—-Todo. Te necesito a ti.

Gruñó con tal potencia que mi cuerpo vibró. Me metió un dedo en mi interior, después otro y, mientras yo me movía, descontrolada, intentando llegar al placer más absoluto. La gente nos observaba y podía ver el placer en sus ojos. Entonces lo sentí. Esa sensación tan maravillosa a la que me estaba volviendo adicta con él.

Cuando Marcos sintió como mis muslos se habían cerrado entre su brazo, supo que había llegado al orgasmo. Sacó los dedos de mi interior y se los llevó a la boca saboreando mi sabor más íntimo. Se acercó a mí oído y me dijo:

—-Me encanta tu sabor, me vuelve loco.

Sin decir nada más, me elevó por la cintura hasta levantarme. Se levantó después y me cogió de la mano. Con cuidado tiró de mí y tenía claro adónde me llevaba.

Marcos abrió una puerta al final del pasillo y me dejó entrar primero. Había un sofá enorme, luces que casi no alumbraban y música apenas perceptible de fondo.

Cuando entramos, mi curiosidad me pudo y, mientras él cerraba la puerta, me dirigí hasta unos armarios. Abrí las puertas para ver qué había dentro. Mis ojos se abrieron de par en par. Había de todo: látigos, correas, cuerdas para atar, lubricantes de todos los sabores, condones, consoladores y millones de cosas que no había visto en mi vida. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No sé si de placer o de auténtico pánico. Giré la cabeza para mirarlo y debió ver mi cara de miedo porque una risa salió de sus labios, muy sexy.

—Tranquila, no vamos a usar nada de eso.

Se acercó a mí hasta quedarse tras mi espalda y, mientras me acariciaba y besaba el cuello, susurró:

—A menos que quieras probar algo.

Sus manos subieron lentamente por mi cintura, acercándome a él. Me besó

despacio al principio, como si quisiera saborearme, pero duró muy poco. El beso se volvió más intenso casi inmediatamente. Mi mano terminó automáticamente enredada en su pelo y él me acercaba todavía más contra su cuerpo. Marcos separó apenas la boca de la mía.

—¿Sigues nerviosa?

—Creo que estoy evolucionando hacia una fase mucho más preocupante.

Sonrió apenas y me cogió del brazo.

—Ven aquí.

Su respiración también estaba alterada.

—No tienes ni idea de lo difícil que ha sido comportarme como un caballero contigo esta noche.

—Creo que sí la tengo.

—No. No la tienes.

Me llevó hasta el sofá. Él se sentó e hizo que me quedara de pie en frente de él. Entonces me dio la orden.

—Desnúdate completamente, pero quiero que te dejes las medias y los tacones.

—Marcos…

—¿Qué? Eres preciosa, perfecta y me vuelves loco. Quiero disfrutar de verte como te desnudas frente a mí.

—Estás disfrutando demasiado de esto.

—Muchísimo.

Le hice caso y empecé a desnudarme poco a poco. En otro momento hubiera sentido vergüenza, pero algo había cambiado en mí. Me sentí sexy y poderosa. El vestido se deslizó lentamente por mi cuerpo y, después, mi ropa interior. Él me observaba como si estuviera viendo algo precioso, algo que realmente deseaba.

Se levantó del sofá y se desnudó completamente. Se sentó de nuevo e hizo que me sentara a horcajadas sobre él y me penetró de una sola embestida, fuerte, rudo, pero no sentí dolor, solo un placer tan grande que me recorrió todo el cuerpo. Hicimos el amor de forma salvaje, pero lenta. Gemía su nombre y sentía cómo se estremecía dentro de mí. Tenía la certeza de que estaba tan

perdido como yo y descubrirlo provocó una oleada de satisfacción. Me sentía más poderosa y más confiada que nunca. Yo también le volvía loco y eso me gustaba. Dios, me encantaba.

Llegamos juntos al orgasmo y pude sentir como se derramaba dentro de mí, llenándome por completo. Había sido maravilloso.

Más tarde terminamos bajando otra vez al club principal. Todo parecía distinto ahora. Menos amenazante y me sentía muy relajada. Nos acercamos a la barra para pedir otra bebida.

Una mujer se acercó sonriendo y saludó a Marcos con dos besos. Rápidamente me di cuenta que era la mujer de la última vez. Él apoyó automáticamente una mano en mi espalda. Protector o para sujetarme por si me daba por salir corriendo de nuevo. No lo tenía muy claro.

—Así que tú eres Luna —dijo la mujer despampanante.

Ella sonrió inmediatamente al notar que yo me ponía nerviosa.

—Tranquila. No voy a secuestrarlo.

—Todavía no estoy segura de cómo funciona este sitio —murmuré cerca de su oído.

—Nadie lo está las primeras veces. Tú simplemente disfruta.

La mujer me guiñó un ojo antes de marcharse. La observé alejarse todavía confundida.

—¿Todo el mundo aquí sabe quién soy?

Marcos soltó una pequeña risa.

—No.

—Entonces, ¿por qué siento que sí?

—Porque eres imposible de ignorar. Parece mentira que no te des cuenta.

Marcos me observó unos segundos y después se inclinó más hacia mí.

—¿Sabes qué es lo peor?

—¿Qué?

—Que todavía sigo pensando en muchísimas cosas que quiero hacerte en una habitación privada.

—Marcos…

—Y cuanto más tiempo pasa, peor se vuelve el problema en mis pantalones.

La carcajada nerviosa se me escapó sola.

—Creo que necesitas terapia.

—No. Creo que necesito llevarte otra vez arriba.

Madre de Dios. Este hombre era insaciable y lo peor es que me encantaba.

—Eso pensaba —susurró a mi oído.

La noche continuó entre conversaciones, miradas y roces capaces de desordenarme por completo. Mientras lo observaba hablar, reírse y moverse con aquella seguridad que parecía natural en él, entonces entendí algo: lo que sentía por Marcos ya no era solo deseo, no era únicamente atracción. El verdadero problema era que empezaba a sentirme demasiado bien cerca de él.

La zona del bar estaba mucho más llena ahora. Más ruido, más gente moviéndose y demasiadas miradas cruzándose constantemente.

Seguía nerviosa, Marcos conseguía eso sin demasiado esfuerzo, pero ya no me sentía fuera de lugar como la primera noche. Su mano permanecía firme en mi cintura mientras nos abríamos paso hasta la barra otra vez.

—Empiezo a entender por qué te gusta tanto este sitio —murmuré mirando alrededor.

—¿Eso significa que ya no quieres escapar?

—No te emociones. Sigo cuestionando todas mis decisiones vitales.

Se apoyó contra la barra mientras llamaba al camarero para pedir algo de beber y, entonces, este levantó la vista hacia nosotros y sonrió inmediatamente al ver a Marcos.

—Hombre, por fin apareces.

—He tenido una semana complicada.

—Sí, claro. Complicadísima.

El camarero bajó entonces la mirada hacia mí y sonrió con cierta complicidad.

—Ahora lo entiendo todo.

Marcos ni siquiera parecía incómodo. Al contrario. Seguía mirándome con esa calma irritante suya mientras yo intentaba no morirme allí mismo.

El camarero negó con la cabeza, divertido, mientras preparaba las copas y soltó tranquilamente.

—Tu socio lleva reclamándote toda la noche. ¿Le has visto?

El mundo pareció frenarse de golpe. Solo un segundo, pero suficiente. Mi respiración se cortó lentamente mientras giraba la cabeza hacia Marcos. Él también se había quedado quieto.

El camarero siguió hablando, completamente indiferente al desastre que acababa de provocar.

—Te juro que, como vuelvas a desaparecer otro viernes así, Adrián termina subiendo a buscarte él mismo.

Socio. La palabra se quedó suspendida entre nosotros. Socio. No amigo. No empleado. No encargado. ¡QUÉ COJONES ERA ESO DE SOCIO!

Demasiadas cosas empezaron a encajar de repente. La comodidad con la que se movía allí. La gente saludándolo. Las miradas. Las habitaciones privadas. Las decisiones que tomaba sin preguntar. Lo peor no era eso. Lo peor era que no parecía sorprendido. Parecía exactamente un hombre al que acababan de descubrir ocultando algo importante.

El camarero terminó dejando las bebidas frente a nosotros.

—Aunque, viendo cómo te mira esta mujer, sinceramente, entiendo perfectamente por qué llevas toda la noche desaparecido.

Marcos intentó sonreír, pero esta vez no consiguió tranquilizarme, porque yo seguía mirándolo con los ojos como platos.

Por primera vez desde que había entrado allí, sentí que todavía existía una parte enorme de él que no conocía en absoluto y que me ocultaba totalmente.

CAPÍTULO 17

El aire se me quedó atascado en el pecho. Socio. Esa puta palabra daba vueltas en mi cabeza mientras miraba a Marcos completamente quieto frente a la barra. Él también lo supo al instante. En esa décima de segundo en la que evitó mirarme. Aquello no era un simple «se me olvidó comentarlo». Era algo mucho más grande.

Marcos no era un invitado en aquel Club. Aquel sitio también era suyo.

Sentí cómo el calor agradable que llevaba toda la noche dentro del cuerpo empezaba a desaparecer lentamente, sustituido por una ansiedad fría y desagradable.

—¿Socio? —pregunté despacio.

El camarero levantó la cabeza inmediatamente y entendió que acababa de meter la pata hasta el fondo.

—Hostia…

Marcos soltó aire lentamente antes de hablarme.

—Luna, déjame que te explique por favor.

Intentó tocarme y le aparté la mano de muy malas maneras. No quería ese tono calmado suyo. Ese que utilizaba cuando intentaba controlar situaciones incómodas, porque yo ya empezaba a perder el control completamente.

—Eres socio del club.

No sonó como una pregunta. Sonó peor.

El camarero miró incómodo.

—Vale… Creo que yo debería desaparecer ahora mismo.

Ninguno le hizo caso. Yo seguía mirando a Marcos mientras el pecho empezaba a dolerme de la ansiedad.

—¿Cuánto pensabas tardar en contármelo?

—Quería hacerlo bien, Luna. Necesito que me dejes explicarme.

Solté una risa pequeña e incrédula.

—Claro. Igual que todas las demás cosas que nunca explicas.

Eso sí le golpeó. Lo vi perfectamente.

—No te he mentido.

—¿Ah, no?

Mi voz salió más rota de lo que quería.

—Entonces dime por qué siento que me entero de partes importantes de tu vida por accidente.

El silencio cayó apenas un segundo y fue suficiente para hacerme todavía más daño. Marcos intentó acercarse despacio, con cuidado, como si ya supiera que estaba a punto de salir corriendo.

—Luna, escúchame.

Retrocedí automáticamente antes de que pudiera tocarme. El gesto le atravesó la cara durante un instante. Vi su dolor, rápido y contenido.

—¿Qué más no sé de ti?

—No es eso.

—Entonces dime qué es, Marcos. Porque de verdad que no lo entiendo.

Mi respiración empezó a acelerarse demasiado. El vestido me apretaba el pecho. Los tacones me estaban matando. La música empezó a sonar demasiado alta de repente y todo el club se volvió pequeño. Sofocante. Empezaba a mirar a mi alrededor y ya estaba muy agobiada.

Marcos lo notó inmediatamente. Su expresión cambió por completo.

—Eh. Mírame.

Negué con la cabeza, intentando respirar bien, pero no lo conseguía. Ese frío horrible empezó a recorrerme lentamente el cuerpo. Sabía que estaba a punto de que me diera un ataque de pánico. No. No ahora. Por favor, no.

Marcos se acercó otra vez. Mucho más serio esta vez.

—Luna, respira despacio, por favor.

Intentó agarrarme el brazo y lo aparté inmediatamente de nuevo.

—No me toques ahora mismo.

El golpe le dolió. Lo vi claramente en sus ojos. Pero yo ya estaba demasiado atrapada dentro de mi propia cabeza.

Claro que un hombre como él nunca iba a enamorarse de alguien como yo. Claro que había cosas que no me contaba. Yo solo era otra chica más dentro de

un mundo al que ni siquiera pertenecía.

La garganta se me empezó a cerrar todavía más. Tenía que salir de allí antes de ponerme a llorar delante de todo el mundo. Di media vuelta y empecé a caminar hacia la salida lo más rápido que pude o, lo más rápido que permitían aquellos malditos tacones.

—Luna.

No me giré. Seguí caminando mientras las lágrimas empezaban a quemarme los ojos.

—Luna, espera.

Escuché la voz de Marcos, pero no podía seguir allí.

—Javi, luego hablamos.

—Lo siento, tío…

El aire frío de la calle me golpeó la cara apenas crucé la puerta del club. Empecé a caminar rápido por la acera intentando respirar bien mientras me secaba la cara con rabia. Los tacones golpeaban el suelo de forma torpe y, sinceramente, ya no sabía si me dolían más los pies o el pecho.

Escuché a Marcos salir detrás de mí, pero no corrió para alcanzarme. Solo me siguió, dándome espacio y aquello, ridículamente, casi me hizo llorar más.

—Luna.

Su voz sonó cerca esta vez.

Me detuve junto a una farola porque ya no podía seguir caminando. Me faltaba el aire y, te juro que, aquellos zapatos eran directamente un crimen contra la humanidad. Intenté limpiarme las lágrimas rápido antes de girarme, aunque mi cara debía ser un auténtico cuadro con todo el maquillaje corrido.

Marcos seguía a unos pasos tras de mí, con una tensión horrible en la cara. Ya no parecía el hombre seguro del club. Parecía alguien asustado.

Se acercó despacio. Con muchísimo cuidado. Como si pensara que iba a romperme si hablaba demasiado alto y, sinceramente, no iba desencaminado. Cuando intentó abrazarme, lo aparté inmediatamente.

—No, ahora no, Marcos. Déjame en paz.

Cerró los ojos un segundo, respirando hondo, antes de volver a mirarme.

—Por favor, déjame explicártelo.

Negué con la cabeza, secándome otra lágrima con rabia.

—¿Explicarme qué exactamente? ¿Que llevas semanas escondiéndome cosas?

—No te estaba escondiendo nada.

—Marcos, eres socio de un club sexual y me entero por accidente.

Mi voz volvió a quebrarse un poco. Esto es una catástrofe para mi amor propio. Él dio un paso hacia mí.

—No quería que lo descubrieras así.

—Entonces quizá deberías habérmelo contado tú antes.

—Tienes razón.

Esas palabras me descolocaron un poco porque esperaba evasivas o que intentara darle la vuelta, pero no eso.

El silencio cayó unos segundos entre nosotros mientras yo seguía intentando recuperar una respiración mínimamente normal.

El ruido de la ciudad parecía demasiado fuerte y la ansiedad seguía subiéndome lentamente por la garganta.

Marcos lo notó inmediatamente.

—Eh, Luna.

Su voz bajó mucho más. Más suave.

—Mírame un segundo.

Negué con la cabeza.

—No puedo ahora mismo.

—Respira conmigo, por favor.

—No me digas que respire.

—Vale. No te lo digo. Pero inténtalo. Me estás preocupando.

Eso consiguió romperme una pequeña risa entre lágrimas. Estaba al punto del colapso nervioso y tenía que parecer patética.

—Luna… no te lo oculté porque no confiara en ti.

Me abracé a mí misma intentando contener el temblor incómodo que me recorría el cuerpo.

—Entonces explícame por qué siento constantemente que solo conozco ciertas partes de ti.

Marcos pasó una mano por su pelo, visiblemente nervioso, y eso me

desarmó un poco más porque nunca lo había visto tan nervioso.

—Porque estoy acostumbrado a que la gente salga corriendo cuando descubre ciertas cosas de mí, Luna.

Eso sí consiguió atravesar toda mi rabia durante un segundo. Él soltó aire antes de continuar.

—El club. Mis gustos. La forma en que vivo ciertas cosas…

Se encogió apenas de hombros.

—No todo el mundo lo entiende.

Lo observé en silencio mientras hablaba.

—Y cuanto más empezaste a importarme… peor se volvió. Más miedo me daba. Si no lo aceptabas, podía perderte y solo imaginar eso… no podía, Luna.

Mi corazón tropezó dentro del pecho.

—Por eso dejé de saber qué enseñarte de mi vida y qué no.

Estaba totalmente perpleja. Jamás hubiera imaginado que Marcos tenía miedo de perderme.

—Nunca había tenido tanto miedo con alguien, Luna.

Sonó brutalmente sincero. No ensayado. No bonito. Real.

Él volvió a acercarse apenas un paso. Esta vez no me moví.

—Tenía miedo de que vieras todo esto, supieras que es mío y pensaras que estoy roto, que soy un depravado y te alejaras de mí.

Mi garganta se tensó inmediatamente porque llevaba semanas sintiéndome insuficiente a su lado y ahora descubría que él también tenía miedo. Menudo par de idiotas.

Una risa rota se me escapó entre lágrimas mientras negaba lentamente con la cabeza.

—Somos idiotas.

—Bastante. Pero, de verdad, Luna, perdóname. En el fondo te traía aquí porque dentro de mí sabía que, en algún momento, te enterarías, ya que yo no tenía la valentía de contártelo.

El silencio volvió a caer entre nosotros. Marcos bajó entonces la mirada hacia mis pies.

—Esos zapatos te están asesinando.

Me quedé confundida por el cambio de tema. Después miré mis pies y sí, probablemente había perdido ya la circulación en ambos. Solté aire, limpiándome la cara otra vez.

—No siento los dedos desde hace media hora.

La sonrisa volvió a aparecer en su boca y dio un último paso hacia mí. Despacio. Esperando todavía que me apartara, pero no lo hice.

—Vámonos a casa —murmuró.

La palabra casa me golpeó directamente el pecho.

No dijo: «te llevo» o «te acompaño».

Dijo casa. Como si existiera algo parecido a un *nosotros* dentro de aquella frase. Suspiré antes de asentir.

—Sí… por favor.

El trayecto hasta el coche fue lento y bastante bochornoso. Tropecé dos veces. La tercera directamente habría acabado estampada contra el suelo y sin dientes si Marcos no me hubiera agarrado de la cintura y el muy imbécil todavía tuvo la decencia de no reírse demasiado.

—No digas nada —murmuré señalándolo.

—Ni siquiera he abierto la boca.

—Pero lo estás pensando.

—Estoy pensando muchísimas cosas.

Le lancé una mirada cansada mientras seguíamos avanzando por la acera a paso tortuga moribunda.

Cuando por fin entramos al coche, solté el aire como si acabara de sobrevivir a una misión militar y, en cuanto cerré la puerta, me liberé los pies inmediatamente.

—Oh, gracias, Señor.

—Muy elegante todo.

Le enseñé uno de los zapatos.

—Estos demonios deberían ser ilegales.

—Hace veinte minutos parecían encantarte.

—Hace veinte minutos todavía tenía circulación en los pies.

Marcos arrancó el coche todavía sonriendo un poco. La ciudad se deslizaba

lentamente al otro lado de las ventanas mientras yo movía los dedos intentando devolverlos a la vida.

—No volveré a ponerlos nunca más.

—Mentira.

—Es cierto, porque con lo que me han costado tengo que amortizarlos.

El coche avanzó un par de calles más antes de que él hablara otra vez.

—¿Sabes qué pensaba de ti cuando empezamos a hablar?

—Esto puede acabar muy mal.

—Pensaba que eras inalcanzable para mí.

—¿Perdón?

—Completamente inalcanzable.

La sorpresa se me debió notar muchísimo porque Marcos soltó una pequeña risa.

—Lo digo en serio.

—Eso es absurdísimo.

Él giró apenas el volante antes de mirarme un segundo.

—No para mí.

Me acomodé un poco más en el asiento intentando ignorar el efecto que esas palabras estaban teniendo sobre mi sistema nervioso.

—Creo que literalmente me has confundido con otra persona, Marcos.

—No. Tú siempre parecías muy segura de ti misma.

—Vale, definitivamente estamos hablando de mujeres distintas.

—Luna, tú entras en cualquier sitio como si te diera exactamente igual la opinión del resto del mundo.

—¿Sabes qué hago realmente? —murmuré mirando hacia delante—. Intentar sobrevivir sin hacer demasiado el ridículo.

—No, Luna. Tú mantienes distancia—. Él siguió hablando mientras conducía—. Nunca vas detrás de nadie. No fuerzas conversaciones. No intentas caer bien constantemente. —Se encogió apenas de hombros—. Eso intimida muchísimo.

Mi cuerpo se quedó demasiado quieto porque entendí perfectamente el error. Él había confundido todos mis mecanismos de defensa con seguridad

cuando en realidad, eran puro miedo.

—No tienes ni idea de lo equivocadísimo que estás —terminé hablando de verdad—. La mayor parte del tiempo me siento completamente perdida. —Mi voz salió más baja ahora y más honesta—. Como si todo el mundo supiera vivir mejor que yo.

Marcos no apartó la vista de la carretera, pero lo sentí escucharme de verdad.

—Tengo treinta y nueve años y sigo viviendo con mis padres. Algunos meses apenas consigo alumnos. No podría vivir sola porque tengo la misma estabilidad económica que un niño de ocho años. —Solté una pequeña risa cansada—. Mi vida sentimental es directamente un chiste y, encima, me engancho de hombres misteriosos que tienen clubes sexuales y no me lo cuentan.

Eso sí consiguió arrancarle una risa baja.

—A veces siento que me he quedado atrás en todo —dije con voz triste.

El coche quedó en silencio unos segundos y solo se escuchaba el ruido suave del motor y la ciudad moviéndose alrededor. Después, Marcos habló.

—Voy a intentar explicarte lo que veo yo. Luna yo veo a una mujer que lleva demasiado tiempo haciéndose cargo sola de todo. —Me miró de reojo—. Y, aun así, sigues siendo capaz de sentir muchísimo.

Mi cara debía ser un poema porque nadie me había descrito nunca así.

—Y también veo a alguien que no tiene ni idea del efecto que provoca cuando deja de esconderse.

Me quedé totalmente paralizada, con una sensación incómoda y preciosa de sentirme vista de verdad.

Cuando llegamos a casa, ninguno de los dos salió del coche inmediatamente. El motor se apagó y, aun así, algo seguía vibrando entre nosotros.

Me quedé mirando el portal iluminado al otro lado de la calle mientras movía lentamente los pies descalzos sobre la alfombrilla del coche. Jamás volvería a infravalorar unas zapatillas cómodas.

—Te lo advertí. —murmuró con ironía.

—No recuerdo haberte pedido opinión sobre mis decisiones autodestructivas.

Después de todo lo que acababa de pasar entre nosotros, después de verlo romperse un poco delante de mí, ya no conseguía verlo igual. Ahora parecía más real, más humano y muchísimo más peligroso para mi corazón.

Salimos finalmente del coche y el aire fresco de la madrugada me acarició las piernas desnudas bajo el vestido. Los tacones seguían abandonados en el asiento trasero y, te aseguro que, prefería caminar sobre brasas antes que volver a ponérmelos.

Marcos caminaba a mi lado con las manos en los bolsillos, observándome de vez en cuando, hasta que terminó bajando la mirada hacia mis pies descalzos. Negó suavemente con la cabeza.

—Ven aquí.

—¿Qué pasa ahora?

—Voy a cogerte.

—¿Cómo que vas a cogerme?

—Estás caminando descalza por la calle a las tres de la mañana. Tu reputación de mujer misteriosa acaba de morir.

—No hace falta. Mi reputación me importa una mierda ahora mismo.

Marcos arqueó apenas una ceja.

—Luna.

—Puedo caminar sola, gracias.

Marcos se sorprendió con mi negativa, pero en sus ojos pude ver que estaba orgulloso. En otro momento habría dicho que sí automáticamente. Por agradar o por costumbre. O simplemente por esa necesidad absurda de adaptarme siempre a lo que otros esperaban de mí. Pero ahora no. No necesitaba que me rescatara constantemente.

Marcos terminó sonriendo despacio mientras seguíamos caminando hacia el portal.

—Vale. Pero si te estampas contra el suelo o pisas un cristal, no pienso fingir que no me hace gracia.

—Qué apoyo tan bonito ofreces, como siempre.

—Es mi especialidad.

Cuando llegamos, Marcos apoyó una mano sobre la puerta metálica sin apartar la mirada de mí.

—Duerme conmigo esta noche.

Claro que quería decirle que sí. Claro que quería dormir abrazada a él después de aquella noche. Pero también sabía otra cosa. Necesitaba espacio. Ordenarme un poco por dentro.

—No.

Marcos se quedó completamente helado.

—No porque siga enfadada contigo. —Mi voz salió más suave ahora—. Solo creo que necesito dormir sola hoy.

Él no insistió, no me hizo sentir culpable y no convirtió mi límite en un problema. Simplemente me escuchó.

—Necesito una noche para recolocar algunas cosas.

—Mañana sacamos a Conor juntos, ¿sí?

Asentí con la cabeza.

—Si quieres, desayunamos y hablamos…, pero sin confesiones laborales ni traumas de las tres de la mañana.

Después, Marcos levantó lentamente una mano y me acarició el pelo.

—Me gustas muchísimo así.

—¿Así cómo?

—Así de valiente.

Marcos no tenía ni idea de lo difícil que había sido para mí decirle que no. Lo muchísimo que me estaba costando aprender a quedarme en los sitios sin desaparecer dentro de otras personas.

Él se inclinó lentamente y dejó un beso suave sobre mis labios. Apoyó apenas la frente contra la mía durante un segundo, como si separarse le costara más de lo esperado.

—Buenas noches, Marcos. Descansa.

Y me giré para subir las escaleras.

—Buenas noches, Luna. Te llamo mañana.

CAPÍTULO 18

Me desperté extrañamente bien y no tenía ningún sentido.

Después del drama de la noche anterior, después del ataque de ansiedad, de descubrir que Marcos me había ocultado algo tan importante y de terminar llorando en mitad de la calle… debería sentirme fatal. Pero no.

Seguía muy vulnerable. Pero había algo distinto. Como si, después de rompernos un poco delante el uno del otro, algo entre nosotros hubiera terminado encajando por fin.

Conor seguía profundamente dormido sobre la alfombra mientras yo permanecía tumbada mirando el techo. La conversación de la noche anterior volvía una y otra vez a mi cabeza y, sobre todo, la sensación extraña de haber dejado de fingir por fin.

Por primera vez no había actuado desde el miedo a perder a alguien. Había puesto límites, había dicho lo que necesitaba y Marcos no había salido corriendo.

El móvil vibró sobre la mesilla.

Marta. Cuatro mensajes.

«MIRA QUE TE DIJE QUE ESE HOMBRE ERA UN PROBLEMA SEXUAL.»

«¿HAS SOBREVIVIDO?»

«Luna, necesito detalles o voy a volverme loca.»

Y finalmente:

«Si no contestas en cinco minutos, voy a asumir que estás secuestrada en una habitación oscura.»

La risa se me escapó sola y la llamé inmediatamente y, como siempre, me contestó al segundo tono.

—¡BUENOS DÍAS, DRAMA QUEEN!

—No me grites tan temprano, psicópata.

—Llevo despierta mucho tiempo esperando información importante por tu

parte.

—Ha sido una noche muy intensa.

—Eso ya lo imaginaba. Necesito detalles reales.

Solté aire lentamente.

—Anoche descubrí que Marcos es socio del club.

—Perdón… ¿QUÉ?

—Sí.

—¿SOCIO?

—Ajá.

—Vale. Espera. Necesito sentarme correctamente para procesarlo, ya que estoy embarazada y últimamente no haces más que provocarme miniinfartos.

No pude evitar reírme.

—Te juro que casi me da un ataque de ansiedad allí mismo, Marta.

—Eso sí me lo creo completamente.

—Me sentí idiota.

—No eres idiota.

—Salí prácticamente huyendo.

—Eso sí es muy tú.

—Gracias por tus palabras, como siempre, tan simpática.

—Estoy aquí para darte ayuda sentimental cuestionable.

Le conté todo despacio: la discusión, la calle, el miedo de Marcos, la conversación dentro del coche… Y cuanto más hablaba, más raro se volvía todo dentro de mi cabeza. Porque seguía dolida, claro que sí. Pero, al mismo tiempo, también me sentía más cerca de él que nunca.

Marta permaneció callada, escuchando.

—Vale —dijo así, sin más.

—¿Vale qué?

—Voy a decir algo muy poco Marta y bastante maduro.

—Tengo miedo.

—Ese hombre está enamorándose de ti hasta las trancas.

—No digas eso.

—¿Por qué?

—Porque me da vértigo.

—Pues vete acostumbrando.

Cerré los ojos, soltando aire lentamente.

—No sé qué estamos haciendo, Marta.

—Lo que hace la gente cuando le pasan cosas de verdad.

—Qué asco de frase terapéutica.

—Gracias, llevo años perfeccionándola.

El móvil vibró justo entonces. Era Marcos.

«Marta lleva más de treinta minutos monopolizando tu atención y Conor está en tu ventana mirándome como si fuera un perro totalmente abandonado.»

Y otro mensaje apareció debajo.

«Baja con tu hijo, por favor.»

La sonrisa apareció sola en mi boca.

Marta debió notarlo inmediatamente.

—ESA SONRISA, QUE ESTOY SEGURA DE QUE ESTÁS PONIENDO, ME ESTÁ DANDO ASCO.

—Acaba de escribirme.

—¿Qué ha dicho el hombre con negocios poco dignos?

Leí el mensaje en voz alta y Marta soltó un grito indignado.

—Vale. Eso ha sido muy mono. Lo odio muchísimo.

—Voy a bajar antes de que Conor me denuncie por abandono.

—Quiero actualización completa luego.

—Siempre.

Colgué y Conor levantó inmediatamente la cabeza al verme coger la correa.

—Sí, sí. Ya sé que tienes otro padre esperándote.

Cinco minutos después bajaba por el portal con una sudadera enorme, gafas de sol y exactamente cero glamour.

Marcos estaba apoyado junto al coche con un café en la mano. ¿Cómo podía verse tan bien alguien a esas horas de la mañana?

Levantó la vista hacia mí y sonrió.

—Vaya. La mujer glamurosa ha muerto oficialmente.

Miré mi ropa..

—Estoy viviendo mi etapa de «los daños son importantes, pero no mortales».

Conor prácticamente se lanzó encima de él moviendo la cola.

—Mi perro es un vendido —murmuré.

—Te estaba esperando desde hace veinte minutos —dijo Marcos mientras le rascaba detrás de las orejas.

—Eso explica el drama de perro que tenía arriba.

Marcos me tendió el café que llevaba en la mano.

—¿Soborno mañanero?

—Prevención de homicidio antes del desayuno.

—Aceptable.

Caminamos unos metros hasta que respiré hondo y me armé de valor para hablar.

—Quiero decirte algo.

Marcos giró inmediatamente la cabeza hacia mí.

—Vale.

—Y necesito que me escuches de verdad.

Él se detuvo completamente.

—Te escucho.

—Marcos, no puedo seguir conociéndote a trozos.

Su expresión cambió apenas. Pero cambió.

—No necesito que me cuentes absolutamente todo de golpe ni que me abras cada rincón de tu cabeza, pero no quiero más mentiras. Ni medias verdades. Ni enterarme de cosas importantes por accidente.

Marcos continuaba escuchando muy atento.

—Si quieres seguir viéndome…, aunque no le pongamos nombre a esto…, necesito sinceridad.

Mi voz salió firme. Muchísimo más firme de lo que esperaba.

—Otra mentira importante y se acabó.

Marcos me observó largo rato, completamente serio, y después asintió lentamente.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí. Vale.

—¿Eso es todo?

—¿Esperabas una negociación compleja?

—Esperaba que fueras bastante más evasivo durante veinte minutos.

—Puedo hacerlo si quieres mantener la tradición.

Eso consiguió arrancarme una risa y se acercó despacio hacia mí.

—No quiero perderte por volver a hacerte daño.

Eso sí consiguió desarmarme. Seguimos caminando durante bastante tiempo mientras hablábamos de cosas pequeñas. Sin mayor importancia. En algún momento, Marcos me miró de reojo y volvió a sacar el tema.

—¿Sabes qué fue lo peor de anoche?

—¿El ataque de ansiedad?

—No.

Me observó unos segundos antes de continuar.

—Verte pensar que no eras importante para mí.

Aparté ligeramente la mirada.

—No ayudas mucho ocultándome cosas.

—Lo sé. Pero jamás he querido que te sintieras una más, porque no lo eres y nunca lo serás.

El muy cabrón no necesitaba grandes discursos. Le bastaba con mirarme de esa manera y decir una frase honesta para desordenarme completamente el cuerpo.

Terminamos subiendo al piso de Marcos poco después y eso también se sintió diferente. Más íntimo. Más real. La casa seguía siendo elegante y perfectamente ordenada, pero ahora empezaba a notar detalles distintos. Una sudadera tirada sobre el sofá. Libros abiertos. Una taza olvidada junto al portátil. Pequeñas pruebas de vida humana.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada.

—Esa cara significa claramente algo.

—Es raro verte más humano.

Eso consiguió arrancarle una risa.

—Gracias, supongo.

—No era un insulto.

—Sonó ligeramente un pequeño insulto.

Terminé sentándome en el sofá mientras Conor ocupaba inmediatamente la alfombra como si también viviera allí.

Marcos apareció poco después con café, tostadas y demasiadas cosas para desayunar.

—¿Piensas alimentar a una persona o abrir una cafetería?

—No sabía qué te apetecía.

Miré toda la comida sobre la mesa.

—Esto es demasiado adorable por tu parte.

—No utilices esa palabra conmigo.

—¿Adorable?

—Me destruye la reputación.

Hablamos durante horas. De cosas importantes y de auténticas estupideces. Terminé contándole anécdotas absurdas de algunos alumnos y Marcos se reía observándome como si pudiera escucharme hablar durante días.

En algún momento terminé tumbada con la cabeza sobre sus piernas mientras él me acariciaba distraídamente el pelo.

—¿Qué piensas tanto? —preguntó Marcos.

—Que esto sí da muchísimo miedo.

Los dedos de Marcos se detuvieron apenas un segundo entre mi pelo.

—A mí también.

Con esos comentarios ya no parecía irrompible; ahora veía perfectamente sus grietas y, en vez de alejarme, eso me acercaba más él.

Pasamos la tarde viendo una película que ninguno de los dos estaba mirando realmente. Tenía las piernas sobre las suyas mientras Marcos jugaba distraídamente con sus dedos sobre ellas.

—¿Sabes qué me molesta? —pregunté de repente.

—Tengo miedo de esta conversación.

—La gente del club.

Marcos levantó una ceja.

—¿Qué pasa con ellos?

—Todos te miran como si fueras el más importante.

—Qué descripción tan dramática.

—No estoy bromeando.

Marcos se acomodó ligeramente en el sofá.

—Luna, ese sitio existe desde mucho antes que yo.

—Pero tú formas parte de él.

—Sí.

Dudé un momento antes de preguntar.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Muchos años.

—¿Y nunca has tenido algo serio con nadie allí?

La pregunta quedó suspendida. Después negó suavemente con la cabeza.

—Nada parecido a esto.

Había dicho esto. No sexo. No química. Esto. Cada vez me costaba más fingir que aquello no se estaba volviendo demasiado grande.

La tarde avanzó lenta y tranquila hasta que, cerca de las diez, Marcos miró el reloj y soltó aire despacio.

—Tengo que irme.

—¿Trabajo?

Él asintió, aunque hubo algo extraño en su expresión. Una tensión rápida, pero esta vez decidí confiar.

—Vale.

Marcos me observó unos segundos.

—¿No vas a interrogarme?

—Estoy intentando evolucionar, así que no me tientes.

Eso consiguió arrancarle una risa baja.

—Qué decepción.

Me acompañó hasta la puerta y, antes de que pudiera salir, volvió a acercarse.

—Gracias por hoy, Luna.

—¿Por no huir?

—Principalmente sí.

Sonreí antes de besarlo suavemente. Cada vez costaba más separarme de él.

*

Cuando llegué a casa ya tenía un mensaje de Marta esperándome.

«¿SIGUES VIVA?»

La llamé inmediatamente.

—Necesito novedades —dijo Marta nada más responder.

Me dejé caer sobre la cama.

—Ha ido bien.

—Eso, en lenguaje, Luna, significa que estás loquita por sus huesos.

—Probablemente.

Marta soltó una risa pequeña. Pero después su tono cambió ligeramente. Más serio.

—Dani me llamó.

—¿Qué quería?

—Hablar.

—¿Y?

Marta suspiró.

—Dice que me echa de menos.

—¿Y tú qué sientes?

—Pues, increíblemente, cada vez menos cosas por él.

Eso me sorprendió porque Dani había sido durante años el gran desastre emocional de Marta.

—¿Y Carlos?

La sonrisa se notó incluso a través del teléfono.

—Carlos es distinto.

—Eso suena muy bien.

—Lo sé.

Marta guardó silencio apenas un segundo antes de añadir.

—Todavía no le he dicho lo del embarazo.

—Lo sé.

—Y cada vez me da más miedo hacerlo.

—Porque te gusta mucho y no quieres que se acabe.

—Me gusta muchísimo y, sí, me da pavor que se acabe.

Hablamos durante muchísimo rato. Saltando de tema en tema, riendo como siempre, comentando cosas de nuestros hombres y quejándonos de la vida. Hasta que finalmente colgamos cerca de medianoche. Marta tenía que descansar y entonces llegó el silencio.

Miré el móvil unos segundos antes de abrir Telegram. Chris seguía arriba del todo. Siempre arriba. Dudé apenas un instante antes de escribir.

@LunaNix
«Hoy ha sido un día raro.»

La respuesta llegó sorprendentemente rápido.

@Chris84
«Los días raros suelen ser los importantes.»

@LunaNix
«Creo que he tenido una conversación importante con alguien.»

@Chris84
«¿Con el vecino?»

Seguía siendo extraño hablarle de Marcos precisamente a él y, aun así, necesitaba hacerlo. Necesitaba que Chris siguiera ahí, aunque fuera de otra manera.

@LunaNix
«Sí.»

@Chris84
«¿Y cómo ha terminado?»

@LunaNix
«Creo que ahora nos entendemos un poco mejor.»

@Chris84
«Entonces quizá ha valido la pena.»

Apoyé la cabeza contra la pared mirando la conversación. No quería perder a Marcos, pero tampoco quería perder a Chris y, sinceramente, todavía no tenía ni idea de lo que eso decía realmente sobre mí.

@Chris84
«Entonces esa conversación ha sido importante de verdad.»

@LunaNix
«La verdad es que sí.»

@Chris84
«¿Estás bien?»

Solté aire despacio antes de escribir.

@LunaNix
«No lo sé.»

@Chris84
«Eso normalmente significa que sí lo sabes.»

@LunaNix
«Creo que me estoy enamorando de él.»

Esta vez tardó bastante más en responder. Tanto que, durante un segundo, pensé que quizá había sido demasiado directa.

@Chris84
«Vaya.»

@LunaNix
«Sí… vaya.»

@Chris84
«¿Y dónde me deja eso a mí?»

Sabía que esa pregunta iba a llegar tarde o temprano. Me mordí ligeramente el labio mientras intentaba encontrar una respuesta que no le hiciera daño.

@LunaNix
«No quiero perderte.»

@Chris84
«Eso no responde a mi pregunta.»

@LunaNix
«No puedo ofrecerte otra cosa que no sea amistad.»

La respuesta tardó unos segundos y odié darme cuenta de que la idea de perderlo me dolía de verdad.

@Chris84
«Eso suena bastante triste.»

@LunaNix
«Lo sé.»

@Chris84
«¿Y eso es lo que quieres realmente, Luna?»

Quería a Marcos. Muchísimo. Pero Chris ya se había convertido en otra cosa importante. Esto era muy difícil de explicar.

@LunaNix
«Quiero que sigas en mi vida.»

@Chris84
«¿Aunque estés enamorándote de otro hombre?»

@LunaNix
«Sí.»

@Chris84
«Eso es bastante difícil.»

@LunaNix
«Lo sé.»
@Chris84
«¿Y por qué quieres que me quede?»

@LunaNix
«Porque contigo puedo hablar.»

@Chris84
«También hablas con Marta.»

@LunaNix
«Es distinto.»
«Contigo no siento que tenga que fingir nada.»

@Chris84
«Luna…»

@LunaNix
«Me analizas constantemente y debería molestarme muchísimo, pero a veces siento que eres la única persona que realmente me entiende cuando ni yo misma sé lo que me pasa.»

@Chris84
«Puede que sea porque tú sientes demasiadas cosas al mismo tiempo y luego intentas ordenarlas sola.»

@LunaNix
«¿Ves? A eso mismo me refiero.»

@Chris84
«¿Eso qué?»

@LunaNix
«Cómo haces siempre lo mismo.»

@Chris84
«¿Analizarte psicológicamente como una señora intensa?»

La risa se me escapó sola.

@LunaNix
«Exactamente eso.»

@Chris84
«Alguien tiene que soportar tu caos mental.»

@LunaNix
«Marta dice lo mismo, pero gritándome más.»

@Chris84
«Ella tiene menos paciencia terapéutica.»

@LunaNix
«Contigo puedo contar cosas que no soy capaz de decir en voz alta.»

@Chris84
«¿Como qué?»

@LunaNix
«Como que tengo muchísimo miedo de enamorarme.»

@Chris84
«Eso ya lo sabía.»

@LunaNix
«¿Cómo?»

@Chris84
«Porque creo que llevas semanas intentando sabotear cualquier cosa buena que sientes.»

Eso dolió un poco porque tenía razón.

@LunaNix
«Contigo siento calma.»

@Chris84
«¿Y con él?»
@LunaNix
«Con él siento todo lo demás.»

@Chris84
«Entonces estás jodida, Luna.»

@LunaNix
«Lo sé. Muchísimo.»

@Chris84
«Solo prométeme una cosa.»

@LunaNix
«¿Cuál?»

@Chris84
«No desaparezcas de mi vida de golpe cuando todo se vuelva más serio con él.»

@LunaNix
«No quiero desaparecer.»

@Chris84
«Entonces me conformaré con seguir aquí.»

Sabía perfectamente que aquello no era tan simple. No sabía cómo se tomaría Marcos mi relación con Chris, pero, aun así, la idea de perder a Chris seguía haciéndome daño y no podía soportarlo.

CAPÍTULO 19

Los días empezaron a pasar de una forma extraña, rápidos, ligeros y, sinceramente, todavía no terminaba de acostumbrarme.

Había días en los que me sorprendía sonriendo sola por la calle como una auténtica idiota solo porque Marcos me había mandado un mensaje estúpido a media mañana. Otros en los que terminábamos cenando con mis padres como si aquello fuera completamente normal y lo peor era que ellos parecían encantados. Mi madre, directamente, estaba viviendo su propia comedia romántica personal.

—¿Te das cuenta de que sonríes diferente cuando viene? —me dijo una noche mientras recogíamos la cocina.

—No sonrío diferente.

—Claro que sí.

—Mamá.

—Luna, cariño, pareces una adulta funcional. ¿Quién eres y qué has hecho con mi hija?

Solté una carcajada antes de tirarle una servilleta.

—Qué exagerada eres.

Ella sonrió mientras guardaba platos.

—Solo digo que hacía muchísimo tiempo que no te veía tan feliz.

Creo que tenía razón porque algo estaba cambiando. No solo con Marcos, también conmigo misma. Me sentía más segura, más tranquila y más viva. Hasta mi cabeza parecía funcionar distinto. Volvía a pensar en proyectos, en trabajo y en nuevas posibilidades.

Llevaba años sobreviviendo y, de repente, empezaba a apetecerme avanzar. Aquella tarde hablé precisamente de eso con Marta.

—Creo que quiero hacer algo más —murmuré tumbada sobre la cama mientras hablábamos por videollamada.

Marta levantó inmediatamente las cejas.

—¿Más cómo?

—No lo sé exactamente, pero algo más grande. Más mío. Igual podría hacer talleres online o crear contenido para extranjeros o, yo qué sé, ¿crear cursos grabados?

Marta sonrió despacio.

—Mira quién está teniendo ambición laboral otra vez.

Rodé los ojos.

—No te acostumbres.

—No, no. Estoy emocionadísima.

—Creo que llevaba demasiado tiempo sintiéndome parada.

Ella asintió lentamente.

—Porque habías dejado de imaginar cosas para ti.

—Lo sé y ahora ya no me siento así —admití bajito.

La sonrisa que apareció en la cara de Marta fue tan bonita que me apretó ligeramente el pecho.

—Me gusta muchísimo escucharte hablar así.

—Sigo teniendo miedo de muchas cosas.

—Normal, todo no desaparece de la noche a la mañana.

—Pero ya no siento que todo vaya a romperme constantemente.

—Eso también tiene nombre.

—¿Cuál?

—Paz.

Vale. Odio cuando termina hablando como adulta responsable.

—Te estás poniendo muy sabia con el embarazo.

—Y tú, muy enamorada.

Eso sí consiguió hacerme callar.

Marta me observó unos segundos antes de cambiar ligeramente la expresión. Un poco más nerviosa.

—Hablando de dramas sentimentales…

—Oh, no.

—Carlos quiere quedarse en mi apartamento este fin de semana.

—¿Y eso es malo?

Marta suspiró apoyando la barbilla sobre la mano.

—No. Ese es el problema.

—¿Cada vez te gusta más?

—Demasiado.

—¿Todavía no le has dicho nada?

Ella negó lentamente con la cabeza.

—Estoy de doce semanas, Luna.

—Lo sé.

—Y cada vez va a ser más difícil ocultarlo.

Suspiré despacio.

—Tienes que hablar con él.

Marta cerró los ojos un momento.

—Tengo miedo.

—Es normal.

—¿Y si se termina todo?

Aquello me rompió un poco el corazón. La veía feliz y hacía muchísimo tiempo que no veía a Marta así, y me encantaba.

—No puedes esconder algo así eternamente.

—Ya, pero…

Su voz se rompió apenas un poco.

—Él me dijo una vez que no quería tener hijos.

Mierda. Hablé mucho más suave.

—¿Y tú?

—Yo sí quiero tenerlo.

Y ahí estaba la decisión. Clara. Firme.

—Entonces ya sabes lo importante.

—¿Y si él desaparece?

—Entonces será un imbécil.

Marta soltó una pequeña risa triste.

—Qué apoyo me das tan bonito.

—Soy increíble gestionando crisis de otras personas.

—No sé cómo decírselo.

—Diciendo la verdad, hablando con el corazón.

—Gracias, terapeuta barata.

—De nada.

Nos quedamos hablando muchísimo rato más. De Carlos, del bebé, de nombres absurdos y de cómo voy a ser la mejor tía del mundo. Terminamos riéndonos tanto que me dolía la barriga.

Esa noche Marcos se quedó trabajando hasta tarde y terminé hablando con Chris otra vez. Como casi todas las noches en las que no estaba con Marcos. Esto también empezaba a convertirse en una rutina demasiado peligrosa. Podía pasar horas hablando con él sin cansarme.

@LunaNix
«Hoy Marta y yo hemos discutido sobre si un bebé puede sobrevivir alimentándose solo de gofio y drama familiar.»

@Chris84
«En Canarias probablemente sí.»

@LunaNix
«¿Ves? Por eso sigo hablándote.»

@Chris84
«¿Por mis grandes conocimientos nutricionales?»

@LunaNix
«Por tu capacidad para soportar mi caos.»

@Chris84
«Eso suena muy importante.»

Mierda. Sí que lo era.

@LunaNix
«Lo eres.»

@Chris84
«¿Y Marcos qué piensa de eso?»

@LunaNix
«¿De qué?»

@Chris84
«De que hables conmigo todas las noches.»

@LunaNix
«No le encanta precisamente.»

@Chris84
«Normal.»

Rodé los ojos automáticamente.

@LunaNix
«A veces sí que sirves de poca ayuda.»

@Chris84
«Estoy intentando imaginar cómo me sentiría yo.»

Había algo raro en la forma en que había escrito aquello. Más personal e incómodo. Intenté ignorarlo.

@LunaNix
«¿Celoso?»

@Chris84
«Probablemente.»

@LunaNix
«Quiero conocerte, Chris.»

De repente tuve la sensación rarísima de que él acababa de ponerse

nervioso.

@Chris84
«¿Conocerme cómo?»

@LunaNix
«En persona.»

@Chris84
«Luna…»

@LunaNix
«¿Qué?»

@Chris84
«No creo que sea buena idea.»

@LunaNix
«¿Por qué?»
@Chris84
«Porque probablemente te decepcionaría.»

@LunaNix
«Eso es absurdo.»

@Chris84
«No lo es.»

Me incorporé un poco más sobre la cama.

@LunaNix
«Chris, llevamos meses hablando.»

@Chris84
«Precisamente por eso.»

Esto empezaba a sonar extraño.

@LunaNix
«¿Tienes novia secreta o algo así?»

@Chris84
«¿Eso es lo primero que piensas?»

@LunaNix
«Estoy intentando entender tu drama misterioso.»

La respuesta tardó unos segundos.

@Chris84
«Mi vida es complicada.»

@LunaNix
«Eso no explica nada, la mía también.»

@Chris84
«Hay personas que no podrían entender ciertas cosas de mí.»
Sacudí inmediatamente la cabeza.

@LunaNix
«No estoy intentando casarme contigo. Solo quiero ponerle cara a una de las personas más importantes de mi vida.»

@Chris84
«Luna…»

@LunaNix
«¿Qué?»

@Chris84

«Déjame pensarlo.»

Me quedé mirando la conversación varios segundos. Definitivamente, no era la reacción que esperaba. Pero, antes de que pudiera seguir insistiendo, apareció otro mensaje.

@Chris84
«¿Cómo ha ido hoy con Marcos?»

Vale. Cambio de tema descaradísimo. Chris siempre acababa haciéndome hablar.

*

Dos días después, Marcos apareció en mi casa un jueves por la noche diciendo que tenía «planes».

—¿Tengo que preocuparme? —pregunté mientras me ponía los zapatos.

Marcos sonrió apoyado contra la puerta de mi habitación.

—Muchísimo.

Mi madre apareció justo entonces por el pasillo.

—Ay, me encanta cuando habla así.

—Mamá, por favor.

—Solo digo que este hombre tiene voz de protagonista de película de Hollywood.

Marcos soltó una carcajada bajando la cabeza.

Veinte minutos después estábamos entrando en su casa y fue entonces cuando entendí por qué llevaba toda la tarde comportándose raro.

La mesa estaba preparada. Velas, vino y música suave. Madre mía, cómo me gustaba este hombre y lo que conseguía hacerme sentir.

Parpadeé lentamente mirándolo.

—¿Qué es todo esto?

Marcos se encogió apenas de hombros.

—Una cena.

—Esto no es una cena. Esto es una declaración de intenciones.

—Peliculera.

Lo observé unos segundos mientras me quitaba la chaqueta. Nadie había hecho algo así por mí.

—Es precioso.

—Quería hacer algo bonito para ti.

La cena fue increíblemente tranquila. Muy íntima y cada vez resultaba más fácil imaginarnos así. Como una pareja real.

Terminamos en el sofá haciendo el amor después de cenar, con una copa de vino. Mientras seguíamos desnudos, acariciándonos, él habló de repente.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Depende. ¿Da miedo?

—Un poco.

—Fantástico, son los temas de conversación que más me gustan.

Entonces soltó, sin anestesia:

—Chris.

Intenté mantener la calma.

—¿Qué pasa con él?

—¿Qué es exactamente para ti?

Mierda.

Bajé la vista hacia la copa de vino intentando ordenar mínimamente mis pensamientos porque ni yo misma sabía responder aquello correctamente.

—Es complicado.

—Eso ayuda muchísimo, Luna.

Le lancé una pequeña mirada.

—No te enfades conmigo.

—Luna —su voz salió más seria ahora —hablas con él todas las noches.

—Lo sé.

—Y te importa.

Asentí muy despacio.

—Sí.

El silencio cayó unos segundos entre nosotros. Marcos apartó la mirada primero y pareció inseguro.

—¿Te gusta?

La pregunta me descolocó completamente.

—¿Chris?

Él asintió apenas.

—No de esa manera que estás pensando.

Marcos me observó sin hablar. Esperando a que dijera algo. Quería ser honesta con él y conmigo.

—Lo necesito de otra forma.

Aquello tensó ligeramente su mandíbula. Lo vi perfectamente.

—¿Qué significa eso?

Apoyé lentamente la copa sobre la mesa antes de mirarlo de verdad.

—Significa que con él puedo hablar de cosas que me cuesta hablar con otra gente.

Marcos guardó silencio. Esperando a que me explicara.

—Me entiende muchísimo.

Seguí hablando porque ya no quería esconder cosas.

—Chris ha estado ahí durante semanas. En momentos muy malos, cuando estaba perdida. Cuando no sabía qué hacer conmigo misma.

Marcos bajó la vista unos segundos. Después volvió a mirarme.

—¿Y no tienes miedo de enamorarte también de él?

La pregunta me golpeó directamente el pecho. Me acerqué un poco más hacia él.

—Lo que siento por ti es diferente. Pero a él no quiero perderlo.

Marcos cerró los ojos apenas un segundo, estaba confundido. Por eso le dije.

—Pero te quiero a ti.

Eso consiguió que levantara la vista inmediatamente hacia mí.

—No sé explicarlo mejor, Marcos.

—Nunca voy a prohibirte algo que te haga feliz.

Sabía perfectamente lo difícil que había sido para él decir aquello.

—Marcos…

Él negó suavemente con la cabeza.

—No me gusta.

La sinceridad brutal de aquella frase me atravesó completamente.

—Pero tampoco quiero convertirme en alguien que te haga sentir encerrada.

Detrás de todo el control que tenía normalmente, estaba intentando quererme bien. Incluso cuando le costaba y le dolía.

Pasamos la noche juntos, me encantaba dormir con Marcos. Me daba paz y, por una vez en mi vida, me sentía tranquila con un hombre.

CAPÍTULO 20

El teléfono sonó a las seis y media de la mañana y supe inmediatamente que algo iba mal. No sé explicarlo. Simplemente lo sentí.

Abrí los ojos todavía medio dormida mientras buscaba el móvil a tientas y en cuanto vi «mamá» en la pantalla, el corazón me dio un vuelco. Mi madre jamás llamaba tan temprano. Nunca.

—¿Mamá?

Pero lo primero que escuché no fueron palabras, fue el llanto descontrolado de mi madre.

El cuerpo se me heló entero.

—Mamá, ¿qué ha pasado?

Escuché una respiración rota al otro lado y después su voz temblando.

—Tu padre ha tenido un accidente.

De repente el mundo dejó de sonar correctamente. Recuerdo incorporarme de golpe y un vacío repentino que me heló la sangre.

Recuerdo que Marcos seguía tumbado a mi lado y me miró inmediatamente al notar cómo me había puesto rígida.

—¿Qué accidente?

Mi voz ya no parecía mía. Mi madre volvió a llorar.

—El coche… Un camión… Luna, está en el hospital.

Sentí una sacudida silenciosa que me recorría el cuerpo. Marcos ya estaba sentado, mirándome fijamente. Completamente despierto.

—Mamá. ¿Está bien?

Silencio y entonces lo entendí antes incluso de escucharla.

—Está en coma.

La frase me golpeó la cabeza. No recuerdo haber colgado a mi madre ni levantarme tan rápido que hasta sentí cómo me mareaba. Solo recuerdo empezar a temblar. Marcos se acercó inmediatamente.

—Luna.

Negué con la cabeza mientras intentaba respirar.

—Mi padre…

Marcos me abrazó antes incluso de que pudiera terminar la frase. Sin decir nada. Solo sosteniéndome mientras yo intentaba entender qué demonios acababa de pasar.

—Vamos al hospital —dijo cerca de mi pelo.

Yo seguía llorando.

—No puede estar pasando esto.

—Ya cariño.

—No puede.

Marcos se separó apenas para mirarme. Jamás lo había visto así, tan serio, tan atento y tan asustado por mí.

—Luna, escúchame.

Intenté hacerlo, pero sentía el cuerpo completamente fuera de control.

—Necesito que respires lo primero.

Negué inmediatamente.

—No puedo.

—Sí puedes.

Sus manos sujetaron mi cara con muchísimo cuidado.

—Mírame.

La calma que intentaba darme incluso cuando yo estaba completamente hundida.

—Vamos a ir al hospital. Voy a estar contigo todo el tiempo. Pero necesito que respires.

Las lágrimas seguían cayéndome sin control.

—Tengo miedo.

—Lo sé, mi amor.

Creo que nunca había usado esas palabras conmigo así. Cariño. Mi amor.

Treinta minutos después íbamos en el coche camino al hospital y yo seguía sintiendo que aquello no podía estar ocurriendo.

Marcos conducía con una mano apoyada sobre mi pierna, como si supiera que yo estaba a punto de desmoronarme por completo e intentara sostenerme.

—Mi madre estaba sola —murmuré, mirando la carretera sin verla realmente.

—Ya no lo va a estar. Llegaremos enseguida.

—No sé qué hacer, Marcos.

—No tienes que saberlo ahora mismo.

—¿Y si…?

No fui capaz de terminar la frase. Él apretó ligeramente mi mano.

—No vamos a pensar en eso todavía.

Pero yo sí estaba pensando en eso. Todo el tiempo, desde que escuché la palabra coma. De repente entendí algo horrible. Nunca estás preparada para imaginarte el mundo sin tus padres.

Cuando llegamos al hospital vi a mi madre sentada sola en la sala de espera. Creo que jamás olvidaré aquella imagen. Tenía los ojos completamente hinchados. Las manos le temblaban y parecía muchísimo más pequeña.

Corrí hacia ella inmediatamente. Nos abrazamos llorando antes siquiera de hablar.

—Mamá…

—No despertaba, Luna.

Su voz salió rota.

—No despertaba y había sangre y…

—Shhh.

La abracé todavía más fuerte mientras yo también empezaba a derrumbarme otra vez.

Marcos apareció detrás pocos segundos después. Jamás voy a olvidar la forma en que estuvo allí. No intentó ocupar espacio. No intentó controlar nada. Simplemente se acercó despacio.

—Ana.

Mi madre levantó la vista hacia él y entonces volvió a romperse.

—No sé qué hacer.

Marcos se agachó delante de ella.

—Vamos a ir paso a paso, ¿vale?

Mi madre asintió llorando y yo solo podía mirarlo pensando que no sabía

cómo demonios habría sobrevivido aquella mañana sin él.

Las siguientes horas fueron una pesadilla. Médicos, pasillos, máquinas, silencios y la espera. Dios que eterna se hacía la espera. Creo que nunca había entendido realmente lo cruel que podía ser esperar noticias de alguien que quieres.

Cada vez que un médico aparecía sentía el corazón detenerse. Cuando finalmente nos dejaron entrar a verlo, tuve miedo. Muchísimo. Una parte de mí seguía pensando que, si lo veía así, todo se volvería real.

Mi padre siempre había sido fuerte. Un hombre serio, pero siempre presente, y encontrarlo inmóvil en aquella cama me rompió por dentro.

Marcos me sujetó inmediatamente por la cintura.

—Eh.

Negué con la cabeza mientras las lágrimas empezaban a caer por mis mejillas otra vez.

—No parece él.

Mi madre no paraba de llorar detrás de mí. Aquello fue insoportable. Me acerqué despacio hasta la cama. Le cogí la mano. Estaba fría y demasiado quieta.

—Papá…

La voz se me rompió completamente.

—Tienes que despertarte.

El sonido de las máquinas era horrible.

Marcos permaneció detrás de mí todo el tiempo. Sin soltarme y sin dejarme sola ni un segundo.

*

Los días siguientes fueron los peores de mi vida. Dormíamos mal y comíamos peor. El tiempo parecía haberse convertido en algo extraño. A veces pasaban horas sin que nadie hablara. Otras veces mi madre se ponía a llorar de golpe en mitad de una conversación absurda. Pero Marcos seguía allí. Siempre. Traía café y hablaba con los médicos. Convencía a mi madre para que comiera algo y

a mí me sostenía constantemente.

Mi madre se negaba a irse del hospital y, sinceramente, yo tampoco quería moverme de allí. Terminamos las dos sentadas en aquellas sillas horribles, mirando una puerta cerrada durante horas.

Marcos apareció con tres cafés poco después de las dos de la mañana.

—Esto probablemente sabe a gasolina, pero todo está cerrado y lo único que tenemos es la máquina.

Mi madre cogió el vaso con manos temblorosas.

—Gracias, cariño.

Aquello me golpeó un poco el pecho. Mi madre jamás llamaba *cariño* a nadie. Marcos se sentó a mi lado y me observó unos segundos.

—¿Has comido algo?

Negué lentamente.

—No tengo hambre.

—Luna.

Ese tono. El tono «voy a cuidarte aunque protestes».

—De verdad, no puedo.

Él suspiró despacio antes de sacar una barrita de chocolate del bolsillo de su chaqueta.

—Entonces empieza por esto.

Lo miré completamente desconcertada.

—¿Llevas comida en los bolsillos?

—Contigo ya espero cualquier cosa, así que voy preparado.

Incluso en mitad del peor momento de mi vida conseguía hacerme sonreír un poco. Acabé apoyando la cabeza sobre su hombro mientras mi madre dormitaba a nuestro lado.

—Tengo muchísimo miedo —murmuré.

Marcos me besó suavemente el pelo.

—Es lógico.

—¿Y si no despierta?

—Va a despertar.

—No puedes saber eso.

—No.

Me apartó un mechón de pelo de la cara.

—Pero ahora mismo necesitas creerlo.

Necesitaba creerlo desesperadamente. Esa era la verdad.

Marta me llamaba constantemente. Videollamadas. Audios. Mensajes interminables. Yo le había prohibido venir en su estado; estaba en el primer trimestre de su embarazo y no podía soportar que algo le pasara al bebé. Sabía perfectamente que estaba sufriendo muchísimo desde Canarias.

—Te juro que me voy a subir a un avión igualmente —me dijo llorando por videollamada.

Yo seguía sentada en el hospital, con una máquina de café detrás.

—Ni se te ocurra.

—Luna, no puedo soportar escucharte así desde aquí.

—No quiero que te arriesgues.

—Estoy embarazada, no moribunda.

Eso consiguió arrancarme una risa rota entre lágrimas.

—Sigues siendo idiota incluso en tu estado.

Ella también se rio llorando.

—¿Cómo está Marcos? —preguntó después.

Miré automáticamente hacia el otro lado del pasillo, donde él hablaba con un médico.

—No sé cómo agradecerle todo esto.

—Porque te quiere.

—Ya lo sé.

Qué miedo daba empezar a saberlo tan claramente.

—¿Y tú? —preguntó ella despacio.

—¿Yo qué?

—¿Lo quieres?

Qué momento tan maravilloso para hablar de sentimientos.

—Muchísimo.

Marta sonrió tristemente.

—Entonces deja de tener tanto miedo a sentir cosas buenas.

Suspiré apoyando la cabeza contra la pared.

—No sé hacerlo.

—Pues aprende.

Chris también apareció muchísimo durante aquellos días. Siempre por mensajes y siempre cuando Marcos no estaba conmigo. Como si hubiera aprendido perfectamente cuándo desaparecer y cuándo acercarse.

@Chris84
«¿Cómo está hoy?»

@LunaNix
«Igual.»
«Muy cansada.»

@Chris84
«¿Has dormido algo?»

@LunaNix
«Unas horas en una silla horrible del hospital.»

@Chris84
«Eso cuenta como experiencia traumática.»

Qué raro era cómo conseguía aliviarme incluso desde una pantalla.

@Chris84
«Come algo.»

Rodé los ojos automáticamente.

@LunaNix
«Ahora mismo suenas igual que Marcos.»

@Chris84
«Eso no sé si es bueno o malo.»

La tercera noche fue todavía peor. El médico salió diciendo que seguía sin reaccionar y vi, literalmente, cómo mi madre se rompía delante de mí.

—No puedo perderlo —susurró llorando.

Eso sí me destrozó completamente. Dejé de pensar solo como hija y empecé a pensar en ella como mujer, como esposa. En lo muchísimo que se querían. En toda una vida juntos. Y se me rompía el corazón.

Marcos debió notar inmediatamente que algo cambiaba dentro de mí porque me llevó aparte unos minutos después.

—Eh.

Levanté la vista hacia él.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—Mi madre lo ama muchísimo.

—Luna…

—No sé cómo ayudarla.

Marcos me abrazó inmediatamente.

—No tienes que arreglarle el dolor.

—Entonces ¿qué hago?

—Estar. Que es lo que estás haciendo.

Aquella palabra se me quedó grabada. Eso era exactamente lo que él llevaba haciendo conmigo desde que le conocí. Estar. Sin huir. Sin cansarse. Sin apartarse cuando me rompía.

Esa madrugada terminé sentada en el suelo del pasillo, llorando en silencio porque ya no podía más. Simplemente no podía.

Marcos apareció pocos segundos después.

—Luna.

Negué con la cabeza sin mirarlo.

—No puedo perderlo.

Él se sentó a mi lado inmediatamente. Sin importarle el suelo frío, la hora que era y que posiblemente tenía muchísimo trabajo atrasado.

—Cariño tienes que tener esperanza.

—No estoy preparada.

Marcos me observó unos segundos antes de acercarse más.

—Mírame.

Lo hice y lo que vi en sus ojos casi me hizo llorar todavía más. Estaba sufriendo conmigo. De verdad.

—Tu padre sabe perfectamente cuánto lo quieres.

—No es suficiente.

—Sí lo es.

Negué otra vez.

—No he hecho nada importante todavía.

Marcos frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué?

—Mi vida.

La vergüenza me golpeó inmediatamente después de decir aquello. Pero ya no podía parar.

—Tengo la sensación de que todavía no he llegado a ningún sitio y él siempre me apoyaba, me motivaba y…

Mi respiración volvió a romperse. Me costaba pronunciar las palabras.

—Y tengo miedo de que se vaya antes de hacerle sentirse orgulloso de mí.

—Escúchame bien, Luna.

Sus manos sujetaron mi cara.

—Tu padre no necesita verte hacer más cosas para sentirse orgulloso de ti, él ya lo está.

Después dijo, sin más:

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque no sé cómo ayudarte más que estando aquí.

Lloré contra su pecho durante muchísimo rato. Sin control. Sin dignidad. Él no se movió ni un milímetro. Ni una sola vez.

Más tarde me obligó prácticamente a volver unas horas a casa.

—Necesitas ducharte y dormir un poco en una cama en condiciones.

—No quiero irme.

—Luna.

Su tono cambió inmediatamente. Más firme.

—No vas a ayudar a nadie si te desplomas tú también.

Terminé sentada en su sofá con una manta mientras él me preparaba algo de comer.

Verlo moverse por la cocina después de tres días de hospital fue extraño. Demasiado bonito para el momento horrible que estábamos viviendo. Apareció poco después, dejándome un plato delante.

—Come.

Lo miré unos segundos.

—¿Cómo haces esto?

—¿El qué?

—Seguir tan tranquilo.

—No estoy tranquilo.

Lo observé en silencio y entonces me di cuenta. El cansancio. La preocupación. Las ojeras. Él también estaba agotado. Simplemente estaba intentando sostenernos a mi madre y a mí.

—Gracias.

Aquello lo descolocó apenas un segundo.

—No tienes que agradecerme nada preciosa.

—Sí tengo. No sé qué habría hecho sin ti.

Marcos dejó lentamente el plato que llevaba en la mano antes de acercarse a mí.

—No vuelvas a decir eso.

—¿Por qué?

—Porque no pienso irme a ninguna parte.

Le abracé con fuerza, intentando demostrar sin palabras todo lo que le agradecía que estuviera aquí conmigo. Terminé dormida abrazada a él en su sofá. Ni siquiera recuerdo el momento en que me quedé dormida; solo recuerdo despertarme un rato después porque estaba teniendo una pesadilla horrible.

Mi padre. Hospitales. Sangre.

Abrí los ojos de golpe, respirando mal, y Marcos apareció inmediatamente

delante de mí.

—Eh, eh… tranquila. Ha sido un sueño.

Intenté controlar mi respiración mientras él me sujetaba la cara con cuidado.

—Solo un sueño.

Las lágrimas volvieron solas.

—Tengo miedo de dormirme.

—Ven aquí.

Me abrazó fuerte contra su pecho y yo terminé escondiendo la cara en su cuello como una niña pequeña. Estaba agotada.

—No sabía que algo así podía doler tanto —murmuré.

—Es normal, porque quieres muchísimo a tu padre.

—Y no estoy preparada para perderlo.

Su mano subió lentamente por mi espalda.

—No tienes que estarlo.

Nos quedamos así muchísimo rato. En silencio. Por primera vez desde el accidente conseguí dormirme un par de horas seguidas.

*

El cuarto día el médico apareció con otra expresión. Más relajada, y juro que sentí el corazón detenerse antes incluso de hablar.

—Ha reaccionado a estímulos.

Mi madre empezó a llorar de alegría y yo también.

—¿Eso qué significa?

—Que es buena señal.

Buena señal. Creo que jamás unas palabras me habían parecido tan bonitas.

Cuando finalmente mi padre abrió los ojos horas después, no sé cómo explicarlo. Fue como volver a respirar después de días bajo el agua. Mi madre prácticamente se derrumbó sobre la cama a su lado y yo me quedé completamente quieta, mirándolo. Estaba vivo. Cansado y confundido, pero vivo.

—Papá…

Giró apenas la cabeza hacia mí, muy despacio, y cuando me reconoció sonrió un poquito. Solo un poquito, pero fue suficiente para quebrarme entera. Me acerqué inmediatamente, cogiéndole la mano.

—No vuelvas a hacer algo así nunca más.

Mi padre intentó hablar, pero apenas tenía fuerza.

—Lo intentaré —dijo muy bajito.

Mi madre seguía abrazándolo mientras repetía constantemente:

—Gracias a Dios.

Marcos apareció detrás de mí pocos segundos después. Cuando giré apenas la cabeza hacia él, la expresión que tenía hizo que me doliera el pecho. Era de alivio. Puro alivio.

Le cogí la mano inmediatamente y, por primera vez en esos días, sentí que el mundo volvía a sostenerse un poco.

Esa noche, después de que por fin nos confirmaran que mi padre iba a recuperarse, terminé saliendo un momento fuera del hospital porque necesitaba aire. ¿Cómo podía seguir moviéndose el mundo cuando el mío había estado a punto de joderse por completo?

Marcos salió poco después. Se quedó a mi lado sin hablar unos segundos. Después me miró.

—¿En qué piensas?

—En que tenía muchísimo miedo de quedarme sin él.

Marcos no respondió inmediatamente. Simplemente me escuchó.

—Y también he pensado algo horrible.

—¿Qué cosa horrible?

—Que si alguna vez te pasa algo a ti creo que me moriría directamente.

Aquello lo dejó completamente helado y, durante unos segundos, ninguno de los dos habló. Esa frase había significado muchísimo más de lo que yo pretendía.

Marcos dio un paso lento hacia mí. Como si tuviera miedo de romper algo.

—Luna…

—No hace falta que digas nada.

Pero él me observaba como si acabara de desnudarle el alma delante de todo el mundo. Entonces hizo algo que me encogió un poco el corazón. Me besó la frente y apoyó la suya contra la mía unos segundos.

—Vamos a casa, cariño.

CAPÍTULO 21

Mi padre volvió a casa un martes por la tarde y creo que jamás había agradecido tanto algo aparentemente tan simple como escucharle protestar desde el sofá.

—Este sillón es una mierda.

Mi madre soltó una risa cansada mientras colocaba otro cojín detrás de su espalda.

—Llevas diez minutos sentado.

—Y ya me duele todo.

—Bienvenido a los setenta.

—Ana, no tengo setenta.

—Pero dramatizas como si tuvieras setenta y cuatro.

Aquello consiguió arrancarme una carcajada por primera vez en días.

Mi padre seguía pálido. Mucho más delgado. Todavía no podía caminar y la rehabilitación iba a ser larga, pero estaba allí. En casa. Vivo. Después del miedo que habíamos pasado, ya nada más me importaba.

*

Las semanas siguientes se volvieron extrañas. Más lentas y muy domésticas, pero bonitas y tranquilas. Había algo distinto en mí desde el accidente. Como si de repente hubiera despertado. Empecé a mover mi vida, a hacer cosas y a construir algo mío. Por primera vez en muchísimo tiempo no era solo una fantasía momentánea. Era una necesidad.

Una tarde terminé sentada en la cocina con el portátil abierto mientras mi madre preparaba café.

—¿Qué haces?

—Estoy buscando academias de idiomas para ofrecerles talleres.

Ella levantó lentamente las cejas.

—¿Talleres?

Asentí.

—Quiero hacerlos para grupos de extranjeros. Conversación, cultura, pronunciación, algo más dinámico.

Mi madre sonrió inmediatamente.

—Eso suena muy a ti.

—¿Sí?

—Luna, llevas años enseñando y todavía no te das cuenta de que eres muy buena en lo que haces.

Marcos apareció aquella misma noche con bolsas de comida, medicinas y una paciencia infinita.

—Has traído media farmacia —dije mirándolo entrar en la cocina.

—Tu padre tiene que tomar más pastillas que un cantante de rock en los noventa.

—Te estoy escuchando —gritó mi padre desde el salón.

Marcos sonrió.

—Eso es buena señal.

Mi madre directamente parecía enamorada de Marcos. Bueno, sinceramente yo también. Cada vez más.

—Enséñame lo de los talleres —me dijo después mientras dejaba las bolsas sobre la encimera.

—Todavía no es nada.

—Luna.

Su mano subió despacio hasta mi cintura.

—Todo lo que haces termina siendo algo.

Le mostré las ideas que tenía y durante dos horas estuvo ayudándome y aconsejándome como buen empresario que era.

Marta era otra historia. Cada llamada con ella venía cargada de ansiedad. Carlos seguía sin saber la verdad y cada día que pasaba ella estaba peor.

—No puedo retrasarlo más —me dijo una noche por videollamada mientras caminaba nerviosa por su salón.

—Ya te lo he dicho mil veces.

—Pero estoy acojonada.

La observé en silencio unos segundos.

—¿Lo quieres?

Ella dejó de caminar inmediatamente.

—Muchísimo.

—Entonces tienes que contárselo.

Marta se dejó caer en el sofá.

—¿Y si me deja?

—¿Y si no?

—Qué optimista eres de repente.

—No soy optimista.

Suspiré.

—Solo creo que mereces dejar de vivir aterrorizada.

Finalmente quedó con Carlos dos días después y creo que yo estaba casi tan nerviosa como ella. Me llamó una hora antes de verlo.

—Voy a vomitar.

—No vas a vomitar.

—Luna, estoy literalmente mareada.

—Eso es porque estás embarazada y dramática.

—Da gusto contar contigo en los momentos difíciles.

—Marta, escúchame.

Ella guardó silencio inmediatamente.

—No importa cómo salga esto. ¿Vale?

Tragué saliva.

—No estás sola.

Ella empezó a llorar casi al instante.

—No me hagas esto ahora porque voy maquillada.

Colgamos a los dos minutos, pero cuando me llamó dos horas después supe inmediatamente que había salido mal. Muy mal. Ni siquiera saludó, solo lloraba.

—Marta.

Nada. Solo respiraciones rotas y sentí cómo el cuerpo se me tensaba entero.

Estaba lejos de ella y no poderla abrazar me mataba por dentro.

—¿Qué ha pasado?

Escuché cómo intentaba recomponerse al otro lado.

—Se ha ido.

Mierda. Aquello me cayó como una piedra en el pecho.

—¿Qué te dijo?

Marta volvió a llorar.

—Que cómo podía no saber de quién era. Que cómo no se lo había dicho antes.

Cerré los ojos inmediatamente.

—Marta…

—Y tenía razón, Luna.

—No, no la tiene, Marta.

—Sí.

Su voz salió completamente destruida.

—Me miró como si fuera otra persona.

Aquella noche nos quedamos hablando durante horas. Literalmente horas. Lo peor era escuchar cómo intentaba convencerse a sí misma de que lo entendía.

—Es normal que esté enfadado.

—Una cosa es estar enfadado y otra irse así.

—Yo también desaparecería.

—No.

Mi voz salió más firme de lo que esperaba.

—Tú no harías esto.

—No lo sabes.

—Sí lo sé.

Hubo silencio unos segundos y después escuché cómo volvía a llorar.

—Lo quiero muchísimo Luna.

—Lo sé, preciosa.

—Y creo que lo he perdido.

—No lo sabes todavía, tienes que darle tiempo.

—Luna, no me contesta desde hace horas.

—Carlos necesita más tiempo que un par de horas.

—¿Y si ese tiempo significa que ya no quiere volver a verme?

—No, Marta, tienes que tener paciencia. Estoy segura de que va a volver. Confía.

En cambio, yo y mi relación con Marcos seguía creciendo de una forma que todavía me daba un poco de vértigo. Era fácil, extrañamente fácil, y hasta cuando discutíamos terminábamos hablando. Cuando algo nos removía, nos comunicábamos y nos quedábamos. No salíamos corriendo.

*

Habíamos vuelto varias veces al club y todo se sentía distinto. Ya no iba aterrorizada, ahora caminaba de su mano sintiendo que realmente pertenecía allí con él.

Una noche terminamos sentados en una zona privada mientras alrededor seguía sonando música baja y conversaciones suspendidas. Marcos tenía el brazo apoyado detrás de mí en el sofá oscuro mientras hablaba con uno de los proveedores del evento que estaban preparando.

—Va a venir muchísima gente —decía el chico revisando unas listas.

—Ya lo sé, por eso necesito que reviséis otra vez la seguridad.

—Está controlado.

—Revísalo igual.

El chico terminó marchándose pocos minutos después y yo levanté apenas una ceja.

—Das bastante miedo trabajando.

—No tienes ni idea.

—Ahora mismo me siento ligeramente intimidada.

Marcos acercó la cara lentamente hacia mí.

—Mentira.

—Bueno… un poco sí.

Apoyó una mano sobre mi muslo desnudo mientras observaba el club.

—Estas semanas están siendo una locura.

—Ya lo sé.

—Casi no he dormido.

Lo miré de reojo.

—Y aun así sigues viéndote insultantemente atractivo.

Marcos soltó una pequeña risa.

—¿Eso era un cumplido?

—No te emociones.

Aquella noche acabamos en una de las salas privadas del piso superior. Marcos cerró la puerta detrás de nosotros y apoyó la espalda unos segundos contra ella sin dejar de mirarme.

—¿Qué? —murmuré sonriendo un poco.

Negó lentamente con la cabeza.

—Nada.

—Eso nunca significa nada bueno.

Se acercó despacio.

—Significa que llevo toda la noche intentando comportarme como un hombre correcto contigo.

—Y claramente está siendo durísimo para ti.

—No tienes ni idea.

Sus dedos recorrieron lentamente mi cintura.

—Verte así de guapa debería ser ilegal.

Hicimos el amor y cada vez me sentía más cómoda con él. Probamos diferentes posturas y juguetes y me encantaba lo que me hacía, lo que me provocaba en el cuerpo.

*

Chris seguía apareciendo casi todas las noches que no dormía con Marcos. Ya no sabía cómo explicar lo importante que se había vuelto para mí. Hablar con él se había convertido en rutina. En refugio. Era algo necesario. Esa noche terminé tumbada en mi cama con el móvil en la mano después de volver del

club.

@Chris84
«¿Qué tal la noche?»

@LunaNix
«Acabo de llegar.»

@Chris84
«Eso no responde nada.»

@LunaNix
«Bien. Muy bien.»

@Chris84
«Suena muy sexy ese ‘’muy bien”.»

Mordí suavemente mi labio.

@LunaNix
«Marcos estaba especialmente insoportable hoy.»

@Chris84
«¿Y eso qué significa exactamente?»

@LunaNix
«Que me miraba demasiado y me tocaba más.»

Hubo un silencio y después.

@Chris84
«Y te gusta cómo lo hace.»

@LunaNix
«Muchísimo.»

@Chris84
«Entonces déjate llevar con él, puedes probar muchas cosas nuevas, estoy seguro.»

Últimamente, Chris parecía empujarme hacia Marcos y había algo extraño y triste detrás de eso que todavía no conseguía entender. Pasamos casi dos horas hablando aquella noche. De Marta, de mi padre y le conté mi nueva idea con mis talleres.

@LunaNix
«Eres la única persona aparte de Marta con la que hablo así.»

@Chris84
«Eso me da bastante miedo.»

@LunaNix
«¿Por qué?»

@Chris84
«Porque a mí también empiezas a importarme demasiado.»

@LunaNix
«No quiero perderte, Chris.»

@Chris84
«No vas a perderme, Luna, no te preocupes.»

*

La semana terminó con mi padre haciendo ejercicios absurdos en el salón mientras insultaba cariñosamente al fisioterapeuta por videollamada.

—Esto es tortura.

—Eso es mover el tobillo, Julián.

—Pues odio mover el tobillo.

Mi madre rodó los ojos mientras yo me reía desde la cocina.

—*Drama queen* —murmuré.

—Te escucho perfectamente.

—Otra buena señal, por lo menos te funciona bien el oído.

—Desde que sales con ese vecino tu nivel de insolencia ha aumentado muchísimo.

—Papá.

—¿Qué?.

Mi madre apareció en el salón con una bandeja.

—Y nosotras estamos encantadas de que los uses para darte cuenta de que tu hija por fin parece feliz.

Esa frase me dejó completamente quieta porque sí, lo estaba. Y mucho.

A pesar del miedo, del caos, de Marta y su historia con Carlos, de Chris y de todo, estaba feliz. Por primera vez en muchísimo tiempo ya no sentía culpa por ello.

*

Aquella noche Marcos apareció más tarde de lo normal. Venía agotado; se le notaba en la cara, pero aun así sonrió apenas verme.

—Hola, preciosa.

—Tienes cara de no haber dormido en tres días.

—Probablemente sea porque no he dormido en tres días.

Me acerqué despacio hasta él.

—Ven aquí.

—Eso ha sonado demasiado bonito.

—Cállate y abrázame.

Nos quedamos abrazados en mitad de la cocina unos segundos.

—Por fin la fiesta es en tres días y tendré tiempo para descansar.

—Espero estar invitada.

—¿Lo dudas? Eres mi acompañante.

—¿Te he dicho que me encantas?

Me miró con esos ojos que hacían que me derritiera y nos quedamos en silencio, abrazados, como si todo lo demás no importara en este momento.

—¿Sabes qué es lo peor? —murmuró Marcos contra mi pelo.

—¿Qué?

—Que llevo una semana entera pensando en ti incluso cuando estoy trabajando.

—Eso no parece exactamente un drama.

—Lo es cuando tengo que organizar una fiesta para más de doscientas personas y, de repente, me distraigo imaginando cómo vas a mirarme con uno de esos vestidos tuyos.

Sentí el calor subir lentamente por mi cuello.

—Definitivamente tienes un problema.

—Cierto y es uno muy grande.

Levanté apenas la cabeza para mirarlo.

—¿Y cuál es exactamente?

—Tú.

Más tarde, cuando subimos a su piso, terminé sentada sobre la encimera de su cocina mientras él abría una botella de vino.

—No debería estar aquí porque tu deberías descansar.

—No deberías preocuparte tanto.

—Eso no ha respondido nada.

Marcos me observó unos segundos antes de acercarse.

—Estoy cansado, sí.

Apoyó las manos a ambos lados de mis piernas.

—Pero también estoy bien y te quiero aquí conmigo.

—¿Seguro?

—Luna.

Su voz bajó apenas.

—Ahora mismo estoy exactamente donde quiero estar. Y con quien quiero estar.

Nos tomamos una copa y nos fuimos a dormir como si fuera lo más normal del mundo ahora mismo en nuestras vidas.

CAPÍTULO 22

La fiesta llevaba días flotando sobre nuestras cabezas y, sinceramente, hasta yo estaba nerviosa.

No sabía exactamente qué esperaba encontrar aquella noche. Marcos apenas me había contado nada. Solo que sería una fiesta de máscaras, que habría espectáculos y que quería que yo lo viviera todo sin tener expectativas.

—No pienso darte más detalles —me dijo dos días antes mientras cocinábamos en su casa—. Quiero verte la cara cuando entres.

—Eso suena ligeramente preocupante.

—Y muy divertido para mí.

Rodé los ojos mientras removía la pasta.

—Qué raro. Tú disfrutando de mi sufrimiento.

Marcos soltó una risa baja detrás de mí y después sentí sus manos apoyarse lentamente sobre mi cintura.

—No es sufrimiento.

Sus labios rozaron mi cuello apenas un segundo.

—Es tensión.

Tenía razón. Llevaba toda la semana pensando en aquella maldita fiesta y, cuanto más se acercaba el sábado, más consciente era de algo: ya no me sentía una intrusa dentro de aquel mundo. Eso era nuevo. Sí. Pero, en el fondo, me gustaba.

*

Marta seguía fatal, sin saber absolutamente nada de Carlos. Ni una llamada, ni un mensaje. Nada.

Verla así me estaba destrozando. Esa mañana me llamó mientras yo organizaba ideas para los talleres.

—No puedo más, Luna.

Cerré el portátil lentamente.

—¿Has dormido algo?

—Fatal.

Su voz sonaba cansada. Vacía.

—Anoche soñé con él otra vez.

—Marta…

—Y lo peor es que sigo entendiendo que esté enfadado.

Me levanté despacio de la silla y caminé hasta la ventana.

—Una cosa es enfadarse y otra desaparecer así.

—Pues parece que Carlos funciona así.

Hubo silencio unos segundos. Después respiró hondo.

—Me hice otra ecografía ayer.

Eso consiguió cambiarme el ánimo automáticamente.

—¿Y?

Por primera vez en toda la llamada escuché algo parecido a una sonrisa.

—Todo está perfecto.

—¿En serio?

—Sí.

Se le quebró un poco la voz.

—El bebé está bien, Luna.

Me apoyé contra la pared cerrando los ojos unos segundos.

—Ay, Marta…

Ella soltó una risa pequeña entre lágrimas.

—Todavía no sabemos si es niño o niña, pero en la próxima ya me lo dirán seguro.

—¿Y tú qué crees que es?

—No sé.

Silencio.

—Aunque Carlos estaba convencido de que algún día tendría una niña.

Aquello me rompió un poco por dentro porque se notaba que seguía pensando en él todo el tiempo.

—Estoy pensando en volver unos días a Gran Canaria —murmuré

finalmente.

—No hace falta.

—Marta.

—Lo digo en serio.

Suspiró despacio.

—Tu vida también está pasando allí.

—Y tú eres parte de mi vida.

Hubo otro silencio y entonces dije:

—Te echo muchísimo de menos.

—Yo también, idiota.

Aquella noche hablé con Chris hasta casi las tres de la madrugada. Últimamente hablábamos muchísimo. Cada vez que Marcos estaba trabajando o desaparecía organizando la fiesta, Chris aparecía.

@Chris84
«¿Sigues despierta?»

@LunaNix
«Siempre apareces cuando debería estar durmiendo.»

@Chris84
«Eso no responde.»

@LunaNix
«Sí. Sigo despierta. ¿No ves que te estoy escribiendo?»

@Chris84
«¿Nerviosa por la fiesta?»

@LunaNix
«Mucho.»

@Chris84
«¿Porque no sabes qué esperar?»

@LunaNix
«Porque con Marcos nunca sé qué va a hacer conmigo.»

@Chris84
«Y, aun así, sigues queriendo quedarte.»

@LunaNix
«Sí, totalmente.»
@Chris84
«Eso dice bastante.»

*

A la mañana siguiente hablé con Marta como siempre. Ella tampoco entendía lo de Chris y cada vez me lo decía más.

—Hay algo raro ahí —soltó directamente durante una videollamada mientras se recogía el pelo.

—¿Raro cómo?

—No sé.

Se encogió de hombros.

—No entiendo cómo Marcos acepta tan tranquilo que hables todos los días con otro hombre.

—Chris es mi amigo.

—Sí, ya, pero igualmente…

Me observó unos segundos.

—La mayoría de tíos montarían un drama horrible.

No pude evitar reírme un poco.

—Marcos no es precisamente «la mayoría de tíos».

—Precisamente por eso me preocupa más.

La miré confundida.

—¿Qué quieres decir?

Marta negó lentamente con la cabeza.

—Nada. Solo tengo la sensación de que ahí hay algo que todavía no vemos.

Nos pasamos hablando horas y después me puse a trabajar. Había contactado con una academia de idiomas en Madrid que les interesaba mucho la idea de los talleres e iba a reunirme con ellos la próxima semana.

*

El sábado llegó demasiado rápido y a las seis de la tarde ya estaba demasiado nerviosa. Otra vez.

El vestido de esa noche seguía colgado frente a mí. Corto, extremadamente corto, pero elegante. También era sexy de una forma que daba un poco de miedo.

Marcos me lo había regalado tres días antes dentro de una caja negra enorme.

—Ábrelo.

Levanté apenas una ceja.

—¿Debo preocuparme?

—Muchísimo.

Cuando saqué el vestido casi dejé de respirar.

—Marcos…

Él se había quedado observándome desde el sofá.

—Póntelo para mí el sábado.

Ahora entendía perfectamente por qué.

La tela abrazaba mi cuerpo como si hubiera sido hecha específicamente para mí. El escote dejaba la piel justa al descubierto. La espalda casi me parecía ilegal y, por primera vez en mí vida, me sentí tremendamente maravillosa.

Las sandalias doradas terminaron salvándome psicológicamente. Nada de tacones asesinos aquella noche. Plataforma. Elegantes y, milagrosamente, cómodas.

Marta apareció en videollamada justo cuando estaba terminando de maquillarme.

—Vale.

Se quedó completamente quieta mirando la pantalla.

—¿Qué?

—Marcos hoy te va a pedir matrimonio.

Solté una carcajada.

—No exageres.

—Luna.

Se acercó más a la cámara.

—Estás impresionante.

Me observé otra vez en el espejo. El pelo suelto, me había hecho unas ondas suaves. Los labios un poco más oscuros. La piel ligeramente dorada. Aquella sensación rara volvió a aparecer dentro de mí. La de reconocerme como la mujer femenina y bella que era.

—Me siento bien —admití bajito.

Marta sonrió inmediatamente.

—Ya se nota.

Nos quedamos hablando casi media hora más. De cómo se sentía, de Carlos, del bebé y de la fiesta.

Justo cuando estaba enseñándole las sandalias, sonó el timbre.

—Ya está aquí —murmuré.

Marta sonrió de lado.

—Quiero detalles precisos de todo mañana. ¿Lo sabes, verdad?

—Cotilla.

—Muchísimo.

Colgué la llamada y respiré hondo antes de salir de mi habitación.

Mis padres estaban en el salón y mi madre levantó la vista primero. Literalmente dejó de hablar.

—Madre de Dios.

Mi padre tardó dos segundos más en reaccionar.

—Vale.

Se acomodó las gafas.

—Eso sí que no me lo esperaba.

Noté el calor subir inmediatamente por mi cara.

—No empecéis.

Mi madre seguía mirándome como si acabara de descubrir otra versión completamente distinta de mí.

—Luna… estás espectacular.

Mi padre señaló el vestido.

—Ese chico definitivamente tiene problemas.

—Papá.

—¿Qué? Tengo ojos.

Escucharle bromear así después del accidente me emocionó más de lo que esperaba. El timbre volvió a sonar. Abrí la puerta y Marcos levantó la vista hacia mí.

Silencio absoluto. Después soltó aire lentamente.

—Joder.

La forma en que me estaba mirando…

—Eso no suena precisamente elegante.

—Porque ahora mismo me está costando muchísimo pensar con la cabeza y como persona civilizada.

Mi padre apareció detrás de mí.

—Te entiendo perfectamente, hijo.

—¡PAPÁ!

Marcos empezó a reírse mientras yo quería desaparecer.

Cuando por fin conseguimos salir del portal, caminamos hasta llegar al coche. Marcos abrió la puerta para mí como siempre y, justo antes de entrar, sacó una caja negra pequeña del asiento.

—Casi lo olvido.

—¿Qué es eso?

—Tu máscara.

Era preciosa. Negra y dorada. Con detalles brillantes alrededor de los ojos. Misteriosa y muy yo.

—Marcos, me encanta. Muchísimas gracias.

—Póntela.

Me la coloqué lentamente mientras él me observaba en silencio.

Después negó apenas con la cabeza.

—Esto es jugar con ventaja. Estás preciosa.

El trayecto fue un absoluto desastre para mis nervios.

—Vas muy callada —murmuró sin apartar la vista de la carretera.

—Porque estoy intentando sobrevivir a mi estado de nervios.

Eso consiguió arrancarle una risa baja.

—¿Por qué?

Giré la cabeza hacia él.

—Por todo en general.

Aquello cambió algo en su expresión inmediatamente. Sus dedos subieron apenas unos centímetros más por mi pierna.

—No tienes ni idea de lo difícil que está siendo conducir ahora mismo.

—Eso parece peligrosísimo. Mira a la carretera.

—Ciertamente lo es.

—¿Vas a decirme ya qué clase de fiesta es exactamente? —pregunté intentando recuperar algo parecido a dignidad mental.

—No.

—Qué sorpresa.

Marcos sonrió apenas.

—Solo voy a decirte una cosa.

Giró un segundo la cabeza hacia mí.

—Esta noche quiero verte disfrutar mucho más que cualquier otra noche.

—¿En serio?

—Y también quiero escucharte gritar mi nombre.

Mi cerebro dejó de funcionar oficialmente.

Cuando el club apareció finalmente al final de la calle, sentí algo muy parecido a adrenalina recorrerme el cuerpo entero. Las luces, la música amortiguada y la gente entrando con máscaras. Todo parecía sacado de una película.

Marcos aparcó lentamente y después giró completamente la cabeza hacia mí. Sus ojos recorrieron despacio mi cara, oculta tras la máscara. Después bajaron lentamente hasta mis labios.

—Prepárate, Luna.

Mi corazón empezó a latir muchísimo más fuerte.

—¿Para qué exactamente?

—Para una noche que no vas a olvidar jamás.

CAPÍTULO 23

El momento en que cruzamos las puertas del club sentí que había entrado en otro lugar completamente distinto al que conocía. Ni siquiera parecía el mismo edificio.

La música envolvía cada rincón con un ritmo lento y profundo que hacía vibrar el suelo bajo mis sandalias mientras las luces doradas se reflejaban en las paredes cubiertas por telas negras, espejos y enormes cortinas burdeos que caían desde el techo. Habían transformado el club entero para la fiesta.

Todo parecía más teatral y más exagerado. También muchísimo más bonito. Me quedé completamente quieta observándolo todo mientras Marcos sonreía a mi lado detrás de su máscara negra.

—Estás flipando un poco, ¿verdad?

Giré lentamente la cabeza hacia él.

—Esto parece una película. Está precioso.

—Ese era exactamente el objetivo.

La gente iba espectacular. Vestidos imposibles, trajes perfectamente ajustados, máscaras cubriendo media cara, plumas, brillos y piel desnuda.

Había parejas caminando despacio entre las salas, otras directamente besándose contra las paredes y algunas simplemente observando el ambiente, como si aquello también formara parte del espectáculo. Pero lo que terminó de dejarme completamente descolocada fueron las barras.

—Marcos…

Mi voz salió mucho más baja de lo que esperaba.

En una de ellas había una mujer completamente desnuda tumbada sobre una superficie de mármol negro. Sushi perfectamente colocado sobre su cuerpo, fruta cortada, pequeños cuencos de salsa y pétalos oscuros rodeándola mientras varias personas comían directamente de ella entre risas suaves y caricias lentas. En otra barra ocurría exactamente lo mismo, pero con un hombre.

Una chica se inclinó despacio sobre él, sujetó un maki con los labios y después se lo dio a otra mujer directamente en la boca mientras todos alrededor seguían hablando como si aquello fuera la cosa más normal del mundo.

—Respira, Luna.

—No sé si estoy impresionada o traumatizada todavía.

—Te doy diez minutos.

—¿Diez minutos para qué?

—Para que lo averigües.

Seguimos avanzando despacio entre la gente y, cada pocos pasos, alguien saludaba a Marcos. Algunos simplemente inclinaban la cabeza y otros sonreían directamente al verlo. Se movía por aquel lugar con una seguridad que hacía que todo pareciera girar a su alrededor.

—¿Sigues nerviosa? —preguntó acercándose apenas a mi oído.

—Sí, pero me siento bien, me encanta.

Sus dedos se deslizaron lentamente por mi espalda desnuda.

—Esa es mi chica.

Atravesamos un pasillo cubierto por enormes velas eléctricas y cortinas oscuras hasta llegar a la sala principal. Ahí sí me quedé sin palabras de verdad. Normalmente aquella sala estaba llena de sofás y mesas bajas, pero esa noche la habían transformado completamente.

En el centro había un escenario enorme con dos camas redondas encima de dos plataformas circulares iluminadas desde el suelo. Sobre nuestras cabezas colgaban cadenas doradas, telas translúcidas y lámparas antiguas que proyectaban reflejos cálidos sobre toda la sala. La sala estaba prácticamente vacía. Solo había tres personas junto al escenario hablando tranquilamente con una copa en la mano, y entonces reconocí a una de ellas. Era la mujer de aquella noche. La del ataque de celos y una de las culpables de mi huida dramática.

Marcos debió notar cómo mi cuerpo se tensaba porque soltó una pequeña risa bajita.

—Tranquila.

—No estoy haciendo nada.

—Ya, claro.

Me fulminó apenas con una mirada divertida antes de llevarme hacia ellos.

La mujer levantó inmediatamente la vista al ver que nos acercábamos y sonrió. Era todavía más guapa de cerca y esta noche estaba impresionante. Pero esta vez ya no sentí ganas de salir corriendo. Eso era un progreso muy importante.

—Por fin apareces —dijo ella mirando a Marcos—. Pensábamos que ibas a encerrarte arriba toda la noche.

—Lo he considerado.

Sus dedos bajaron lentamente hasta mi cintura.

—Pero tengo mejores planes.

El hombre que estaba junto a ella soltó una risa mientras me observaba con curiosidad. Era moreno, de unos cuarenta y muchos, atractivo de una forma bastante inquietante y con una máscara oscura cubriéndole parte de la cara.

—Así que tú eres Luna.

Perfecto. Todo el mundo sabía ya quién era yo allí dentro y yo no tenía la más remota idea.

Marcos giró ligeramente la cabeza hacia mí.

—Luna, ellos son Vera y Adrián.

Vera me tendió la mano primero.

—Encantada de conocerte oficialmente por fin.

Definitivamente esa frase tenía intención. Apreté suavemente su mano intentando no pensar en aquella noche horrible.

—Igualmente.

Vera inclinó apenas la cabeza observándome unos segundos.

—La verdad es que ahora entiendo muchísimas cosas.

—No la animes —murmuró Marcos.

Eso consiguió arrancarle una carcajada a Adrián.

—Llevamos semanas aguantándolo. Está insoportable.

Giré automáticamente la cabeza hacia Marcos.

—¿Ah, sí?

Adrián levantó inmediatamente su copa.

—No tienes ni idea.

Marcos miró a Adrián con la resignación de un hombre que acababa de quedarse sin aliados.

—Estoy rodeado de imbéciles.

—No, te estás enamorando, que es diferente —corrigió Vera con absoluta tranquilidad.

El silencio cayó después de esa frase. Mi corazón dejó de funcionar correctamente durante aproximadamente tres segundos.

Giré lentamente la cabeza hacia Marcos. Él también estaba mirándome muy quieto. Demasiado quieto.

Adrián soltó una risa incómoda.

—Bueno. Ambiente relajado. Excelente comienzo.

Vera le dio un pequeño golpe en el brazo.

—¿Qué? Si es verdad.

Marcos negó lentamente con la cabeza mientras una sonrisa casi invisible aparecía en su boca.

—Definitivamente os despediría a los dos si pudiera.

—Llevas amenazando con eso cuatro años —respondió Adrián tranquilamente antes de mirarme otra vez—. Nunca lo hace.

Y algo dentro de mí se relajó completamente en ese momento. De repente todo aquello dejó de sentirse intimidante. Solo parecían amigos normales dentro de su propia locura.

Vera se acercó un poco más hacia mí.

—Por cierto… siento muchísimo lo de aquella noche.

Parpadeé confundida.

—¿Qué noche?

Ella arqueó apenas una ceja.

—La noche en que huiste del club como si fueras protagonista de un drama venezolano.

Adrián empezó directamente a reírse mientras yo quería que me tragara la tierra en ese mismo momento.

—Dios mío —murmuré, tapándome media cara con la mano—. Quiero morirme ahora mismo.

Vera seguía sonriendo.

—Te prometo que no estaba intentando ligar con él.

—Ya lo sé.

Y esta vez era verdad. Lo sabía. La Luna de ahora ya no era la misma que salió llorando de allí sintiéndose insuficiente.

Vera me observó unos segundos más antes de sonreír de lado.

—Me gustas mucho más ahora que no estás intentando escapar.

Eso consiguió hacerme reír finalmente. Por primera vez desde que había llegado me sentí completamente cómoda.

Seguimos hablando los cuatro junto al escenario mientras el club empezaba a llenarse poco a poco detrás de nosotros.

La música había subido ligeramente y ahora se mezclaba con conversaciones, risas y el sonido de copas chocando. Desde donde estábamos se podía ver parte de la sala principal llenándose de máscaras moviéndose bajo las luces. Estaba fascinada.

Adrián seguía contándole algo a Marcos de la organización y los gastos del club mientras yo escuchaba apoyada junto a él con una copa en la mano.

—Te digo que el francés sigue pidiendo más tiempo para montar la estructura aérea —decía Adrián negando con la cabeza—. Y Vera está a dos segundos de matarlo.

Marcos soltó una pequeña risa.

—Entonces todo va perfectamente.

—Exacto.

Era curioso ver a Marcos trabajando porque cambiaba completamente. Seguía siendo él, claro, pero había algo mucho más firme en su forma de hablar. Se le veía más concentrado, como si todo el club orbitara un poco alrededor suyo y de Adrián.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó Adrián, girándose de repente hacia mí.

—¿Sobre qué exactamente?

—Sobre nosotros fingiendo que sabemos organizar eventos mientras todo

arde alrededor.

Solté una carcajada.

—Sinceramente, parecéis demasiado tranquilos para que esto sea real.

Adrián levantó la copa.

—Experiencias traumáticas acumuladas durante años.

Marcos negó lentamente con la cabeza mientras me rodeaba la cintura con un brazo.

—No le hagas caso. Le encanta dramatizar.

—Porque alguien tiene que aportar espectáculo aquí.

—Ya tenemos suficiente espectáculo esta noche.

La voz de Vera apareció detrás de nosotros y giré automáticamente la cabeza hacia ella. Había cambiado completamente.

Llevaba ahora una especie de corsé negro ajustado combinado con una falda larguísima abierta hasta la cadera y, sinceramente, parecía sacada de una fantasía de mis libros. Ella observó rápidamente la sala antes de suspirar.

—Tengo que irme de nuevo. Hay un problema con una de las chicas del espectáculo y necesito revisar unas cosas antes de que llegue más gente.

Adrián levantó apenas una ceja.

—¿Problema real o problema «artistas siendo artistas»?

—Lo segundo, evidentemente.

Eso consiguió hacerme reír.

Vera rodó los ojos antes de acercarse a Adrián y entonces pasó algo que me dejó completamente congelada. Él le sujetó suavemente la cara y la besó. No un beso normal. No uno rápido de pareja delante de amigos. Fue lento, seguro y con una intensidad que directamente hizo que me olvidara de respirar durante un segundo.

La mano de Adrián bajó lentamente hasta la cintura de Vera mientras ella sonreía apenas contra sus labios, como si estuvieran completamente solos allí. El nivel de tensión sexual que tenían daba miedo.

Cuando finalmente se separaron, Vera apoyó la frente un segundo contra la suya.

—Compórtate.

Adrián sonrió de lado.

—Nunca.

Después ella se giró hacia nosotros.

—Ahora vuelvo.

Desapareció entre la gente como si fuera dueña del lugar entero, que en realidad lo era, imagino. Yo seguía completamente quieta y Adrián soltó una pequeña risa al verme.

—Vale, esa cara ha sido maravillosa.

Miré directamente hacia él.

—¿Estáis…?

Marcos empezó a reírse a mi lado.

—Sí. Están casados.

Abrí los ojos automáticamente.

—¿En serio?

—Desde hace ocho años —respondió Adrián tranquilamente antes de beber un sorbo de su copa.

Mi cerebro intentó recolocarse solo durante unos segundos.

—Pero…

Los señalé torpemente.

—Yo pensaba…

—¿Que probablemente nos acostábamos con media humanidad y dormíamos separados? —preguntó Adrián divertido.

El calor me subió inmediatamente a la cara.

—No iba a decirlo así.

—Pero lo pensaste.

Adrián apoyó tranquilamente un brazo sobre el respaldo de uno de los sofás.

—Vera es mi persona favorita en el mundo.

Aquello lo dijo tan tranquilo que me descolocó un poco.

—Y precisamente por eso nos gusta jugar juntos.

Mi cabeza empezó a imaginar demasiadas cosas y me atreví a preguntar:

—¿Jugar?

Adrián sonrió apenas.

—Con otras personas.

Marcos giró ligeramente la cabeza hacia él.

—No empieces.

—¿Qué? Estamos teniendo una conversación adulta.

Me miró otra vez.

—A mí me encanta verla disfrutar con otras personas. Hombres, mujeres…, da igual.

La naturalidad con la que hablaba era impresionante. No había incomodidad ni posesión. Solo sinceridad.

—Y ella disfruta exactamente igual viéndome a mí —continuó tranquilamente—. No tiene nada que ver con querer menos a alguien.

Sus dedos golpearon suavemente la copa.

—De hecho, para nosotros significa confianza absoluta.

Noté a Marcos tensarse apenas a mi lado. Lo suficiente para que yo lo notara. Adrián sonrió lentamente.

—Aunque, sinceramente…, si algún día queréis uniros a nosotros, yo estaría encantado.

Dios. Me atraganté literalmente con mi propia bebida mientras Marcos soltaba aire lentamente.

—Adrián.

—¿Qué? Estoy siendo hospitalario.

—Estás siendo un pesado.

Adrián levantó las manos en señal de inocencia.

—Vale, vale. Me callo.

Después miró rápidamente hacia el escenario.

—Tengo que revisar unas cosas antes del espectáculo.

Se levantó tranquilamente del sofá y entonces me guiñó un ojo.

—Pero la oferta sigue sobre la mesa.

—Desaparece —murmuró Marcos, ya riéndose.

Adrián soltó una carcajada y terminó alejándose entre la gente.

De repente nos quedamos solos. El ruido del club seguía alrededor de nosotros, pero durante unos segundos me quedé completamente callada

observando cómo varias personas empezaban a ocupar la sala.

Mi cabeza seguía atrapada en aquella conversación. Marcos me observó de reojo.

—Sé que estás deseando preguntar algo, suéltalo ya.

Giré lentamente la cabeza hacia él.

—¿Tú has estado con ellos?

Silencio y después asintió despacio.

—Sí.

No sé por qué aquella respuesta consiguió removerme tanto por dentro. Sabía perfectamente que Marcos había tenido una vida sexual enorme antes de mí. Estamos hablando, literalmente, del dueño de un club sexual. Sorpresa, cero, pero, aun así, me quedé congelada. Mi imaginación decidió empezar a trabajar automáticamente.

—¿Varias veces? —pregunté intentando sonar tranquila.

—¿De verdad quieres esa información?

Lo pensé dos segundos.

—No estoy segura.

Eso consiguió arrancarle una pequeña risa. Se acercó un poco más hacia mí hasta rozar apenas mi rodilla con la suya.

—Fue hace tiempo, Luna.

Asentí despacio, pero seguía pensando en ello. Marcos debió notarlo porque se quedó observándome unos segundos antes de hablar otra vez.

—¿Te molesta?

—No exactamente.

Era verdad. No me molestaba. Era otra cosa: curiosidad, celos, excitación y confusión. Todo mezclado.

Miré hacia el escenario intentando ordenar un poco mi cabeza.

—¿Y ahora?

—¿Ahora qué? —dijo él mirándome.

Giré lentamente la cabeza hacia él.

—¿Te gustaría hacerlo otra vez? Con ellos, estando yo, o con más gente.

La pregunta quedó suspendida unos segundos entre nosotros. Marcos me

sostuvo la mirada en silencio. Parecía realmente descolocado.

—No lo sé —admitió finalmente.

Eso no era lo que esperaba escuchar.

—¿No lo sabes?

Negó despacio mientras apoyaba ambos brazos sobre sus piernas.

—Antes te habría dicho que sí sin pensarlo.

—¿Y ahora?

Me observó unos segundos más.

—Ahora imaginar a otra persona tocándote me pone de los nervios y creo que no son nervios de los buenos.

Eso me golpeó mucho más fuerte de lo que esperaba. Marcos no sonaba enfadado, posesivo o controlador. Sonaba confundido. Como si ni él mismo entendiera lo que estaba sintiendo.

—Y eso es nuevo para mí —añadió más bajo.

No supe qué responder inmediatamente.

—¿Ni siquiera otra mujer? —pregunté finalmente.

La sonrisa apareció apenas en su boca.

—Eso tampoco ayuda demasiado, sinceramente.

Me mordí suavemente el labio intentando controlar mi cara de confusión. Marcos inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Te gustaría probarlo?

Claramente mi cuerpo había decidido reaccionar exactamente en ese momento. Aparté la mirada hacia la sala principal, donde la música empezaba a subir un poco más.

—No lo sé —murmuré, usando exactamente su misma respuesta.

Eso consiguió arrancarle una pequeña sonrisa.

—Mentirosa.

Lo miré automáticamente.

—Te juro que no lo tengo claro.

Era verdad, porque solo imaginarlo hacía que se me revolviera

absolutamente todo por dentro.

—La idea de otra mujer tocándote delante de mí me vuelve un poco loca —admití finalmente.

Los ojos de Marcos cambiaron inmediatamente.

—¿Loca bien o loca mal?

Solté una pequeña risa nerviosa.

—No lo tengo claro.

Sus dedos rozaron lentamente mi rodilla desnuda.

—Explícate.

—Me excita —admití más bajo—. Muchísimo, probablemente.

Su mano se tensó apenas sobre mi piel.

—Pero también me moriría de celos.

—Ahí estás tú otra vez —soltó con los ojos llenos de algo que no sabría explicar.

—¿Qué significa eso?

—Que en el fondo te gusta el peligro y el placer tanto como a mí.

Mi cerebro acababa de quedarse completamente inútil otra vez.

—Definitivamente vamos a necesitar hablar mucho más de esto otro día, Luna, pero esta noche no.

La forma en que lo dijo hizo que los pelos se me pusieran de punta. ¿Excitación? ¿Miedo? No lo tengo claro.

La sala terminó de llenarse apenas veinte minutos después. Desde el reservado donde estábamos podía ver las máscaras moviéndose, copas levantándose, cuerpos rozándose al pasar y miradas fijas en el escenario, como si todos estuvieran esperando que algo dentro de ellos también se encendiera. No era solo expectación. Era hambre, deseo contenido y ganas. Lo más inquietante era que yo empezaba a entenderlo.

Marcos estaba sentado a mi lado y Adrián se había colocado junto a Vera en el sofá de al lado.

—¿Nerviosa? —me preguntó Vera, inclinándose un poco hacia mí.

La miré de reojo.

—Creo que he pasado de nerviosa a fascinada.

Adrián soltó una risa suave.

—Buena señal.

—¿Buena para quién? —pregunté.

—Para todos —respondió él con una tranquilidad insultante.

—Puedes pedirme salir cuando quieras —me dijo Marcos tranquilamente.

Giré la cabeza hacia él.

—No quiero salir.

—Eso me gusta demasiado.

—Ya me estoy dando cuenta.

Vera sonrió mientras bebía un sorbo de su copa.

—Relájate, Luna, lo mejor de una noche así es dejar de intentar entenderla.

—Eso suena como algo que diría alguien que organiza noches así.

—Exactamente.

La música bajó de pronto. La conversación de la sala fue apagándose como una ola y entonces todo cambió. Un foco dorado se encendió sobre el escenario y después otro. La sala quedó suspendida en un silencio cargado, de esos que hacen que incluso respirar parezca demasiado evidente.

Dos mujeres aparecieron desde uno de los laterales del escenario. Iban casi desnudas, cubiertas únicamente por lencería de cuero negro y máscaras que ocultaban buena parte de sus rostros. Se subieron a una de las camas redondas colocadas en el centro del escenario y durante unos segundos no hicieron nada. Solo se miraron.

—Respira —murmuró Marcos cerca de mi oído.

No me había dado cuenta de que había dejado de hacerlo.

—Estoy respirando.

—No es verdad.

No aparté los ojos del escenario.

—Cállate.

En la otra cama redonda aparecieron dos hombres y una mujer. Ellos llevaban apenas unos bóxers para cubrirles el cuerpo musculado. La mujer también llevaba solo un pequeño tanga y sus pechos lucían totalmente descubiertos. Ella caminaba entre ambos con una seguridad hipnótica, la

espalda recta y la cabeza alta, como si no hubiera un solo centímetro de vergüenza en ella. Se colocaron sobre la cama y la música comenzó a subir de nuevo.

La primera pareja empezó a moverse como si estuviera bailando. Una de las mujeres rodeó la cintura de la otra con ambas manos y la acercó despacio, tan despacio que la sala entera pareció inclinarse hacia ellas. Sus bocas se rozaron sin llegar a besarse del todo. Después sus lenguas empezaron a mezclarse y todo se volvía más intenso al ritmo de la música.

Sentí cómo algo me recorría el cuerpo de arriba abajo. No era incomodidad. Era otra cosa más caliente. Más difícil de ignorar.

—No puedes dejar de mirar —murmuró Marcos.

—Nadie puede dejar de mirar.

Adrián soltó una pequeña risa.

—Ese era el objetivo.

Vera, sentada junto a él, no miraba solo el escenario. A veces miraba al público, como si le interesara tanto la reacción de la gente como el espectáculo en sí.

—Mira la sala —me dijo.

Obedecí y entonces lo vi. Parejas abrazadas. Manos recorriendo cuerpos. Bocas buscándose entre la música. Personas entrelazándose con una necesidad que parecía crecer al mismo ritmo que el espectáculo.

No había pudor. Solo personas dejándose arrastrar por lo que estaban viendo y sintiendo. Quizá eso fue lo que más me impresionó: la libertad.

En la segunda cama, los dos hombres vendaron los ojos de la mujer con un pañuelo negro mientras ella sonreía. Sus muñecas y tobillos quedaron sujetos con cintas suaves a los extremos de la cama circular, no de una forma violenta, sino casi ceremonial. Todo estaba medido. Controlado. Coreografiado.

Uno de los hombres se inclinó sobre ella mientras el otro recorría su cuerpo con la lengua y una lentitud calculada. La mujer arqueó la espalda, entregada al juego, y el público reaccionó con un murmullo bajo que me puso la piel de gallina.

A mi lado, Marcos se movió apenas. Como si también él estuviera

conteniéndose.

—¿Estás bien? —me preguntó de nuevo.

—Sí.

Estaba preocupado por cómo podía sentirme.

—Dímelo si es demasiado.

—No es demasiado.

—¿Segura?

Asentí despacio.

—Es distinto.

La comisura de su boca se movió apenas.

—Distinto puede ser muy bueno.

Volví a mirar hacia el escenario justo cuando las dos mujeres continuaban comiéndose no solo la boca, sino todo el cuerpo. Gemían de placer. La sala entera pareció calentarse de golpe. Todo era lento, profundo, acompasado con la música. Sus cuerpos se movían uno contra el otro como si estuvieran contando una historia sin palabras. Una historia hecha de piel, respiración y deseo.

Vera se movió entonces. La vi levantarse ligeramente y sentarse sobre Adrián con una naturalidad que me dejó sin palabras. Él la recibió como si llevara esperándola toda la noche. Sus manos subieron por su espalda y ella se inclinó para besarlo con la misma intensidad con la que las mujeres del escenario se devoraban lentamente bajo los focos. Adrián le quitó el corsé y dejó sus pechos expuestos. Empezó a devorarlos con ansia y Vera se retorcía de placer, agarrándole del pelo y empujando su cabeza como si quisiera más de Adrián.

Miré un segundo a Marcos. Él no estaba mirando a Vera ni a Adrián, me estaba mirando a mí.

—¿Qué? —murmuré.

—Tu cara.

—¿Qué le pasa a mi cara?

—Lo estás sintiendo todo.

Estaba muy excitada.

—No empieces.

—No he hecho nada.

Su mano subió apenas unos centímetros por mi pierna. Muy despacio.

—Marcos… —susurré apenas, pero no para que parara. Lo que quería era más y más de él.

—¿Sí?

Miré alrededor casi por instinto. Nadie parecía pendiente de nosotros. Todos miraban al escenario, a sus parejas, a sí mismos, a lo que iba creciendo dentro de aquella sala. Había gente masturbándose unos a otros.

Marcos se inclinó hacia mi oído.

—Nadie va a mirarte si tú no quieres.

—Eso no es verdad.

—Entonces mírame a mí.

Y lo hice. Sus ojos detrás de la máscara tenían una intensidad que me dejó completamente quieta.

—¿Quieres que pare? —preguntó.

Mi respuesta tardó un segundo en salir.

—No.

Su mano siguió subiendo con una lentitud desesperante.

El espectáculo continuaba delante de nosotros, pero algo empezó a cambiar en mi percepción. Las luces se volvieron más lejanas y el público, más difuso. Todo se redujo a Marcos. A mi placer y al suyo. A la manera en que me observaba, como si toda la sala hubiera desaparecido.

Vera seguía sobre Adrián. La cosa entre ellos había aumentado muchísimo. Adrián la había prácticamente desnudado del todo y la acariciaba su sexo con auténtica veneración. Vera tenía su erección entre sus manos y la acariciaba suavemente. Gemían al compás, como si solo fueran una sola persona.

En el escenario, las dos mujeres ya no parecían actuar solo para el público, sino para ellas mismas. En la otra cama, la escena tenía algo de ritual: uno de los hombres la penetraba mientras el otro chupaba sus pezones y los mordía.

Yo no podía apartar la mirada. No quería apartarla y Marcos lo sabía.

—Estás preciosa así —murmuró.

—¿Así cómo?

—Sin esconderte, excitada.

Entonces Marcos me abrió las piernas y me acarició el sexo, apartando mi tanga hacia un lado.

—Dios mío, Luna, estás muy mojada.

No podía contestar. Las palabras estaban atrapadas en mi garganta y lo único que podía era emitir gemidos y sonidos graves que hacían que Marcos me mirara con auténtico deseo. Me introdujo dos dedos y comencé a moverme al ritmo de la música, al ritmo de sus dedos, y me encantaba. Estaba allí, con él, viendo una parte del mundo que hacía meses me habría parecido imposible y sintiendo que mi cuerpo respondía sin pedirme permiso. Cerré los ojos para disfrutarlo.

—Mírame —susurró.

Los abrí de golpe. Marcos seguía allí. Firme. Pendiente de cada gesto mío. No había prisa en él, solo una concentración absoluta que me hizo temblar.

—Si quieres que pare, lo dices.

Negué apenas con la cabeza.

—No pares, Marcos, necesito más.

Su expresión cambió. Me sostuvo la mirada mientras sus dedos se movían dentro de mí de una forma especial que me volvió completamente inútil para cualquier pensamiento coherente.

La sala entera parecía respirar al mismo ritmo. Sentí que me hundía en una especie de niebla caliente, como si todo aquello estuviera ocurriendo dentro de mí y fuera, al mismo tiempo. El escenario. La gente. Vera y Adrián. Marcos y yo. Todo mezclado y ardiendo.

—Eso es —murmuró contra mi oído—. Quédate conmigo.

Y me quedé. Me quedé hasta que la tensión se convirtió en algo inmenso. Hasta que el cuerpo dejó de obedecerme. Hasta que tuve que morderme el labio para no hacer más ruido del que podía permitirme allí.

Marcos me cubrió con su cuerpo apenas lo justo para protegerme de miradas que quizá ni siquiera estaban ahí y, cuando todo estalló dentro de mí, no fue como otras veces: fue distinto. Más lento al principio y, después, devastador. Un golpe de placer que me dejó sin aire, con las piernas temblando

y la cabeza apoyada contra su hombro, mientras la sala seguía aplaudiendo alrededor como si el mundo no acabara de romperse un poco dentro de mí.

Solté una risa temblorosa contra su cuello.

—Algún día vas a matarme.

—Pero de deseo.

Le di un golpe suave en el pecho, aunque no tenía fuerza para absolutamente nada.

—Imbécil.

—Preciosa.

Vera se vistió frente a nosotros unos minutos después, con una sonrisa que nunca había visto en mi vida.

—Bueno.

Quise morirme automáticamente.

—No digas nada, Vera.

—No iba a decir nada.

Adrián apareció detrás de ella, claramente divertido.

—Yo sí.

Marcos lo señaló sin apartarme del todo de su cuerpo.

—Ni se te ocurra.

Adrián levantó ambas manos.

—Solo iba a decir que parece que Luna está disfrutando bastante de la fiesta.

—Adrián —advirtió Marcos.

Yo me tapé la cara con una mano.

—Quiero desaparecer ahora mismo.

Vera soltó una carcajada preciosa.

—No desaparezcas. Te favorece muchísimo esta versión de ti.

Aquello me hizo bajar la mano lentamente, porque lo dijo sin burla. Sin maldad. Como si realmente lo pensara.

—Gracias —murmuré.

Ella me guiñó un ojo antes de sentarse otra vez junto a Adrián.

El espectáculo terminó entre aplausos, música y un murmullo cargado de

euforia. La gente empezó a moverse por la sala con una energía distinta, más suelta y más encendida. Algunas parejas desaparecían hacia otras zonas del club. Otros se quedaban hablando, riendo y tocándose como si la noche acabara de empezar.

Yo seguía pegada a Marcos. No porque no pudiera moverme. Bueno, quizá un poco sí, pero sobre todo porque no quería separarme.

—¿Quieres irte? —me preguntó.

Lo miré.

—¿Ya?

—Esa respuesta me gusta.

—No he dicho que quiera quedarme.

—No hacía falta.

Rodé los ojos, aunque creo que estaba sonriendo demasiado.

La noche siguió avanzando entre copas, conversaciones y una sensación extraña de ligereza. Hablé con Vera un rato más. Adrián hizo bromas imposibles. Marcos iba y venía resolviendo pequeños detalles de la fiesta, pero siempre volvía a mí. Cada vez que lo hacía, sus manos me buscaban como si necesitara comprobar que seguía allí.

Pasadas las tres de la madrugada, el club empezó a vaciarse poco a poco. El suelo estaba lleno de confeti dorado, alguna copa olvidada y máscaras abandonadas sobre los sofás. La música seguía sonando, pero más baja, casi como un eco.

Vera se despidió de mí con dos besos.

—Sobreviviste a tu primera gran fiesta.

—Creo que sí.

—Te lo digo yo, sobreviviste estupendamente.

Adrián me guiñó un ojo.

—La próxima vez te sentamos más cerca del escenario.

Marcos soltó aire lentamente.

—La próxima vez tú no decides nada.

—Qué posesivo te estás volviendo, amigo.

La mandíbula de Marcos se tensó apenas, pero yo lo noté y Adrián, por

supuesto, se rio como si acabara de encontrar el entretenimiento de la noche y de los próximos días.

—Interesante.

—Adrián —repitió Marcos.

—Vale, vale. Me callo.

No se calló realmente, pero al menos se alejó con Vera antes de que Marcos decidiera matarlo allí mismo.

Cuando salimos del club, el aire de la madrugada nos golpeó. Marcos me rodeó inmediatamente con su chaqueta.

—¿Frío?

—Un poco.

—Mentira. Estás temblando por otra cosa.

Lo miré de reojo.

—Estás muy seguro de ti mismo.

—Esta noche sí.

El trayecto hasta su casa fue más silencioso que el de ida. No porque no hubiera nada que decir; al contrario, había demasiado de lo que hablar, pero esta noche no era el momento.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Luna, si no llegamos a casa en los próximos diez minutos, voy a tener un problema serio.

El calor volvió a subirme por el cuerpo.

—¿Un problema?

Giró apenas la cabeza hacia mí.

—No juegues conmigo ahora.

Aquella frase consiguió que me quedara completamente callada.

Cuando entramos en su piso, eran casi las cuatro de la mañana. No encendió todas las luces, solo una pequeña lámpara del salón. Dejó las llaves sobre la mesa y apenas tuve tiempo de quitarme la máscara antes de que se girara hacia mí. Entonces, todo lo que había estado conteniendo en el club y durante el camino se rompió. Me besó como si llevara horas esperando hacerlo de verdad. Mis manos terminaron en su cuello y las suyas recorriendo todo mi

cuerpo. Me arrastró contra él con una necesidad que me hizo olvidar el cansancio, la hora y todo lo demás.

—No sabes lo que me has hecho esta noche y ahora mismo, Luna, te necesito. Necesito estar dentro de ti.

—Creo que me hago una idea, y yo también te necesito.

Me hizo el amor con fiereza, como si necesitara mucho todo eso, toda esa intimidad entre nosotros. Disfrutamos el uno del otro durante, al menos, dos horas más y llegué al orgasmo tres veces. Al auténtico paraíso.

El amanecer nos encontró perdiéndonos torpes de deseo, muertos de risa en algún momento absurdo, demasiado intensos en otros, como si la noche del club hubiera abierto una puerta que ninguno de los dos quería cerrar todavía.

Cuando finalmente todo se calmó, terminamos enredados entre las sábanas, con mi cabeza apoyada sobre su pecho y su mano recorriéndome la espalda de una forma lenta, casi dormida.

—¿Sabes una cosa? —murmuré.

—¿Qué?

—Creo que sí ha sido una noche que no voy a olvidar jamás.

—Te lo dije, lo tenía claro.

Le di un pequeño golpe en el pecho.

—No arruines el momento poniéndote insoportable.

Su risa baja me acompañó mientras cerraba los ojos.

—Duerme, Luna.

Y lo hice. Abrazada a él. Con el cuerpo todavía lleno de ecos, la cabeza extrañamente tranquila y la certeza de que aquella noche había cruzado otra frontera. Una que ya no quería desandar.

CAPÍTULO 24

Me desperté antes que Marcos. La luz de la mañana entraba suave por las cortinas de la habitación y, durante unos segundos, me quedé quieta, todavía medio atrapada en la sensación de la noche anterior. El cuerpo me pesaba agradablemente. Tenía marcas suaves en las piernas, el pelo completamente desordenado y una calma rara dentro del pecho.

Marcos seguía dormido a mi lado, boca abajo, con un brazo perdido sobre mi cuerpo. Dormido parecía distinto. Más joven y menos armado. Verlo así hacía que olvidara todas las veces que me había hecho dudar.

Me quedé mirándolo unos segundos hasta que abrió un ojo lentamente.

—Eso da miedo.

—Buenos días a ti también.

—Llevas mirándome mucho rato, ¿verdad?

—Lo suficiente para descubrir que roncas un poco.

Abrió el otro ojo inmediatamente.

—Eso es absolutamente falso.

—Tengo pruebas.

—Manipuladas.

Me acerqué y le besé despacio.

—Buenos días, pesado.

Su mano subió lentamente por mi espalda desnuda.

—Buenos días, preciosa.

Una hora después estábamos en su cocina. Yo llevaba una de sus camisetas y el pelo recogido de cualquier manera, mientras él preparaba café descalzo y todavía medio dormido.

—No me acostumbro a esto —murmuré, sentándome en la encimera.

Marcos giró apenas la cabeza.

—¿A qué exactamente?

—A verte haciendo café como una persona normal.

—Qué decepción. Y yo intentando mantener mi imagen misteriosa de mafioso.

—Demasiado tarde. Ya te he visto buscar mantequilla medio dormido durante cinco minutos.

—Era una estrategia.

—Claro.

Se acercó con dos tazas y me entregó una.

—Gracias.

—De nada.

Bebimos en silencio unos segundos, hasta que la conversación de la noche anterior volvió sola. Era inevitable.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó.

—En Adrián y Vera.

—Vale —murmuró él finalmente—. Hablemos.

Eso me hizo reír un poco.

—Qué maduros estamos de repente.

—No te acostumbres.

Volví a beber café intentando ordenar mis ideas.

—¿Tú quieres eso?

Marcos no respondió inmediatamente. Se apoyó contra la encimera frente a mí, cruzándose de brazos.

—Antes de conocerte te habría dicho que sí, sin pensarlo.

—¿Pero ahora no?

Negó despacio.

—Ahora mismo no sé qué me pasa contigo.

La forma tan sincera en que lo dijo me dejó quieta.

—Nunca he sido celoso. Jamás.

Sus dedos golpearon suavemente la taza.

—He compartido espacio, sexo y relaciones con mucha gente durante años sin problema. Pero contigo…

Soltó una pequeña risa incrédula.

—Solo imaginar a otro tío tocándote ya me pone de mal humor.

—¿Y una mujer? —pregunté más bajo.

Marcos levantó la vista hacia mí.

—Tampoco me encanta la idea.

—Eso no me lo esperaba.

—Ni yo, ya te lo dije anoche.

Seguía dándole vueltas a todo desde ayer. A Vera y Adrián, a cómo se miraban y cómo parecían quererse de verdad incluso compartiendo ese mundo con otras personas. También pensaba en la reacción que había tenido mi propio cuerpo viendo todo aquello.

Marcos me observó atentamente.

—Tú sí tienes curiosidad.

No era una pregunta y automáticamente bajé la mirada hacia la taza entre mis manos.

—Sí.

Esperé tensión. Esperé cualquier cosa menos la calma con la que respondió.

—Lo sé y lo entiendo.

Levanté despacio la cabeza.

—¿Y eso no te molesta?

—No.

Se acercó un poco más hasta quedar entre mis piernas.

—Me da miedo, que es distinto.

Su mano subió lentamente hasta mi muslo desnudo.

—Porque te conozco.

—¿Y eso qué significa?

—Que tú no separas fácilmente sexo y emociones, aunque creas que sí.

Tenía razón. Mucha razón.

—Y también sé cómo miras las cosas cuando algo te toca de verdad por dentro.

Su voz bajó un poco.

—Anoche estabas descubriendo una parte de ti que ni siquiera sabías que existía.

—¿Eso te asusta? —dije con un poco de miedo.

—Me asusta todo lo que tenga el poder de hacerte daño.

Dios. Este hombre me tenía cautivada. Apoyé la taza a un lado y lo miré en silencio unos segundos.

—Yo tampoco sé cómo me sentiría de verdad.

Él no apartó la mirada.

—Explícate.

—La idea es cierto que me excita muchísimo.

—Gracias por la sinceridad.

No pude evitar reírme.

—Pero también creo que podría volverme completamente loca de celos.

—Ah. Perfecto. Entonces estamos igual de desequilibrados. Eso, en el fondo, me gusta.

Le di un pequeño golpe en el brazo.

—No te rías. Lo digo en serio.

—Yo también.

Su mano terminó rodeando mi cintura lentamente.

—Luna, mírame.

Obedecí y entonces apareció esa intensidad otra vez. Esa forma de mirarme que hacía que todo alrededor desapareciera.

—Nunca había disfrutado así estando solo con una mujer.

—Marcos…

—Es verdad. Antes todo era distinto. Mucha gente. Mucho juego. Mucha pasión física y ya.

Se quedó callado un segundo.

—Contigo no necesito nada más para volverme completamente loco.

No hablaba solo de sexo y los dos lo sabíamos.

—Eso da un poco de miedo —murmuré.

—Créeme. Lo sé.

—Entonces… ¿qué hacemos? —pregunté finalmente.

Marcos apoyó la frente un segundo contra la mía.

—No quiero prohibirte descubrir cosas de ti misma.

Su pecho se tensó durante un segundo.

—Y tampoco quiero convertirme en un imbécil controlador solo porque ahora tenga sentimientos y ansiedad como un adolescente.

Eso consiguió arrancarme una carcajada.

—Qué romántico te ha quedado eso.

—Estoy esforzándome muchísimo.

Le acaricié suavemente la nuca y Marcos cerró los ojos apenas un instante antes de volver a hablar.

—Creo que deberíamos ir despacio.

Asentí inmediatamente.

—Sí.

—Y, si algún día probamos algo…

Abrió los ojos otra vez.

—Tiene que ser porque los dos queremos. No porque pensemos que debemos hacerlo para encajar en algo o porque el otro lo quiere.

Aquello me gustó muchísimo más de lo que esperaba. No estaba intentando impresionarme. Solo estaba siendo sincero.

—¿Y si sale mal? —pregunté más bajo.

Marcos sonrió apenas.

—Entonces dejamos de hacerlo. Así de simple.

La tranquilidad con la que respondió consiguió calmar algo dentro de mí.

—¿Simple? —repetí a modo de pregunta.

—Bueno, probablemente habrá drama, celos y una conversación larguísima contigo analizándolo todo.

Le di otro golpe en el brazo, riéndome.

—Idiota.

—Pero lo resolveremos. Eso lo tengo claro.

Ese «nosotros» cada vez aparecía más entre los dos, aunque ninguno terminaba de ponerle nombre.

Marcos me observó unos segundos en silencio antes de sonreír de lado.

—Aunque, sinceramente…

—¿Qué? —pregunté.

Su mano bajó lentamente por mi espalda.

—Ahora mismo lo único que quiero es seguir disfrutándote solo para mí un tiempo.

—Eso ha sonado muy posesivo.

—Porque lo era.

—Marcos…

—No pienso disculparme por querer arrancarte esta camiseta y hacerte el amor en esta cocina cada vez que me miras así.

La risa se me escapó sola.

—Eres incontrolable.

—Y, aun así, sigues aquí sentada, medio desnuda, en mi cocina.

—Detalles técnicos.

Su boca rozó la mía apenas un segundo.

—Me gustas muchísimo, Luna.

Se abalanzó sobre mí y acabamos haciendo el amor en la cocina, después en el salón y, más tarde, en la ducha. No nos saciábamos el uno del otro y, la verdad, es que me encantaba.

Más tarde, llevábamos más de media película. Yo estaba tumbada con las piernas sobre él mientras me acariciaba distraídamente el tobillo desnudo. La televisión seguía sonando: explosiones, diálogos y música intensa…, pero, sinceramente, podría haber estado puesto un documental sobre cocodrilos y habría dado exactamente igual.

—¿Sabes que llevas diez minutos sin mirar la pantalla? —murmuré sin apartar la vista del televisor.

—Soy multitarea, ¿no lo sabías?

—Claro.

—Además, la película es malísima.

Giré apenas la cabeza hacia él.

—La elegiste tú.

—Precisamente por eso sé que es malísima.

Mi móvil empezó a vibrar sobre la mesa.

—Es Marta.

Marcos bajó la vista automáticamente hacia la pantalla iluminada.

—¿Otra vez?

No pude evitar sonreír.

—Celoso.

—No de Marta.

Cogí el teléfono todavía riéndome.

—Hola, pesada.

Pero en cuanto escuché su respiración, supe que algo iba mal. Muy mal.

—Luna…

Me incorporé inmediatamente en el sofá.

—¿Qué ha pasado?

Marcos levantó la vista hacia mí al instante. Lo noté ponerse tenso automáticamente.

Marta respiraba demasiado rápido.

—Ha venido Dani.

Se me heló el cuerpo.

—¿Qué?

—Hace un rato… —su voz se quebró un poco—. No sé quién coño se lo ha dicho, pero sabe lo del embarazo.

Cerré los ojos un segundo. Mierda.

—¿Estás bien?

—No. Estoy fatal.

Me levanté del sofá automáticamente y empecé a caminar por el salón mientras Marcos seguía mirándome en silencio.

—Cuéntame qué ha pasado.

—Se presentó aquí de repente gritando como un puto loco, Luna.

Me tensé completamente.

—¿Te ha hecho algo?

—No… no…, pero empezó a decirme que me había embarazado aposta, que cómo podía hacerle esto y…

Escuché cómo intentaba respirar profundamente al otro lado del teléfono.

—Pensaba que era suyo.

—Marta cariño…

—Y yo… joder, yo le dije la verdad.

Me detuve en seco.

—¿Le dijiste que no sabes si es suyo o de Carlos?

—Sí. Y se volvió completamente loco.

Marcos se levantó despacio del sofá y se acercó a mí sin interrumpir. Solo apoyó una mano en mi espalda, como siempre hacía.

—¿Qué te dijo? —pregunté, intentando mantener la calma.

Marta empezó a llorar otra vez.

—Que estoy loca…, que no puedo tener un hijo…, que no tengo trabajo…, que soy una irresponsable…, que soy una puta.

Mi garganta se apretó.

—No le hagas caso.

—Y me dijo que no iba a darme ni un euro aunque fuera suyo.

La rabia me golpeó tan fuerte que tuve que apartar el móvil un segundo.

—Ese hijo de puta.

—Luna, tengo muchísimo miedo.

Su voz ya estaba completamente rota.

—Eh, eh… escúchame.

Me apoyé contra la pared intentando mantenerme tranquila.

—Respira un poco, por favor.

—No puedo.

—Sí puedes.

—No, no puedo, no puedo...

—Marta, mírame.

—¿Cómo te voy a mirar si estamos hablando por teléfono, imbécil?

Eso me arrancó una pequeña risa involuntaria y, gracias a Dios, porque ella también soltó aire entre lágrimas.

—Vale. Bien. Por lo menos has respirado.

—Lo odio muchísimo, Luna.

—Ya lo sé.

—¿Y si tiene razón?

—No la tiene.

—¿Y si sí?

—Marta, escúchame. No tiene razón.

Mi tono salió más firme.

—No vuelvas a repetir eso.

Ella guardó silencio unos segundos. Después volvió a hablar más bajo.

—Me siento muy sola ahora mismo.

Joder. Eso sí me rompió el corazón, porque estaba sola realmente y yo estaba a dos mil kilómetros.

—No estás sola.

—Sí lo estoy.

—No, Marta, me tienes a mí.

Miré a Marcos apenas un segundo y entonces tomé la decisión.

—Escúchame. Voy a hacer una cosa.

—¿Qué cosa?

—Voy a llamar a Carlos.

El silencio al otro lado fue inmediato.

—No.

—Sí.

—Luna, no.

—Marta, necesitas a alguien contigo ahora mismo y yo no me puedo teletransportar.

—No quiero dar pena.

—No estás dando pena, estás teniendo un ataque de ansiedad después de que un imbécil te haya machacado psicológicamente.

Ella volvió a llorar.

—Joder…

—Voy a llamarlo.

—No sé si quiero que venga.

—Mentirosa.

Eso consiguió que resoplara un poco.

—Te odio.

—Ya. Ahora quédate quieta y bebe agua.

—No me cuelgues, Luna.

—Te llamo en dos minutos.

Colgué antes de que pudiera seguir protestando. Marcos seguía delante de mí.

—¿Qué ha pasado exactamente?

Le expliqué rápido mientras buscaba el número de Carlos. La cara de Marcos cambió completamente al escuchar lo de Dani.

—Voy a matarlo.

—Ponte a la cola.

Carlos cogió el teléfono al tercer tono.

—¿Luna?

—Carlos, soy yo.

Su voz cambió inmediatamente.

—¿Ha pasado algo con Marta?

Directo. Sin rodeos. Mi pecho se relajó apenas un poco.

—Sí.

Escuché movimiento al otro lado. Como si ya se estuviera levantando.

—¿Qué pasa?

Le conté todo lo más rápido que pude. El silencio que dejó después dio bastante miedo.

—¿Dónde está ahora Dani?

—No lo sé.

—¿Le ha puesto una mano encima?

—No, pero Marta está fatal. Está teniendo un ataque de ansiedad y yo estoy en Madrid y…

—Voy para allá.

Ni siquiera dudó.

—¿Puedes?

—Voy a su casa ahora mismo.

Miré la hora automáticamente.

—Carlos, son casi las once. ¿Estás seguro de que puedes?

—Me da igual —su voz salió seca —no pienso dejarla sola así.

Joder. Ahora entendía muchas cosas.

—Gracias.

—No me las des todavía.

Escuché unas llaves al otro lado.

—Llámala otra vez. Intenta tranquilizarla hasta que llegue.

—Vale.

—Y, Luna.

—¿Sí?

—Gracias por llamarme.

Colgué sintiendo algo parecido al alivio por primera vez en los últimos diez minutos. Marcos seguía mirándome.

—Va para allá.

—Menos mal. Un hombre decente en esa isla.

Volví a marcar a Marta inmediatamente. Tardó bastante en cogerlo.

—¿Sí?

Seguía llorando.

—Eh. Ya está, preciosa.

—¿Qué has hecho?

—Llamar a Carlos.

—Luna…

—Ya va de camino.

Escuché cómo soltaba aire de golpe.

—No tendrías que haberle dicho nada.

—Claro que sí.

—Va a pensar que soy un desastre.

—Cariño, eso ya lo sabe todo el mundo desde hace años.

—Imbécil.

Sonreí apenas un poco.

—¿Has bebido agua?

—Sí.

—¿Seguro?

—No soy una niña pequeña, Luna.

—Debatible.

Escuché movimiento al otro lado.

—Me duele muchísimo el pecho.

Mi tono cambió inmediatamente.

—Vale. Escúchame bien. Quiero que respires conmigo.

—No puedo.

—Sí puedes.

—Luna…

—Hazme caso joder. Por una vez en tu vida, pero hazlo.

Cerré los ojos un segundo.

—Inhala despacio.

Escuché cómo intentaba hacerlo.

—Eso es. Otra vez.

Marcos apareció a mi lado con un vaso de agua y me lo tendió en silencio. Le sonreí apenas agradecida.

—Muy bien —seguí hablando con Marta—. Otra vez.

Su respiración seguía siendo irregular, pero al menos ya no estaba hiperventilando.

—Tengo miedo —murmuró.

—Te entiendo preciosa. Pero no te preocupes.

—¿Y si Carlos también sale corriendo?

Aquello me dolió incluso a mí.

—No va a hacerlo.

—¿Cómo lo sabes?

Pensé en la forma en que había reaccionado hacía apenas unos minutos. No había dudas ahí, ni rechazo, y menos huida. Solo había preocupación.

—Porque está enamorado de ti.

Silencio. Después, una risa llorosa.

—No digas tonterías.

—Marta.

—¿Qué?

—Te aseguro que ningún hombre que no esté enamorado atraviesa media

isla a las once de la noche porque una amiga le dice que estás llorando.

Ella no respondió. Pero dejó de respirar tan rápido.

—Luna…

—¿Sí?

—Tengo muchísimo miedo de perderlo.

—Entonces deja que decida él qué quiere hacer.

Y, justo en ese momento, escuché un sonido al otro lado. El timbre. Marta se quedó completamente helada.

—Han llamado.

—Ve.

—¿Y si es Dani otra vez?

—No es Dani.

Escuché sus pasos rápidos. Después, silencio. Luego, el sonido de una puerta abriéndose y, por fin, la voz de Carlos.

—Marta.

Dios. Que alivio y la forma en que dijo su nombre. Como si hubiera llegado muerto de miedo. Como si solo necesitara verla bien. Escuché a Marta romperse completamente al otro lado.

—Carlos…

Y entonces entendí que ya no hacía falta que yo estuviera ahí. Sonreí apenas mientras me apartaba el móvil de la oreja.

—Te llamo mañana —murmuré.

Ella ni siquiera llegó a responderme. Respiré más tranquila, colgué la llamada y abracé a Marcos.

CAPÍTULO 25

El olor a café fue lo primero que noté al abrir los ojos y, después, calma. Esa calma de un piso donde alguien ya está despierto, moviéndose por la cocina mientras tú sigues medio perdida entre las sábanas.

Me quedé unos segundos completamente quieta, qué raro era sentirme así tan tranquila. Sin ansiedad al despertar, sin la necesidad de mirar el móvil compulsivamente y sin esa sensación constante de que algo iba a romperse en mi vida en cualquier momento. Por primera vez en muchísimo tiempo, mi vida no parecía desmoronarse dentro de mi cabeza nada más abrir los ojos.

Mi móvil vibró. Era Marta y sonreí automáticamente antes incluso de cogerlo.

—Buenos días, drama humano.

Su carcajada explotó al otro lado de la pantalla.

—Te juro que ahora mismo podría besarte la cara.

Eso hizo que me incorporara inmediatamente en la cama.

—Vale. Esa voz me gusta más. ¿Qué ha pasado?

Marta apareció en videollamada, despeinada, en pijama y con una sonrisa que llevaba semanas sin verle. El cambio desde ayer era brutal.

—Ha dormido aquí.

No pude evitar sonreír.

—Ya me imaginaba.

—No, no lo entiendes.

Se tapó media cara con una mano mientras soltaba una risa nerviosa.

—Ha dormido abrazado a mí TODA la noche.

—Qué asco dais.

—Luna, estoy hablando completamente en serio. No me soltó ni una vez.

Marta llevaba muchísimo tiempo necesitando exactamente eso. Sentirse elegida, cuidada y querida sin dudas.

—¿Y habéis hablado?

—Hasta las cuatro de la mañana.

—Cuéntamelo todo.

Marta soltó aire lentamente.

—Al principio fue horrible—. Su sonrisa desapareció un poco—. Estaba muy serio y muy bloqueado.

Asentí despacio. Era normal, Carlos tuvo que procesar mucha información importante de repente.

—Y yo pensé que había venido solo por responsabilidad o algo así, ¿sabes?

—¿Y entonces?

—Entonces me abrazó y empezó a pedirme perdón.

La observé en silencio.

—Me dijo que desapareció porque se asustó muchísimo.

—¿Por el embarazo?

—Por todo.

Se encogió un poco de hombros.

—Me dijo que empezó a enamorarse de mí antes incluso de saber lo del bebé y que, cuando le conté que podía no ser suyo…, se le mezcló todo en la cabeza.

—¿Y tú?

Marta bajó la mirada apenas un segundo.

—Yo también le pedí perdón.

—No tienes que pedirle perdón por nada, no has hecho nada malo, Marta.

—Sí tengo.

Volvió a mirarme.

—Le oculté algo enorme porque tenía miedo de perderlo.

Y ahí estaba el verdadero problema de todos nosotros. Ahí estaba otra vez. La costumbre de creer que, si alguien te importaba demasiado, acabaría marchándose.

—¿Qué vais a hacer ahora?

—Seguir.

—¿Así de claro?

—Sí.

Y esta vez sonrió de verdad.

—Quiere estar conmigo.

—Ay, Dios mío, Marta. Carlos está enamorado oficialmente.

—Cállate.

—No puedo. Esto es histórico.

Marta se echó a reír.

—Idiota.

—¿Y cómo está él con lo de no saber si es suyo?

Su expresión se suavizó un poco.

—Me dijo que, obviamente, le duele…, pero que lo único que tiene claro ahora mismo es que quiere estar aquí.

—¿Y Dani?

La sonrisa desapareció inmediatamente.

—Bloqueado.

—Perfecto.

—Carlos casi sale a buscarlo anoche.

—Eso también me gusta bastante.

Marta volvió a reírse.

—Está muy enfadado con él.

—Normal. Yo también quiero matarle, y más vale que nunca se cruce por mi camino cuando vaya a Gran Canaria, porque soy capaz de atropellarle.

Ella se quedó callada unos segundos antes de volver a hablar.

—También hemos tomado una decisión.

—¿Cuál?

—Voy a hacerme ya la prueba de paternidad estando embarazada.

—¿Eso puede hacerse tan pronto?

—Sí.

Se acomodó mejor en el sofá.

—Tengo ecografía en dos días y voy a hablarlo con el ginecólogo.

Asentí lentamente. La verdad era que tenía sentido.

—¿Te da miedo saberlo?

Marta tardó unos segundos en responder.

—Muchísimo.

—¿Y si es de Dani?

—No quiero ni pensarlo.

La observé en silencio, sin decir nada.

—Pero voy a tener este bebé igualmente, Luna.

Y ahí estaba otra vez. La Marta caótica, impulsiva y emocionalmente desquiciada, pero también fuerte. Muchísimo más de lo que ella misma creía.

—Oye.

Levantó la vista hacia mí.

—Estoy orgullosa de ti.

Sus ojos se llenaron de lágrimas inmediatamente.

—No me hagas llorar a las once de la mañana.

—Pues deja de emocionarte por todo.

—No puedo, estoy hormonalmente inestable.

Eso me arrancó una carcajada.

Estuvimos así casi dos horas más hablando de Carlos y de la fiesta del club. Bueno, de parte de la fiesta, porque claramente había detalles que mi dignidad todavía no estaba preparada para verbalizar y primero necesitaba procesarlo.

—Vale, espera —dijo Marta de repente, estrechando los ojos—. Cuando dices que Marcos «te tocó un poco» delante de todo el mundo… ¿qué significa exactamente «un poco»?

Sentí el calor subir inmediatamente por mi cuello.

—Marta.

—No, no, no. Quiero detalles.

—No.

—Luna, por favor, estoy aburrida y necesito entretenimiento.

—Eres insoportable.

—¿Te corriste allí delante de toda la gente?

—¡MARTA!

Su carcajada fue tan fuerte que casi tuve que apartar el móvil.

—¡MADRE DE DIOS! ¡SÍ PASÓ!

—Voy a colgarte.

—No puedes, porque quieres seguir contándomelo todo.

Cuando finalmente colgué la llamada, seguía riéndome sola y entonces me llegó el recordatorio de la reunión *online*. Automáticamente me puse nerviosa. Fui corriendo a la cocina, besé a Marcos, que trabajaba desde hace ya varias horas y estaba con un café en la mano y otro preparado para mí.

Abrí el portátil sobre la mesa de la cocina de Marcos intentando parecer una adulta responsable y no alguien que llevaba más de veinte minutos discutiendo sobre orgasmos públicos con su mejor amiga.

La videollamada empezó puntual. Una mujer de unos cincuenta años apareció en pantalla sonriendo.

—Hola, Luna. Soy Patricia.

—Hola, encantada.

—Gracias por conectarte.

—Gracias a vosotros por el interés.

Intenté sonar profesional y, milagrosamente, creo que funcionó. Durante la siguiente hora hablamos de todo. Estaban muy interesados y aceptaban mi presupuesto para realizar los talleres en su academia. Hablamos también de fechas,
número de alumnos, material que necesitaba por parte de ellos, duración del taller y objetivos. Patricia tomó notas mientras yo explicaba la idea con más seguridad de la que esperaba sentir.

—Lo que más nos interesa —dijo ella— es precisamente el enfoque práctico que propones.

Asentí enseguida.

—Quiero que la gente pierda el miedo a hablar. Esa es la base del taller y el componente cultural también gusta mucho.

Sonreí apenas.

—Porque aprender un idioma sin emoción no funciona.

Patricia sonrió al escuchar eso.

—Exactamente.

Estaba saliendo bien. Muy bien.

—Creo que podemos empezar con dos grupos piloto en dos semanas—

continuó ella— y, si funcionan, ampliar después.

—Perfecto.

—Te mandaré el contrato esta semana.

Intenté mantener la calma y no parecer una loca ilusionada.

En cuanto colgué la videollamada, me quedé completamente quieta mirando la pantalla.

Y después grité. Literalmente, grité.

—¿Qué pasa?

Marcos apareció desde el pasillo y me giré hacia él sonriendo como una idiota.

—Creo que acabo de conseguir trabajo de verdad.

—Ven aquí.

La forma en que me abrazó fue maravillosa, como si estuviera orgulloso de mí de verdad. Como si mi felicidad le importara tanto como la suya.

—Sabía que iba a salir bien.

Enterré la cara en su cuello riéndome.

—No, no lo sabías.

—Sí lo sabía.

Me aparté apenas para mirarlo.

—¿Y esa confianza?

Su mano subió despacio hasta mi cara.

—Porque eres muchísimo mejor de lo que tú crees.

Esa noche Marcos tuvo que ir al club. Otra vez tenía reuniones, proveedores pesados y problemas de última hora con no sé qué espectáculo nuevo.

—Empiezo a sospechar que diriges una secta y no un negocio.

Él soltó una risa mientras terminaba de abrocharse la camisa.

—Lo pensaré para ampliar mercado.

—Muy emprendedor todo.

Se acercó para besarme antes de salir.

—No te acuestes tarde.

Lo miré directamente.

—Sabes perfectamente que voy a hablar con Chris hasta las tres de la

mañana.

Eso consiguió arrancarle una sonrisa resignada.

—Sí. Me lo imagino.

Marcos me besó otra vez antes de coger las llaves.

—Pórtate mal.

—Siempre.

En cuanto cerró la puerta, cogí el móvil automáticamente y, como si me hubiera leído la mente, apareció el mensaje de Chris.

@Chris84
«¿Sigues viva después de la fiesta?»

@LunaNix:
«No estoy segura.»

@Chris84:
«Eso significa que fue apasionante.»

@LunaNix:
«No sabes cuánto.»

@Chris84
«Cuéntamelo todo, quiero detalles.»

Tenía tantísimas cosas que contarle que terminamos hablando durante horas. De la fiesta, pero también de Marta y Carlos, del embarazo y de la decisión de hacerse la prueba de paternidad ya. También le conté la reunión con la academia y la conversación que habíamos tenido Marcos y yo sobre la nueva posibilidad de tener relaciones sexuales con otras personas estando juntos. Cosa interesante porque ni siquiera se lo había contado a Marta.

@Chris84
«Vale, necesito entender algo. ¿Te sentiste incómoda?»

@LunaNix

«La verdad es que no, en ningún momento.»

@Chris84
«Eso ha sonado importante.»

@LunaNix
«Creo que antes confundía el deseo con miedo.»
«Antes sentía vergüenza de todo. De mi cuerpo. De gustarle a alguien. De desear cosas.»
«Y ahora…»

@Chris84
«¿Ahora?»

@LunaNix
«Ahora siento que estoy despertando un poco.»

@Chris84
«Me gusta muchísimo leer eso, Luna.»

No sabía cómo lo hacía, pero este hombre, incluso a través de una pantalla, conseguía que ciertas frases me tocaran por dentro de una forma increíble.

CAPÍTULO 26

Los días empezaron a pasar extrañamente deprisa. Entre preparar mis talleres, dar clases, las noches y días en casa de Marcos, las videollamadas eternas con Marta y las conversaciones con Chris, sentía que mi vida estaba entrando en una especie de nueva normalidad completamente caótica, pero feliz. En el fondo, todavía me costaba acostumbrarme.

Aquella mañana estaba sentada en la cocina de Marcos desayunando cuando Marta apareció en videollamada directamente llorando.

—¿Qué ha pasado?

Ella negó rápidamente con la cabeza mientras sonreía.

—Nada malo, idiota.

—Pues deja de empezar las llamadas llorando porque me vas a matar un día.

Marta soltó una carcajada mientras se limpiaba las lágrimas.

—Es una niña.

El café se me quedó a medio camino.

—¿QUÉ? ¿Una niña?

Grité tan fuerte que Conor levantó la cabeza desde el suelo y Marcos apareció desde el salón sobresaltado.

—¿Quién se ha muerto?

Giré el móvil hacia él inmediatamente.

—¡Es una niña!

Marcos parpadeó apenas un segundo antes de sonreír.

—Vale. Ahora sí entiendo por qué gritas como una persona poseída.

Le lancé un cojín automáticamente mientras Marta seguía riéndose al otro lado de la pantalla.

—¿Y Carlos?

Marta se mordió el labio sonriendo.

—Lleva toda la mañana diciendo que ya lo tiene completamente enamorado.

Mi pecho se derritió un poco.

—Dios mío. Carlos y Marta como padres. Qué fantasía.

—No sabes cómo lloró cuando vio la ecografía.

—¿En serio?

Marta asintió más despacio ahora.

—Luna… Yo creo que está completamente enamorado de esa niña, aunque todavía no sepa si es suya.

Joder. Eso sí me emocionó de verdad.

—¿Y tú cómo estás?

—Mucho mejor.

Miró un momento hacia la cocina de su casa antes de volver a mirarme.

—Sigo teniendo miedo de que la prueba salga mal y todo se vaya a la mierda.

—No pienses en eso ahora.

—Es imposible no pensarlo.

Asentí despacio. La entendía perfectamente.

—¿Cuándo os dan los resultados?

—En un par de semanas más o menos.

Marta hizo una mueca dramática.

—Voy a morir de la angustia hasta entonces.

—Probablemente sí.

—Gracias por tu apoyo, amiga. Tan capulla como siempre.

Sonreí apenas antes de cambiar de tema.

—Vale. Necesitamos hablar de nombres.

Eso consiguió iluminarle la cara otra vez y así empezamos el debate. Durante casi una hora estuvimos buscando nombres absurdos, preciosos y otros completamente imposibles.

—No pienso llamar a mi sobrina Jennifer —dije horrorizada.

—¿Qué problema tienes con Jennifer?

—Que parece que va a salir directamente de un reality de Telecinco.

Marta soltó una carcajada.

—Eres horrible.

—Realista.

Ella empezó a leer nombres desde el móvil.

—A ver… Nayra.

Me quedé pensativa.

—Ese sí me gusta.

—¿Y Yaiza?

—Muchísimo.

Marcos apareció por detrás con una taza de café y escuchó justo el nombre.

—Yaiza es precioso.

Lo miré sorprendida.

—¿Tú desde cuándo opinas sobre nombres de bebés?

—Desde que gritáis tanto que me obligáis a participar.

Marta se echó a reír al otro lado de la pantalla.

—Marcos, ayúdame. Luna tiene opiniones muy agresivas.

—Lo sé. Vivo con ella prácticamente.

Mi corazón reaccionó de una forma bastante ridícula al escuchar eso. Prácticamente vivía allí ya. Solo subía a casa de mis padres a por ropa, a comer con ellos o a fingir que todavía tenía una vida dependiente.

Marcos me besó la cabeza distraídamente antes de volver al salón y Marta me observó automáticamente con esa mirada insoportable de mejor amiga que detecta cosas.

—Estás coladísima por él.

Rodé los ojos.

—Cállate.

—No. Quiero verte sufrir un rato.

—Psicópata.

Ella sonrió despacio.

—¿Sabes qué es lo más fuerte?

—¿Qué?

—Que se nota que él también. Ahora si estoy completamente segura.

Eso sí me dejó callada unos segundos. Madre mía, ¿sería verdad?

Aquella noche Marcos trabajaba. Otra vez reuniones, problemas con el club

y llamadas interminables.

Yo estaba tirada en su sofá con una manta y el portátil encima cuando apareció desde la cocina.

—Necesito hablar contigo de algo.

Levanté la vista automáticamente. Su tono había cambiado. Cerré el portátil despacio.

—Vale… Eso ha sonado preocupante.

Marcos soltó una pequeña risa.

—No lo es. Creo.

—Qué tranquilizador todo.

Se acercó hasta sentarse frente a mí y ahí empezó a ponerme nerviosa. Marcos raramente dudaba al hablar.

—¿Te acuerdas de lo que hablamos después de la fiesta?

Asentí despacio. Claro que me acordaba. Perfectamente.

—Sí.

Él apoyó los brazos sobre las piernas, mirándome directamente.

—Un amigo mío viene este fin de semana a Madrid.

—Vale…

—Y quería proponerte algo.

Su voz seguía tranquila, pero había tensión debajo. Lo notaba perfectamente.

—Marcos. Me estás poniendo nerviosa. Habla, por favor.

—He estado pensando mucho en lo que dijiste.

—¿Sobre probar cosas nuevas?

Asintió.

—Sí.

El silencio entre nosotros se volvió muchísimo más denso.

—Este amigo… Es alguien en quien confío muchísimo.

No aparté la mirada.

—Hemos compartido experiencias durante años y sé perfectamente cómo se comporta. Sé que, si cualquiera de los dos se sintiera incómodo, la situación terminaría inmediatamente.

—¿Qué me estás proponiendo exactamente?

—Probar.

Madre mía. El cuerpo entero me reaccionó de golpe.

—Aquí. En casa.

Asintió.

—Y ver cómo nos sentimos los dos.

El silencio volvió a llenarlo todo. Lo peor era que sí, en el fondo quería probarlo, y él lo estaba viendo perfectamente en mi cara.

—Luna. No tienes que hacerlo si no quieres.

—Ese es el problema.

—¿Cuál?

Lo miré directamente.

—Que sí quiero.

—Joder. Directa.

No pude evitar sonreír un poco.

—Eso no parecía precisamente relajado.

—Porque no lo estoy.

Se acercó un poco más.

—La idea de verte con otra persona me vuelve completamente loco.

—Entonces ¿por qué me lo propones?

Marcos tardó varios segundos en responder.

—Porque también quiero descubrir quién eres cuando dejas de tener miedo.

—¿Y si sale mal?

—Entonces aprendemos algo importante sobre nosotros.

Nos quedamos mirándonos unos segundos larguísimos. Hasta que terminé asintiendo despacio.

—Vale.

La forma en que Marcos soltó el aire hizo que el calor me recorriera entera.

—Vale —repitió más bajo.

Los dos estábamos muchísimo más nerviosos de lo que queríamos admitir.

*

Lógicamente, al día siguiente se lo conté todo a Marta.

—¿ESTÁS COMPLETAMENTE LOCA?

—¿Puedes dejar de gritarme?

—NO.

Solté una carcajada.

—Relájate.

—¿Cómo quieres que me relaje? ¿Vas a acostarte con dos hombres a la vez y pretendes que yo actúe como si me estuvieras contando que has comprado aguacates?

No pude evitar reírme otra vez.

—Dicho así suena bastante intenso.

—Porque LO ES, LUNA.

Marta me observaba horrorizada desde la pantalla.

—¿Y Marcos está tranquilo con esto?

—No exactamente.

—Ah, perfecto. Qué maravilla, entonces.

—Está nervioso.

—Normal. Lo estoy hasta yo y no voy a participar.

—Pero él también quiere probar.

Marta estrechó los ojos.

—¿Y tú?

Me quedé callada apenas un segundo. Después sonreí despacio.

—Yo también.

Ella me miró unos segundos más antes de suspirar.

—Bueno.

—¿Bueno qué?

—Que, sinceramente, creo que nunca te había visto tan viva y me encanta.

Esa noche Marcos trabajaba en el club y, como ya era costumbre cuando no pasaba la noche con él, terminé hablando con Chris durante horas.

@LunaNix
«Voy a hacer una locura de las grandes.»

@Chris84
«Eso puede significar muchas cosas contigo.»

@LunaNix
«Marcos me ha propuesto probar algo.»

@Chris84
«¿Qué tipo de algo?»

@LunaNix
«Tener relaciones sexuales con otra persona, es decir, otro hombre y nosotros.»

@Chris84
«¿Y tú quieres?»

@LunaNix
«Sí, quiero probarlo.»
«¿Chris? Sigues ahí.»

@Chris84
«Estoy pensando, me he quedado loco.»

@LunaNix
«Eso suena preocupante.»

@Chris84
«No. Solo intento imaginar cómo te sentirás.»

@LunaNix
«Creo que tengo miedo y curiosidad a partes iguales.»

@Chris84

«Eso suele significar que la experiencia te va a cambiar un poco.»

@LunaNix
«¿Crees que estoy loca?»

@Chris84
«No. Nunca.»
«Creo que ya no necesitas pedir permiso para desear cosas y eso es genial, Luna.»

*

El sábado llegó en un abrir y cerrar de ojos y Marcos estaba muchísimo más nervioso de lo que intentaba aparentar. Lo noté desde que abrió la tercera cerveza sin realmente beberla.

—Estás rarísimo.

Él levantó la vista automáticamente.

—Tú también.

—Mentira. Yo estoy tranquila y normal, como siempre.

Eso consiguió arrancarle una risa breve.

Cuando sonó el timbre, mi cuerpo entero reaccionó de golpe. Marcos se quedó quieto apenas un segundo antes de ir hacia la puerta y entonces apareció él.

Alto, castaño, con una sonrisa preciosa y esa seguridad relajada de alguien completamente acostumbrado a entrar en espacios íntimos sin invadirlos.

—Joder. Ya era hora.

Marcos lo abrazó rápidamente antes de apartarse.

—Pasa.

Sus ojos vinieron hacia mí enseguida.

—Así que tú eres Luna.

—Y tú debes de ser el famoso amigo misterioso.

—Lucas, para servirte.

Encima era divertido. Genial.

—Ya lo sé. Llevo una semana escuchando hablar de ti —me dijo con voz de pillo.

—¿Perdón?

Lucas empezó a reírse.

—No te emociones. No me ha contado intimidades.

—Gracias por aclararlo. Me quedo más tranquila.

—Aunque sí puedo decir que nunca le había visto tan nervioso.

—Lucas —dijo Marcos, mirándole fijamente.

—¿Qué? Es verdad.

Miré a Marcos.

—¿Estás nervioso?

—No.

—Miente fatal —intervino Lucas.

—Cállate.

—Lleva tres días reorganizando esta noche mentalmente.

—Lucas.

—Lleva dos horas abriendo cervezas que no bebe —solté entre risas.

—Luna.

—Y a mí me ha escrito tres veces preguntándome si estaba seguro de venir.

No pude evitar reírme y Marcos me lanzó una mirada de advertencia.

—Me está encantando esta conversación.

—A mí también —dijo Lucas.

—Sois insoportables.

—Y tú estás nervioso.

—Tú también, Luna, y lo sabes —dijo Marcos mirándome.

—Sí, pero yo no llevo fingiendo que estoy tranquila desde el martes.

Lucas soltó una carcajada.

—Vale. Me caes bien.

—Gracias.

—No, en serio. Después de todo lo que he escuchado, esperaba una mujer mucho más intimidante.

—¿Y qué te has encontrado?

Lucas me observó unos segundos.

—Una mujer bastante más divertida.

Noté a Marcos sonriendo desde el otro lado del sofá.

—Te dije exactamente eso.

—Sí.

Lucas cogió su copa.

—También me dijiste que era imposible.

—Eso también es verdad.

—Y que hablaba muchísimo.

—Lucas.

—¿Qué?

—Es la verdad, tengo los mensajes que lo prueban.

Aquello me hizo reír.

—Vale. Es mejor que tú me juzgues por ti mismo. Seguro que todo lo que te ha contado Marcos no es tan real.

Por primera vez empecé a relajarme. Hasta ese momento todo había sido un poco raro. Demasiado raro, diría yo. Pero ahora parecía una conversación normal. Tres personas tomando algo. Conociéndose sin presión ni expectativas. Solo hablando.

Lucas se acomodó en el sofá.

—Tengo curiosidad.

—Miedo me da esa frase.

—¿Cómo acabaste con este hombre?

Marcos resopló.

—Yo también me lo pregunto a veces.

—Porque es guapo —dije coqueta.

—Gracias, cariño.

—Y porque debajo de toda esa cara de tipo duro es ridículamente tierno.

Lucas se quedó inmóvil. Después miró a Marcos.

—¿Tierno? —preguntó Lucas.

—No —dijo Marcos.

—Ha dicho «tierno».

—No ha dicho nada.

—Acabas de perder toda tu reputación, Marcos.

—Voy a echarte de mi casa.

—No puedes. Estoy protegiendo a Luna.

—¿Protegiéndome?

Lucas asintió muy serio.

—Sí.

—¿De qué exactamente?

—De la imagen falsa que tienes de este hombre.

Solté una carcajada.

—Empiezo a entender por qué sois amigos.

—Alguien tiene que recordarle constantemente que no es tan intimidante como cree.

—Te odio —soltó Marcos mirando a Lucas.

—No es verdad.

—Tienes razón.

Y, por primera vez desde que había llegado Lucas, Marcos sonrió de verdad. Una sonrisa relajada. La sonrisa de alguien que estaba con personas en las que confiaba y eso hizo que algo dentro de mí se relajara también.

Entonces entendí una cosa. Marcos no había traído a Lucas para cumplir una fantasía. Lo había traído porque confiaba en él y porque confiaba en nosotros.

Lo peor era que Marcos no dejaba de mirarme. Como si intentara descubrir hasta el último segundo si realmente estaba segura de lo que iba a pasar esa noche.

La tensión entre los tres empezó suave. Copas, pusimos música baja y demasiadas miradas. Poco a poco, el ambiente entre nosotros empezó a cambiar.

Lucas se acercaba despacio a mí. Sin invadir y sin forzar. Como si entendiera perfectamente que aquello no iba solo de sexo. Iba de confianza y de descubrir límites.

Empezó a acariciarme lentamente por las piernas, como si nada, y cuando

finalmente me besó, lo primero que hice fue mirar a Marcos. La forma en que estaba observando la escena. No había rabia ni incomodidad. Solo deseo. Uno brutal.

Después de eso, todo se volvió lento. Estábamos sentados en el sofá, yo en medio de ellos. Lucas me besaba, Marcos me acariciaba el cuerpo; después Marcos me besaba y Lucas me acariciaba. Todo era caliente e intenso. Las manos, las bocas, la sensación nueva de sentirme deseada desde dos lugares distintos. Lo más fuerte de todo fue descubrir que Marcos no se alejaba emocionalmente. Todo lo contrario: cuanto más me veía disfrutar, más cerca parecía sentirse de mí.

Me desnudaron y me quedé totalmente expuesta entre ellos. Los dos me besaban por todo el cuerpo y sentí la necesidad de quitarles la ropa. Estaba muy excitada y quería sentirles a ellos también. Marcos se apartó, miró a Lucas y le dijo:

—Amigo, ya sabes lo que tienes que hacer.

Lucas no necesito más. Buscó un preservativo en el bolsillo de su pantalón, abandonado en el suelo, se lo puso y me penetró mientras Marcos nos miraba. Podía ver en sus ojos como le gustaba, lo excitado que estaba viéndonos.

—Joder, Luna, no tienes idea de lo que me estás provocando. Eres perfecta —susurró en mi oído.

—Madre mía, Luna, eres increíblemente estrecha. Esto es increíble —dijo Lucas mientras se movía en mi interior.

Marcos me acariciaba mientras Lucas entraba una y otra vez dentro de mí hasta que llegué al orgasmo y, dos embestidas después, él también se dejó ir. Entonces Marcos me cogió con delicadeza y me sentó encima de él, entrando dentro de mí muy despacio. Esto era una maravilla.

Continuaron haciéndome de todo entre los dos y yo empecé a animarme más y más. Me comí enteros ambos cuerpos, chupándoles hasta hacerles gemir mi nombre. Continuamos así durante varias horas, disfrutando, acariciándonos, besándonos, y fue una experiencia INCREÍBLE.

Cuando ya estaba agotada, Marcos me llevó a la cama entre sus brazos y me metió en la cama con una ternura que me hizo sentirme la mujer más

afortunada. Se tumbó a mi lado, me abrazó y me susurró:

—Descansa cariño, te quiero.

Ese TE QUIERO quedó flotando en la habitación y entonces dije:

—Yo también te quiero.

Aquella noche nos cambió un poco por dentro. Cambiaron muchas cosas entre nosotros y me quedé dormida en paz.

CAPÍTULO 27

Nunca había estado tan nerviosa antes. Ni siquiera antes de entrar por primera vez en el club, y eso ya era decir muchísimo.

Estaba sentada en el coche, frente a la academia, mirando mis propias diapositivas por quinta vez cuando Marcos me quitó el portátil de las manos.

—Como sigas revisando eso, vas a terminar corrigiendo hasta las comas.

Le lancé una mirada tensa.

—Creo que voy a vomitar.

—No vas a vomitar.

—¿Y si nadie participa?

—Participarán.

—¿Y si piensan que soy ridícula?

—Luna.

Lo miré inmediatamente y me dijo muy serio.

—Respira un segundo y escúchame. Llevas semanas preparando esto.

Asentí apenas.

—Sabes mucho más que la mitad de la gente que da cursos ahí dentro.

—Eso no ayuda.

—Y, además —continuó, ignorándome completamente—, tienes algo que no se puede enseñar.

—¿El qué?

—La gente te escucha. Porque haces que se sientan cómodos. Porque no hablas como una profesora que quiere impresionar. Hablas como alguien que quiere ayudar de verdad.

Eso sí me llegó. Muchísimo.

—Así que deja de mirarte como si fueras una impostora. Porque no lo eres. Eres genial y una profesora cojonuda.

La forma en que me besó después de decir eso casi me hizo llorar antes incluso de entrar al taller.

—Ve a romperla.

Y la rompí. Madre de Dios, sí la rompí. Las primeras dos personas que entraron me pusieron nerviosa. Las siguientes cinco, más. Hasta que había más de veinte estudiantes. Pero, cuando empecé a hablar, algo cambió. Todo empezó a salir solo. Las bromas, los ejercicios, las dinámicas y la conversación. Lo más fuerte fue darme cuenta de que la gente se estaba divirtiendo de verdad.

Una chica noruega levantó la mano al final del taller, sonriendo.

—Ojalá todos los profesores enseñaran así.

Casi me muero de la emoción allí mismo.

Cuando los alumnos empezaron a irse, Patricia apareció desde el fondo del aula directamente sonriendo.

—Bueno.

La miré nerviosa.

—¿Bueno bien o bueno horrible?

Ella soltó una carcajada.

—Bueno de que vamos a necesitar más talleres.

—¿En serio?

—Luna, la gente ha salido encantada.

Se acercó un poco más, bajando la voz.

—Y hacía tiempo que no veía a un grupo participar así en el primer día.

Tuve que contener las ganas de abrazarla. Bueno, más o menos, porque terminé haciéndolo igualmente.

—Gracias por confiar en mí.

Patricia sonrió divertida.

—Creo que la decisión más inteligente fue contar contigo.

Salí de la academia flotando. Literalmente flotando, y lo primero que hice fue escribirle a Marcos.

«HA SALIDO INCREÍBLE.»

Su respuesta llegó prácticamente instantánea.

Marcos
«Lo sabía.»

Luna
«No, en serio. CREO QUE VA A FUNCIONAR. Quieren más talleres. He hablado con Patricia.»

Marcos
«Claro que va a funcionar.»
«Estoy orgulloso de ti.»

Otra vez tenía el pecho completamente derretido. Casi sin pensar, abrí el chat de Chris también.

@LunaNix
«Desastre total.»

@Chris84
«Mentira.»

Sonreí sola caminando por la calle.

@LunaNix
«¿Perdón?»

@Chris84
«Si hubiera salido mal, me habrías escrito un testamento larguísimo. Así que, claramente, ha sido un éxito.»

Solté una risa. Odiaba profundamente que me conociera tanto.

@LunaNix
«Ha salido muy bien. A la gente le ha encantado.»

@Chris84
«Lo sabía.»

Otra vez, los dos hombres más importantes de mi vida acababan de responderme exactamente lo mismo. Qué ironía tan horrible.

Marta me llamó justo cuando llegué al metro.

—CUÉNTAME TODO.

No pude evitar reírme.

—Creo que voy a tener más grupos.

—YA LO SABÍA.

—¿Por qué todo el mundo parece tener más confianza en mí que yo misma?

—Porque eres idiota.

—Gracias.

Marta soltó una carcajada, pero su voz sonaba más apagada de lo normal y lo noté enseguida.

—¿Qué ha pasado?

Silencio.

—Marta.

Escuché cómo soltaba aire lentamente.

—Han salido mal las pruebas.

Me quedé completamente quieta en mitad de la calle.

—¿Qué?

—No saben qué pasó. Dicen que los resultados no son válidos y que tengo que repetirlas.

Joder.

—¿Otra vez esperar?

—Sí.

El ruido del metro pasó detrás de mí mientras ella guardaba silencio unos segundos.

—Estoy agotada, Luna.

—Lo sé.

—Y lo peor es que ahora mismo estoy feliz.

Eso me dolió todavía más porque entendía exactamente lo que quería decir.

—Carlos está aquí todo el tiempo. Dormimos juntos casi todas las noches. Me habla de la niña como si ya fuera suya y…

Se quedó callada un momento.

—Tengo miedo de acostumbrarme demasiado.

—¿Habéis hablado de qué pasaría si fuera de Dani?

—No.

—¿Nada?

—Nada.

Su risa salió rota.

—Los dos estamos fingiendo que esa conversación no existe.

—Quizá necesitáis un poco de paz antes de volver a pasar por ese infierno.

—¿Y si luego todo explota muchísimo más fuerte?

No supe qué responder, porque sí era exactamente posible.

—Oye.

—¿Qué?

—Hoy no pienses en eso.

Ella soltó aire lentamente.

—¿Y en qué pienso entonces?

—En que tu hija probablemente va a llamarse Yaiza y va a salir igual de dramática que tú.

Eso consiguió arrancarle una risa real, y escucharla reír otra vez me tranquilizó muchísimo más de lo que quería admitir.

*

El segundo taller, al día siguiente, salió incluso mejor que el primero. Cuando terminé, tenía clarísimo que mi vida acababa de cambiar un poco. Muchísimo, en realidad. Por primera vez en años sentía ilusión real por algo profesional. Ganas, ambición incluso, y aquello daba bastante vértigo.

Esa noche Marcos insistió en cocinar. Quería celebrarlo. Mala idea para mi cordura, porque cuando Marcos cocinaba se convertía automáticamente en el hombre más atractivo del planeta.

Antes fui a casa de mis padres a dejar unas cosas y coger más ropa. Mi madre me miró entrar cargada con otra bolsa y directamente cruzó los brazos.

—Tú ya no vives aquí y solo me traes ropa para que te la lave.

—Exagerada.

—Luna, desde hace muchas semanas llevas más tiempo en casa de Marcos que aquí.

Mi padre levantó la vista desde el sofá.

—Yo, sinceramente, creo que ya deberíamos cobrarle una pensión a él.

—¡PAPÁ!

Mi madre empezó a reírse mientras yo desaparecía directamente hacia mi habitación, y ahí fue cuando me escribió Chris.

@Chris84
«¿Qué tal el segundo taller?»

Sonreí automáticamente, sentándome sobre la cama.

@LunaNix
«Todavía mejor.»

@Chris84
«Lo sabía y te lo dije.»

Apoyé la espalda contra la pared mientras seguíamos hablando. Le conté lo de Patricia y lo de los nuevos grupos. Lo feliz que me sentía. Entonces él escribió:

@Chris84
«¿Al final usaste también la dinámica del ejercicio improvisado?»

Mi sonrisa desapareció lentamente. Miré la pantalla frunciendo el ceño porque yo no le había contado eso.

Revisé automáticamente las conversaciones anteriores. Arriba. Más arriba. Nada. El ejercicio improvisado solo se lo había mencionado esa mañana a Marcos mientras desayunábamos.

Mi respiración se frenó apenas un segundo. No. No podía ser. Mi cabeza intentó descartarlo inmediatamente. Era absurdo y totalmente ridículo. IMPOSIBLE.

Pero la duda ya estaba ahí. Pequeña y asquerosa, clavándose lentamente

dentro de mí. Miré otra vez la pantalla.

@Chris84
«¿Luna?»

@LunaNix
«Dime.»

@Chris84
«¿Qué pasa?»

Mis dedos se quedaron quietos sobre el móvil. De repente, algo dentro de mí había empezado a desordenarse muy rápido. No respondí inmediatamente. Abrí otra vez el chat y releí mensajes antiguos. Los detalles, los comentarios y los horarios. Cosas que antes parecían casualidad y ahora… No. No puede ser. Tengo que estar loca.

Mi corazón empezó a latir demasiado fuerte. No podía ser Marcos. Eso era imposible. ¿O no?

@Chris84
«Estás muy callada.»

Levanté la vista lentamente hacia la puerta de mi habitación. La duda seguía creciendo horrible, fría y pegajosa.

@LunaNix
«Solo estoy cansada y he quedado con Marcos. Luego hablamos.»

No esperé respuesta. Cerré el chat inmediatamente y, por primera vez desde que conocía a Chris, sentí miedo al mirar la pantalla.

Cuando llegué a casa de Marcos, él estaba cocinando con la música baja y el olor a pasta recién hecha. La luz cálida de la cocina y la escena era la más normal y bonita del mundo.

—Ahí está mi profesora favorita.

Se giró sonriendo mientras removía algo en la sartén.

—¿Qué tal con tus padres?

No respondí inmediatamente porque mi cabeza seguía funcionando demasiado rápido. Me quedé mirándolo, analizando e intentando recordar cómo conocí a Chris y cómo conocí a Marcos. ¿Qué conexión podía haber? ¿Podía ser posible?

El móvil de Marcos estaba apoyado sobre la encimera, muy cerca de él. Tuve una idea y mi respiración se aceleró completamente.

—¿Luna?

Me acerqué despacio. Intentando parecer normal y no derrumbarme antes de tiempo por una idea completamente absurda. Cogí mi móvil.

—¿Qué haces? —preguntó.

No respondí. Abrí Telegram, busqué el chat de Chris y envié un mensaje. Mi corazón dejó de latir porque el móvil apoyado sobre la encimera vibró inmediatamente. Marcos se quedó completamente quieto. Yo también.

No.

Dios mío.

No.

La sangre empezó a subir violentamente por mi cuerpo y le mandé otro mensaje y otra vez el móvil de Marcos volvió a vibrar.

El mundo entero se me cayó encima en ese mismo segundo. Me quedé congelada mirando aquella pantalla mientras el pecho empezaba a dolerme de verdad.

No podía respirar. No podía pensar. No podía entender cómo demonios acababa de pasar esto.

—Luna…

Levanté la cabeza lentamente hacia él y entonces vi su cara. Estaba horrorizado porque él también sabía que ya estaba todo destruido.

Marcos cogió el teléfono despacio, miró los mensajes y después me miró a mí.

«Dime que no es verdad.»
«Eres un cabrón.»

Jamás había sentido una traición tan brutal. Las lágrimas me llenaron los ojos inmediatamente. Toda la rabia me subía por el pecho. Toda la vergüenza, todas las conversaciones, todas las noches. TODO.

—¿Desde cuándo? —susurré.

Marcos abrió la boca, pero no salió nada, y te aseguro que eso fue todavía peor. Muchísimo peor. No había explicación posible para aquello.

Retrocedí un paso y después otro. Él intentó acercarse.

—Luna, por favor…

Lo miré con una mezcla tan enorme de dolor y rabia que hasta a mí me asustó.

—Eres un hijo de puta.

Antes de que pudiera tocarme siquiera, salí corriendo.

CAPÍTULO 28

Corrí sin mirar atrás. Ni siquiera recuerdo cómo bajé las escaleras. Solo recuerdo el ruido de mi respiración, el temblor de mis manos y esa sensación insoportable de que algo acababa de romperse dentro de mí.

Cuando salí a la calle, el aire frío me golpeó la cara y seguí caminando casi a ciegas. Mi móvil empezó a vibrar. Una vez, otra y otra más. No hacía falta mirar la pantalla para saber quién era, pero no pensaba cogerlo. No quería escuchar ni una sola explicación porque no existía justificación posible para aquello. Todas las noches, todas las conversaciones, todos los mensajes y toda la confianza.

Dios.

Sentía náuseas, estaba mareada, pero seguí caminando por el barrio sin dirección. Solo necesitaba moverme. No podía parar de llorar y sentía que no podía respirar bien. Me paré en el parque y me senté en un banco.

Había un hombre paseando con su perro. Se acercó al escucharme llorar y me preguntó:

—¿Se encuentra bien, señorita?

Negué rápidamente.

—Sí.

Completamente mentira. El señor se quedó un par de minutos mirándome a una distancia prudente, como si supiera que necesitaba espacio para respirar, pero, al mismo tiempo, no quería dejarme sola por si acaso. Cuando dejé de llorar desconsoladamente, el hombre se fue y me quedé totalmente sola en la oscuridad del parque.

Mi móvil seguía vibrando dentro del bolso sin descanso, y aquello solo conseguía ponerme peor. Finalmente, lo apagué directamente.

Entonces solo hubo silencio. Pero el silencio tampoco ayudó, porque entonces ya no tenía distracciones, solo pensamientos, recuerdos, detalles y momentos que se repetían en mi cabeza una y otra vez.

Chris diciéndome exactamente lo que necesitaba escuchar. Chris analizándome. Chris calmándome. Chris entendiéndome mejor que nadie. Y era Marcos. Siempre fue Marcos.

—¡Mierda! —grité desconsolada.

Cuando llegué a casa, abrí la puerta intentando no hacer ruido, pero mi madre apareció desde el pasillo inmediatamente.

—Luna.

La forma en que dijo mi nombre hizo que me derrumbara al instante. Las lágrimas empezaron a caerme sin control mientras dejaba el bolso en el suelo.

—¿Qué ha pasado?

—No puedo…

Mi madre se acercó enseguida, abrazándome fuerte.

—Me ha mentido.

—¿Quién?

—Marcos.

Mi madre no habló inmediatamente. Solo me acarició el pelo mientras esperaba a que pudiera seguir.

—Chris era él.

El silencio fue inmediato. Mi padre, que se acercó al escucharme llorar, frunció el ceño.

—¿Cómo que era él?

—Todo este tiempo, papá, Marcos era Chris. Todo este tiempo he estado contándole mi vida a la misma persona.

Mi madre cerró los ojos un segundo.

—Ay, cariño…

Me aparté, limpiándome las lágrimas con rabia.

—No sé ni qué parte fue real.

—¿Él te ha explicado algo? —preguntó mi padre.

—¿Cómo? Salí corriendo.

—Entonces quizá deberías escucharle antes de decidir nada.

Giré la cabeza hacia él inmediatamente.

—¿Escucharle? Es un mentiroso. Ha jugado con mis sentimientos. Se ha

reído de mí en mi cara.

—Luna...

—Papá, me ha manipulado durante meses.

La palabra quedó flotando en el salón. Manipulado. Dolía muchísimo porque era verdad.

Mi padre guardó silencio unos segundos antes de hablar.

—También puede haberse enamorado y haber gestionado todo fatal.

Las lágrimas volvieron a llenarme los ojos.

—Eso no borra lo que ha hecho.

Mi madre se acercó despacio.

—No, cariño. No lo borra.

Me sostuvo la cara entre las manos.

—Pero ahora mismo estás demasiado herida para pensar con claridad.

Me acompañó a mi habitación temblando. Ella me dejó sola con Conor y volví a encender el móvil.

Tenía más de treinta llamadas perdidas y mensajes. Muchísimos mensajes.

Marcos

«Luna, por favor.»

«Déjame explicártelo.»

«No fue un juego para mí.»

«Por favor, contéstame.»

Cerré los ojos con fuerza. El pecho me dolía demasiado.

Entonces apareció otro mensaje.

Marta.

«Mañana voy para Madrid.»

La llamé inmediatamente. Ella contestó al segundo.

—¿Qué ha pasado? Tu madre me ha escrito que estás muy mal.

En cuanto escuché su voz, volví a llorar.

—Era él.

—¿Qué?

—Chris.

Me costaba hablar.

—Chris era Marcos.

Escuché cómo soltaba un insulto bajísimo.

—No, será cabronazo el tío.

—Sí.

—No me jodas, Luna. Lo siento mucho.

Me senté en el suelo junto a la cama, completamente agotada.

—Todo era mentira.

—No.

Su tono cambió inmediatamente.

—Eso no.

—Marta...

—Luna, escúchame.

Se quedó callada un segundo.

—¿Está loco? Sí. ¿La ha cagado? Muchísimo.

¿Voy a matarlo cuando lo vea? También.

Eso me arrancó una risa rota entre lágrimas.

—Pero no me creo que lo que siente por ti sea mentira.

—No sé qué pensar, Marta. Me ha engañado, se ha reído de mí en mi cara.

—Pues no pienses esta noche.

Escuché ruido al otro lado.

—Carlos me va a buscar un vuelo ahora mismo.

—¿Qué?

—Voy a ir contigo unos días.

—No hace falta Marta, no quiero qué vueles.

—Sí hace falta y, si no voy yo, te vienes tú. Seguro que te viene bien desaparecer de allí unos días.

Ahí estaba Marta. Mi Marta. La misma que cruzaría medio país aun estando embarazada.

Hablamos un par de horas. Cuando colgamos eran casi las tres de la mañana y, aun así, no podía dormir. Conor estaba tumbado en la cama conmigo, muy consciente de que necesitaba cariño y apoyo. Él era mi amigo fiel y no se movió de allí ni un solo segundo.

Miré el móvil otra vez. Más mensajes de Marcos y el último me rompió el corazón.

«Te amo.»

Tuve que dejar el teléfono sobre la cama. Esa era otra tragedia horrible. Le creía. Le creía completamente y eso lo hacía muchísimo peor.

*

A la mañana siguiente desperté con la cabeza destrozada. Mi madre llamó suavemente a la puerta.

—¿Puedo pasar?

Asentí apenas y entró con café y una tostada.

—Gracias.

Se sentó conmigo en silencio unos segundos y después:

—Ha venido.

Mi cuerpo entero se tensó inmediatamente.

—¿Qué?

—Marcos.

Aparté la mirada rápidamente.

—No quiero verlo.

—Lo imaginé.

Mi madre dejó el café sobre la mesilla.

—Está en la cocina tomándose un café con tu padre.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace media hora.

—¿Le has dicho algo?

—Que necesitabas tiempo.

Mi garganta volvió a cerrarse. Podía imaginarlo perfectamente, esperando a que yo saliera de la habitación, destrozado, y odiaba que eso todavía me afectara. Por supuesto, no salí y él se acabó yendo.

Pasé el resto del día encerrada en mi habitación, ignorando sus llamadas hasta que me llamó mí amiga. Ni siquiera me dio tiempo a saludar.

—Carlos está buscando vuelos ahora mismo.

—Marta, ya te he dicho que no vas a venir. No quiero que vueles embarazada.

—Te lo está buscando a ti.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

Escuché ruido al otro lado. Carlos estaba hablando con alguien de fondo.

—Marta…

—Luna, no pienso dejarte sola allí ahora mismo.

Cerré los ojos un segundo porque solo escucharla ya me estaba haciendo llorar otra vez.

—No hace falta de verdad.

—Sí hace falta.

Su voz salió firme.

—Han pasado menos de veinticuatro horas desde que has descubierto que el hombre del que estás enamorada te ha mentido durante meses y pretendes que me quede tranquilamente en Gran Canaria. Pues no.

—Estoy agotada.

—Ya lo sé.

Después habló mucho más suave.

—¿Has hablado con él?

—No.

—¿Y él?

—No ha parado de llamarme y escribirme y esta mañana se ha presentado aquí, en casa.

Tenía treinta y siete llamadas perdidas. Mensajes y audios, todo sin abrir.

—He apagado el teléfono dos veces hoy.

—Bloquéalo.

—No puedo.

—Sí puedes.

—Marta…

—Luna, te está destrozando cada vibración del móvil.

Joder, tenía razón. Cada vez que el teléfono sonaba, el corazón se me partía otra vez. No sabía si quería gritarle o salir corriendo a abrazarlo. Todo dolía demasiado.

Escuché a Carlos de fondo.

—Ya está.

Después, pasos y Marta volvió a hablar.

—Vale. Ya tenemos vuelo para mañana por la mañana.

—¿Qué?

—Te vienes a Gran Canaria conmigo unos días.

Me incorporé en la cama.

—Marta, no puedo irme así.

—Claro que puedes.

—Tengo que trabajar.

—Trabajas *online*, Luna, no me cuentes historias.

Abrí la boca para responder, pero ella siguió hablando.

—Necesitas salir de ahí antes de volverte loca.

Me quedé completamente callada. Tenía razón. Madrid ahora mismo era Marcos en todas partes. Su casa, su coche, el club, las calles y los mensajes. Todo me llevaba a él.

—Carlos dice que puedes quedarte el tiempo que necesites.

Escuché su voz al fondo.

—Claro que puede.

Mi garganta volvió a cerrarse.

—No quiero molestar.

—Como vuelvas a decir esa frase, te cuelgo —dijo Marta inmediatamente —. Eres mi persona favorita del planeta. Vas a venir aquí y voy a cuidarte mientras insultamos a tu novio sociópata.

Eso me arrancó otra risa entre lágrimas y, madre mía, cómo necesitaba reírme, aunque fuera por cinco segundos.

—No sé qué hacer.

—Pues por eso mismo tienes que venir.

Escuché que me entraba otra llamada.

—Está llamando otra vez.

—Bloquéalo.

Cerré los ojos con fuerza.

—No puedo dejar de pensar en cómo debía sentirse escribiéndome como Chris, sabiendo perfectamente que luego iba a verme como Marcos.

Me costaba decir esto en voz alta.

—¿Cómo haces eso a alguien que quieres?

Marta guardó silencio unos segundos.

—No lo sé. Pero sí sé una cosa.

—¿Qué?

—Ahora mismo no estás pensando con claridad porque sigues enamorada y cabreada al mismo tiempo.

Ese era exactamente el problema, que, incluso enfadadísima, seguía queriéndolo y eso me hacía sentir completamente idiota.

—Hazme caso por una vez en tu vida y ven aquí unos días.

Miré alrededor de mi habitación. Mi cabeza daba vueltas. Todo me parecía raro, muy raro, como si mi vida hubiera cambiado demasiado rápido.

—Vale.

—Gracias a Dios.

—Pero no prometo no llorar cada diez minutos.

—Perfecto, porque yo lloro hasta viendo anuncios de yogures.

Eso volvió a hacerme reír. Escuché a Carlos decir algo al fondo y Marta respondió:

—Sí, ahora se lo digo.

Después volvió conmigo.

—Carlos ya te ha comprado el billete. Te lo está enviando ahora mismo por email.

—¿Qué?

—No discutas, luego se lo pagas, cuando ya estés aquí.

—Os voy a matar.

—Ponte a la cola. Primero voy yo con Marcos. Quiero agarrarle del cuello y no soltarlo hasta que se ahogue.

Cuando colgué, me quedé unos segundos completamente quieta sobre la cama. Después miré el móvil otra vez, Marcos seguía llamando. Su nombre iluminando la pantalla una y otra vez.

Mi respiración se volvió lenta, dolorosa y, antes de poder arrepentirme, lo bloqueé. Silencio absoluto. Y Dios, cómo dolió. Fue horrible, muchísimo más de lo que imaginaba. No estaba bloqueando un número. Estaba bloqueando a la persona que me abrazaba cada noche desde hace semanas.

Me tapé la boca con la mano mientras otra vez empezaban a caerme lágrimas.

—¡JODER!

Mi madre apareció en la puerta justo en ese momento.

—¿Cariño?

Levanté la vista hacia ella.

—Me voy a Gran Canaria mañana.

—¿Qué?

—Necesito irme un tiempo de aquí.

Mi madre entró despacio en la habitación.

—¿Con Marta?

Asentí. Mi madre me observó unos segundos y después simplemente dijo:

—Creo que te va a venir bien un cambio de aires.

Eso me hizo llorar más porque en ningún momento estaba intentando retenerme. Solo cuidarme.

Me ayudó a sacar la maleta mientras yo doblaba ropa completamente desconectada mentalmente.

Mi padre apareció en la puerta, apoyándose en el marco.

—¿Te vas mucho tiempo?

—No lo sé.

—¿Quieres que hable con Marcos?

Levanté la cabeza inmediatamente.

—No.

Contesté demasiado rápido. Mi padre asintió despacio, entendiendo perfectamente el límite.

—Vale.

No insistió y eso hizo que lo quisiera todavía más.

Preparar la maleta fue rarísimo porque parte de mi ropa seguía en casa de Marcos. Mi cepillo de dientes seguía allí, mis libros y prácticamente parte de mi vida. Parecía mentira, ya que tampoco hacía tanto tiempo que nos conocíamos

Aquello empezaba a verse como una ruptura real y quizá lo era porque no podía imaginar cómo podría perdonarle esto.

Aquella noche casi no dormí prácticamente nada. Escuchaba el silencio del móvil y, al mismo tiempo, lo odiaba. Una parte de mí seguía esperando mensajes que ya no podían llegar.

*

A las seis de la mañana, mi madre llamó suavemente a la puerta.

—¿Lista?

Claramente no, pero asentí igual.

Madrid todavía estaba oscuro cuando salimos hacia el aeropuerto. Mi madre conducía en silencio mientras yo miraba por la ventanilla, completamente vacía por dentro.

Hasta que habló.

—¿Lo quieres mucho?

Las lágrimas volvieron inmediatamente y miré hacia otro lado.

—Sí.

—Entonces esto va a doler un tiempo, pero en algún momento tendrás que hablar con él.

—No sé si voy a poder perdonarlo.

—Pues no te obligues a decidirlo ahora.

Quizá eso era exactamente lo que necesitaba escuchar. No decidir, no resolver y solo sobrevivir un poco.

Cuando llegamos al aeropuerto, mi madre me abrazó tan fuerte que casi vuelvo a derrumbarme allí mismo.

—Llámame cuando llegues.

Asentí.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, cariño.

Subí al avión completamente agotada. No tenía billete de vuelta y eso me dio muchísimo vértigo.

Cuando me senté en el avión, por primera vez en meses no tenía ni idea de qué iba a pasar con mi vida.

Despegamos y, mientras la ciudad empezaba a hacerse pequeña bajo las nubes, entonces ya no pude contenerme más y lloré prácticamente todo el vuelo. En silencio, mirando por la ventanilla y pensando en él.

En Chris.

En Marcos.

En los dos.

En el mismo hombre.

Lo que más me jodía era lo mucho que me dolía amarlo.

CAPÍTULO 29

El avión aterrizó en Gran Canaria y yo seguía sintiéndome igual de mal o peor.

Durante unos segundos me quedé sentada, mirando cómo la gente empezaba a levantarse alrededor. El ruido de cinturones, maletas y conversaciones, todo parecía venir de muy lejos, como si yo todavía no hubiera terminado de llegar del todo.

Cuando finalmente salí del aeropuerto con la maleta arrastrando detrás de mí, lo primero que vi fue a Marta. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, las dos empezamos a llorar. Directamente y sin dignidad ninguna.

Ella vino prácticamente corriendo hacia mí y yo solté la maleta en mitad del suelo para abrazarla.

—Ay, Dios mío, Marta…

—Ven aquí.

Nos abrazamos tan fuerte que creo que estuvimos a punto de desmontarnos físicamente allí mismo.

—Lo odio muchísimo —murmuré llorando contra su cuello.

—Yo también.

—Es que no entiendo nada.

—Yo tampoco.

Marta también lloraba ya, completamente desconsolada.

—Mira qué espectáculo estamos dando, vaya dos. Encima, yo vivo aquí, Luna, y tengo una reputación que proteger.

Eso me arrancó una risa entre lágrimas.

—La gente debe pensar que se ha muerto alguien.

—Bueno, tu novio tal vez igual sí lo hará pronto.

Volví a reírme mientras me limpiaba la cara con las manos. Entonces vi a Carlos unos metros más atrás, observándonos en silencio y con la maleta que había abandonado por el camino. Dándonos espacio y esperando. Qué hombre más bueno.

Cuando por fin conseguimos calmarnos un poco, nos acercamos a él.

—Hola, Carlos.

Él me abrazó inmediatamente. Es un hombre grande y sus abrazos son fuertes.

—¿Cómo estás?

—Fatal.

Él hizo una pequeña mueca.

—Sí, eso ya se nota un poco.

Marta le dio un golpe en el brazo.

—Carlos.

—¿Qué? Estoy intentando aportar humor.

Empezamos a caminar hacia el parking. El aire cálido de la isla me golpeó la cara en cuanto salimos del aeropuerto y, aunque seguía sintiéndome como una mierda, mi cuerpo agradeció inmediatamente estar allí.

Madrid se había convertido en un campo de minas. Necesitaba distancia, aunque fuera un poco. No tenía ni idea de cuándo regresaría.

Subimos al coche y durante los primeros minutos nadie habló demasiado. Hasta que Carlos suspiró desde el asiento del conductor.

—Vale. Yo necesito hacer una pregunta.

Marta se giró automáticamente.

—Adelante, terapeuta de pareja no titulado.

Carlos ignoró completamente el comentario.

—¿En qué momento se dio cuenta Marcos de que eras tú, la misma persona con la que hablaba cómo Chris?

Esa era exactamente la gran pregunta. Me quedé mirando al infinito unos segundos antes de responder.

—No tengo ni idea.

Marta se acomodó mejor en el asiento.

—Es que eso cambiaría muchísimo las cosas.

Asentí lentamente.

—Muchísimo.

Carlos tamborileó los dedos contra el volante.

—Porque cuando empezó a hablar con LunaNix online no podía saber que eras su vecina.

—Claro —dijo Marta inmediatamente—. Entonces… ¿cuándo lo descubrió?

Me mordí el labio, pensativa.

—La primera vez que le hablé de Chris parecía sorprendido.

Carlos frunció el ceño.

—¿Pero sorprendido de verdad o ahora te parece sorprendido porque sabes la verdad?

Joder. Buena pregunta.

—No lo sé.

Me dolía la cabeza otra vez solo de intentar reconstruir todo aquello.

Marta apoyó la barbilla sobre la mano y preguntó.

—¿Y por qué Chris?

—¿Qué?

—El nombre. Si se llama Marcos, ¿por qué demonios se hacía llamar Chris en internet?

El coche quedó en silencio unos segundos. Porque sí, aquello también era rarísimo.

Carlos habló más despacio.

—¿Nunca te contó nada personal como Chris?

—Todo el tiempo.

—¿Y ahora qué partes sabes que eran verdad? Es decir, ¿coincide con la vida de Marcos?

Miré hacia la carretera por la ventanilla, sintiendo el pecho apretarse otra vez.

—Eso es exactamente lo que me está matando.

Ya no sabía qué recuerdos podía conservar sin sentirme idiota. Qué conversaciones habían sido reales y cuáles no. Qué emociones eran sinceras y lo peor de todo, era que una parte de mí seguía creyendo que casi todas eran ciertas.

Marta debió notarlo porque enseguida dijo.

—Oye.

La miré.

—Aunque sea el hombre más imbécil del planeta… yo sí creo que te quiere de verdad.

—Eso es lo peor — dijo Carlos, soltando el aire lentamente—, porque si hubiera sido un capullo sin sentimientos sería más fácil odiarlo.

Asentí apenas.

—Exacto.

El resto del trayecto seguimos hablando de pequeños detalles. Reconstruyendo momentos e intentando entender cuándo Marcos había dejado de ser simplemente «Chris» para empezar a enamorarse de verdad. Sinceramente, cuanto más hablábamos, menos sentido tenía todo.

Cuando llegamos al apartamento de Marta, me dejé caer directamente sobre el sofá, agotada. Carlos dejó mi maleta junto a la pared y miró la hora.

—Mierda. Tengo que irme en cinco minutos.

Marta levantó una ceja.

—Adulto responsable.

—Alguien tiene que mantener esta familia disfuncional.

Eso consiguió arrancarme una pequeña sonrisa. Después de las últimas cuarenta y ocho horas, sonreír ya parecía un milagro.

Carlos se acercó antes de irse y volvió a abrazarme.

—Intenta descansar un poco.

—Gracias por todo.

Él negó con la cabeza.

—Ni se te ocurra agradecer nada.

Después miró a Marta.

—Y tú no la dejes que se encierre en bucle con sus pensamientos.

Marta levantó la mano como si estuviera haciendo un juramento.

—Prometido.

La puerta se cerró trás de él y apenas hubo silencio tres segundos cuando Marta ya estaba señalándome directamente.

—Playa.

La miré horrorizada.

—Ni de coña.

—Sí de coña.

—Marta, tengo ganas de morirme, no de ponerme un bikini.

Ella se cruzó de brazos.

—Precisamente por eso necesitas playa.

—No.

—Sí.

—No.

—Luna.

Suspiré dejando caer la cabeza hacia atrás.

—No quiero ver gente.

Marta se sentó a mi lado.

—No vamos a una discoteca. Vamos a tumbarnos al sol como dos lagartijas depresivas.

—Qué imagen tan bonita.

—Además, necesito caminar porque esta niña ya pesa como un camión.

Se acarició la barriga automáticamente. Seguía impresionándome verla así. Mi amiga estaba embarazada. Tan feliz y tan aterrorizada al mismo tiempo.

Al final, como siempre, ganó ella y quince minutos después caminábamos hacia la playa cargadas con toallas, crema solar y una bolsa llena de comida basura que Marta había comprado «por salud mental».

El aire olía a sal, a verano, a tranquilidad y, aunque seguía sintiendo un agujero horrible dentro del pecho, el mar ayudó.

Nos tumbamos cerca de la orilla y durante un rato simplemente escuchamos las olas. Sin hablar demasiado, hasta que Marta abrió una bolsa de patatas.

—¿Sabes qué creo?

—Que vas a decir algo que no quiero escuchar.

—Correcto.

Sonrió apenas.

—Creo que Marcos está completamente destruido.

—No quiero hablar de él ahora mismo.

—Me parece normal.

Marta se giró hacia mí.

—Pero también sé cómo te miraba.

Tragué saliva lentamente. Yo también lo sabía. Demasiado bien.

*

El miércoles pasó lento y el jueves directamente explotó de trabajo. La directora de la academia me llamó por videollamada a media mañana y yo aparecí frente a la pantalla intentando parecer la profesora responsable. Fracaso absoluto.

—Luna, ¿estás bien?

—He tenido unos días complicados.

—He leído tu email. Ya sé que no estás en Madrid.

—Sí. Estoy en Gran Canaria por un tiempo, no sé cuánto se alargará. Temas personales.

Patricia suspiró.

—Bueno, eso complica el siguiente taller presencial.

—Lo sé y lo siento muchísimo.

Ella permaneció callada unos segundos. Después sonrió.

—¿Y si lo hacemos online?

Abrí los ojos de par en par.

—¿Qué?

—Piénsalo.

Se inclinó un poco hacia la cámara.

—Tenemos muchísimos alumnos interesados fuera de España. Incluso podría funcionar mejor.

Mi cerebro tardó literalmente cinco segundos en reaccionar.

—Eso… eso podría estar muy bien.

—Exacto.

Y, de repente, ahí estaba otra vez: esa sensación, la ilusión y las ganas. Algo parecido a futuro.

Pasamos casi una hora organizando ideas, precios y formatos. Cuando colgué estaba nerviosa otra vez, pero de una forma completamente distinta.

Me sentía mejor, más ilusionada y necesitaba eso desesperadamente. Esa tarde terminé trabajando desde la terraza mientras Marta dormía la siesta dentro. Estuve preparando ejercicios, presentaciones e ideas nuevas que me venían a la cabeza hasta que escuché su móvil sonar dentro del salón. No le di importancia al principio. Seguro que era Carlos.

Pero después escuché la voz de Marta.

—No, Marcos, ahora mismo no puedes hablar con ella.

Silencio. Después Marta soltó aire lentamente.

—Está hecha polvo.

Escuché pasos dentro del apartamento y después la voz de Marta otra vez, mucho más baja.

—No, no voy a pasarte con ella. Ya te lo he dicho.

Silencio de nuevo y entonces:

—Pues claro que está enamorada de ti, imbécil.

Cerré los ojos automáticamente y Marta apareció unos minutos después en la terraza con la cara completamente agotada. Yo seguía fingiendo mirar el ordenador.

—Era él, ¿verdad?

Ella se dejó caer en la silla frente a mí.

—Sí.

No dije nada. Marta apoyó los codos sobre la mesa.

—Luna… está fatal.

La miré inmediatamente.

—No quiero saberlo.

—Pues lo siento porque voy a decírtelo igual.

—Marta.

—No me estaba manipulando y te aseguro que no estaba intentando justificarse. Estaba jodido de verdad.

—Me da igual.

Mentira, y ella debió notarlo porque suspiró despacio.

—Solo te pidió una cosa, Luna.

La miré en silencio.

—Que le des una oportunidad para explicarse algún día.

Aparté la vista inmediatamente porque una parte de mí quería decir que sí y la otra seguía queriendo matarlo.

Esa noche cenamos los tres juntos en el apartamento. Carlos apareció agotado del trabajo, pero aun así consiguió hacernos reír prácticamente desde que entró por la puerta.

—Necesito alcohol y una ducha. En ese orden.

Marta levantó una ceja.

—Qué hombre tan sofisticado.

Carlos abrió la nevera mientras seguía hablando.

—Por cierto, este sábado hay fiesta en casa de Dani. Del Dani bueno, no del psicópata.

Eso consiguió arrancarme una carcajada.

—Gracias por la aclaración —dijo Marta.

Él señaló con una cerveza hacia mí.

—Piscina, barbacoa, música, gente normal y muy simpática.

—Paso —respondí automáticamente.

Marta levantó la mano enseguida.

—Ella viene.

La miré horrorizada.

—¿Perdón?

—Necesitas divertirte.

—Necesito desaparecer debajo de una manta durante seis meses.

Carlos empezó a reírse.

—También es válido, pero primero vienes a la fiesta.

Negué inmediatamente.

—No pienso socializar.

Marta me señaló con el tenedor.

—Sí vas a socializar.

—No.

—Sí.

—Marta.

—Luna.

Carlos observaba la discusión completamente entretenido.

—Me encanta que vuestra amistad funcione básicamente como un matrimonio tóxico.

Acabé aceptando solo porque literalmente no me dejaron otra opción, y discutir con mi querida amiga debería considerarse deporte de riesgo.

*

A la mañana siguiente desayunábamos en la terraza cuando Marta decidió traicionarme de nuevo.

—Ayer hablé con Marcos otra vez.

Levanté la cabeza inmediatamente.

—¿Qué?

Ella mordió tranquilamente una tostada.

—Te enfadas demasiado rápido para alguien que todavía lo ama muchísimo.

—¡MARTA!

—¿Qué? Ahora digo la verdad sin filtro. Será por la hormiguita que está creciendo dentro de mí.

La fulminé con la mirada.

—¿Y qué demonios te dijo?

—Que está desesperado.

—Pues que se fastidie.

—Luna.

—No.

Dejé la taza sobre la mesa más fuerte de lo necesario.

—No voy a sentirme culpable porque él esté mal después de lo que me ha hecho. Me siento traicionada.

Marta me observó unos segundos antes de hablar más despacio.

—No te estoy pidiendo que vuelvas con él.

—Pues parece bastante eso.

Ella negó suavemente.

—Solo te estoy diciendo que quizá deberías escucharlo antes de cerrar la puerta del todo.

Me levanté directamente de la silla.

—No quiero hablar de esto.

Estaba enfadada con ella. Muchísimo, aunque me duró aproximadamente doce minutos porque Marta apareció luego abrazándome por detrás en la cocina.

—No me odies.

—Eres insoportable.

—Pero me quieres.

La verdad era que sí. Demasiado.

*

El viernes entero se me fue trabajando. Clases online, correcciones y preparar el taller. Aunque me encerré en el trabajo para pensar lo menos posible, entre ejercicio y ejercicio mi cabeza se iba a Marcos. Era agotador porque, incluso bloqueado, seguía estando en todas partes.

Llegó el sábado y Marta apareció en mi habitación completamente alterada.

—¡NO SÉ QUÉ PONERME!

La observé desde la cama intentando no reírme.

—Llevas cuarenta minutos diciendo exactamente eso.

Ella señaló su barriga indignadísima.

—Porque mírame. Estoy enorme y nada me queda bien.

Solté una carcajada.

—Tienes una tripa minúscula.

—Parezco una empanadilla gorda.

—Estás guapísima, Marta. Eres la mujer más guapa de todo Canarias.

Marta me miró dramáticamente.

—Mientes fatal.

Me levanté, acercándome a ella, y le aparté el pelo de la cara.

—Carlos no puede dejar de mirarte. Literalmente babea cada vez que apareces.

Eso consiguió hacerla sonrojar.

—¿Sí?

—Sí.

Sonrió pequeñito. Se la veía realmente feliz. Incluso con todo el miedo encima.

Ella me miró entonces directamente.

—Tú también sigues estando preciosa, aunque tengas cara de querer asesinar hombres.

Solté una risa cansada.

—Gracias, supongo.

Terminamos las dos sentadas en el suelo, rodeadas de bañadores, maquillaje y caos absoluto mientras nos ayudábamos mutuamente. Como siempre, como llevábamos haciendo toda la vida desde que nos conocíamos y, quizá por primera vez desde que descubrí la verdad sobre Marcos, conseguí sentir algo parecido a la paz.

CAPÍTULO 30

La fiesta empezó demasiado bien y, sinceramente, viendo cómo terminó el día de ayer, probablemente ese ya era el primer problema.

La casa del amigo de Carlos estaba prácticamente pegada al mar. Música sonando desde los altavoces del jardín, gente riéndose por todas partes, olor a carne a la barbacoa y una piscina enorme llena de personas medio borrachas desde las dos de la tarde.

Marta caminaba a mi lado mientras me miraba de arriba abajo.

—Vale, necesito decirte algo importante.

Levanté una ceja.

—Qué miedo.

—Ese bikini debería estar penado por ley.

Solté una risa.

—Tú sí que estás buena y, encima, creando vida. Competencia desleal.

Ella se miró, acariciándose automáticamente la barriga.

—Parezco una albóndiga rebozada.

—Pareces una embarazada sexy.

—Voy a llorar.

—No empieces que yo también estoy muy sensible.

Eso consiguió hacerla reír justo cuando Carlos apareció detrás de nosotras cargado con una bolsa llena de hielo.

—Perfecto, ya habéis empezado vuestro ritual de halagos lésbicos.

Marta le fulminó con la mirada.

—Vete a trabajar, hombre heterosexual.

Carlos empezó a reírse.

—La fiesta es allí fuera y vosotras seguís aquí, evaluándoos como si fuerais concursantes de Miss Canarias.

Entramos al jardín y durante unos segundos simplemente observamos el ambiente. La música estaba genial, la piscina era muy grande para ser de una

sola casa, la gente bailaba y se reían por todas partes del jardín y las mesas estaban llenas de comida que tenía pinta exquisita. Por primera vez en muchos días mi cabeza dejó de dolerme un poco.

Un chico pasó ofreciendo mojitos y cogí uno automáticamente. Casi me lo bebí como si fuera un chupito. Error histórico, pero en ese momento me daba exactamente igual. Necesitaba dejar de pensar aunque fuera unas horas.

—Te estás bebiendo eso demasiado rápido —dijo Marta acercándose.

La miré ofendidísima.

—Habla la mujer que no puede beber.

Ella me quitó el vaso de las manos un segundo para darle un sorbo de prueba.

—Ay, Dios. Esto lleva ron para matar a un caballo.

Recuperé el mojito inmediatamente.

—Perfecto, entonces, porque eso es lo que necesito: olvidarme hasta de cómo me llamo.

Marta me observó unos segundos.

—Luna.

—¿Qué?

—No hagas tonterías hoy.

Solté una risa pequeña.

—¿Qué tonterías exactamente?

Ella levantó una ceja despacio.

—Las típicas de «voy a intentar olvidar mis problemas bebiéndome hasta el agua de los floreros y ligándome al primer tío atractivo que aparezca».

—No voy a hacer eso.

En ese mismo instante apareció un hombre detrás de Carlos. ¿Por qué todos los canarios parecen haber sido creados por dioses? Perfecto, el universo claramente odiándome activamente.

—Ah, mira —dijo Carlos señalándolo—. Este es Héctor.

El chico me sonrió.

—Hola.

—Encantada, Luna.

Marta me miró automáticamente y yo también la miré. Ella cerró los ojos un segundo como si ya estuviera cansada de mi existencia.

—No —murmuró.

—¿Qué no?

—Te conozco demasiado bien.

Héctor soltó una pequeña risa confundida.

—¿He llegado en mal momento?

Carlos empezó a reírse inmediatamente.

—No. Has llegado exactamente en el momento en que Luna está tomando malas decisiones.

—¡CARLOS!

—¿Qué? Estoy siendo honesto.

Héctor seguía sonriendo, divertido. Tenía una sonrisa muy bonita y eso tampoco ayudaba.

Terminamos todos juntos en la piscina, hablando mientras sonaba música latina a un volumen completamente absurdo.

Héctor trabajaba con Carlos algunas veces organizando eventos y, sinceramente, era simpático. Demasiado simpático para mi estado mental actual.

—Entonces eres profesora de español —dijo, apoyándose contra una de las barras de la piscina.

Asentí mientras daba otro sorbo al mojito.

—Y futura empresaria internacional del imperio lingüístico.

Marta levantó el vaso desde la tumbona.

—Eso. Mentalidad de tiburón.

Héctor soltó una carcajada.

—Me gusta vuestra energía caótica.

—Eso es porque aún no las conoces bien —respondió Carlos.

El alcohol empezaba a hacer efecto y, sinceramente, se notaba. Me sentía más ligera, más desinhibida y menos rota.

Héctor se sentó a mi lado en el borde de la piscina.

—Carlos me ha hablado mucho de ti.

Giré la cabeza hacia él.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Bebió un poco de cerveza antes de continuar.

—Dijo que eras divertida, intensa y peligrosa.

Abrí la boca, indignada.

—Voy a asesinarlo.

Desde la tumbona, Carlos levantó una mano.

—¡NO HE DICHO PELIGROSA! HE DICHO COMPLICADA.

—Eso es muchísimo peor.

Héctor y yo empezamos a reírnos otra vez. Hacía muchísimo tiempo que no me reía así con alguien nuevo. Eso también me asustó un poco por un momento. Una parte de mí seguía sintiéndose culpable incluso estando enfadada con Marcos y como si coquetear ya fuera una traición. Absolutamente ridículo porque técnicamente yo estaba soltera. Muy soltera y muy abandonada también. Así que seguí bebiendo. Error número dos.

Un rato después ya estábamos todos dentro de la piscina. Bueno, todos menos Marta, que estaba sentada con los pies dentro del agua mirándonos como una madre agotada.

—Luna, llevas demasiados mojitos.

Levanté un dedo hacia ella.

—Primero, no me juzgues y, segundo, estoy viviendo mi era villana.

Carlos casi se atraganta de la risa.

—Tu era villana consiste en llorar viendo vídeos de perros adoptados.

—Eso no es información pública.

Héctor me salpicó agua suavemente.

Marta seguía observándome con esa cara de «vas a hacer una estupidez y ambas lo sabemos» y quizá tenía razón, pero sinceramente me daba totalmente igual en ese momento porque, cuanto más bebía, más necesitaba demostrarme algo. No sabía exactamente qué. Posiblemente que podía seguir adelante, que Marcos no me había destruido y que todavía podía gustarle a alguien. No tenía ni idea, pero el vacío seguía ahí debajo de todo.

Héctor se fue al baño y Carlos salió de la piscina, secándose el pelo con una toalla.

—Vale. Momento serio.

Lo miramos las dos. Pero señaló directamente hacia mí.

—No ligues hoy.

Solté una carcajada.

—¿Perdón?

—Lo digo completamente en serio.

Marta asintió inmediatamente desde la tumbona.

—Yo también lo pienso.

Abrí los brazos, indignadísima.

—¿Qué os pasa?

Carlos me miró directamente.

—Que estás hecha polvo aunque intentes fingir lo contrario.

El comentario me golpeó más de lo esperado porque sí, seguía hecha polvo y probablemente se notaba muchísimo más de lo que quería admitir.

Bebí otro trago demasiado largo antes de responder y, por primera vez desde que empezó la fiesta, el ambiente dejó de parecer tan ligero.

Carlos se sentó frente a mí en el borde de la piscina.

—Luna.

—¿Qué?

—No tienes que demostrar nada hoy.

La frase me atravesó directamente porque eso era exactamente lo que estaba haciendo. Demostrar que seguía siendo deseable y que podía seguir adelante. Me quedé callada unos segundos, mirando el agua moverse alrededor de mis piernas, hasta que Marta habló otra vez.

—No pasa nada por estar mal un tiempo.

El alcohol ya no estaba ayudando tanto. Ahora solo me hacía sentir más sensible.

Héctor regresó y se dio cuenta de que el ambiente había cambiado. Permaneció completamente en silencio unos segundos antes de hablar.

—Creo que voy a por otra cerveza y os dejo de terapia grupal un rato.

Eso consiguió arrancarnos una pequeña risa a los tres. En cuanto se alejó, Marta me miró directamente.

—No intentes usar a otro hombre para olvidar a Marcos.

—No estoy intentando olvidar a Marcos.

Carlos levantó una ceja y dijo.

—Entonces explícame todos los mojitos que llevas, porque he perdido la cuenta, y las miraditas al pobre Héctor también.

Abrí la boca para responder. No salió absolutamente nada. Tenían razón y eso me cabreaba muchísimo. Me apoyé hacia atrás, cerrando los ojos un momento.

—Odio que me conozcáis tanto.

Marta sonrió apenas.

—Es nuestro trabajo.

Todo el mundo parecía feliz y yo estaba allí sentada, intentando decidir si quería seguir huyendo o si, en realidad. lo que más miedo me daba era seguir queriendo a Marcos tanto después de todo.

Héctor terminó pasando prácticamente toda la tarde pegado a mí y, aunque una parte de mí sabía perfectamente lo que estaba pasando, la otra seguía demasiado borracha como para preocuparse demasiado.

—Creo que ya deberías parar de beber —dijo Marta acercándose con los brazos cruzados.

La miré completamente indignada mientras intentaba bailar.

—No controles mi libertad artística.

Carlos soltó una carcajada detrás de ella.

—Está oficialmente destruida.

—¡Estoy PERFECTAMENTE! Querido Carlos.

En ese mismo instante tropecé conmigo misma y terminé estampándome directamente contra el pecho de Héctor. Él me sujetó automáticamente por la cintura para que no acabara dentro de la piscina.

—Bueno… quizá no perfectamente.

Empecé a reírme apoyada contra él. Olía demasiado bien y eso tampoco ayudaba.

—Luna —dijo Marta, ya con tono de madre divorciada y muy cabreada—. Basta.

La señalé con un dedo.

—No puedes mandarme solo porque vayas a ser mamá.

—Precisamente por eso puedo asesinarte y luego decir que fueron las hormonas.

Carlos se estaba riendo tanto que casi se cae. Él también había bebido demasiado.

Héctor seguía sujetándome porque, claramente, mi coordinación ya había abandonado el chat hacía horas.

—Creo que deberías sentarte un poco —me dijo bajito.

Giré la cabeza hacia él.

—¿Tú siempre eres tan responsable o solo hoy?

—Solo cuando una chica preciosa está intentando intoxicarse delante de mí.

Marta cerró los ojos directamente.

—Ay, Dios mío.

Solté una carcajada, apoyándome todavía más contra Héctor. Estaba ligando con él descaradamente. Muchísimo. El alcohol me había quitado el poco autocontrol que me quedaba y, por unas horas, quería dejar de sentirme la mujer más humillada del planeta.

Héctor me apartó el pelo de la cara mientras seguíamos bailando entre la gente.

—¿Siempre eres así? —me preguntó.

—¿Así cómo?

—Intensa.

Eso me hizo reír otra vez.

—No. A veces soy peor.

Él soltó aire, divertido.

—Me lo creo.

Marta apareció otra vez a nuestro lado.

—Vale. Necesito hablar contigo dos segundos.

Negué inmediatamente.

—No quiero terapia ahora.

—Pues la vas a tener igual.

Me agarró del brazo, alejándome un poco de Héctor mientras yo protestaba dramáticamente.

—Me está secuestrando, Héctor. ¡Ayúdame, por favor!

Héctor empezó a reírse.

—Yo te espero aquí. Me da mucho miedo.

Marta me llevó prácticamente arrastrando hasta una esquina del jardín.

—¿Qué estás haciendo?

La miré completamente confundida.

—Bailar.

—Luna.

—¿Qué?

—Estás fatal.

La frase me atravesó un segundo incluso estando borracha.

—Gracias.

—No me refiero a eso.

Suspiró frustrada.

—Te estás intentando arrancar a Marcos de encima a base de alcohol y tíos atractivos, y sabía que esto iba a pasar desde que te vi beber el primer mojito como si fuera agua y no es buena idea.

Abrí los brazos indignada.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—¡TODO!

Me señaló directamente.

—Mírame a mí. UNA noche impulsiva y ahora estoy creando un ser humano.

No pude evitar empezar a reírme otra vez.

—Sí, pero Carlos y tú estáis enamorados. Igual debería probar suerte.

Marta me fulminó con la mirada.

—No uses mi embarazo como argumento romántico porque literalmente tuve ataques de ansiedad durante meses.

—Bueno, eso solo son pequeños detalles.

Ella se llevó una mano a la frente, desesperada.

—Dios mío. Estás borrachísima.

—Un poquito.

—Muchísimo.

Carlos apareció entonces con dos botellas de agua.

—Vale. Cambio de estrategia. Hidratación obligatoria.

Cogí la botella automáticamente.

—Sois aburridísimos.

Carlos me observó unos segundos.

—No quiero verte arrepintiéndote mañana.

Eso hizo que me callara un momento porque, incluso borracha, sabía que había muchas posibilidades de que eso pasara y por eso me cabreaba tanto.

Héctor volvió a acercarse despacio.

—Tranquilos. No voy a aprovecharme de la situación.

Carlos lo miró directamente y, por un segundo, el ambiente se puso mucho más serio.

—Más te vale, colega.

Héctor asintió sin molestarse siquiera.

—Lo digo en serio, jamás me aprovecharía de una mujer borracha.

Después me miró a mí.

—Me gustas mucho, Luna. Pero voy a comportarme como un hombre correcto, no como un imbécil.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y Marta debió notarlo porque inmediatamente dijo:

—Vale. La fiesta se ha terminado.

Abrí la boca, horrorizada.

—¿QUÉ?

—Nos vamos.

—Marta, son las nueve de la noche.

—Y tú llevas el equivalente alcohólico a una despedida de soltera en Ibiza.

Carlos levantó la mano.

—Yo ahora no puedo conducir.

—Perfecto —dijo Marta—. Había olvidado ese pequeño detalle.

Héctor suspiró resignado.

—Os llevo yo. No he bebido más que una cerveza hace dos horas.

Intenté protestar otra vez, pero sinceramente ya nadie me estaba haciendo caso.

Diez minutos después iba sentada detrás en el coche de Héctor mientras Marta seguía mirándome como una madre profundamente decepcionada.

—No pongas esa cara.

—¿Qué cara, Luna?

—La cara de «mi mejor amiga es idiota».

Carlos empezó a reírse desde el asiento del copiloto.

—Pues honestamente, ahora mismo sí lo eres un poco.

Le lancé una mirada ofendidísima.

—No os merezco.

—Eso es verdad —respondió Marta inmediatamente—. Merecemos una amiga más responsable y menos borracha.

Solté una carcajada, apoyando la cabeza contra la ventana. Todo me daba vueltas.

Héctor nos miró por el espejo retrovisor.

—¿Siempre sois así?

Carlos suspiró dramáticamente.

—Peor. Hoy están hasta relajadas.

Marta empezó a reírse y, al final, yo terminé riéndome también. Era imposible no hacerlo con ellos. Aunque estuviera jodida.

Cuando llegamos al edificio de Marta, seguía medio riéndome por una estupidez que había dicho Carlos sobre Canarias y tequila hasta que vi una figura sentada junto al portal y el mundo entero se frenó de golpe. Mi sonrisa desapareció inmediatamente.

Marcos levantó la cabeza al escuchar el coche. La cara que tenía estaba totalmente desencajada; parecía llevar días sin dormir.

Durante meses había sido yo quien tenía miedo de perderlo. Verlo al otro lado resultaba extrañamente doloroso.

Instantáneamente me puse furiosa con él, conmigo y con el mundo en general.

—No.

Mi voz salió mucho más agresiva de lo que esperaba.

Marta miró hacia delante automáticamente.

—Hostia.

Carlos soltó aire despacio.

—Vale, esto no me lo esperaba.

Marcos ya se había levantado. Entonces vio a Héctor conduciendo y algo cambió inmediatamente en su cara. La tensión del cuerpo se vio de lejos. Celos brutales.

Abrí la puerta del coche de golpe, bajándome como pude.

—¿Qué haces aquí?

Él dio un paso hacia mí inmediatamente.

—Necesitaba verte, Luna. Tenemos que hablar, por favor.

Empecé a reírme completamente fuera de mí.

—¿Necesitabas verme? ¿AHORA?

El alcohol hizo explotar toda la rabia muchísimo más rápido.

—¿Te has vuelto completamente loco?

Marcos seguía mirándome como si quisiera comprobar físicamente que estaba bien. Después volvió a mirar a Héctor.

—¿Estás borracha? Y ¿Quién coño es él?

Me quedé mirándolo, incrédula.

—¿PERDONA?

Héctor salió del coche despacio.

—Creo que yo debería irme.

—No —solté inmediatamente sin apartar los ojos de Marcos—. Tú no te mueves de aquí. El que se tiene que ir es él.

Marcos tensó la mandíbula todavía más.

—Luna, estás borracha.

—Y tú eres un hijo de puta manipulador. Mira qué bien nos está yendo a los dos.

Marta se acercó rápidamente a mí.

—Vale. Bajemos el volumen todos.

Pero ya era tarde porque Marcos seguía mirándome como si el simple hecho de verme salir de un coche de otro hombre lo estuviera matando por dentro y una parte cruel de mí disfrutó un poco de eso.

—No voy a dejar que pase otro día más sin que me escuches, Luna —dijo él más serio—. Además, estás borracha y no tienes buena cara.

Solté una carcajada completamente incrédula.

—¿Perdona? ¿Ahora te preocupa mi bienestar?

—Luna.

—NO me hables como si siguieras teniendo derecho a hablarme así.

Héctor observaba toda la escena completamente incómodo. Carlos directamente parecía preparado para intervenir físicamente si hacía falta.

Marcos volvió a mirarme despacio. Tenía los ojos destrozados.

—Solo quiero hablar contigo.

Me negaba a mirarle a los ojos, así que Marcos dio otro paso hacia delante sin apartar los ojos de Héctor. La tensión entre los dos podía cortarse con un cuchillo.

—Te he preguntado antes quién coño eres.

Carlos soltó aire inmediatamente.

—Vale. Vamos a calmarnos todos un poco.

Pero Marcos ni siquiera lo escuchó. Seguía mirando a Héctor como si quisiera arrancarlo físicamente de allí. El nivel de celos que tenía encima era hasta ofensivo después de todo lo que me había hecho.

Héctor soltó, completamente harto ya:

—Y yo creo que no tienes derecho a hablarme así.

Marcos se tensó todavía más.

—¿Ah, no?

—No.

Héctor dio un paso también hacia él.

—Porque, por lo que estoy viendo aquí, el problema no soy yo.

—Héctor… —murmuró Carlos, advirtiéndole.

Pero ya era tarde.

Marcos soltó una risa completamente incrédula.

—¿Y tú qué coño sabes?

—Lo suficiente para saber que la has dejado hecha mierda.

El silencio cayó de golpe. Mi respiración seguía completamente acelerada por la rabia, el alcohol y por Marcos. De repente, empecé a marearme muchísimo. Mala señal.

Marta me miró automáticamente.

—Hostia.

Me llevé una mano a la boca inmediatamente.

—No. No, no, no…

El suelo empezó a moverse debajo de mis pies.

Marcos dejó de mirar a Héctor en el acto.

—Luna.

Pero yo ya estaba girándome hacia el portal, completamente desesperada.

—Aparta.

Empecé a caminar rapidísimo, intentando llegar al ascensor. Fracaso absoluto porque casi me mato contra el primer escalón.

Marta salió corriendo detrás de mí.

—¡LUNA, ESPERA!

—Voy a vomitar.

—Sí, eso ya lo estamos viendo.

Escuché a Marcos moverse detrás de nosotras.

—Déjame ayudarla.

—¡NI DE COÑA! —gritó Marta sin girarse siquiera.

Agradecí muchísimo que alguien estuviera protegiéndome de él porque yo ahora mismo no podía protegerme ni de mi propio equilibrio. Conseguí llegar al portal prácticamente arrastrándome. El ascensor tardaba demasiado.

—Marta, voy a morir.

—No vas a morir.

—Voy a vomitarme encima y luego sí voy a querer morir.

Ella intentaba sujetarme al mismo tiempo que intentaba abrir la puerta.

—Te odio muchísimo ahora mismo, Luna.

—Eso es porque soy divertida en fiestas.

—¡ERES UN PUTO UN DESASTRE!

Yo seguía intentando respirar sin vomitar cuando escuché voces en la calle todavía. Carlos, Marcos y Héctor discutiendo.

Fuera del edificio, Carlos se pasó la mano por la cara, completamente agotado.

—Vale. Héctor, mejor vete.

Héctor seguía mirando hacia el portal, preocupado.

—¿Estará bien?

Carlos soltó una risa nasal.

—No. Pero sobrevivirá.

Marcos seguía rígido como una piedra mirando hacia dentro del edificio.

—No tendría que haber bebido así.

Héctor lo miró directamente.

—Pues quizá, si no le hubieras destrozado, no estaría intentando anestesiarse a base de mojitos.

Eso hizo que Marcos girara la cabeza inmediatamente hacia él otra vez. Esa mirada fue pura rabia.

Carlos se interpuso antes de que aquello escalara.

—Ya está. Los dos.

Después miró a Héctor.

—Gracias por traernos, pero creo que ahora es mejor que te vayas antes de que creemos una tragedia romana.

Héctor asintió lentamente.

—No iba a dejaros. Ya sabes que siempre puedes contar conmigo, amigo.

Marcos soltó una risa seca, completamente cargada de celos.

—Qué considerado.

Héctor ya empezaba a cansarse de verdad.

—Mira, tío, no sé exactamente qué has hecho, pero, sinceramente. viendo

cómo está la chica, deberías preocuparte menos por mí y más por arreglar tu mierda.

El silencio volvió a ponerse tenso. Carlos intervino inmediatamente otra vez.

—Vale. Fin.

Después apoyó una mano sobre el hombro de Héctor.

—Yo le pasaré tu número si ella quiere hablar contigo.

Ahí sí Marcos explotó por dentro. Se le vio en la cara al instante.

—¿Perdona?

Carlos lo miró completamente tranquilo.

—He dicho SI ELLA QUIERE.

Ahora era real. Otro hombre queriendo acercarse a mí. Otro hombre haciéndome reír, sujetándome y mirándome de una forma que no le hacía ni puñetera gracia. Por primera vez desde que todo había explotado, Marcos estaba viendo lo que significaba realmente perderme.

Héctor terminó suspirando derrotado.

—Mira, sinceramente, creo que ninguno está para esto ahora mismo.

Después miró a Carlos.

—Avísame cuando llegues arriba, dime cómo está y cómo pasa la noche. Mañana te llamo.

Carlos asintió.

—Lo haré.

Héctor volvió a mirar un segundo hacia el portal y luego se marchó.

Marcos siguió observando cómo el coche desaparecía calle abajo sin decir absolutamente nada. Pero la tensión que tenía encima era brutal.

Carlos esperó unos segundos antes de hablar.

—Tú y yo tenemos que hablar antes de nada.

Marcos apartó por fin la vista de la calle. Estaba agotado, destrozado y completamente fuera de sí.

—No estoy para sermones ahora mismo.

—Pues mala suerte.

Carlos señaló hacia el bar que había justo al lado del edificio.

—Vamos.

Marcos miró una última vez hacia el portal, como si quisiera subir corriendo detrás de mí. Como si le doliera físicamente quedarse abajo, pero al final terminó siguiéndolo en silencio. Los dos desaparecieron dentro del bar mientras arriba, probablemente, yo seguía abrazada al váter, odiándolo con toda mi alma y enamorada de él exactamente igual.

CAPÍTULO 31

El bar estaba prácticamente vacío. Un partido de fútbol sonaba en una televisión colgada en una esquina y un camarero aburrido secaba vasos detrás de la barra mientras Carlos y Marcos se sentaban en una mesa al fondo.

Durante casi varios minutos ninguno habló. Marcos tenía los ojos clavados en el vaso de whisky que acababan de dejarle delante y parecía agotado, no físicamente, algo peor. Como si llevara días sosteniéndose con lo justo.

Carlos lo observó unos segundos antes de apoyarse hacia atrás en la silla.

—Vale. Empieza.

—No sé ni por dónde hacerlo.

—Pues te recomiendo que sea por la parte en la que te convertiste en dos hombres distintos para hablar con la misma mujer porque, sinceramente, sigo intentando procesarlo.

—La conocí después —dijo Marcos con la voz apagada.

—¿Después de qué?

—Después de empezar a hablar con ella como Chris.

—Espera.

Carlos se inclinó un poco hacia delante.

—¿Tú no sabías que LunaNix era Luna cuando empezaste a hablar con ella?

Marcos negó lentamente.

—Ni de coña.

Cogió el vaso, pero no bebió todavía.

—Fue una coincidencia absurda.

Carlos seguía mirándolo, intentando ordenar mentalmente toda la historia.

—Explícame eso bien porque parece una puta película de terror.

Marcos tomó aire y siguió hablando.

—Conocí a LunaNix en un foro. Empezamos a hablar sin más. Ella era divertida, inteligente e intensa.

Una sonrisa mínima apareció otra vez en su boca.

—Y jodidamente transparente cuando bajaba la guardia.

Carlos levantó una ceja.

—Eso ha sonado muy de psicópata.

—Probablemente.

Por primera vez, Marcos bebió un trago. Después continuó más serio.

—Dos días después me crucé con Luna en el portal.

Carlos abrió un poco los ojos.

—¿Dos días?

Asintió.

—Me dijo su nombre y me sonó raro. Mucho. Pero tampoco pensé demasiado porque Luna no es precisamente un nombre único.

Se pasó una mano por la nuca.

—El problema llegó después.

—¿Cuándo?

—En una conversación.

Marcos todavía era incapaz de creerlo él mismo.

—Me contó algo que también me había contado como Chris unas horas antes.

Carlos se quedó completamente quieto.

—Hostia.

—Sí.

Marcos volvió a bajar la mirada al vaso.

—Y ahí lo entendí todo de golpe.

—¿Y qué hiciste?

—Entré en pánico.

—Normal.

—No, Carlos, no entiendes el nivel.

Se frotó la cara con ambas manos.

—Porque ella ya me gustaba como Chris solo hablando por el chat y luego apareció ella físicamente y fue todavía peor, me gustaba aún más.

—¿Cuándo pensabas decírselo?

—Lo intenté muchísimas veces.

Eso sonó brutalmente sincero.

—Te juro que intenté hacerlo, Carlos.

Este cruzó los brazos.

—Pero no lo hiciste.

Marcos negó despacio.

—Cada día que pasaba era más difícil.

Apretó la mandíbula un segundo antes de continuar.

—Como Chris, ella se abría muchísimo más. Le contaba… bueno, me contaba cosas que jamás le decía a nadie.

—Ya.

—Y empezó a necesitar a Chris.

El nombre salió de su boca con una mezcla rarísima de culpa y rabia hacia sí mismo.

—Ahí fue cuando todo se jodió de verdad.

Carlos suspiró lentamente.

—Porque te diste cuenta de que, si desaparecías, le ibas a hacer daño.

—Mucho. Y si se lo contaba, podía perderla.

Por fin bebió otro trago largo.

—Intenté dejar de escribirle varias veces.

—¿Y?

Soltó una risa amarga.

—No duraba ni un día. Aunque una vez estuve una semana entera sin escribirle y fue una auténtica pesadilla.

Carlos lo miró directamente.

—Estabas enganchado a ella.

—Hasta las putas trancas.

El silencio volvió a caer entre los dos y, por primera vez desde que había empezado aquella conversación, Carlos dejó de verlo como «el tío que le hizo daño a Luna». Ahora estaba viendo a un hombre completamente perdido y enamorado hasta un punto bastante preocupante.

—¿Qué pasó después? —preguntó más tranquilo.

—La segunda noche del club, imagino que te lo habrá contado Marta.

Carlos recordó inmediatamente la historia. Luna marchándose, enfadada, sin querer hablar con él porque le daba vergüenza.

Marcos asintió.

—Ella no quería verme. No contestaba mis mensajes. Estaba convencido de que la había cagado y no sabía por qué.

Se quedó callado un segundo.

—Y entré en pánico otra vez. Ahí llevaba una semana en la que no le había escrito ni un mensaje.

Carlos ya sabía lo que venía.

—Le escribiste como Chris.

—Sí.

La culpa en su cara era brutal.

—Sabía que estaba mal. Pero no podía soportar dejar de hablar con ella. No tienes ni idea de lo que era aquello. Yo nunca me he enamorado de nadie así.

Carlos se quedó completamente callado porque aquello sí se lo creía.

Marcos continuó hablando.

—Y cuanto más la quería… más imposible se volvía contarle la verdad.

—Porque sabías que la ibas a perder totalmente.

—Exacto.

El camarero pasó cerca de la mesa y Marcos pidió otro whisky sin pensarlo siquiera. Carlos lo observó unos segundos antes de hablar.

—¿Sabes qué es lo peor?

—¿Qué?

—Que entiendo cómo llegaste hasta ahí.

Eso pareció sorprender a Marcos de verdad.

—No lo justifico, entiéndeme, la has cagado muchísimo.

—Ya lo sé.

—No, creo que todavía no sabes cuánto.

Marcos bajó la mirada otra vez.

—Lo sé de verdad, te lo aseguro.

Carlos permaneció unos segundos en silencio y después habló más despacio.

—Pero también creo que llegó un momento en el que tú ya no sabías cómo

salir de ahí sin perderla.

—Exactamente.

La palabra salió agotada, como si Marcos llevara semanas queriendo explicarle aquello a alguien.

Carlos se quedó mirando el vaso unos segundos antes de volver a hablar.

—¿La quieres de verdad?

Marcos levantó la cabeza inmediatamente. La respuesta apareció en su cara antes incluso de hablar.

—La quiero más de lo que me gustaría admitir.

Aquello consiguió arrancarle una sonrisa a Carlos, pequeña porque enseguida volvió la realidad. Luna estaba arriba, destrozada, llorando por él a todas horas y emborrachándose para intentar olvidar. Se quedó pensativo y dijo finalmente.

—No tengo claro que vaya a perdonarte.

Marcos cerró los ojos un segundo, como si esa frase le doliera físicamente.

—Yo tampoco.

Y esa fue la primera vez en toda la conversación en que sonó realmente destrozado. No culpable o angustiado. Derrotado.

Carlos lo observó unos segundos más. Después suspiró y dijo:

—Pero voy a ayudarte igualmente.

—¿Por qué?

—Porque me caes bien, aunque seas un puto desastre.

Eso consiguió arrancarle a Marcos una risa real por primera vez.

Carlos señaló hacia él con el dedo.

—Eso sí. Como vuelvas a hacerle daño, te juro que te entierro yo mismo en una playa de Canarias.

Marcos asintió sin dudar.

—Me parece justo.

El silencio volvió a caer entre los dos hasta que Carlos terminó el resto de cerveza y habló otra vez.

—Vale. Ahora viene la pregunta importante.

—¿Cuál?

Carlos lo miró directamente.

—¿Qué coño piensas hacer para recuperarla?

Carlos y Marcos se quedaron en el bar mucho más tiempo de lo que cualquiera de los dos había imaginado. Primero hablando, después discutiendo y, más tarde, intentando diseñar el equivalente a una misión suicida: conseguir que Luna volviera siquiera a mirarlo sin querer asesinarlo.

—Te aviso de una cosa —dijo Carlos, señalándole con el vaso—. Ahora mismo tienes exactamente un cinco por ciento de posibilidades de éxito.

—Qué optimista eres.

—No, realista.

Carlos se acomodó mejor en la silla.

—Luna está enamorada de ti hasta niveles preocupantes, pero también está humilladísima.

Eso hizo que Marcos apartara la mirada un segundo porque sí, esa palabra le atravesó directamente el pecho. Humillada.

—Lo entiendo totalmente.

—No, creo que todavía no entiendes el nivel.

Carlos suspiró.

—Ella confiaba en Chris de una forma que no había hecho nunca con nadie.

—Ya lo sé.

La culpa en su cara empezaba a dar hasta pena.

Carlos bebió otro trago de cerveza.

—¿Sabes qué es lo peor? Que, si hubieras dicho la verdad antes, probablemente habríais terminado juntos igual. Estoy seguro de que te hubiera perdonado.

Marcos soltó una risa amarga.

—Sí. Bueno. Gran visión estratégica la mía.

Carlos negó lentamente con la cabeza.

—Te enamoraste y te convertiste en un puto idiota.

—Correcto.

—¿Qué piensas hacer entonces, Marcos?

—No voy a dejarla ir sin intentarlo.

—Eso ya lo tengo claro.

—Porque la quiero de verdad.

La intensidad con la que dijo aquello hizo que Carlos guardara silencio un momento.

—No estoy obsesionado, Carlos. No es ego, de verdad, y tampoco orgullo.

Se pasó una mano por la cara.

—Es ella. Es la mejor persona que he conocido nunca y no puedo perderla.

Carlos soltó aire lentamente. Le creía completamente.

—Pues entonces más te vale hacer las cosas bien esta vez.

—¿Y cómo coño hago eso?

Carlos lo miró directamente.

—Dejando de controlar la situación.

—¿Cómo?

—Luna no necesita más versiones tuyas manipulando la realidad para protegerse.

La frase le golpeó fuerte. Carlos continuó, más serio ahora.

—Necesita verdad. Aunque quede fea. Aunque te deje como un imbécil y aunque duela.

Marcos permaneció callado. Sabía perfectamente que tenía razón.

—Y también necesita tiempo. Más tiempo, Marcos.

—No sé hacer eso.

—Ya. Se nota muchísimo.

Marcos apoyó la cabeza contra la mano, completamente agotado.

—No puedo perderla.

—Pues deja de actuar desde el miedo a perderla porque, precisamente, eso es lo que te ha traído hasta aquí.

Eso hizo que Marcos se quedara completamente quieto. Por la cara que puso, Carlos supo que acababa de dar exactamente en el centro del problema.

*

Mientras tanto, arriba, en el apartamento, yo estaba muriéndome.

Literalmente. Había vomitado tanto que empezaba a sospechar que mi alma también había salido por el váter.

—No vuelvo a beber jamás.

Marta apareció en la puerta del baño con una botella de agua y una mirada llena de juicio.

—Eso lo dicen todas las personas borrachas antes de volver a hacerlo tres semanas después.

Le lancé una mirada miserable desde el suelo.

—No me siento las piernas.

—Eso es porque has bebido alcohol como si estuvieras intentando desinfectarte por dentro.

La verdad que no era una descripción tan incorrecta.

Marta me ayudó a levantarme mientras yo seguía agarrada a ella como una superviviente de guerra.

—Voy a matarlo.

—¿A Marcos o al mojito número veinte?

—A ambos.

Eso consiguió arrancarle una risa.

Me metí en la ducha y dejé que el agua fría me cayera encima durante varios minutos intentando recuperar algo parecido a la integridad humana.

Cuando salí con una camiseta enorme y el pelo mojado, Marta ya estaba tumbada en la cama esperándome. Levantó la sábana, indicándome que me tumbara.

—Ven aquí, *drama queen*.

Me metí a su lado, soltando un gruñido agotado. Durante unos segundos ninguna habló hasta que ella suspiró.

—Amiga… tenemos que hablar.

Cerré los ojos automáticamente.

—No quiero.

—Ya. Pero aun así tenemos.

Me giré despacio hacia ella. Marta me observaba mucho más seria ahora.

—Hoy no tienes que tomar ninguna decisión. Ni mañana tampoco.

Asentí lentamente.

—Pero sí creo que en algún momento tendrás que escucharlo.

La rabia volvió instantáneamente.

—Marta.

—Luna, se ha subido a un avión para venir a buscarte.

—Porque está loco.

—Porque está enamorado de ti.

—No quiero escucharlo porque sé que voy a perdonarlo.

El silencio cayó entre las dos. Decir aquello en voz alta dolió muchísimo más de lo que esperaba.

Marta no respondió inmediatamente. Solo me observó unos segundos hasta que me preguntó.

—¿Y eso te da miedo?

—Muchísimo. Porque no es solo lo de Chris.

Mi voz salió más cansada ahora.

—Es todo.

—¿El club?

Asentí.

—Eso también me lo ocultó. Y no sé si esto es una rutina en su vida. Mentir. Decidir por mí lo que puedo saber y lo que no.

La habitación quedó completamente en silencio.

—No quiero vivir con la sensación constante de que hay otra verdad escondida detrás de cada cosa.

Marta apoyó la cabeza contra la almohada, suspirando despacio.

—Te entiendo.

Sabía que era verdad porque Marta podía ser caótica, intensa y absolutamente dramática… pero entendía el miedo mejor que nadie.

Me quedé mirando el techo unos segundos antes de volver a hablar.

—¿Sabes qué es lo peor?

—¿Qué?

—Que sigo sintiendo que él era Chris de verdad.

Marta me miró en silencio.

—Las conversaciones, la forma de entenderme, cómo me analizaba y cómo sabía cuándo estaba mal aunque intentara fingirlo.

Me mordí el labio, intentando contener otra vez las ganas de llorar.

—En el fondo de mí ser, yo no sentía que eran dos personas distintas. Podríamos decir que lo sabía aunque no quisiera verlo. Y eso me vuelve completamente loca.

—Probablemente, amiga, yo también sentía algo extraño.

Marta se acercó un poco más, abrazándome.

—Creo que Marcos es un desastre importante.

—Eso ya ha quedado clarísimo.

—Pero también creo que te ama muchísimo.

Cerré los ojos lentamente.

—Pero quizá eso no basta.

Ella no respondió. Ninguna de las dos tenía realmente la respuesta.

El apartamento quedó en silencio y, por primera vez desde que había llegado a Gran Canaria, el cansancio me golpeó de verdad. Físico, mental y emocional, todo junto.

Marta me acarició suavemente el pelo.

—Intenta dormir un poco.

Asentí apenas. Pero justo antes de cerrar los ojos, una última idea volvió a atravesarme el pecho. Marcos abajo, esperando, sin rendirse, y una parte horrible de mí seguía queriendo correr hacia él aunque supiera perfectamente que podía volver a romperme el corazón.

CAPÍTULO 32

Sentía que alguien me estaba aporreando el cerebro con un martillo. Abrí los ojos lentamente y tardé varios segundos en entender dónde estaba exactamente. La habitación seguía medio a oscuras, el ventilador en el techo giraba sin parar y Marta dormía completamente atravesada en la cama, abrazada a una almohada como si hubiera sobrevivido a una guerra. Lo cual, sinceramente, tampoco era una descripción tan exagerada.

Me quedé unos segundos pensando con los ojos abiertos, intentando recordar todo lo de anoche. La fiesta, el alcohol, Héctor, Marcos sentado delante del portal, mirándome como si llevara semanas sin descansar y, entonces, el recuerdo de la realidad volvió entero de golpe.

Chris.

Marcos.

La mentira.

La rabia.

El dolor.

Cerré los ojos otra vez, soltando un pequeño gruñido miserable. Además de estar destruida sentimentalmente también estaba muriéndome de resaca.

Me incorporé despacio, intentando aguantar las náuseas y Marta soltó algo parecido a un gruñido dormido sin despertarse del todo.

—No hagas ruido… te odio…

Solté una pequeña risa cansada.

—La que se bebió más de siete mojitos fui yo.

—Exactamente… por eso te odio…

Volvió a quedarse dormida automáticamente. Increíble mujer. No sé si era porque estaba embarazada, pero dormía como una marmota.

Me levanté arrastrando los pies hasta la cocina, todavía medio mareada, y allí me encontré a Carlos preparando café.

En cuanto me vio, levantó las cejas lentamente.

—Hostia.

Lo miré ofendida.

—Buenos días a ti también.

—Tienes una cara preocupante.

Me dejé caer en una silla, apoyando la cabeza sobre la mesa.

—Creo que mi alma abandonó mi cuerpo anoche.

Carlos soltó una pequeña risa mientras dejaba una taza delante de mí.

—Toma. Igual esto consigue revivirte un poco.

Cogí el café con las dos manos, como si fuera medicina milagrosa.

—Si no sobrevivo, quiero que borres mi historial de internet.

—Ni de coña. Lo vendería por mucho dinero. Estoy seguro.

Eso consiguió arrancarme una risa pequeña. Pero enseguida volvió el silencio incómodo. Carlos se sentó frente a mí y me soltó sin paños calientes.

—Estuve hablando con Marcos anoche.

Bebí un poco de café, evitando mirarlo.

—No quiero hablar de él ahora mismo.

—No voy a presionarte. Solo quiero que sepas que está hecho mierda.

Solté una risa seca.

—Pues mira qué coincidencia.

—Luna…

—No. De verdad que ahora mismo no puedo.

Por primera vez levanté la vista hacia él.

—Si lo escucho ahora mismo, voy a acabar perdonándolo y todavía no sé si eso sería una buena idea.

Carlos permaneció callado y, precisamente por eso, seguí hablando. Porque no me juzgaba.

—No es solo Chris. Es todo lo demás. También me ocultó lo del club. También decidió por mí qué podía saber y qué no.

Carlos asintió lentamente sin decirme nada.

—Y tengo miedo.

—¿De qué exactamente?

—De que esto sea una rutina en su vida. No quiero vivir pensando

constantemente que hay otra verdad escondida detrás de cada cosa. Porque entonces ya nunca podría relajarme con él.

Carlos guardó silencio unos segundos antes de responder.

—Eso es completamente razonable.

Lo miré sorprendida.

—¿Sí?

—Claro que sí.

Se encogió ligeramente de hombros.

—Puedes querer muchísimo a alguien y, aun así, tener miedo de cómo te hace sentir la relación.

Eso era exactamente lo que estaba pasando. Me pasé la mano por la cara, agotada.

—Lo peor es que sigo sintiendo que Chris era real.

Carlos bajó la mirada un segundo antes de responder.

—Probablemente porque lo era.

Odié profundamente que una parte de mí necesitara escuchar eso.

Carlos terminó el café antes de levantarse.

—No voy a insistirte más.

Cogió las llaves del coche de la encimera.

—Solo creo que necesitas tiempo para separar el dolor de la decisión.

Lo observé mientras se acercaba a la puerta.

—¿Tú qué harías?

—Sinceramente, Luna, menos mal que no soy tú ahora mismo.

Antes de salir volvió a mirarme.

—Y, Luna…

—¿Qué?

—No tomes una decisión definitiva mientras todavía estés herida.

El apartamento volvió a quedarse en silencio cuando se marchó. Ojalá todo fuera muchísimo más sencillo.

*

Carlos llamó a Marcos en cuanto llegó al coche y Marcos respondió al segundo tono, literalmente.

—¿Cómo está?

—Fatal. Está hecha mierda.

—¿Puedo verla?

—No.

—Joder.

—Necesita tiempo, Marcos.

Carlos arrancó el coche lentamente.

—Y, sinceramente, amigo… la entiendo.

Marcos permaneció callado.

—Tiene miedo, Marcos.

—¿De qué?

—De que esto no haya sido una excepción.

La frase cayó pesada entre los dos y Carlos continuó conduciendo mientras hablaba.

—No es solo lo de Chris. También está lo del club. El miedo a que siempre haya cosas ocultas detrás de lo que le cuentas.

—Tiene razón.

Aquello sorprendió muchísimo a Carlos porque no sonó defensivo ni orgulloso.

—No sabe si puede confiar en ti otra vez.

Marcos apoyó los codos sobre las rodillas, inclinándose hacia delante en la cama del hotel. No había dormido absolutamente nada.

—¿Crees que la he perdido?

—Creo que la has roto muchísimo.

Aquello dolió. Se notó incluso a través del teléfono.

—Pero Marcos, también creo que te quiere demasiado como para dejar de sentir cosas por ti de un día para otro. Necesita entender cosas —continuó Carlos—. No solo escuchar «lo siento».

Justo ahí, algo hizo clic en la cabeza de Marcos. Levantó la vista lentamente.

—Hostia.

—¿Qué?

Marcos se puso de pie de golpe.

—Adrián.

—¿Qué pasa con Adrián? ¿Y quién es Adrián?

Pero Marcos ya estaba pensando rapidísimo. Las conversaciones. Las noches escribiéndole completamente hundido. Toda la verdad que nunca había podido decirle a Luna.

—Gracias, Carlos.

—¿Por qué? Me da miedo ese tono.

—Porque creo que acabo de tener una idea.

Dos horas después Marcos caminaba por las calles de Las Palmas buscando una imprenta abierta. Llevaba el móvil en la mano, revisando conversaciones antiguas con Adrián.

Literalmente miles de mensajes. Meses enteros hablando de Luna, de Chris y del amor que iba creciendo por ella.

Entró finalmente en una pequeña copistería y la chica del mostrador lo miró confundida cuando vio la cantidad absurda de archivos que quería imprimir.

—¿Todo esto?

Marcos soltó una pequeña risa cansada.

—Sí.

—Son muchísimas páginas.

—Ya.

La chica empezó a imprimir mientras él esperaba apoyado contra una pared. Ver todas aquellas conversaciones en papel fue casi peor. Ahora podía observar su propia caída cronológicamente.

«Creo que estoy empezando a enamorarme y esto es una putísima catástrofe».

«Hoy la he visto llorar y no sé qué coño me está pasando».

«No puedo dejar de escribirle como Chris».

«Voy a perderla cuando descubra esto».

«Creo que nunca había querido tanto a nadie».

«Se ha dormido encima de mí viendo una película y, sinceramente, ahora mismo dejaría el club entero antes que perder a esta mujer».

Marcos cerró los ojos un segundo. Su amigo y socio había sido el único que conocía toda la verdad desde el principio. El único que había visto cómo Luna le cambiaba por dentro.

Cuando terminó de recoger todas las hojas, entró en una pequeña tienda y compró una caja grande de color blanco. Después fue a una floristería y compró una margarita porque eran mis favoritas.

Terminó añadiendo también una fotografía que nos habíamos hecho una noche en el sofá de casa de él. Me estaba riéndo, despeinada, con Conor encima, y él me miraba en la foto como si ya estuviera completamente perdido. Porque probablemente ya lo estaba.

La última cosa que metió dentro fue una nota pequeña escrita a mano.

«Te quiero aunque no me elijas y siempre voy a estar a tu lado aunque sea solo como tu amigo».

Después fue a casa de Marta.

Cuando ella abrió la puerta del apartamento y vio a Marcos al otro lado casi dejó de respirar. Tenía una cara horrible. Parecía agotado, tenía unas ojeras de aquí a Madrid, la misma ropa de anoche y llevaba una caja entre las manos.

—Marcos…

—No voy a entrar, Marta, no te preocupes.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, confundida.

Marcos bajó la vista hacia la caja.

—La verdad.

—¿Qué significa eso?

—Todo lo que nunca pude decirle por cobarde.

Le entregó la caja lentamente.

—Son conversaciones con Adrián. Él sabía toda la historia desde el principio.

Marta abrió un poco los ojos, sorprendida.

—¿Todo?

—Todo.

Su voz empezó a romperse ligeramente.

—Cómo me sentía. Cuándo me di cuenta de que ella era LunaNix. Las veces que intenté pararlo o contárselo. Lo enamorado que estoy y lo asustado también.

Marta guardó silencio. JODER. Eso sí era abrirse de verdad.

Marcos dio un paso atrás lentamente.

—No voy a presionarla más.

La frase sonó agotada.

—La entiendo completamente.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Marta.

—Volver a Madrid. Voy a darle espacio.

Marta apretó un poco más la caja entre las manos.

—Está muy enamorada de ti, ¿sabes?

Los ojos de Marcos se cerraron apenas un segundo.

—Eso es lo que más me duele.

Después se marchó, sin insistir, sin intentar verla y sin pedir nada.

Cuando Marta entró otra vez en el apartamento, yo seguía sentada en la cocina, trabajando con el portátil abierto delante; bueno, intentándolo, porque era un auténtico desecho humano.

Levanté la vista automáticamente al verla entrar con aquella caja.

—¿Qué es eso?

Marta permaneció callada unos segundos y después la dejó lentamente sobre la mesa delante de mí.

—Marcos ha venido.

—¿Qué?

—No ha intentado verte, tranquila.

Eso me sorprendió muchísimo. Miré la caja otra vez. Dentro había una margarita, una fotografía y un montón de papeles.

—¿Qué es esto?

Marta se sentó frente a mí.

—Conversaciones con Adrián.

—¿Qué conversaciones?

Marta me miró despacio.

—Todas.

Mis dedos empezaron a temblar apenas mientras cogía las hojas. Cientos. Quizá miles. Mensajes impresos. Conversaciones enteras.

Entendí al instante lo que significaba aquello. Marcos acababa de abrirme la puerta absolutamente a toda la verdad y, por alguna razón, eso me dolió todavía más que la mentira.

Marta intentó convencerme de que no me fuera sola.

—Luna, igual deberías leer esto aquí, tranquila.

Negué automáticamente mientras metía todas las hojas otra vez dentro de la caja.

—No puedo hacerlo aquí.

Ella me observó unos segundos.

—¿Quieres que vaya contigo?

La simple idea hizo que negara todavía más rápido.

—No. Necesito estar sola para esto.

Marta suspiró despacio y, por la cara que puso, supe perfectamente que estaba preocupada, pero aun así no insistió. Se acercó y me abrazó fuerte antes de que saliera del apartamento.

—No te hagas mucho daño leyendo todo.

—Creo que ya voy tarde para esa recomendación.

*

La playa estaba mucho más vacía de lo normal. Eran las cinco de la tarde y el sol empezaba a bajar lentamente sobre el mar mientras yo caminaba descalza por la arena con aquella caja pegada al pecho, como si pesara veinte kilos. Probablemente los pesaba emocionalmente; desde luego, sí.

Terminé sentándome lejos de la gente, cerca de unas rocas donde apenas llegaba el ruido de las familias y los niños. El mar estaba tranquilo. Demasiado tranquilo para el desastre que tenía yo dentro.

Me quedé varios minutos simplemente mirando la caja sin atreverme a

abrirla. Sabía perfectamente que después de aquello ya no iba a poder seguir odiándolo igual y eso me daba muchísimo miedo.

Al final, respiré hondo y levanté la tapa lentamente. Lo primero que vi fue la fotografía y la cogí con cuidado.

Éramos nosotros de Marcos y mía con Conor encima. Yo riéndome mirando a cámara mientras él me observaba a mí. No a la cámara, a mí. Y la forma en la que me miraba en esa foto me destrozó.

Tragué saliva, intentando controlar el temblor de mis manos antes de abrir la nota.

«Te quiero aunque no me elijas y siempre voy a estar a tu lado aunque sea solo como tu amigo».

Ahí fue cuando empezaron las lágrimas porque, por primera vez desde que todo explotó, sentí algo distinto en él. No desesperación ni manipulación, y tampoco presión. Solo amor, y eso me escocía muchísimo más.

Me limpié la cara rápidamente antes de coger el primer montón de hojas. Eran conversaciones con Adrián. Meses enteros de conversaciones.

Mi corazón empezó a latir demasiado rápido mientras comenzaba a leer.

MARCOS: «Tío, creo que acaba de pasarme una cosa MUY rara.»
ADRIÁN: «¿Has matado a alguien?»
MARCOS: «Mi vecina se llama Luna.»
ADRIÁN: «… ¿y?"
MARCOS: «LunaNix también.»
ADRIÁN: «No me jodas.»
MARCOS: «Eso he pensado yo.»
ADRIÁN: «¿Y estás seguro?»
MARCOS: «De que se llama Luna mi vecina, sí. La chica del chat, pues eso creo.»

Después venían varios mensajes seguidos de Marcos. Cada vez más nervioso, más obsesionado con el tema y más descontrolado.

MARCOS: «Me ha contado algo que Chris ya sabía.»
MARCOS: «Exactamente igual.»

MARCOS: «Es ella.»

ADRIÁN: «Hostia.»

MARCOS: «¿QUÉ COÑO HAGO?»

Me tapé la boca automáticamente mientras seguía leyendo porque, incluso escrito, podía sentir el momento exacto en que su vida se había ido completamente a la mierda y la mía también.

Más abajo había decenas de mensajes seguidos.

Marcos «Esto es una putísima catástrofe.»

MARCOS: «Y además es preciosa.»

ADRIÁN: «Ah bueno. Entonces ya estás muerto.»

Una pequeña risa rota escapó entre mis lágrimas. Seguí pasando hojas. Horas, días, semanas y, cuanto más avanzaba… peor era. Veía exactamente cómo Marcos iba cayendo más y más enamorado de mí. Sin filtro, sin maquillaje y sin intentar quedar bien. Solo había verdad en todos estos mensajes.

MARCOS: «Hoy hemos cenado juntos.»

ADRIÁN: «¿Y?»

MARCOS: «Y creo que me gusta demasiado.»

ADRIÁN: «Pues díselo.»

MARCOS: «¿Y contarle qué exactamente? ‘’Hola, soy tu vecino y también el hombre misterioso de internet con el que llevas semanas desnudando tu cerebro‘’.»

ADRIÁN: «Joder, cuando lo dices así suena regular.»

MARCOS: «Estoy jodido.»

Las lágrimas seguían cayéndome sin parar mientras continuaba leyendo. Aquellas conversaciones no parecían escritas por el Marcos seguro, arrogante y controlado que yo había conocido. Parecían escritas por alguien humano, imperfecto y aterrorizado.

Llegué entonces a una conversación que reconocí inmediatamente por las fechas. La noche en que Marcos había dejado de escribirme como Chris.

Mi pecho se tensó automáticamente.

MARCOS: «Voy a desaparecer como Chris.»

ADRIÁN: «¿Qué?»

MARCOS: «No puedo seguir haciendo esto.»

ADRIÁN: «Marcos…»

MARCOS: «Cada vez está más enganchada a él.»

Esa frase me atravesó completamente.

MARCOS: «Y cuanto más me quiere como Chris, más imposible se vuelve decirle la verdad.»

ADRIÁN: «Entonces dísela ya.»

MARCOS: «No puedo perderla.»

ADRIÁN: «Por eso mismo, deja de mentirle.»

Eso me dolió muchísimo porque incluso Adrián había intentado frenarlo. Seguí leyendo.

MARCOS: «He dejado de escribirle.»

ADRIÁN: «Bien.»

MARCOS: «Y me siento como si me hubieran arrancado algo.»

Recordaba perfectamente esos días. La ansiedad que sentía, el vacío de haber perdido algo muy importante en mí y lo muchísimo que había echado de menos a Chris. Pero ahora estaba viendo el otro lado. Él también se estaba muriendo por dentro.

Pasé varias páginas rápidamente hasta llegar a la noche del club. La noche en que salí corriendo. La noche en que no quise volver a hablar con Marcos.

MARCOS:«Se ha ido corriendo mientras hablaba con Vera.»

ADRIÁN: «¿Qué ha pasado?»

MARCOS: «La he cagado.»

Más mensajes. Muchos. Como si Marcos hubiera estado completamente fuera de sí.

MARCOS: «No me coge el teléfono.»

MARCOS: «No quiere verme.»

MARCOS: «Creo que esta vez sí la he perdido.»

ADRIÁN: «Dale espacio.»

MARCOS: «No puedo.»

Después llegó la frase que terminó de romperme.

MARCOS: «Voy a escribirle como Chris.»

ADRIÁN: «NO.»

MARCOS: «Necesito hablar con ella.»

ADRIÁN: «Marcos, no hagas eso.»

MARCOS: «No puedo respirar cuando desaparece.»

Las lágrimas empezaron a caerme muchísimo más fuerte porque no sonaba manipulador, sonaba desesperado. Terriblemente desesperado.

Me tapé la cara un momento intentando recomponerme mientras el mar seguía sonando delante de mí. Todavía quedaba lo peor. Lo sabía.

Seguí pasando hojas hasta llegar a la conversación después de la noche en que descubrí que Marcos era socio del club. Otra vez el miedo y la culpa.

Marcos «Está empezando a enamorarse de mí y esto cada vez es más insostenible.»

ADRIÁN: «Pues cuéntaselo YA.»

MARCOS: «No puedo perderla.»

ADRIÁN: «Y la vas a perder igual cuando explote.»

MARCOS: «Lo sé y es una mierda, estoy muerto de miedo, amigo.»

Esa frase me hizo cerrar los ojos un segundo, porque lo sabía, siempre lo supo y, aun así, siguió.

Pero incluso entendiendo eso… ya no podía leer aquellas conversaciones pensando que no me había querido de verdad. Era imposible.

Llegué finalmente al último bloque de mensajes. Las fechas. El día que descubrí toda la verdad.

MARCOS: «Lo sabe.»

ADRIÁN: «¿Qué?»

MARCOS: «Todo.»

ADRIÁN: «JODER, TE LO DIJE.»

Después venían varios mensajes seguidos, sin respuesta y sin orden. Completamente rotos.

MARCOS: «Se ha ido.»

MARCOS: «No me ha dejado explicarle nada.»

MARCOS: «Me ha mirado como si la hubiera destrozado.»

Probablemente era exactamente lo que había hecho. Seguí leyendo.

MARCOS: «No puedo perderla.»

MARCOS: «No así.»

Y entonces… La frase. La peor de todas.

MARCOS: «Nunca había sentido algo así por nadie y ahora mismo preferiría arrancarme el pecho antes que imaginarme una vida sin ella.»

Las hojas empezaron a temblarme entre las manos. Eso no era solo deseo, obsesión y ego. Era amor. Un amor lleno de errores horribles. Pero amor igualmente.

Lloré por Chris, por Marcos, por mí y por todo. Pero, sobre todo, por el hombre que me había mentido y por el hombre que me había amado tanto que terminó destruyéndolo todo por miedo a perderme.

No sé cuánto tiempo estuve así. Solo sé que, al final, terminé sentada mirando el mar, completamente agotada. Entonces hice algo que probablemente llevaba queriendo hacer desde hacía días. Saqué el móvil. Mis dedos temblaban todavía mientras entraba en contactos. Marcos seguía bloqueado. Tragué saliva lentamente y después… Lo desbloqueé.

El corazón me latía tan fuerte que dolía. Abrí la conversación. Había cientos de mensajes sin leer y no los leí. No podía en ese momento. Todavía no. Pero sí escribí uno, solo uno.

«Necesito tiempo… pero ya he empezado a entender cosas.»

Me quedé mirando la pantalla varios segundos antes de enviarlo y, cuando el mensaje desapareció, por primera vez desde que todo había explotado, sentí que quizá todavía no estaba todo perdido.

CAPÍTULO 33

Cuando regresé al apartamento después de la playa tenía la cabeza completamente destrozada. Había llorado tanto que sentía los ojos ardiendo y el cuerpo exhausto. Lo único que quería era tumbarme un rato sin pensar más en Marcos, en Chris, en el futuro o en nada.

Abrí la puerta lentamente.

—¿Marta?

No hubo respuesta.

—¿Marta?

Entonces la vi. El corazón se me paró. Estaba tirada en el suelo del salón. Inmóvil.

—¡MARTA!

La caja cayó al suelo de golpe mientras corría hacia ella completamente fuera de mí.

—¡Marta! ¡Marta mírame!

Me arrodillé temblando a su lado agarrándole la cara. Estaba pálida.

—No, no, no, no…

Mis manos temblaban tanto que casi se me cayó el móvil cuando llamé a emergencias.

—Mi amiga está embarazada, se ha desmayado y no sé cuánto tiempo lleva inconsciente, por favor… por favor, rápido…

Intentaba no llorar mientras daba la dirección. Intentaba respirar e intentaba no imaginar lo peor.

—Marta, por favor, abre los ojos…

Después llamé a Carlos. Respondió enseguida.

—¿Luna?

—Carlos… Marta se ha desmayado.

—¿QUÉ?

—Ya he llamado a la ambulancia.

—Voy para allá ahora mismo.

—La ambulancia viene para acá, nos vemos en el hospital.

Carlos colgó inmediatamente mientras yo seguía agarrándole la mano a Marta completamente aterrorizada.

—No me hagas esto… por favor…

Y entonces, justo cuando escuché la ambulancia en la calle… Marta soltó un pequeño quejido.

—Joder…

Las lágrimas me explotaron automáticamente.

—¡Marta!

Abrió los ojos despacio completamente desorientada.

—¿Qué… qué ha pasado?

—Te desmayaste.

Ella frunció ligeramente el ceño llevándose una mano al vientre.

—Me dolía muchísimo aquí…

La puerta se abrió de golpe y entraron los sanitarios. Todo ocurrió rapidísimo y después, muchas preguntas, tensión, la camilla y los monitores en la ambulancia.

Marta ya estaba consciente, aunque seguía pálida y algo mareada mientras uno de los sanitarios le tomaba la tensión. Yo seguía sentada a su lado, agarrándole la mano demasiado fuerte.

—Me estás cortando la circulación —murmuró ella intentando bromear.

—Cállate, vaya susto que me has dado, cabrona.

Marta cerró los ojos un segundo, apoyando la cabeza hacia atrás.

—No entiendo qué ha pasado.

—¿Te duele algo ahora? —le preguntó el paramédico.

Negó lentamente.

—Solo la cabeza un poco… y antes el vientre muchísimo.

Eso hizo que mi estómago volviera a encogerse. Ella abrió los ojos mirándome. También estaba asustada. Muchísimo.

—El bebé está bien —dijo uno el paramédico intentando tranquilizarnos —. El pulso está perfecto.

Las dos soltamos aire al mismo tiempo. Creo que llevaba diez minutos en parada cardíaca.

Carlos ya estaba esperando en la puerta del hospital cuando llegamos y verlo así me rompió un poco el corazón. Estaba desencajado, pálido como la pared de mi casa y completamente aterrorizado.

En cuanto vio a Marta que la bajaban de la ambulancia, corrió hacia ella.

—Joder…

La abrazó tan fuerte que parecía que quería asegurarse de que seguía allí.

Marta apoyó la cara en su cuello.

—Estoy bien…

—No vuelvas a hacerme esto en tu puta vida.

Eso me arrancó una pequeña sonrisa agotada. Parecía estar a punto de sufrir un infarto él también.

Las siguientes horas fueron eternas. Pruebas y la espera. Enfermeras entrando y saliendo, hasta que finalmente un médico apareció con una sonrisa tranquila.

—El bebé está perfectamente.

Las tres palabras más bonitas del planeta. Marta empezó a llorar inmediatamente y Carlos cerró los ojos, soltando aire. Yo casi me derrumbo allí mismo del alivio.

—Tú también estás bien —continuó el médico—. Posiblemente el golpe te haya provocado el dolor de cabeza y el mareo, pero quiero que veas a tu ginecólogo cuanto antes para revisar el dolor abdominal que sentiste antes del desmayo.

Carlos asintió enseguida.

—Claro.

—Reposo y nada de estrés hasta que veas al ginecólogo. Y, si vuelves a sentir dolor fuerte o mareos, regresas inmediatamente.

Cuando el médico salió, los tres nos quedamos en silencio varios segundos, Hasta que Marta suspiró.

—Bueno. Ha sido un domingo súper relajado.

Carlos soltó una risa nerviosa y después volvió a abrazarla. Verlos así me dio

muchísima paz porque se querían de verdad. Se notaba en absolutamente todo.

Cuando regresamos al apartamento estábamos destrozados.

Carlos ayudó a Marta a tumbarse en la cama mientras yo preparaba algo de cenar sin demasiada energía.

Aquella noche apenas hablamos. El susto había sido demasiado grande y, cuando finalmente me metí en la cama, mi cerebro decidió hacer exactamente lo que necesitaba evitar. Pensar.

Darle vueltas a todo una y otra vez. Marcos, los mensajes, la playa, todo lo que había leído y, cuanto más lo pensaba… más difícil me resultaba odiarlo. Dormí fatal.

*

A la mañana siguiente, los tres desayunábamos en silencio en la terraza. Marta seguía algo cansada y Carlos parecía no haber dormido nada. Yo tenía la cabeza llena de ruido otra vez.

Removí el café distraídamente antes de hablar.

—Lo desbloqueé.

Los dos levantaron la cabeza automáticamente.

—¿A Marcos? —preguntó Marta.

Asentí despacio.

—Le escribí.

Carlos se apoyó hacia atrás en la silla.

—¿Y?

Me encogí ligeramente de hombros.

—Nada. Solo que necesitaba tiempo, pero que empiezo a entender cosas.

Marta me observó unos segundos antes de hablar.

—Se volvió a Madrid.

Aquello me pilló completamente por sorpresa.

—¿Qué?

—Ayer después de dejar la caja.

Parte de mí sintió alivio, pero otra… otra sintió justo lo contrario.

—Supongo que es lo mejor —dije en voz muy baja.

—¿Sí?

—Imagino que sí, no lo sé.

Y era verdad porque agradecía muchísimo que estuviera respetando mi espacio, pero, al mismo tiempo, me dolía imaginarlo lejos. Otra vez.

—Creo que el problema es que sigo enamorada de él.

Carlos soltó una pequeña risa nasal.

—Bueno, eso era bastante evidente.

Marta le dio una patada por debajo de la mesa.

—Auch ¿Qué? Es verdad.

Eso consiguió arrancarme una sonrisa, pero enseguida volvió la realidad.

—Y precisamente por eso me da miedo volver.

Los dos me miraron en silencio.

—Porque, si lo perdono y vuelve a pasar algo así, no sé si podría soportarlo.

Marta suspiró despacio.

—Eso también es válido, amiga.

El día pasó tranquilo. Yo trabajé desde el portátil prácticamente toda la tarde mientras Marta descansaba a mi lado en el sofá, viendo series absurdas. A veces hablábamos, a veces no. Pero, después del susto de ayer, simplemente tenerla respirando al lado ya me tranquilizaba.

Ella había llamado al ginecólogo y tenía cita en tres días y, aunque intentaba hacerse la fuerte, se notaba que seguía nerviosa. Todos lo estábamos.

Cuando Carlos regresó del trabajo aquella noche tenía mala cara. Muy mala. Se dejó caer en el sofá, soltando aire lentamente.

Marta lo miró enseguida.

—¿Qué pasa?

—Tengo que irme a Tenerife.

Marta frunció el ceño.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé exactamente. Una semana mínimo. Igual más.

El silencio cayó automáticamente en el salón. Ninguno quería decirlo en voz alta pero los tres estábamos pensando lo mismo.

Marta embarazada, el desmayo, todas las dudas y Carlos teniendo que

marcharse.

—No quiero dejarte sola.

Marta intentó sonreír un poco.

—No voy a morirme porque te vayas una semana.

—No digas eso ni de broma.

Eso me arrancó una pequeña risa. Carlos me miró entonces.

—Además, Luna tampoco tiene claro cuándo vuelve a Madrid.

Justo ahí, en ese instante, algo terminó de ordenarse dentro de mí. Llevaba días pensándolo. Quizá toda la semana. Y, de repente, la decisión apareció clarísima. Levanté lentamente la vista hacia ellos.

—Me voy a quedar aquí.

Los dos me miraron automáticamente.

—¿Qué? —preguntó Marta.

Respiré hondo.

—En Gran Canaria. No sé si será un año, dos… o toda la vida.

Marta abrió muchísimo los ojos y yo seguí hablando antes de arrepentirme.

—Pero no quiero irme ahora mismo. Tú me necesitas. El bebé también y, sinceramente, creo que yo también necesito esto.

Marta empezó a llorar antes incluso de hablar.

—¿En serio?

Eso me hizo reír, emocionada.

—Sí, pesada. En serio.

Ella se lanzó a abrazarme, prácticamente encima del sofá.

—Voy a llorar otra vez.

—Últimamente haces eso muchísimo.

Carlos observaba la escena, sonriendo de una forma completamente agotada, pero feliz. Cuando Marta se separó un poco, él habló más tranquilo.

—Me parece una idea buenísima.

Lo miré sorprendida.

—¿Sí?

—Claro.

Se encogió ligeramente de hombros.

—Eres importantísima para ella.

Miró después a Marta. La forma en que lo hizo casi me mata de ternura.

—Y verla feliz ahora mismo es probablemente lo que más me importa.

Marta volvió a emocionarse automáticamente.

—Voy a vomitar del amor que dais.

—Tú no puedes vomitar más cosas ahora mismo —dijo Carlos inmediatamente.

Eso hizo que los tres termináramos riéndonos. Era la primera vez en semanas que sentía algo parecido a la paz.

*

A la mañana siguiente llamé a mi madre. La conversación duró casi una hora entera. Le conté lo de Marta, el hospital, lo de Marcos y los mensajes. Todo. Después respiré hondo antes de soltar la bomba.

—Creo que voy a quedarme a vivir aquí una temporada.

Hubo unos segundos de silencio. Esperaba drama, pero mi madre soltó aire despacio.

—Creo que es una buena idea.

—¿Sí?

—Claro.

Su voz sonó muchísimo más suave de lo que esperaba.

—Tienes que hacer tu vida, Luna.

Aquello me emocionó muchísimo más de lo que debería.

—Además —continuó ella—, llevas años cuidando de todo el mundo menos de ti. Y Gran Canaria te hace bien.

Miré por la ventana hacia el mar y, joder, sí me hacía muchísimo bien.

—¿Y Marcos? —preguntó mi madre después.

—No lo sé todavía.

Esa era la verdad más honesta que podía darle a nadie. Aquella tarde decidí llamar a Marcos. Tardó menos de dos segundos en cogerlo.

—¿Luna?

—Hola Marcos.

Hubo un silencio pequeño, tenso pero necesario.

—¿Estás bien?

Lo primero que preguntó fue eso y le conté lo de Marta y el hospital. Noté cómo se tensaba inmediatamente al otro lado.

—¿El bebé está bien?

—Sí. Por suerte, sí.

Marcos soltó aire despacio.

—Joder… qué susto.

Nos quedamos callados unos segundos hasta que reuní valor para decirlo.

—Voy a quedarme en Gran Canaria.

El silencio al otro lado fue inmediato. Por un segundo pensé que quizá se había cortado la llamada.

—¿Marcos?

Cuando habló, su voz sonó distinta.

—¿Quedarte… cuánto tiempo?

—No lo sé.

Y era verdad.

—Pero quiero hacerlo. Marta me necesita y creo que yo también.

Esperé tensión, intentos de convencerme, pero no llegaron. Solo silencio. Después…

—Creo que es una buena decisión para ti.

Pude escuchar perfectamente lo muchísimo que le estaba costando decirlo.

—¿Sí?

—Luna… Tus talleres van a funcionar muy bien online. Cada vez tienes más estudiantes. Estás creciendo muchísimo.

Incluso roto, seguía siendo la persona que más confiaba en mí.

—Tienes la suerte de poder vivir donde quieras. Me alegro por ti.

Aquello casi me hizo llorar otra vez y quizá él lo notó en mi silencio, porque habló más bajo después.

—Aunque la idea de estar tan lejos de ti me destroce.

*

Cuando colgamos, Marcos se quedó completamente solo en su apartamento de Madrid, mirando el móvil y pensando demasiado en mí, en Canarias, en el futuro, en quién era ahora mismo . Y entonces entendió algo.

Ya no quería esa vida. El club, Madrid y todo aquello ya no encajaba con la persona en la que él se había convertido.

Cogió el teléfono y llamó a Adrián.

—¿Qué pasa? —preguntó él al contestar.

—Amigo…

Marcos permaneció unos segundos en silencio antes de hablar.

—Quiero venderte mi parte del club.

—¿Qué?

Marcos permaneció unos segundos mirando por la ventana. Las luces de Madrid seguían exactamente igual que siempre. La ciudad seguía moviéndose. La música seguía sonando. El club abriría aquella noche igual que todas las anteriores y, sin embargo, algo había cambiado.

Durante años había pensado que aquel lugar era suyo. Había invertido tiempo, dinero y una parte enorme de sí mismo en construirlo. Había conocido gente allí. Había vivido cosas que jamás habría imaginado. Pero ahora, cada vez que pensaba en volver, no sentía ilusión. Solo cansancio.

Porque el problema no era el club. El problema era que ya no era el mismo hombre que había entrado allí años atrás.

—Ya no quiero esta vida —repitió más bajo.

Y por primera vez desde que me conoció supo que aquello era completamente cierto.

CAPÍTULO 34

El ginecólogo tenía cara de no querer dramas y, después de todo lo que habíamos vivido las últimas semanas, aquello ya me parecía una bendición.

Marta estaba sentada a mi lado en la consulta, agarrándome la mano mientras el médico revisaba las pruebas con calma.

Carlos había conseguido escaparse de Tenerife para acompañarnos y llevaba los últimos veinte minutos moviendo la pierna sin parar.

Completamente nervioso.

—El bebé está bien —dijo finalmente el médico.

Los tres soltamos aire al mismo tiempo. Creo que aquel embarazo estaba acabando con todos.

El médico levantó la vista hacia Marta.

—Pero quiero que te tomes muy en serio el reposo.

—¿Tan grave fue?

—El dolor que sentiste probablemente fueron contracciones.

El silencio cayó inmediatamente en la consulta. Carlos dejó de mover la pierna y yo sentí cómo se me encogía el estómago.

—¿Contracciones? —repitió Marta, más baja.

El médico asintió despacio.

—Todavía quedan cuatro meses y, si entras en trabajo de parto ahora podría ser peligroso tanto para ti como para la niña.

Por primera vez desde que se había quedado embarazada la vi realmente asustada.

—¿Qué tengo que hacer?

—Descansar.

El médico la señaló directamente con el bolígrafo.

—Nada de estrés, nada de esfuerzos y muchísimo cuidado sentimentalmente también.

Eso consiguió arrancarme una pequeña risa nasal.

—Entonces estamos jodidos.

Carlos soltó aire intentando sonreír. Hasta el médico se rio un poco.

—Lo digo en serio. El estrés influye muchísimo más de lo que creemos.

Marta apoyó una mano sobre su barriga, completamente callada. De repente, aquello ya no parecía solo un embarazo complicado. Parecía real.

*

Los días siguieron pasando y después las semanas. Gran Canaria empezó a sentirse cada vez menos como un refugio temporal y más como mi vida de verdad.

Trabajaba online desde el apartamento de Marta, los talleres estaban funcionando muchísimo mejor de lo que imaginaba y, poco a poco, empezaba a sentir algo que llevaba años sin sentir: orgullo de mí misma. De mi trabajo, de mis decisiones y de la mujer en la que me estaba convirtiendo.

Carlos seguía en Tenerife, lo que iba a ser una semana allí se había convertido en algo fijo. Solo conseguía venir algunos fines de semana y, cada vez que aparecía por la puerta, Marta volvía a respirar tranquila otra vez.

Aunque había algo que seguía flotando constantemente entre ellos. La maldita prueba de paternidad. Todavía no tenían los resultados y, cuanto más tardaban, más ansiedad acumulábamos todos.

Una noche, Carlos y yo terminamos hablando solos en la terraza mientras Marta dormía. El aire olía a mar y humedad y él llevaba diez minutos removiendo el hielo del vaso sin beber realmente.

—Estás rayado —le pregunté tranquilamente.

—Muchísimo.

Me acomodé mejor en la silla, observándolo.

—¿Por la prueba?

Asintió lentamente.

—Tengo miedo de perderla.

Aquello me pilló completamente desprevenida.

—Carlos, sabes que eso no va a pasar.

—Ya sé que Marta me quiere. Lo sé.

Miró hacia la calle unos segundos.

—Pero Dani fue muchísimo para ella, Luna. Si la niña es de él y decide aparecer de verdad, no sé qué va a pasar.

Lo observé en silencio porque nunca lo había visto tan vulnerable.

—¿Crees que volvería con Dani?

—No tengo ni puta idea. La historia de ellos fue muy larga.

Asentí despacio. Realmente fue demasiado larga, demasiado intensa y durante demasiados años. Marta había vivido obsesionada con ese hombre.

—Tengo miedo de que, si él vuelve a abrir esa puerta, ella quiera cruzarla otra vez.

La honestidad en su voz me rompió un poco el corazón. Entendía perfectamente ese miedo. Muchísimo más de lo que él imaginaba. Bajé la mirada hacia mi vaso antes de responder.

—Creo que ahora mismo Marta está enamorada de ti.

Carlos levantó apenas la cabeza.

—¿Sí?

—Sí.

Estaba bastante segura de eso, pero aun así suspiré lentamente.

—Aunque tampoco puedo decirte que Dani no haya sido el amor de su vida.

Carlos terminó bebiendo por fin.

—Eso me anima muchísimo, gracias.

—Lo siento.

Él negó con la cabeza, sonriendo un poco.

—No. Prefiero la verdad.

Joder, ojalá las relaciones siempre fueran tan sencillas.

Mientras tanto, Marcos y yo seguíamos hablándonos. No todos los días, pero casi.

Mensajes cortos algunas veces. Audios otras. Conversaciones largas sobre trabajo, sobre Marta, sobre cosas absurdas y, poco a poco, la tensión entre nosotros empezó a cambiar. Ya no hablábamos como dos personas heridas

intentando sobrevivir al desastre. Empezábamos a hablar otra vez como nosotros y daba muchísimo miedo porque, cuanto más natural volvía a sentirse hablar con él, más lo echaba de menos.

Lo que yo no sabía era que, mientras hablábamos de nuestras vidas normales, Marcos estaba desmontando la suya entera en Madrid. Sin decirme nada, de nuevo.

Adrián y Vera ya estaban cerrando la compra de su parte del club, el apartamento estaba prácticamente vendido y Marcos llevaba semanas organizando todo para marcharse definitivamente. Había entendido algo muy simple: ya no quería una vida donde yo estuviera a dos mil kilómetros, aunque solo pudiera tenerme cerca como amiga.

El sábado por la mañana, la playa estaba llena de gente.

Carlos había conseguido escaparse de Tenerife este fin de semana y Marta estaba especialmente feliz por eso. Tanto que llevaba veinte minutos obligándonos a hacernos fotos horribles en la arena.

—Poned cara de personas mentalmente estables —ordenó, levantando el móvil.

—Entonces no puedes salir tú en la foto —contestó Carlos.

Marta le lanzó arena automáticamente. Yo terminé riéndome mientras Conor corría completamente desquiciado cerca del agua, porque si, mi perro se vino a Gran Canaria conmigo. Hace una semana, una empresa le trasladó de Madrid aquí. Marta adoraba a mi perro y yo no podía vivir sin él. Es parte de mí.

También estaba Héctor esta mañana en la playa. Las cosas entre nosotros habían quedado bastante bien después de aquella conversación incómoda días atrás. Le había dicho la verdad. Toda.

—Mientras mi corazón siga ocupado por otra persona no puedo ofrecerte nada.

Y Héctor, para sorpresa de prácticamente todo el mundo, había reaccionado increíblemente bien. Él no quería solo sexo, quería conocerme de verdad. Así que terminó aceptando simplemente ser mi amigo, aunque a veces todavía me miraba de una forma que dejaba bastante claras ciertas cosas.

Estábamos tumbados en las toallas cuando mi móvil vibró.
Marcos. Sonreí automáticamente al abrir el mensaje.
«¿Qué haces?»
Le respondí casi sin pensar.

Luna
«En la playa con Marta y Carlos.»

Segundos después llegó otro.

Marcos
«¿Qué playa?»

Luna
«¿Desde cuándo te interesa tanto la geografía canaria?»

Marcos
«Respóndeme.»

Terminé enviándole la ubicación, pensando, obviamente, que seguía en Madrid.

Cinco minutos después, Héctor estaba hablando conmigo sobre una serie horrible que insistía en recomendarme cuando, de repente, se quedó completamente callado mirando detrás de mí.

—Hostia.

—¿Qué pasa?

Pero entonces escuché la voz de Marta.

—¡NO ME LO CREO!

Me giré automáticamente y el corazón se me paró.

Marcos estaba allí. De pie sobre la arena. Mirándome con esa sonrisa pequeña que siempre conseguía desordenarme entera por dentro.

No podía ser. Simplemente no podía ser. Pensaba que estaba soñando.

—¿Qué coño…?

Marcos empezó a caminar hacia nosotros y, antes siquiera de pensarlo, ya estaba poniéndome de pie. Después corrí hacia él y me lancé a abrazarlo con tanta fuerza que casi lo tiro al suelo.

La forma en que me abrazó él, como si llevara semanas aguantándose las ganas de hacer exactamente eso. Hundió la cara en mi cuello, soltando aire despacio.

—Hola, Luna.

Me separé apenas unos centímetros, mirándolo completamente alucinada.

—¿Qué haces aquí?

—Sorpresa.

—No, no. Hablo en serio. ¿Qué haces aquí?

Detrás de nosotros Marta tenía cara de estar viviendo el mejor cotilleo de su existencia, mientras Carlos permanecía sospechosamente tranquilo. Demasiado tranquilo.

Entrecerré los ojos automáticamente.

—Carlos.

Él levantó las manos inmediatamente.

—Yo no sé nada.

—Eres pésimo mintiendo.

Eso hizo que Marcos empezara a reírse y ahí fue cuando entendí que aquellos cabrones sabían cosas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Marta.

Marcos se pasó una mano por la nuca, observándome unos segundos. Después habló tranquilo.

—Me vengo a vivir aquí.

—¿Qué?

Marta soltó un gritito ahogado. Héctor directamente empezó a reírse como si estuviera viendo una película. Yo seguía mirando a Marcos completamente en *shock*.

—¿Cómo que te has mudado aquí? —pregunté estupefacta.

Carlos terminó suspirando, derrotado.

—Vale. Ya. Me rindo.

Lo señalé automáticamente.

—TÚ LO SABÍAS.

—Desde hace dos semanas.

—¡CARLOS! —gritamos Marta y yo a la vez.

Marcos seguía mirándome con una mezcla rarísima de nervios y emoción contenida.

—Vendí el apartamento.

—¿Qué?

—Y mi parte del club.

El mundo literalmente dejó de funcionar un segundo.

—¿Has… qué?

Ahora sí parecía completamente incapaz de respirar. Marcos se acercó un poco más.

—Quiero empezar otra vida. Aquí, cerca de ti.

El mar seguía sonando alrededor. Marta llorando discretamente. Héctor

sonriendo como si acabara de perder oficialmente cualquier posibilidad conmigo.

Pero yo solo podía mirar a Marcos porque estaba entendiendo lo que significaba realmente todo aquello. Había dejado atrás su vida entera. Madrid. El club. Todo. No para retenerme, no para presionarme, solo para estar cerca. Y las lágrimas me subieron automáticamente a los ojos.

—Estás completamente loco.

—Bastante. Pero estoy muy feliz de estar aquí.

Aquella noche Marcos y yo terminamos cenando solos frente al mar. Hacía muchísimo tiempo que no me sentía tan nerviosa cerca de él porque todo había cambiado. Él también había cambiado.

Nos quedamos varios segundos en silencio después de pedir la cena, hasta que finalmente lo miré.

—¿De verdad lo has dejado todo?

Marcos apoyó los brazos sobre la mesa.

—Sí.

—¿Por mí?

Negó despacio.

—Por mí también.

Aquello me sorprendió y él debió notarlo porque continuó hablando.

—Luna… Yo ya no era feliz allí.

Miró hacia el paseo marítimo unos segundos.

—El club dejó de representarme hace mucho tiempo. Simplemente no quería admitirlo.

—¿Y ahora qué?

—Carlos y yo vamos a montar una empresa juntos.

—¿Qué?

—Eventos.

Ahora sí me eché a reír.

—Madre mía. Vais a convertiros en señores empresarios de Canarias.

Marcos empezó a reírse también.

Lo había echado muchísimo de menos. Muchísimo más de lo que quería

reconocer.

La conversación fue cambiando poco a poco. Más suave y más íntima, hasta que en un momento dado, él se quedó completamente callado mirándome y ahí volvió esa intensidad. La de siempre.

—Te he echado muchísimo de menos.

Mi respiración se aceleró apenas un poco. Bajé lentamente la mirada hacia la mesa antes de admitirlo.

—Yo también.

El silencio que cayó después fue enorme. Lleno de cosas pendientes.

Marcos habló mucho más bajo entonces.

—No quiero volver a hacerte daño nunca.

—¿Y si vuelve a pasar?

—No volverá a pasar.

—No puedes prometer eso.

—No.

—Entonces, ¿qué puedes prometer?

—Que nunca volveré a esconderme detrás de otra versión de mí.

Aquello me atravesó directamente el pecho porque, por primera vez, le creí completamente.

Cuando terminamos de cenar, caminamos juntos hasta el hotel donde se estaba quedando. Desde el momento en que subimos al ascensor, los dos sabíamos perfectamente cómo iba a terminar aquella noche.

No desde la necesidad y no desde la desesperación. Desde el amor.

Cuando la puerta de la habitación se cerró detrás de nosotros, Marcos me miró unos segundos en silencio antes de acercarse lentamente, como si todavía quisiera asegurarse de que podía tocarme. Y fui yo quien terminó besándolo primero.

Ya no quería seguir huyendo de lo evidente. Lo quería. Qué coño, amaba a este hombre, con todo el desastre, con todos los errores, con toda la verdad, y él también me amaba exactamente igual.

Aquella noche hicimos el amor como dos personas que por fin eran sinceras. Terminé dormida abrazada a él mientras escuchaba el mar al otro lado de la

ventana y entendí algo importantísimo.

No existían las historias perfectas, pero sí las personas capaces de elegir quedarse incluso después del caos.

Nosotros, después de todo, por fin nos habíamos elegido de verdad.

EPÍLOGO

MARCOS

Nunca te entregué esta carta. Ni siquiera sé por qué la escribí realmente.

Quizá porque durante demasiados años aprendí a esconderme detrás de versiones distintas de mí mismo y necesitaba dejar algo donde no pudiera mentir, algo donde no existiera Chris, ni el dueño del club, ni tampoco el hombre que siempre parecía saber exactamente qué hacer. Solo yo. Marcos.

Creo que ese ha sido siempre mi mayor problema. Nunca supe quedarme siendo yo. Me pasé media vida convirtiéndome en lo que los demás necesitaban, en lo que esperaban y en lo que resultaba más fácil.

Entonces llegaste tú.

Todavía recuerdo perfectamente el día que apareciste en el portal con Conor tirando de la correa como un loco y aquella cara de agotamiento anímico que llevabas intentando disimular.

No parecías feliz. Parecías una mujer sobreviviendo y no sé por qué coño eso me rompió tanto por dentro. Puede ser porque yo también llevaba años sobreviviendo. Solo que mejor vestido, más acostumbrado y más vacío.

Lo gracioso es que, cuando te conocí, ya llevaba días hablando contigo. Contigo y con otra versión de mí. Chris.

A veces pienso en eso y todavía me parece una broma absurda del universo. De todas las mujeres del planeta, tenías que ser tú; mi vecina. La mujer que escuchaba llorar algunas noches al otro lado de la pared. La chica que se reía bajito cuando hablaba con su perro. La que llenaba el ascensor de libros, bolsas y ansiedad.

Tú.

La primera vez que sospeché que eras LunaNix sentí auténtico pánico y no exagero. Pánico real. Recuerdo escribirle a Adrián completamente fuera de mí:

«Creo que mi vecina es ella».

Y después:

«Estoy jodido».

Recuerdo quedarme sentado en el sofá, mirando la pantalla durante varios minutos. Porque, si tenía razón, todo acababa de complicarse de una forma imposible y, si no tenía razón… tampoco entendía por qué estaba tan nervioso.

Ya entonces algo dentro de mí sabía que aquello no iba a terminar bien. Debí contártelo enseguida. Cada parte racional de mi cerebro lo sabía, pero entonces empezaste a hablarme más, a confiar y ocurrió algo que jamás me había pasado antes. Me importó demasiado perder lo que estaba construyéndose entre nosotros.

Tú hablabas con Chris de cosas que no hablabas con nadie más. Tus miedos, la ansiedad que te producía la vida, tu sensación constante de no ser suficiente, las veces que te habías sentido invisible incluso estando enamorada… Y yo me enamoré escuchándote existir. Así de simple.

Tú no intentabas impresionarme. Eras un desastre precioso que decía exactamente lo que sentía, aunque después se arrepintiera a los dos minutos, y yo llevaba tantos años escondiéndome detrás de diferentes personajes que olvidé cómo se hacía eso.

Chris empezó siendo una máscara. La más fácil de todas porque, detrás de una pantalla, podía ser vulnerable sin consecuencias. Podía escucharte, cuidarte y conocerte. Sin arriesgarme de verdad. Sin poner el cuerpo y sin poner el corazón completo.

Pero entonces aparecías delante de mí en el portal, o en mi sofá, o riéndote en mi cocina, y todo empezó a mezclarse. Ahí empezó el verdadero infierno. Cuanto más te enamorabas de Marcos, más necesitabas a Chris. Cuanto más me querías como Chris, más miedo tenía de destruirte contándote la verdad.

Sé que desde fuera probablemente suena egoísta, manipulador y cobarde. Quizá lo fue. Tal vez todo eso sea cierto. Pero nunca jugué contigo. Nunca.

Cada conversación contigo era real, cada consejo, cada madrugada y cada vez que me quedé despierto leyendo tus mensajes, sonriendo como un idiota. Todo era verdad.

La peor parte de enamorarme de ti fue descubrir hasta qué punto eras capaz

de cambiarme. Yo no quería eso. De hecho, creo que luché contra ello durante semanas. El club, las noches vacías, el sexo sin intimidad, la facilidad con la que siempre había separado el cuerpo de las emociones… Todo eso dejó de tener sentido contigo y me dio muchísimo miedo.

Antes de ti yo controlaba perfectamente mi vida. Controlaba las situaciones, las relaciones y la distancia emocional. Nadie podía romperme porque nunca dejaba entrar a nadie lo suficiente y, entonces, llegaste tú y, en cuestión de meses, conseguiste algo que ninguna otra persona había conseguido jamás:

Que me importara más perderte que protegerme.

Eso fue nuevo para mí y no supe manejarlo. Recuerdo perfectamente la noche del club cuando saliste corriendo. Creo que ahí entendí por primera vez que podía perderte de verdad. No como una idea y no como posibilidad abstracta. De verdad. Y me volví completamente loco.

Aquella noche debí dejarte espacio, esperar y hacer las cosas bien. Pero, en lugar de eso, te escribí como Chris otra vez porque necesitaba sentirte cerca, aunque fuera de la forma equivocada. A pesar de que estuviera destrozándolo todo un poco más. Porque había algo enfermizamente egoísta en cómo te quería entonces. Te necesitaba y eso no siempre es amor sano. Pero lo entendí demasiado tarde.

El día que descubriste toda la verdad todavía me despierta algunas veces. Nunca voy a olvidar cómo me miraste. He visto desprecio, rabia y dolor en otras personas, pero jamás había visto a alguien romperse así delante de mí. Lo peor fue entender que lo había provocado yo. A ti, la única persona a la que realmente quería cuidar.

Cuando saliste corriendo de casa y me llamaste hijo de puta, creo que una parte de mí entendió inmediatamente que merecía cada segundo del dolor que venía después. Nunca había llorado tanto por nadie ni sentido tanto miedo, y no hablo del miedo a quedarme solo. Hablo del miedo a haber destruido algo irrepetible. Porque tú, Luna, lo eras. Lo eres. Y lo serás. Irrepetible.

Durante aquellos días sin ti entendí algo horrible: ya no sabía volver a la vida que tenía antes. Nada encajaba. El club me parecía vacío. Madrid, demasiado grande. Mi casa, insoportablemente silenciosa.

Por primera vez en muchos años, me vi obligado a enfrentarme a una verdad bastante incómoda. Llevaba mucho tiempo perdido antes incluso de conocerte. Solo que tú fuiste la primera persona capaz de hacerme querer encontrarme.

Por eso te entregué las conversaciones con Adrián, porque ya no quería esconderme más. Necesitaba que vieras al hombre que había detrás de todas las máscaras. El que se enamoró de ti muchísimo antes de admitirlo. El que escribía de madrugada diciendo:

«Creo que esta mujer va a cambiarme la vida».

Vaya si lo hiciste. Cuando me llamaste para decirme que te quedabas en Gran Canaria, sentí dos cosas al mismo tiempo.

La primera:

Orgullo. Porque estabas construyendo una vida propia.

Y la segunda:

Terror absoluto. Porque la idea de volver a estar lejos de ti me resultaba insoportable.

Fue ahí cuando entendí que ya no quería seguir aplazando mi vida real. Vendí mi parte del club sin mirar atrás y eso probablemente sorprenda a muchísima gente. Pero la verdad es que mi alma y yo ya nos habíamos marchado de allí hacía meses. Desde el momento en que empecé a preferir las noches contigo viendo películas malas antes que cualquier fiesta del club. Desde el día en que dormir abrazado a ti me hacía más feliz que cualquier otra cosa que hubiera vivido antes.

Tú me enseñaste intimidad. No sexo. Intimidad y hay una diferencia enorme. Por primera vez alguien me conoció completamente y, aun así, decidió quedarse. Incluso después del desastre y después de descubrir mis peores partes.

Todavía recuerdo el momento exacto en que corriste hacia mí en aquella playa de Gran Canaria. Llevaba semanas imaginando ese instante. Semanas aterrorizado pensando que quizá ya nunca volverías a abrazarme así y, entonces, lo hiciste. Como si tu cuerpo todavía me reconociera como hogar.

Creo que ahí entendí definitivamente que el amor no siempre llega limpio. A veces llega roto, asustado y lleno de errores horribles. Pero, aun así, puede ser

real.

No sé si alguna vez llegaré a merecerte del todo. Probablemente no. Pero sí sé una cosa, toda mi vida me escondí detrás de personajes hasta que tú me obligaste a quedarme siendo yo y ahora ya no quiero volver atrás.

Porque Chris fue la máscara.

Pero tú…

Tú siempre fuiste la verdad.

EPÍLOGO

LUNA

Tres meses después

—Te juro que, como vuelvas a comprar otro ordenador sin preguntarme primero, te denuncio —me dijo Marcos muy serio.

—Técnicamente, era una inversión.

—Técnicamente, eres un peligro con tarjeta de crédito.

Carlos soltó una carcajada desde el otro lado de la mesa.

—Por fin alguien se atreve a decirlo.

—Os odio a los dos —dijo Marcos enfurruñado.

—Mentira —dijo Carlos.

Marcos me señaló con el bolígrafo.

—A ti especialmente.

Me acerqué para darle un beso rápido mientras él intentaba seguir revisando unos presupuestos.

—Eso tampoco es verdad.

—No. Eso definitivamente no es verdad.

Marcos sonrió y todavía me temblaba algo por dentro cuando me sonreía así.

Tres meses viviendo juntos. Tres meses despertándome a su lado. Tres meses sin ansiedad. Sin la necesidad constante de prepararme para una catástrofe sentimental.

La vida no era perfecta, pero era nuestra y eso era muchísimo mejor.

La empresa de eventos estaba funcionando sorprendentemente bien. Carlos y Marcos se habían convertido en una especie de matrimonio empresarial extraño. Discutían, se picaban y competían por absolutamente todo. Pero estaban construyendo algo importante.

Mis talleres también iban mejor de lo que jamás habría imaginado. Las

clases online funcionaban y cada vez tenía más estudiantes. Había creado grupos y los cursos crecían. Llevaba semanas preparando un nuevo proyecto que me tenía completamente emocionada.

Viajes de inmersión lingüística en Gran Canaria. Estudiantes de diferentes países viviendo una experiencia completa en español. Practicarán el idioma, conocerán una nueva cultura, disfrutarán de la playa, de la gastronomía y harán excursiones. Era exactamente el tipo de proyecto que llevaba años soñando crear y estaba ocurriendo.

Mi vida estaba ocurriendo y a veces todavía me costaba creerlo.

—¿Estás escuchando algo de lo que estamos hablando?

La voz de Carlos me devolvió al presente.

—No.

—Lo sabía.

Marcos se echó a reír.

—Lleva diez minutos soñando despierta.

—Estaba pensando.

—Peligroso.

Le lancé una servilleta.

—Muy gracioso.

—Lo sé.

La conversación fue interrumpida por el móvil de Carlos. Todos giramos automáticamente la cabeza porque llevábamos días pendientes. Marta estaba oficialmente hasta las narices de estar embarazada y lo expresaba aproximadamente cada veinte minutos. Carlos miró la pantalla y palideció.

—¿Qué pasa, Marta?

Se puso de pie tan rápido que tiró una silla.

—Ha roto aguas.

El silencio duró exactamente medio segundo. Después fue el caos.

—¿Dónde están las llaves? —preguntó Carlos, muy nervioso.

—¿Qué llaves? —contestó Marcos al instante.

—¡Las del coche!

—¿Cómo voy a saberlo yo?

—Porque vives aquí.

—Eso no significa que conozca el sistema de organización criminal de Luna.

Carlos parecía al borde de un ataque de nervios. Marcos intentaba ayudar a buscar las llaves y yo me estaba riendo muchísimo.

—No tiene gracia —dijo Carlos, mirándome con cara de «te voy a matar».

—Un poco sí.

—Luna.

—Vale. Perdón.

No era verdad. No me arrepentía en absoluto. Finalmente encontramos las llaves y, veinte minutos después, estábamos entrando en urgencias.

Marta llevaba una hora insultando a todo el mundo. Incluido a Carlos, sin estar presente. Cuando le vio, soltó:

—Te odio.

—Lo sé.

—No. No lo sabes.

—Vale.

—Esto es culpa tuya.

Carlos miró al techo.

—Todavía eso no lo sabemos.

Yo estaba prácticamente llorando de la risa. Hasta que Marta me señaló.

—Y tú deja de reírte.

—Lo intento.

—Mentirosa.

—Eso sí es verdad.

Incluso la enfermera tuvo que disimular una sonrisa.

Las horas siguientes fueron eternas. Contracciones, monitores, médicos y enfermeras entrando y saliendo. Carlos caminando por el pasillo como si estuviera preparando una maratón. Marcos intentando tranquilizarlo, por cierto, sin ningún éxito, y yo observaba todo mientras pensaba que aquel era probablemente uno de los días más importantes de nuestras vidas. Aquella niña que estaba en camino ya era la hija más esperada, antes incluso de nacer.

La pequeña que había puesto patas arriba nuestras vidas sin haber aterrizado

en nuestro mundo. La niña cuyo padre seguía siendo un misterio y, precisamente por eso, todo se complicó unas horas después porque apareció Dani.

Nadie lo esperaba allí. Yo estaba saliendo de la cafetería con dos cafés cuando lo vi entrar y me quedé completamente quieta. Él también. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vi y, aun así, lo reconocí inmediatamente.

Dani. El gran amor de Marta. El gran desastre de Marta. El gran problema pendiente de Marta.

—Luna.

Su voz sonó insegura y eso me sorprendió muchísimo porque él era un arrogante y un prepotente.

—¿Qué haces aquí?

Bajó la mirada unos segundos antes de responder.

—He estado pensando.

Mala forma de empezar porque Dani pensaba poco y, cuando pensaba, mal.

—¿Y?

Respiró hondo.

—Si esa niña es mía, quiero estar en su vida.

Me dejó completamente callada porque había imaginado muchas cosas, pero no esa.

—Dani…

—Lo sé. La cagué. La cagué muchísimo

No pude evitar una pequeña risa.

—Esa es la frase menos específica de la historia.

—Sí.

Por primera vez levantó la vista.

—Pero sigo queriéndola.

Justo ahí entendí que el problema de Marta estaba muy lejos de terminar. Muy lejos.

Volví a la sala de espera con la cabeza llena de preguntas y, sinceramente decidí guardármelas por el momento. Hoy era el día de Marta, no el de Dani y

no el de la prueba de paternidad. Hoy nacía una niña y eso era mucho más importante. O, al menos, eso creía hasta que el mundo decidió volver a poner mi vida patas arriba. Otra vez.

De repente sentí un mareo horrible. Tan fuerte que tuve que apoyarme contra la pared.

—¿Luna?

La voz de Marcos llegó inmediatamente.

—Estoy bien.

Mentira. Completamente mentira. Todo empezó a dar vueltas.

—Eh.

Me sujetó por la cintura.

—No tienes buena cara.

—Gracias.

—No era un cumplido.

Intenté responder algo, pero no me dio tiempo. El mareo volvió y más fuerte. Muchísimo más fuerte. Ahí sí se asustaron Marcos y Carlos.

—Vale. Ven conmigo.

—Marcos...

—Ahora.

Cuando Marcos utilizaba ese tono era inútil discutir.

Diez minutos después estaba sentada en una consulta mientras una médica me hacía preguntas y, sinceramente, me sentía ridícula.

—¿Cuándo fue tu última regla?

Parpadeé. Después otra vez y entonces… Oh. Oh, no. Mierda.

La doctora me observó unos segundos.

—Creo que deberíamos hacer una prueba de embarazo ¿no crees? —dijo la ella tranquilamente.

Miré a Marcos.

Marcos me miró a mí.

Pensé que era imposible. Después recordé que las mejores cosas de mi vida habían empezado exactamente así



El reloj de arena

Romano, Sergio
9791370541392

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Laura inicia su camino en Barcelona con una convicción firme, la de dedicar su vida a salvar otras. Discreta, observadora y servicial, construye poco a poco su lugar entre libros, rutinas y silencios compartidos. A su lado, Judit —espontánea, luminosa y vital— se convierte en mucho más que una amiga, es el espejo que le recuerda que la vida no solo se estudia, también se vive. Pero todo

cambia cuando aparece Marcos. Un encuentro inesperado que abre una grieta en el orden perfecto de Laura, despertando emociones que no se pueden controlar ni programar. Entre Barcelona y Londres, entre la distancia y el deseo, lo que comienza como una conexión casual se transforma en un vínculo que desafía el tiempo, las certezas y los propios miedos. A través de los días que avanzan —como los granos de un reloj de arena—, Laura descubrirá que crecer no solo implica cumplir sueños, sino también aprender a sentir, a perder el control y a aceptar que algunas historias no dependen de la lógica, sino del momento exacto en que suceden. El reloj de arena es una novela sobre el tiempo que vivimos y el que dejamos pasar. Sobre las decisiones que nos defi nen, los encuentros que nos transforman y la certeza de que, aunque no podamos detener los segundos, sí podemos decidir cómo vivirlos

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Era feliz y no lo sabía

Ibáñez, Anthony
9791370292461
160

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿ERA FELIZ Y NO LO SABÍA? Qué pregunta la mía... Ni idea de cómo sería la vida si supiera la respuesta. ¿Autoayuda? Puede que esto te ayude... Ya sabes que lo voy a intentar. Es más: tú y yo vamos a recordar aquellas cosas que nos daban la vida. Vamos a aprender, a buscarnos y a intentar encontrarnos. ¿Qué silencio guardas por miedo a romperte? Pues aquí... tienes las puertas abiertas para llorar. Voy a ser tu hombro, tu apoyo. No habrá juicios, y nadie te va

a juzgar. También sonreirás... no todo van a ser lágrimas. Pero, sobre todo, mi intención es que todo esto —que nace de forma genuina— te haga sentir. Dejemos de buscar lo perfecto e intentemos encontrar lo que nos llena. ¿Qué te escribirías a ti que nadie te haya escrito nunca? Ayúdame a ayudarte, y ayudémonos mutuamente en esta aventura. Demos la bienvenida a un viaje sin filtros, sin postureo y sin perfección.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



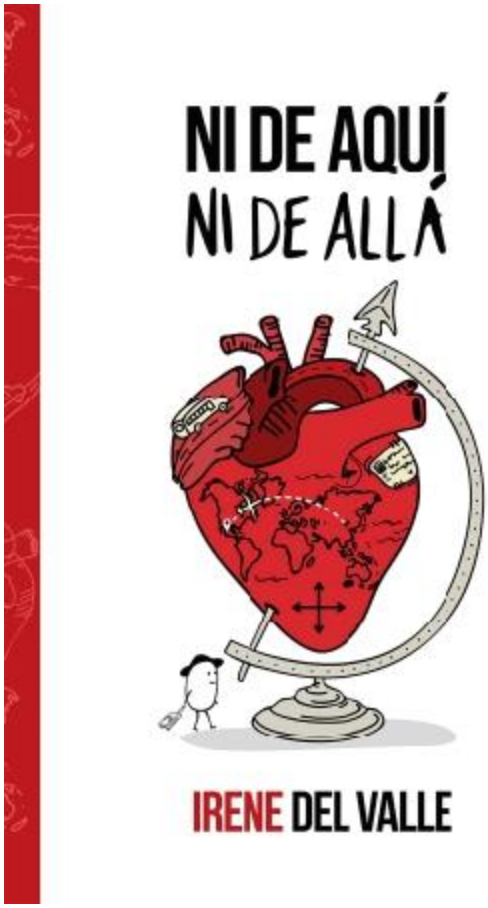
Mi cicatriz ya no llora

Niñato
9788410689459
200

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Qué buscas exactamente o esperas encontrar en un libro? Es una pregunta difícil. Imagino que buscas lo mismo que yo o quizás no. En este caso hablaremos de la salud mental. Hoy en día no es ninguna novedad, pero, ¿Quién está ahí cuando ni siquiera tú mismo/a estás? Interactuaremos para cicatrizar, sonreiremos para superar y lloraremos para sanar. Este libro te habla de la familia, el amor, el desamor, la ansiedad, la depresión, la traición, la soledad. Y… simplemente va a ser necesario leerme para que nuestra cicatriz saturada y no suturada empiece a sanar. Estas páginas te abrazarán y comprenderán aquello que tanto te cuesta sacar por miedo a perder por decir la verdad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Ni de aquí ni de allá

del Valle, Irene
9788413865164
200

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

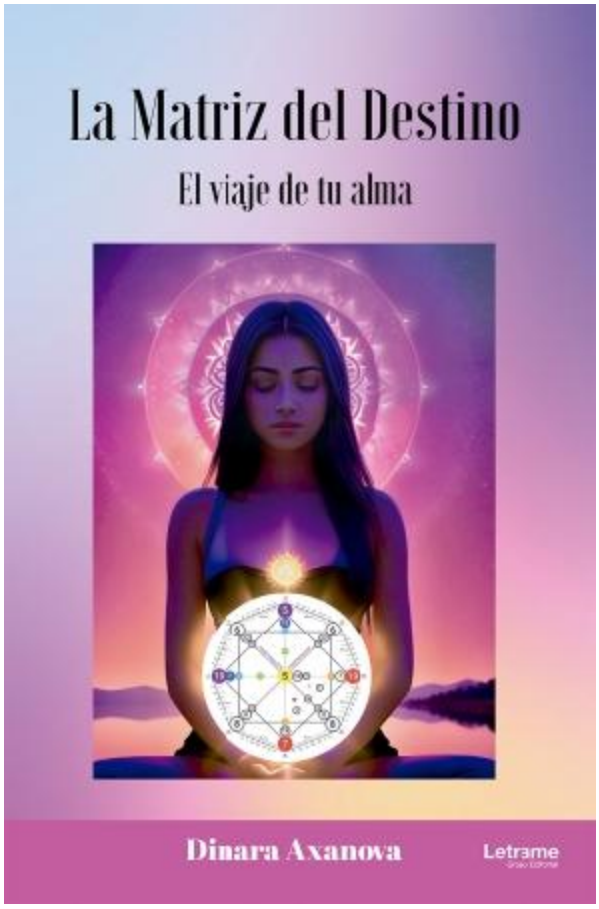
Todo empieza con un simple "¿y si me voy¿", "¿y si estudio fuera?", "¿y si busco trabajo en otro país?", "¿y si me aventuro?", "y si me quedo a ver si hay suerte?", "¿y si intento ver si esta relación funciona?". Todo empieza con un sueño, con una ilusión, con la expectativa de una vida mejor y con la esperanza que provoca toda nueva experiencia, con un primer viaje que despierta en ti una curiosidad existencial y ese placer interminable por descubrir la vida.

De un momento a otro te conviertes en un inmigrante eterno, en quien no se siente ni de aquí, ni de allá. Y tras intentar empacar en un par de maletas una vida entera y todo aquello que sentiste que necesitarías al estar lejos de casa, de repente te encuentras ante una vida totalmente diferente y desconocida, que tienes que abrazar y hacer ahora tuya.

Si estás por emigrar o ya has emigrado y te sientes perdido(a) en el proceso, si no entiendes por qué sientes lo que sientes, si te sientes abrumado(a) por el torbellino de emociones que estás experimentando, quiero que sepas que muchas veces necesitamos perdernos para encontrarnos y muchas veces terminamos perdiéndonos y encontrándonos al otro lado del mundo.

Mi mayor deseo con este libro es que pases de no ser ni de aquí ni de allá a ser el o la de aquí y de allá, y que te sientas tan dueño(a) de ti y de tu vida, en cualquier lugar del mundo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La matriz del destino

Axanova, Dinara
9788410682344
200

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Dinara Axanova nació en un pequeño pueblo, Topar (Kazajistán). Desde hace veinte años reside en Barcelona. Licenciada en Traducción e Interpretación y Coach de Feng shui, ahora imparte cursos online sobre La Matriz del Destino, divulgando esta gran herramienta de autoconocimiento y ayudando a miles de personas a

descubrir el viaje de su alma y su verdadero propósito de vida a través de este método.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)